



Tercera
edición

Mario Abel Godoy



MALVINAS

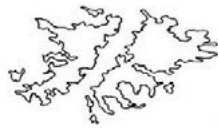
Valor. Sangre. Olvido.

Historia de una compañía de infantería
dispersa, olvidada, heroica



UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA

Valor. Sangre. Olvido.



Mario Abel Godoy

Valor. Sangre. Olvido.

**Historia de una compañía de infantería
dispersa, olvidada, heroica**

Tercera edición



**UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA**

Godoy, Mario Abel

Valor : sangre : olvido : historia de una compañía de infantería dispersa, olvidada, heroica / Mario Abel Godoy ; Compilación de Mario Abel Godoy. - 3a ed. - Mendoza : Universidad del Aconcagua, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4971-88-3

1. Guerra de Malvinas. 2. Historia Argentina. I. Godoy, Mario Abel, comp. II. Título. CDD 982

Diagramación: Arq. Gustavo Cadile.

Diseño de tapa: Julia Godoy Steindl

Las imágenes que ilustran la portada han sido tomadas de la segunda edición del libro y pertenecen a Mario Alberto Godoy.

Copyright by Editorial de la Universidad del Aconcagua.

Catamarca 147(M5500CKC) Mendoza.

Teléfono (0261) 5201681.

e-mail: editorial@uda.edu.ar.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Impreso en Mendoza – Argentina.

Primera edición: octubre 2022.

Segunda edición: agosto 2023.

Tercera edición: abril de 2026.

I.S.B.N.: 978-987-4971-88-3

Miembro de



Reservados todos los derechos. No está permitido reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir ninguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*A mi Fortinera: Beatriz Schumacher,
que mantuvo el fuego del hogar encendido,
sosteniendo la mirada de María Beatriz, Mario Ernesto y Juan Pablo, mientras
lloraba a escondidas
en el 75, en el 78 y en el 82,
cuando la Patria llamó a su esposo.*

*A las personas, civiles, militares y eclesiásticas, que,
con diferentes jerarquías o pertenencia institucional,
pusieron su vida a disposición de la Patria en las Islas Malvinas,
sin que ésta hiciera uso de ella.
Esta condición de estar vivo sin causa,
es la más incomprendida e ingrata,
que un argentino puede sufrir a lo largo de nuestra historia.*

*A mis relevos en la vida y en la continuidad inteligente de esta lucha,
Juan Bautista, Julia Victorina y su hermanita Malvina
y al soldado que aún pervive en su padre Juan Pablo Godoy.*

*Especialmente a Camilo,
nieto del soldado c/62 Rolando Raúl Allende,
quien dio su sangre y partes de su cuerpo a la Patria
y durante 40 años
mantuvo su orgullo y dignidad de Veterano de Guerra intactas,
sin rencores, en forma ejemplar.
Hoy su Espíritu reside en el Cielo de los Héroes,
y su cuerpo descansa en el cementerio de Cura Brochero,
en Panaholma, Córdoba,
custodiado por sus familiares y por nosotros,
sus Hermanos de la Turba.*

Agradecimientos

- A los Veteranos de Guerra que expusieron sus cicatrices y escarbaron sus recuerdos para contar esta historia:
 - * Teniente Primero VGM Rafael Julio Manuel Barreiro.
 - * Subteniente VGM Diego Alejandro Salaverri.
 - * Subteniente VGM Guillermo Aliaga.
 - * Subteniente VGM Marcelo Dorigón.
 - * Sargento Primero VGM Domingo Gabriel Pedrozo.
 - * Sargento Primero VGM Ranulfo Chamorro.
 - * Sargento VGM Edgardo Siri.
 - * Sargento VGM Luis Guillermo López.
 - * Sargento Primero VGM Arnaldo Corbalán.
 - * Recuerdos Dragoneante VGM C/62 Walter Daniel Grey.
 - * Recuerdos Dragoneante VGM C/62 César García.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/62 Nelson Oroná.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/62 Raúl Gorosito.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/62 Carlos Araya.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/62 Rodolfo Rodríguez Trejo.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/62 Hugo Lepez.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/62 Luis Brandan.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/63 Sergio Alberto Gigena.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/63 Ramón Álamo.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/63 Hugo Bower.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/63 Héctor Hugo Altenburger.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/62 Enrique Marini.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/63 Héctor Saavedra.
 - * Recuerdos del soldado VGM C/63 Miguel Ángel Salamone.

- Al señor General (r) Daniel Reimundez por su digno y permanente apoyo de Alto Camarada, a los Veteranos de las Dos Guerras.
- Al Capitán de Infantería VGM Rubén Teófilo Figueroa. Por ser un ejemplo de vida y de soldado Cristiano.
- Al Capitán de Infantería VGM Carlos Emilio Ferreyra, por su sangre derramada en combate y sus lágrimas al leer el primer borrador.
- Al Capitán de Artillería VGM Miguel Felipe Perandones, por sus lágrimas al leer el primer borrador.
- A los Capitanes de Infantería VGM José M. De Feliú y José M. Ugozzoli. Por ser Hermanos de Armas y de la Turba.
- Al Mayor de Infantería VGM José “Gringo” Bettolli. Que me ayudó a encontrar a los soldados que abandoné en Puerto Argentino.
- Al Teniente Primero de Infantería VGM Marcelo Giglio por su apoyo fotográfico y tecnológico. Por ser un hombre íntegro.
- Al Sr. Sargento Mayor Raúl Ernesto José porque me acompaña en una Cordada de Montaña sin final, gracias a su bondad y nobleza.
- Al Señor Coronel–Abogado Miguel Ángel Barrionuevo, por brindarme su amistad y sus sabios y oportunos consejos de profesor universitario de Derecho Constitucional.
- A la Licenciada Julia Godoy Steindl, mi diseñadora preferida, porque imaginó en las tapas el sentimiento del libro y porque descubrió a su tío.
- Al Escribano Jorge Martín Villalba, por su valiosa colaboración en la corrección y perfeccionamiento en esta edición, en una muestra más de su compromiso con la defensa de los Valores de la Patria.
- A los integrantes de la Camada XIV del Liceo Espejo que me acompañaron en la primera presentación de este libro.
- A los integrantes de la Promoción 99 del Colegio Militar que me recibieron con tanto cariño en oportunidad de presentar la 1° edición.
- Al Teniente Primero Rafael José Barni, Hermano de Armas en la movilización del 78, que desde esa fecha me ayuda a reafirmar la pasión de **ser militar** que aún perdura. Por su compromiso y apoyo en la presentación y difusión de esta historia, que sin su permanente sostén no hubiera alcanzado los niveles académicos logrados en el V Congreso de Historia Militar.
- Al Ing. Daniel Rojas por su leal amistad y colaboración en el memorial a los VGM en el Liceo Espejo.

- Al Mayor y Licenciado José Conrado Antonioni por las pasiones compartidas y porque leerá estas líneas en el cielo en compañía de sus admirados amigos, el General José de San Martín y el Dr. René Favaloro.
- Al General de Brigada Miguel Ángel “Chango” Moreno, por ser mi incondicional y eterno amigo que leerá este libro en el Cielo.
- Al Teniente Primero Carlos Alberto Díaz, mi primer oficial instructor del Colegio Militar de la Nación, que me enseñó a ser Oficial Tropero, y hoy como General sigue siendo mi modelo a seguir.

Como signo de respeto y en busca de conservar la frescura de expresión de sus autores, a los testimonios recopilados en este texto no se les ha practicado correcciones gramaticales ni de estilo.

Índice

Agradecimientos	11
Prólogo <i>de la tercera edición</i>	19
Prólogo <i>de la segunda edición</i>	23
Prólogo <i>de la primera edición</i>	25
Consejos preliminares	29
Capítulo 1: 2 de abril de 1982	35
Desde Campo de Mayo a Comodoro Rivadavia	41
Llegada de los cuadros a Comodoro Rivadavia.....	49
Nacimiento disperso de la Compañía C.....	49
Nuestros subalternos	50
Los suboficiales de la Compañía C.....	51
Los soldados	52
Soldados asignados a la Compañía C	53
Capítulo 2: Los movilizados	63
Conceptos y reflexiones	63
¿Por qué nos eligieron?	72
Capítulo 3: Organizar, equipar e instruir	75
Organizar	75
Equipar	77
Instruir	79
Llegó el día 21 de abril.....	82

Rol de combate incompleto de la Primera Sección	84
La incertidumbre y la improvisación, dos enemigos mortales.....	86
Noche en Puerto Argentino	87
Rol de combate incompleto Segunda Sección	90
Capítulo 4: <i>Los soldados olvidados del Regimiento 8</i>.....	95
Parte 1. La Sección Olvidada.....	99
Cronología de un acto heroico	102
De parias a guerreros	110
El enemigo. Ese gran interrogante.....	115
El combate de Boca House (Goose Green).....	117
Personal, Material, Moral y Conclusiones	125
A. Personal	125
B. Material	127
C. Moral	127
D. Conclusiones	128
Parte 2. Esperen aquí, que mañana los venimos a buscar.....	141
Repliegue	150
“Los Pistoleros” del Regimiento 8.....	154
Capítulo 5: <i>En Bahía Zorro Oeste sin WI-FI</i>	171
Los primeros días.....	173
La Segunda Sección	175
Bahía Zorro Oeste.....	176
Los valientes de la Armada desarmados	179
La Misión y el Arte de Mandar.....	180
El servicio de Sanidad	185
Primeras posiciones inundadas y cambios.....	187
Instrucción de tiro.....	193
Comida y ropa	194
Ocupación de las posiciones	196
El primer bombardeo Naval	200
La vida en las posiciones con lluvia	203
Una Patrulla Externa.....	208
Sucesos en el sector de la Segunda Sección	211

Servicio religioso en Bahía Fox	221
Llegan helicópteros ingleses.....	223
Cruce a Bahía Fox Este – Aero–abastecimiento	223
Experiencia de la exploración y patrullas. Unos héroes.	227
Muerte en la patrulla	229
El cementerio.....	231
Jura de la bandera.....	232
Los médicos y el serrucho	234
Cronología.....	239
Propuesta del bote y el cañón.....	240
Recepción de la orden 1001/82.....	242
Ataque a Darwin-Goose Green.....	243
Contrainteligencia y Comunicaciones	244
La orden de operaciones 1001 y el efecto Goose Green	247
Llega el Bahía Paraíso–Días posteriores al 30 de mayo	250
Entrega de la Bandera de Guerra para custodia.....	251
Capítulo 6: Rendición y traslado	255
Salimos de patrulla el día de la rendición	260
Viene Ugozzoli	263
Prisioneros	268
En Trelew	279
¿Y ahora, qué?.....	280
Capítulo 7: El largo camino a casa	283
Regreso al destino de origen.....	306
Capítulo 8: El soldado Allende.....	309
Destino Hospital de Veteranos Miami.....	317
Hermanos de Turba.....	319
2 de Abril 2022.....	319
Anexo 1	321
Pasaron cosas.....	321
V Congreso Nacional de Historia Militar	324

Anexo 2	329
Memorias del soldado Alberto Marini.....	329
Memorias del soldado Salomone	344
Anexo 3	353
Link de audios y vídeos	353
Bibliografía	355

Prólogo de la tercera edición

A lo largo de mi labor académica se me ha invitado en varias oportunidades a confeccionar el prólogo de libros de distinto contenido. La editorial de la Universidad del Aconcagua – integrante de la REUP - Red de Editoriales de Universidades Privadas – me ha solicitado que realice tan grata tarea con motivo de la publicación de la tercera edición de la obra del Lic. Mario Abel Godoy.

Tengo que confesar que, en esta ocasión, la invitación adquiere un valor diferente por todo lo que quisiera compartirlas, y que un puñado de páginas apenas me lo permite, ya que el sentimiento desborda sus límites. Las circunstancias que rodean a este libro son varias y me enorgullecen, pero me comprometen aún más con la tarea a realizar.

En primer lugar, la temática del libro versa sobre nuestras queridas Islas Malvinas y, eso solo, hace difícil la tarea de prologarlo.

En segundo término, el autor es egresado de la Universidad cuyos destinos hoy me toca conducir; pero, especialmente, me siento unido a él en virtud de una enorme amistad generada desde el año 1961 y reafirmada constantemente.

En efecto, juntos cursamos el Nivel Medio en nuestro querido y prestigioso Liceo Militar General Espejo. Más tarde, Mario optaría seguir el digno camino de incorporarse al Ejército Argentino siguiendo una tradición familiar.

Deseo agregar que conocí a su señor padre, Coronel RE, y tuve la oportunidad de trabajar junto a él en oportunidad de su designación como Intendente Municipal. Un hombre probo, eficiente en las tareas asignadas y, sobre todo, excelente ser humano.

Pero no quiero salirme del tema que nos convoca. Volviendo a esta grata tarea encomendada, mi consideración se adentra, sin haberla vivido, en la experiencia dramática que Mario ha tenido que atravesar en la gesta de

Malvinas. Y digo “adentrarme”, porque la lectura de sus escritos posee la capacidad de hacernos presente vivencias que son reales.

Mario vivió junto a sus camaradas un capítulo complejo y doloroso de la historia argentina. No fue el único en su etapa como infante y, sin duda, todas estas vivencias han calado hondo en él.

Quisiera destacar, en primer lugar, el título de la obra: Valor, Sangre y Olvido... ¿que nos quiere decir Mario Godoy con esta reseña de una compañía de infantería dispersa, olvidada y heroica? Es una historia argentina, una narración de hechos y testimonios y las consecuencias en la vida de los soldados que en verdad lucharon.

Se nota la humildad del escritor. Nunca destaca el importante rol que yo intento rescatar con este prólogo, la dedicación y el esfuerzo -en este caso intelectual-, está centrado en su familia, en los que aportaron sus recuerdos y en los que le acercaron material e información.

Tratándose de una tercera edición -lo cual, desde el vamos, resalta el valor de su contenido- implica agregar algo a lo dicho anteriormente por camaradas del autor.

Entiendo que es complementar y destacar, desde la óptica civil, el coraje de los protagonistas (la Compañía C), el aislamiento que sufrieron y el olvido que padecieron por muchos años.

Sus ocho capítulos son muestra de una pasión por hacer conocer las vivencias de preparar “todo para ir”, vivir la lucha con el enemigo y sufrir un oscuro regreso.

Se explica debidamente como fue la gesta y cómo se forma la Compañía C como “parte” del Regimiento 8 de Infantería; se destaca la importancia de la logística (¿la hubo?), la elección de la gente (¿fue correcta?), la corta instrucción y unos cuantos errores más.

En otras palabras, se tuvo que luchar no sólo contra el enemigo sino también contra la incertidumbre y la improvisación. El recuerdo de los soldados olvidados y los errores cometidos justifican el decir “la guerra es el reino de la sin razón”.

Además, en esos emotivos recuerdos de los combatientes siempre surge un reconocimiento hacia su jefe, Mario Godoy.

Los últimos tramos de la obra son “duros” pues se destaca la deformación intencionada de la opinión pública, un ejemplo: el famoso y despectivo “chicos de la guerra” que hace mella en cualquier lector.

Se efectiviza a través de la lectura que la verdadera caridad es dar lo que no sobra. Se ve lo difícil que es cicatrizar heridas, ver que hay familias que valoran lo sufrido y otras que no lo hacen. En definitiva, en este texto hay testimonios en primera persona. Son relatos valiosos –de primera mano– que hacen posible que se mantenga la frescura junto a lo real.

Es un esfuerzo enorme el intentar sacar de debajo de la alfombra lo que injustamente fue escondido, romper el silencio que sobrevuela a esta compañía de valientes.

En definitiva, con este aporte, Mario contribuye significativamente a mostrar, de manera clara y objetiva, una parte de la historia de Malvinas que, por lo dolorosa, muy a menudo nos resistimos a mirar.

Dr. Rolando Galli Rey

Rector de la Universidad del Aconcagua
Presidente del Observatorio Interuniversitario
Cuestión Malvinas Mendoza

Prólogo de la segunda edición

Valor, Sangre y Olvido, un título que exhibe en estas tres palabras un resumen incompleto de una verdadera odisea, el minucioso relato de superación personal y colectiva para vencer todas las dificultades en la organización y traslado de un grupo de hombres al combate, y la inmensa calidad moral para superar ese inicuo olvido al que fueron sometidos al regreso.

La redacción de este libro es singular, dado que se basa en los testimonios personales de muchos de los integrantes de esa heroica Compañía de Infantería C, incorporados por el autor sin ningún tipo de modificación, y organizados secuencialmente.

Esos testimonios exhiben el coraje, la voluntad de vencer y la iniciativa de que fueron capaces aquellos soldados, evidenciando el esfuerzo y la serena aceptación que solo tienen aquellos que están dispuestos a todos los sacrificios imaginables por la Patria. Son en síntesis testimonios dolorosos pero reales.

De la lectura se infiere sin dudas que esta Compañía aportó más hombres abnegados que héroes, y que esa abnegación consistió en ser héroe a cada instante, sosteniendo esa determinación anónima en cualquier situación, especialmente cuanto más lejos se estuvo de enfrentar al enemigo. Esa abnegación heroica como esfuerzo eminente de la voluntad les permitió sostener de manera permanente e inquebrantable la voluntad de lucha y la fidelidad a nuestra amada bandera, la misma que habían jurado seguir constantemente y si fuera necesario defenderla hasta perder la vida.

Aislados nunca tuvieron la crónica próxima. Fue simplemente coraje ignorado para sostenerse en el cumplimiento de la misión a pesar de todas las dificultades, y junto con la audacia y el valor evidenció la constancia permanente y la voluntad de hierro de infinitos instantes para que la razón y la conciencia no traicionaran a la conducta.

Sabían que inexorablemente al final de cada día no vendría el descanso, el relevo, la comodidad y el abrazo del regreso al continente, sino más sacrificios, más bombardeos y más angustia. Allí aislados, con las peores condiciones meteorológicas, pero firmemente aferrados a la turba, descubrieron que es mucho más difícil vencerse a uno mismo que vencer al enemigo.

Por todo lo expresado se evidencia que la compañía C forjó el sacrificio y sufrimiento antes en su alma que en su cuerpo y lo hizo soportando la ausencia de mando de quienes a lo largo de muchos años fueron responsables no solo de enviarlos al combate en esas condiciones sino también de alimentar un sistema que nunca consideró como su objetivo la auténtica preparación para la guerra, priorizando aspectos formales o circunstanciales.

La movilización, los reiterados cambios en la organización, y los desplazamientos improvisados, que fueron por otra parte la constante situación que debieron enfrentar muchos elementos en Malvinas, evidenciaron una vez más que no basta redactar reglamentos y prescripciones que todo lo prevean, si finalmente las decisiones erráticas de quienes conducen en todos los niveles resultan como en este caso en despliegues ridículos, órdenes circunstanciales, falta de análisis, y sobre todo ausencia de un auténtico mando que se evidencie en el conocimiento y acompañamiento permanente de los elementos dependientes para conocer su real situación.

Párrafo aparte merece destacarse que la disgregación que la subunidad sufrió una vez llegados a Malvinas, en ningún momento afectó el espíritu de lucha, y las fracciones segregadas se llenaron de gloria combatiendo en distintos lugares aún en medio de la improvisación que esto significaba, demostrando así que a pesar de la ausencia de su comando natural, los mandos subordinados fueron capaces de conducir a sus secciones teniendo siempre como norte el cumplimiento de la misión, exhibiendo así la iniciativa que debe ostentarse siempre cuando la fracción queda aislada.

Estos soldados que derrocharon valor y sangre jamás imaginaron el olvido que injustamente vendría, y precisamente por eso su entrega humilde, silenciosa, consciente y sin condiciones y su extraordinario mérito, resultaron tan infinitamente valiosos a los ojos de Dios, de la Patria y de la propia conciencia. Ellos no declamaron virtudes, fueron simplemente exponentes personales de ellas, con la fortaleza y la templanza que los hacen acreedores al reconocimiento, que, aunque tardío es necesario.

General (r) VGM Mario Castagneto

Jefe Compañía Comandos 601 en Malvinas

Prólogo de la primera edición

El Señor Teniente Coronel (r) Mario Abel Godoy, me ha concedido el honor y el gran privilegio de prologar esta obra sobre la guerra de Malvinas y aunque mis credenciales para hacerlo son absolutamente insuficientes, pues si bien he leído sobre esta guerra, no tuve el privilegio de ir a las islas, no soy veterano de guerra.

Sin embargo, si acepté el desafío de escribir estas modestas líneas, ha sido no sólo y fundamentalmente por los fuertes vínculos de amistad que me unen a su autor, sino también por la trascendencia de esta obra la que cobra aún mayor importancia al aproximarse los 40 años de aquella heroica gesta nacional.

También podría agregar, entre otros motivos que me impulsaran a aceptar escribir estas líneas, la gran satisfacción que me causó el hecho que un veterano de guerra, después de 38 años se tomara el trabajo de realizar con un tremendo esfuerzo, las investigaciones necesarias para que salieran a la luz, aspectos casi desconocidos de la guerra, lo cual tiene un doble mérito. El primero que quede escrito y no se pierdan en el olvido los testimonios de la gente que participó, ya que ello pasará a ser un documento de la Historia argentina y no podrá trastocarse o tergiversarse en el futuro por escritores que no participaron ni tuvieron los comentarios de los testigos que ya partieron. El segundo, es el magnífico aporte que hace el Teniente Coronel Godoy a la Historia Militar, ciencia fundamental para la educación de los cuadros de las Fuerzas Armadas. En la década del 90 del siglo pasado, en una conferencia dada en la Escuela Superior de Guerra del Ejército Argentino por parte del señor General Teófilo Goyret, acompañado por el Doctor César García Belsunce, manifestó que se estaba perdiendo el estudio de la Historia Militar porque quienes escribían de estos temas eran civiles que no dominaban el arte de la guerra y los militares que sí lo conocen, dejaron de escribir.

Afortunadamente, luego de aquella conferencia y en particular a partir de este siglo, brillantes oficiales como el Teniente Coronel Godoy comenzaron a escribir para que queden para siempre plasmados en la historia, las vivencias, acontecimientos, puntos de vista, conclusiones y enseñanzas sobre la guerra de Malvinas y otros temas de la Historia Militar. Como es de estilo en un prólogo, no sólo se hace referencia a la obra sino también a su autor, cuestión que no entraré en detalle, pues él mismo lo hace en estas páginas, con comentarios sobre su biografía, cargos y actividades desarrolladas a lo largo de su trayectoria militar. De su personalidad hablan sus subalternos en distintos párrafos de este libro, yo solamente, por haber compartido con él un año en el Regimiento de Infantería de Montaña 11 "General Las Heras", mientras ambos preparábamos nuestras compañías por el conflicto del Beagle, me limitaré a dar fe de lo que ellos expresan pues se ajustan estrictamente a la verdad.

Además, debo acotar, por el conocimiento que tengo de su autor, que leer su prosa es escucharlo hablar desde sus íntimas convicciones, a veces con un claro pensamiento estratégico y su profesionalismo táctico, otras con sus principios éticos y filosóficos y finalmente con su lenguaje simple y tropero con el cual llegaba claramente al corazón de su gente y lo convertía en un líder imposible de no seguir.

En mi modesta opinión, creo que es un libro con una gran originalidad porque contiene en sus páginas tres elementos esenciales que lo hace diferente a muchos de los libros sobre Malvinas editados hasta la fecha. El primero de esos temas es el del personal movilizado, lo que constituye, desde el título del libro hasta el final, el núcleo duro del mismo. Aquí se desnuda con toda crudeza lo que sucedió en este conflicto, poniendo en blanco y negro las diferencias con la experiencia anterior de movilización del año 1978.

El segundo es el duro relato que realiza sobre las falencias logísticas, tales como la escasez de los medios necesarios para entrar en combate, las penurias por la alimentación y el abrigo, los esfuerzos por protegerse de los bombardeos aéreos y navales en posiciones imposibles de mejorar debido al terreno, lo que dificultaba enormemente y en forma preocupante, la protección de la integridad física del personal, dejando para el final algo fundamental como las graves falencias de medios de sanidad para atender a personal enfermo y heridos.

Este tema de las falencias logísticas, que se repite en numerosos relatos de otras unidades en ambas islas, tiene una gravedad mayor en los casos de la Fuerza de Tareas Reconquista en Bahía Fox y la Fuerza de Tareas

Yapeyú en Puerto Howard, por la particularidad de estar totalmente aisladas y con escasas o nulas probabilidades de recibir apoyos, refuerzos o poder replegarse a otro lugar.

El tercero son las explicaciones que el autor va realizando a lo largo de su relato relacionado con el nivel estratégico, consideraciones y análisis del nivel táctico y profundas reflexiones relacionadas con el arte de mandar, esa función esencial que debe cumplir el oficial. Son tan claras estas acotaciones que serán de gran utilidad para el personal militar al ponerle a flor de piel aspectos que probablemente conozcan y para quienes desde el ámbito civil los desconozcan, para que puedan comprender con gran claridad las vivencias y dramas de esta guerra.

En mi escasa experiencia como lector de la bibliografía de Malvinas, puedo notar una diferencia en el sentimiento que deja la lectura de la misma. La mayoría de los libros relatan los hechos históricos, estratégicos y tácticos del tema que abordan, dejando al lector la deducción sobre las vivencias personales de su autor, pero existen escasos libros, y este es uno de ellos, que le permitirá al lector vivir, sentir y compartir las experiencias vividas por el autor y el personal bajo su mando.

En algunos casos, tal como lo expresa el Teniente Coronel Godoy, hay temas y relatos que parecen repetidos o reiterativos y es así pues es el recurso empleado por su autor para darle solidez a su investigación, logrando con ello la certeza del hecho que se relata por más de un integrante de su Compañía C.

El último aspecto trascendente que describe el libro, está referido al regreso al continente y la posterior desmovilización. Si la movilización fue compleja y llena de incertidumbres, la desmovilización también lo fue con el ingrediente de una profunda tristeza. Más allá de todo relato contenido en esta obra, el núcleo duro es precisamente el tema de la movilización, actividad fundamental en cualquier Ejército del mundo y a lo largo de la historia y precisamente sobre este tema es muy poco lo que se ha escrito en nuestras Fuerzas Armadas y es lo que le otorga una gran originalidad e interés a este libro.

Hace miles de años, el filósofo griego Platón escribió "Sólo los muertos han visto el final de la guerra" y este libro da un testimonio claro de esa sentencia, ya que, terminada la guerra de Malvinas, para muchos de sus veteranos la misma continuó por las heridas sufridas en la misma, en especial las heridas del alma que nunca terminaron de cicatrizar. La guerra terminó, pero los protagonistas regresan a menudo al campo de batalla en donde vuelven a revivir sus fuertes emociones.

Este libro y sus testimonios escritos 40 años después de la contienda, es una prueba cabal que sus protagonistas no han visto el final de la guerra y sólo cumplirán la frase de Platón cuando partan de este mundo.

El mejor homenaje a nuestros Veteranos de Guerra y la mejor medicina para sus heridas será recordarlos siempre reconociendo el derroche de coraje, abnegación, sacrificio y patriotismo con que cumplieron la misión que les tocó cumplir.

General de Brigada (R-Art 62) Rafael José Barni

Consejos preliminares

Despejen el campo de tiro. Buena puntería y pocas bajas.

No es absoluto que quien forma parte de un libro escriba la introducción, aunque es poco común, pero en este caso me han pedido que lo hiciera y más allá de ser una distinción quizás sirva mejor por haber vivido lo que se relata. Y en honor a la verdad ha pasado tanto tiempo que no creo que esta hermosa idea llegue a plasmarse alguna vez. Ojalá me equivoque.

La historia de la **Compañía de Infantería C**, en la Guerra de Malvinas comienza a tomar cuerpo luego de que se iniciara la escritura de un libro sobre el Regimiento de Infantería 8, del cual formó parte. Los pedidos de información, consultas, intercambios del autor de ese libro Sr. Coronel Juan Scarpinelli, con miembros de la Compañía C provocaron que quienes formaron parte de esa singular compañía –ya se verá porqué–, volvieran a retomar viejos diálogos y apuntes; aumentar contactos, reuniones digitales y personales y de allí surgió la idea de retomar el impulso de rescatar en un libro la historia de la Compañía.

Este libro relatará una vivencia particular de una Compañía que comienza el seis de abril de 1982 en Campo de Mayo y termina en Comodoro Rivadavia. Esta fue vertiginosamente organizándose, armándose, equipándose e instruyéndose en doce días. Posiblemente esas circunstancias –adversas siempre–, hicieron que tuviera una identidad y un espíritu de cuerpo muy peculiar que se mantendrá después con una fortaleza que sorprende, para bien. El Regimiento 8 supo una semana antes de la partida de la Compañía hacia Malvinas y, miembros de su Plana Mayor, relataron que sus preguntas eran si llevaría abastecimientos y munición ya que para la última semana de abril ya sufrían problemas. Hoy parece increíble esa falta de comunicación, pero así fue, ellos preguntándose y la Compañía C juntando cuanto podía. Llevó finalmente 5 días de abastecimiento que nunca llegaron a las posiciones finales.

Con personal proveniente de Buenos Aires y Campo de Mayo, Subtenientes y Cabos egresados apresuradamente de sus Institutos y previa reunión en la Escuela de Infantería que partieron a Comodoro Rivadavia el 9 de abril de 1982; y soldados que se habían licenciado hasta la baja y fueron llamados, más cuantos se pudieron reunir en Comodoro se fue formando la Compañía C. Todos se reunieron en una cuadra y diariamente “aparecían” nuevos soldados y la compañía alternaba su “organización, equipamiento e instrucción” con idas al aeropuerto a cargar y descargar aviones, y muchas tareas diversas que interrumpían lo más importante: equiparse e instruirse.

Todo el peso y la responsabilidad lo llevaba el autor del libro, el entonces Capitán de Infantería Don Mario Abel Godoy. En realidad, todos percibían lo que pasaba, pero seguían alternando sus tareas y Godoy nada malo manifestaba, soportaba solo todo lo que le habían dado como “misión” organizar una compañía para cruzar a Malvinas, como siempre, una orden formalmente clara pero que terminaba buscando fusiles y cargadores de cajones donde estaban para repararse, desatando ropa de bultos para sacar algo útil, atendiendo problemas del personal, etc.

Se sumaban episodios de difícil adjetivación, propios del desorden que era todo, discusiones con superiores, con el personal de logística, sin comunicación con las Islas en un lugar –el cuartel del regimiento– donde todos los días aparecía más y más gente, regimientos completos que eran enviados al Oeste hacia Chile, que regresaban para dar seguridad en la costa atlántica, que luego volaban a las Islas y en medio de todo la Compañía C rogando por irse a Malvinas para estar en paz y con su regimiento.

Finalmente y apenas pasados doce días, el veintiuno de abril la Compañía C comenzó por modo aéreo su traslado y paulatinamente su desmembramiento : diez quedaron a órdenes del Sargento Edgardo Siri como custodia del Segundo Comandante de una Brigada y salvo peligrosas idas y vueltas a las Islas su misión transcurrió en un hangar del aeropuerto de Comodoro; una Sección al mando del Subteniente Guillermo Aliaga fue enviada a Goose Green para cubrirse de Gloria; un grupo de diez hombres quedó con armas de diferente tipo custodiando los abastecimientos en Puerto Argentino con la orden de : “Esperen que ya regresamos a buscarlos”. Nunca los buscó nadie y allí quedaron para combatir ferozmente en los últimos días de la guerra en Dos Hermanas y Tumbledown con un saldo de seis heridos.

El resto partimos hacia Bahía Zorro, con más emoción que nunca y con el deseo de establecernos ya alejados del desorden anterior y cumplir una

misión de guerra. Para concluir esta parte debe recordarse a hombres valiosos que hicieron lo imposible para que la Compañía C fuera lo mejor posible y llevara lo que sirviera para mejorar la situación del Regimiento 8: El entonces Teniente Primero de Intendencia Magallanes, el Suboficial Mayor Ridolfi que en su área logística no dejó cajón sin revolver y el Suboficial Principal Guzmán, Encargado de la Compañía. Pasando al contenido del libro, a su fondo, al espíritu con que será escrito: se trata de un relato donde abundan como valiosas y veraces fuentes testimonios de sus integrantes, conformando una base sólida y a pesar del tiempo pasado y la memoria que suele fallar –aunque hay detalles que pueden no coincidir– concuerdan en su sustancia que es lo que hace que una cosa sea lo que sea y esto es la vida de la Compañía C en Bahía Fox, Darwin y Puerto Argentino.

Esta compañía adquirió una identidad propia pues tuvo que asumir por sí misma adversidades que nadie podía solucionarle, sus cuadros eran muy heterogéneos para lo que son las compañías de cualquier regimiento: un Capitán veterano en años, Tenientes primeros, hasta Subtenientes ardientes y Cabos recién egresados que adquirirían una experiencia de años en pocas semanas, soldados de la vieja clase guapos y concedores de todas las mañas para arreglarse. El amor a la Patria, la música marcial, los desfiles pasados quedaban en lo más recóndito del corazón y era lo que impulsaba a la Compañía a una sola cosa: **Sobrevivir**.

Las deficiencias materiales se suplieron en parte con perjuicio de otros. la Compañía C contaba sólo con cien fusiles a un cargador por cada uno, y fueron las otras compañías las que debieron deshacerse de parte de los suyos, carecía de palas y lo mismo ocurrió.

Y otra circunstancia influyó mucho: los cuadros y soldados apenas se conocían, muchos jamás habían estado en un cuartel y pareciera que eso le hacía decir a la compañía algo así como “vamos rápido a terminar con esta historia”. La buena acción de mando, el intenso trabajo en común para preparar posiciones, realizar prácticas de tiro, el convivir cerca y juntos las veinticuatro horas, el buen ejemplo de los suboficiales antiguos fueron aumentando el conocimiento en un tiempo récord, junto a la confianza y lealtad mutuas de superior a subalterno.

El libro no es un “análisis” de la guerra, es un real y crudo relato de lo vivido, hay párrafos con relatos de cuadros y soldados, muy duros, pero son absolutamente ciertos y muestran en qué y cómo se materializan el coraje, la templanza y el valor de los soldados; los detalles de acciones tácticas en

Bahía Fox son breves pues los hubo pocos, pero son detallados y algunos hasta increíbles los que pasaron en Goose Green y Puerto Argentino.

El autor con el que hablamos a lo largo de los años, es un hombre de pocas palabras, muy templado en la montaña donde pasó la mayor parte de su vida, parece de temperamento fuerte y cerrado y sin embargo es abierto y simple; la “desmalvinización” lo maltrató tanto a él como a su familia a través de esa superioridad que no sabe y menos quiere conocer a sus subalternos y, sin embargo, ha absorbido todo ese sufrimiento como muchos.

Tanto en Malvinas como en los lugares donde estuvo siempre manifestó una lealtad de gran reciprocidad con el subalterno y la mejor prueba sigue apareciendo cuando después de casi a treinta y cinco años de Malvinas se sigue encontrando con soldados que no ve desde mil novecientos ochenta y dos y lo abrazan hasta el llanto. Esas características le dan una legitimidad para ser el autor del libro, pues fue el Jefe de la Compañía C y sigue siendo y sintiéndose como responsable de lo que hizo o no hizo su Compañía, tal como lo dice un reglamento. Esa actitud, esa responsabilidad lo han llevado a escribir para mantener viva a esa peculiar compañía.

El texto es crudo, fuerte, relata vivencias reales; algunos podrán inducir erróneamente la intención del autor y pensar en situaciones y circunstancias que los desmalvinizadores, especuladores e ideologizados han usado contra los Veteranos, pero olvidando que esos hechos fueron sobrellevados con una fortaleza propia de buenos soldados no de niños. En un hecho “heroico” sea corto o largo no bajan ángeles del cielo ni suena música celestial, no es todo impecable, límpido...

No. Es todo lo contrario.

Hay un libro ya bastante antiguo llamado “Sin novedad en el frente” de Erich María Remarque que relata la vida en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Su autor lo calificó como apolítico y como una descripción de la guerra, “otros” lo han juzgado como antibelicista, pacifista, romántico pues interpretaron –si pensamos sin malicia– que relatar los horrores de una guerra como fue aquella, permite juzgarlo así. Remarque, al igual que Godoy y sus subalternos relatan lo que vivieron con objetividad, no son “pacifistas”.

El hambre, el frío, la suciedad y el miedo son inherentes a la guerra, podrá variar la magnitud de alguno, podrá sobrellevarse otro factor, pero nunca están ausentes y para peor todo envuelto en la incertidumbre. El libro describe todo eso, y debe verse no como un “espanto” sino en que la guerra es así, en cómo se logró superar todo y encima mantener la cordura.

Al regresar, así de rápido como se formó se volvió a dispersar, los cuadros regresaron a sus destinos y los soldados regresaron a sus casas con licencia hasta la baja. Sólo la intensidad física y espiritual de lo vivido explica y justifica que habiendo pasado tan poco tiempo juntos haga que después de tantos años se sigan reencontrando como si fueran vecinos.

Esta historia abarca desde el 6 de abril hasta el 23 de junio de 1982, es para leer despacio, sin preguntarse: “¿Qué quiere decir con esto Godoy?”

Sabe por qué lo sugiero, porque Godoy no es indirecto sencillamente dice lo que quiere decir, igual que los soldados y cuadros. Así el viejo Capitán una vez dijo refiriéndose a la “Nena”, como apodaba a su Compañía C: “La de mucha pena y poca gloria” y no quiso decir otra cosa que eso, que es cabal.

Buena lectura.

Coronel (r) VGM Rafael Julio Manuel Barreiro

Curuzú Cuatiá, verano del 2018.

Capítulo 1: 2 de abril de 1982

Una sigla y su aclaración grosera en un pizarrón (S.P.T. Se pudrió todo), en un aula de segundo año de la Escuela Superior de Guerra, el 2 de abril de 1982 a las 0735 horas nos anunciaba vulgarmente lo que estaba sucediendo. Así me enteré, que se habían recuperado las Malvinas.

Mi nombre es Mario Abel Godoy, nacido en Mendoza el 6 de noviembre de 1947. Cursé en el Liceo Militar General Espejo y egresé del Colegio Militar de la Nación en diciembre de 1968 en el arma de Infantería de la promoción 99. Salvo mi padre, Coronel de Artillería D. Mario Godoy Guevara, el menor de diez hermanos, no hay antecedentes militares familiares, tampoco en la familia de mi madre, María Victorina Campoy.

Desarrollé los primeros años de la profesión en la montaña donde también formé una familia al unirme con Beatriz Schumacher, heredera de uno de los fundadores de Bariloche, en donde nacieron mis dos hijos mayores María Beatriz y Mario Ernesto.

Fui adquiriendo experiencia profesional especialmente técnica y luego de conducción de tropas en ese bello y duro ambiente geográfico particular. Posteriormente siendo mi destino la Compañía de Esquiadores de Alta Montaña 8, de Puente del Inca en Mendoza, fui designado como Jefe de un Equipo de Combate a Tucumán conformado por Cuadros y soldados del Regimiento 11 y del 16 de Uspallata. A fines de 1975 y principios del 1976.

Allí conocí la compleja montaña boscosa donde no solo el ambiente era extraño si no también el hecho bélico que enfrentamos. Combatientes desconocidos, entrenados en sus técnicas e ideas en Líbano y Cuba, todo era diferente y no encajaba en las reglas del combate clásico en que nos habíamos formado. No solo por eso, el cambio de la alta montaña a una mezcla de selva y monte bajo, sucio, infectado de todo tipo de bichos, caliente y húmedo nos generó un sinnúmero de problemas a los que debimos adaptarnos.

En estos despliegues y movimientos conocí la cercanía de la situación de combate o de la guerra, como la quieran llamar; el desarraigo de partir hacia lugares desconocidos, la camaradería en su más puro sentido y el duro, durísimo compromiso de ejercer el mando sobre desconocidos.

Pero fue en Tucumán donde fui en comisión primero y después en Malvinas, donde, junto a los hombres que tuve que mandar, sentí hasta las tripas lo que es estar y ser movilizado.

Ese día de 1982 estaba cursando el segundo año de la Escuela Superior de Guerra (ESG). En este instituto se estudia la teoría e historia de la guerra y se educa al oficial para enfrentar el desafío de formarse como integrante de un equipo de planificación y posteriormente desempeñarse como conductor de hombres en la ejecución de lo planeado. Es decir que los cursantes de la ESG éramos Oficiales maduros personal y profesionalmente formados, de alrededor de 35 años de edad y con 15 años promedio en la profesión.

La aprobación de ese curso de tres años de perfeccionamiento profesional, condiciona normalmente la continuidad de la carrera y la posibilidad de llegar a los niveles más altos. A esa altura del cursado, ya teníamos una idea bastante clara de lo que estaba bien o estaba mal en el “arte de la guerra”. En esta situación nos encontrábamos, cuando en forma de acción armada reivindicatoria, se materializó sorpresivamente en la vida de los argentinos la euforia, el festejo, el patriotismo, la disposición y el voluntarismo, por haber concretado un reclamo que veníamos estudiando desde que éramos niños.

La oscura mezcla del poder político ejercido por las Fuerzas Armadas introdujo a la Nación en un conflicto armado improvisado, que obligó apresuradamente a “movilizar los recursos humanos y materiales” para completar las organizaciones armadas necesarias, para sostener la decisión política. Para recuperar y disponer del recurso humano se recurrió a una parte de los institutos de perfeccionamiento y otra parte fue transferida de otros lugares de formación al igual que la mayoría de los Suboficiales. (Trataré de referirme solamente al Ejército, entendiéndolo que en las otras Fuerzas Armadas y de Seguridad sucedieron hechos y procedimientos similares).

Hubo una orden que todavía no la entiendo y la considero la peor muestra de improvisación e incapacidad de la alta conducción militar. La Directiva Estratégica Militar 1/82 Caso Malvinas (DEMIL) de marzo de 1982, en su punto 1. 2. 17 Pág. 4, dice textualmente:

“No se prevé movilización del Potencial Nacional ni de emergencia de las FFAA”.

Entonces: ¿Por qué en abril del 1982 los cadetes de cuarto año del Colegio Militar y los aspirantes a Suboficiales de la Escuela Cabral fueron ascendidos al grado de Subtenientes y Cabos en comisión, (una especie de practicantes), y sin terminar sus estudios, ¿fueron enviados a las unidades de combate? Veamos lo que relatan uno de ellos que combatió en Goose Green y otro en Bahía Fox.

Recuerdos Subteniente Aliaga

En abril de 1982 era cadete de IV año del CMN y el viernes 2 de abril nos enteramos, a través de un compañero que regresó franco, de la recuperación de las Islas Malvinas. En aquellos tiempos no había medios de información disponibles y las radios no eran permitidas.

Inmediatamente la información comenzó a transmitirse entre los cadetes, y en la formación de bandera, el subdirector nos la comunicó oficialmente. Ese fin de semana permanecí en el Colegio Militar porque cubrí el puesto de Auxiliar del Oficial de Servicio, la noticia de la recuperación de las Islas Malvinas produjo gran conmoción en los familiares de los soldados recientemente incorporados en el Colegio Militar.

El 7 de abril, ya como Subtenientes en Comisión, fuimos informados durante la cena en el comedor de cadetes de los destinos a los que seríamos enviados. El día siguiente retiramos armamento (pistola y sable bayoneta) con el equipo individual nos embarcamos en los vehículos que nos condujeron a las Escuelas de las Armas respectivas.

Recuerdos del Subteniente Salaverri

El Teniente Primero José Luis Licca, Oficial de semana de la 3ra Compañía de Infantería del Colegio Militar organizó la semana del 30 de Marzo al 6 de Abril bajo la consigna del alistamiento en todas las actividades. El alistamiento como concepto y actitud mental. Pegó carteles en toda la cuadra y las actividades se movieron tras esas consignas. Me llamó la atención porque alteraba un poco la rutina. De todas maneras, el 2 de abril todo se trastocó y 5 días después estábamos egresando vestidos con uniforme de combate.

Nos mandaron a la Escuela de Infantería con el destino asignado y allí fuimos llenos de preguntas, buscando un modelo y nos encontramos con un Capitán que juntaba experiencia teórica y práctica secundado por el Teniente Primero Barreiro. Valoro especialmente como nos recibieron en la Escuela de Infantería y con mucho cuidado nos fueron guiando con respeto hacia nuestra nueva condición en ese proceso difícil y complejo

que es la movilización y que fuimos compartiendo. Desde el Colegio Militar hacia lo desconocido en el más ajustado sentido. Fuimos paridos de golpe y teníamos que sobrevivir. Y allá fuimos.

A pesar de esta sorpresiva e incomprensible situación, estos jóvenes destinados a las islas, dieron acabadas pruebas de profesionalismo y valor, tal como el Subteniente D. Guillermo Aliaga; Salaverri, Peluffo, Vilgré, Llambías, Pravaz y tantos otros, que combatieron en las peores condiciones que se puedan concebir.

Con una Sección disminuida de la Compañía C del Regimiento 8, **nuestra Compañía**, recién formada e incompleta, Aliaga y sus hombres detuvieron el avance de parte del Regimiento de Paracaidistas 2, tropas de elite inglesas, que los quintuplicaban en efectivos y recursos, hasta que agotó la munición y con dos heridas en su cuerpo rindió la posición, ganándose el respeto y consideración del enemigo. Como él, hubo Oficiales y Suboficiales “en comisión” que recibieran graves heridas. haciéndose acreedores de las más altas distinciones al valor en combate. Aliaga volvió con todos sus hombres vivos y la mitad, heridos. Los soldados de la clase 62 que habían recibido su baja desde diciembre del 81 hasta la de marzo de 1982, fueron convocados, los primeros, a reintegrarse a su destino en forma urgente y la última baja permaneció en el cuartel. Es decir que a pesar de haber cumplido con el servicio militar (en puestos tales como telefonistas, banda militar, rancho de tropas, etc.) en ese Regimiento de Infantería 8, fueron llamados a conformar una subunidad de combate de Infantería para la cual no todos estaban preparados. Parte de estos soldados, integraron la “Sección Olvidada” y otros la “Sección Fantasma o Rejunte”, a pesar de que técnicamente ellos también fueron movilizados.

Ya podemos definir que “un movilizado” es aquel personal militar o civil que de acuerdo a la leyes 16970/66 y 17649/68, debe dejar su lugar de trabajo, en un plazo perentorio para incorporarse a una Unidad Militar a órdenes de superiores que no conoce y desplazarse a miles de kilómetros de su destino para integrar una formación militar en la cual deberá asumir responsabilidades tales como organizar, equipar e instruir fracciones de ella, para encontrarse en condiciones de participar en un hecho bélico de características absolutamente inciertas.

Regresando al relato de mi vida profesional solicité el retiro del Ejército siendo Jefe de la Base de Apoyo Logístico de la Brigada de Montaña 8, en el año 1989 por no sentir identificación con la conducción del Ejército Argentino.

Hasta aquí un poco de mi historia personal y algunos testimonios que dan una idea de lo que pasó a partir del 2 de abril. Ahora trataré de explicar por qué escribo, junto a otros, estas notas para este libro.

En el año 2020 me enteré que se estaba haciendo un libro, diario de guerra, sobre el Regimiento de Infantería 8, que había cruzado a las Islas el día 6 de abril de 1982 y, como pasó con varias Unidades, luego de un emplazamiento inicial indicado terminó en la Isla Gran Malvina. Quien me puso en conocimiento del tema de la investigación y posterior desarrollo, fue el Sr. Coronel Juan Armando Scarpinelli, quien a pesar de estar en actividad tiene conocimientos y dotes de historiador y había escrito un impecable y objetivo libro sobre la Sección del Subteniente Aliaga en Darwin-Goose Green: "La Sección Olvidada".

Scarpinelli buscaba datos, historias, recuerdos y así nos fuimos encontrando con varios viejos camaradas de aquella "Gran Malvina" y se formó un grupo de los que creamos la "Compañía C".

Esta Compañía que fue imaginada en algún escritorio para formar parte del Regimiento 8 empezó a materializarse a partir del 5/6 de abril del 82 cuando se designaron en diferentes lugares a sus Oficiales y Suboficiales que llegaron a su cuartel el 9 de abril para integrarse finalmente el 22 de abril de 1982, cuando desembarcó de helicópteros en Bahía Zorro Oeste.

Luego de haber pasado diversas situaciones que nunca terminaban de establecernos en un sitio y con una misión confusa fuimos a parar allá y si bien nos integramos, siendo sinceros: fuimos como una visita no deseada del todo. Ya días antes el Jefe de Regimiento sabía de nuestra llegada, también se había desarrollado una muy áspera charla con el Segundo. Comandante de la IX Brigada en Comodoro Rivadavia por el problema logístico que, en las condiciones en que íbamos, le crearíamos a nuestro Regimiento.

Así es que esta, nuestra compañía, fue muy singular, muy diferente a las otras: por la antigüedad de sus cuadros y soldados, por el desconocimiento entre todos que no se logró paliar entre el día 7 de Abril cuando nos reunimos en Campo de Mayo y el 21 en que comenzó el cruce, por el equipamiento reducido a 100 fusiles sobre 130 que necesitábamos a un cargador por hombre, 3 ametralladoras de las 6, y muchas circunstancias que, al fin de cuentas, pareciera que lograron unirnos y hacer juntos un frente sólido ante tanta adversidad.

Durante varios años y con impulsos y retrocesos, siempre con la misma idea, de rescatar lo que veíamos se iba diluyendo en el tiempo, el entonces Teniente Primero Rafael "Punchi" Barreiro, me hizo llegar muchas hojas de

recuerdos sueltos, de episodios que recordaba, de situaciones puntuales dándoles orden cronológico. Resultado de su memoria y de anotaciones que había hecho en una libretita que aún conserva y que me fue haciendo llegar a partir de 1983 cuando intentamos varias veces hacer oír nuestras voces sin lograrlo. Pasaron los años y las urgencias de la profesión y de la familia empezaron a apagar aquellos ardientes deseos de ingresar a la historia. Esos impulsos esporádicos fueron dejando paso a otras urgencias bajo las exigencias del grado y cargo al que íbamos accediendo, aunque nunca perdimos la impronta de Hermanos de la Turba.

La última vez que retomamos la idea fue cuando viajé a Buenos Aires con motivo de cumplir 50 años de mi egreso y lo fui a visitar en su prisión domiciliaria. Lo vi envejecido y enfermo, Cuando hablamos del tema le saqué la promesa que me escribiera algo por si alguna vez me animaba a recordar nuestra historia. Y hasta ahí llegamos. Estábamos reuniendo información para el libro del Regimiento que escribía Scarpinelli, cuando surgió la idea muy embrionaria al principio, de hacer algo similar con la compañía C, pues fueron llegando, como Jefe de Compañía, notas, recuerdos, escritos y pedidos de mis subalternos que daban para plasmarlos en un libro. Pasaron los meses y sobre mis recuerdos, los de "Punchi" Barreiro que en base a los apuntes intercambiados y que se fueron ampliando con recuerdos de otros, empecé a escribir esta breve e intensa historia de la compañía C.

Es muy probable que vean diferencias y hasta contradicciones, pero les pido que sepan entender: la memoria puede fallar y es bueno que expresemos con sinceridad y respeto los diferentes enfoques de la realidad que a cada uno nosotros nos tocó vivir y esto es válido para todos los recuerdos que volcamos en este libro.

En noviembre del 2021 viajé a Curuzú Cuatiá, donde mi Coronel Barreiro cumple su prisión domiciliaria por haber combatido cuando era Subteniente en la "Guerra No Contada o La Guerra Mentida", no sé qué es peor, para coordinar, refrescar viejos apuntes y avanzar en otros, pero lamentablemente me encontré a mi viejo amigo afectado por una dolencia incurable que le impide hilvanar sus recuerdos aún con los viejos apuntes delante. Indudablemente dieciocho años de cárcel le hirieron mucho más que las balas inglesas.

No importa mi Coronel y Amigo, Veterano de dos Guerras, hágame llegar con ayuda de su amada "Fortinera" Patricia y sus cinco maravillosos hijos, lo que guarda en su corazón. Usted es demasiado importante para la Compañía C. La mayoría de sus viejos apuntes serán incluidos como

recuerdos del Teniente Primero Julio Manuel Rafael Barreiro y serán identificados como R. B. Nuestros subalternos y sus mentes más jóvenes vendrán en nuestra ayuda.

Desde Campo de Mayo a Comodoro Rivadavia

En esos días en el país todo el mundo hablaba, hablaba y hablaba. “¡Que no van a venir, que las grandes potencias nos ayudan, que Galtieri era un genio! ¡Que se le van a oxidar los barcos...!”

¡Dios mío! Uno oscilaba entre adherir o tirarse de los pelos según lo que supiera según su grado. En general sí había gran coincidencia en honrar la causa y haber querido estar en el lugar de los que desembarcaron ese 2 de abril. Y la algarabía y festejos de la multitud por Malvinas, no por Galtieri, era genuina.

Imagínense en la Escuela de Guerra. Era un ambiente variopinto donde convivíamos los de las promociones, correspondientes al grado de Capitán, egresadas del Colegio Militar entre 1967 y 1969 de todas las armas además de profesores y auxiliares.

Estábamos los silenciosos, que en general éramos los que habíamos conocido el olor pringoso y rancio del miedo, las movilizaciones, la sangre, la incertidumbre, la cara de la tropa. Esa mezcla de inocencia y de aventura. También estaban los sorprendidos y expectantes que no habían tenido la suerte de conocer esas experiencias y luego estaban los que no conocían otro color que la alfombra roja de los destinos de Buenos Aires.

Se destacaban unos hombres serios que se iban agrupando calladamente. Los Capitanes: Rubén Figueroa, Miguel Ángel Moreno, Emilio Terán, Eduardo Villarroel, Héctor Castiglione, Pedro Lavaysse, Oscar Gómez Segura, Julio Cordero y Oscar Berra, no sonreían, pero un fuego en sus ojos los identificaba, eran los **Comandos. Para ellos toda mi admiración y respeto.**

Así fue que según las listas que leyeron una mañana, supe que debía presentarme en el Regimiento de Infantería 8 “General Bernardo O’Higgins” con asiento en Comodoro Rivadavia.

Recuerdos R. B.

Estando en la Escuela de Inteligencia, conversando con nuestros profesores especulábamos sobre cómo seguiría todo. Dos cosas debo destacar una lección y una locura que así calificué desde entonces a todo lo que estaba pasando.

Teníamos como profesor de la materia Inteligencia, la más importante, a un excelente, brillante y exigente profesor el Teniente Coronel "Quique" Miranda, de Ingenieros, retirado por problemas de salud. Para brevedad no me extenderé en sus cualidades brillantes. Con él era con quien más conversábamos horas y horas... hacíamos comentarios sobre las noticias internacionales, las Naciones Unidas y la Política. Hasta que en un punto el "Quique" luego de dar una opinión certera de que Inglaterra no iba a ceder nos dijo: "Miren, esto que hablamos viene bien para hacer gimnasia mental, pero ya no es el problema de Ustedes, Ustedes se van a ir a la Guerra, va a haber Guerra con lo que tengo a la vista hoy, olvídense de Naciones Unidas, el TIAR y todo eso, ya hablamos de la Historia y ella señala que si no cambian cosas esenciales vamos a los tiros; así que ahora preocúpense por el trabajo que tendrán que hacer... cavar una buena posición, buscar la altura y lo primero, antes que nada: despejar el campo de tiro, todo lo demás no tiene que ver con Ustedes.

Nos reunieron en un aula y el Director nos transmitió lo que le había dicho su Comandante General Santiago Martella nos dijo: "...que al asumir la presidencia el Teniente General Galtieri había visto que la situación del país no era la mejor, que había cierto descontento y errores a corregir y sobre todo faltaba un "Objetivo Nacional" que uniera a todos los argentinos y ese objetivo era la recuperación de las Islas Malvinas."

Nunca se imaginó este Sr General que: "Al comenzar la noche del 11 de junio de 1982 y precedida por una intensa preparación de fuego de artillería y naval, las fuerzas inglesas atacaron la posición de la compañía C del Regimiento de Infantería 4 que ocupaba en Monte Dos Hermanas.

Saltando de cubierta a cubierta en las pausas de la artillería, dirigiendo la acción de sus hombres para permitir el repliegue de otros soldados siguieron resistiendo hasta que varios impactos de una ráfaga de ametralladora alcanzaron el pecho del Jefe de Sección. La misión que se impuso de permitir el repliegue de sus hombres, se había cumplido con el costo de su propia vida. Y allí quedó hundido en el barro, su sangre y su gloria.

El Teniente de Infantería Luis Carlos Martella (Su hijo) cumplió con su deber en las Islas Malvinas y murió con honor a los 24 años, dos días antes de la finalización del conflicto."

Yo lo había conocido a Galtieri en Corrientes en 1974 y allí comenté en un almuerzo que estando ya para irse de retiro en 1973 el Comandante del Ejército le había pedido que se quedara un año más y dijo Fortunato Leopoldo Galtieri: "Y acá estoy, pasando el último año de mi carrera bajo la celeste y blanca y la advocación de la Virgen de Itatí".

No puedo decir que lo trataba mucho, menos que lo conocía, pero era un tipo bonachón, agradable, pero de muy pocas luces, más intuitivo que inteligente, imprudente por su grado y rodeado de obsecuentes. Luego no sólo no pasó a retiro, sino que fue Comandante de Cuerpo en Rosario ya con Videla en la presidencia y, estando en Rosario, hizo una numerosa reunión donde exaltó el valor y la lealtad que significaba el traspaso de la presidencia de Videla a Viola, ¡a quien él luego sacaría de la presidencia entre gallos y medianoche! Vi la locura de este hombre, recordé su comandancia y me parecía muy difícil que hubiera medido bien las cosas que hacía y sus consecuencias. Pero no lo podía decir.

Recuerdos comunes de otros Cuadros

- Sargento Primero **Pedrozo, Domingo Gabriel.**
- Sargento Primero **Chamorro, Ranulfo.**
- Sargento **Siri, Edgardo Luis.**
- Sargento **López, Luis Guillermo.**
- Sargento Primero **Corbalán, Arnaldo.**

En los Institutos, prácticamente movilizaron a todos los alumnos desde el 4 o 6 de abril en adelante. El 6 de abril a media mañana nos reunieron y dieron las Unidades adonde iríamos y nos ordenaron preparar los equipos para ser trasladados a nuestros nuevos destinos previa reunión en la Escuela de Infantería y las de cada arma. A todos les habrá pasado algo parecido, la sorpresa, la urgencia, la falta de equipo. Al estar en Institutos y Escuelas carecíamos de equipo de combate y recurrimos a los conocidos y otros lugares donde teníamos compañeros o amigos que nos dieron todo.

La salida hacia la Escuela del Arma en ese corto tiempo debe haber sido parecida para todos.

Así fue en la mayoría de los casos y reflejaban una sola cosa: "el cumplimiento de la orden y el deseo de ser protagonistas con lo que la Patria reclamaba, sus Islas Malvinas...". También fue común la amargura de los no elegidos y las caras de las madres tomando a sus hijos de la mano mientras veían irse a sus maridos corriendo

a presentarse para el servicio. Quedaban desconcertadas, mudas, lagrimeando y los hijos en su mayoría pequeños solo miraban sin entender mucho. Cierta alivio habremos sentido al encontrarnos ya de nuevo con nuestros camaradas subidos a un micro que partía velozmente hacia el lugar de reunión que era la Escuela de Infantería, para los que estábamos en Buenos Aires.

La Escuela era un hervidero de gente, a los únicos que veíamos bien organizados era a los Comandos de la Compañía 601 que sabían bien qué hacer. El resto nos fuimos reuniendo en las aulas del Dpto. Educación y no recordamos cómo fue que finalmente en un aula llamada "Gral. Belgrano" se juntaron los que íbamos al Regimiento 8. Éramos todos Cuadros (Oficiales y Suboficiales), nos mirábamos a la cara como pidiendo uno al otro que alguien le dijera algo. Había gente de los lugares que nombré antes y se destacaban los Subtenientes y Cabos recién egresados con sus uniformes impecables y sus caras silenciosas, jóvenes que esperaban "órdenes". Así estuvimos todos esperando, mirándonos con incertidumbre y tratando de adivinar la antigüedad de cada uno.

El Capitán Godoy, quien luego sería nuestro Jefe de Compañía C, como más antiguo de los que íbamos a Comodoro Rivadavia, tomó a su cargo a los que íbamos al Regimiento 8, a cada rato iba y venía pues los vuelos o modos de transporte a cada instante cambiaban horarios. Comimos por turno en los comedores de los casinos repletos de hambre.

Era todo un ir y venir de gente, de órdenes y cambios, de versiones y rumores. Por la tarde volvimos a las aulas, algunos se recostaron, otros salieron a fumar, pero predominaba la incertidumbre y el desconcierto, aparecían Coroneles que iban y venían, uno empezaba a leer un papel.

Al rato venía otro con otro papel que modificaba lo anterior.

A la noche ya sabiendo quienes iban a cada lugar nos dieron franco hasta el día 9 de abril a la tarde. Dejamos acomodadas nuestras cosas y los que pudieron se fueron a sus casas, ante la incredulidad de nuestras familias que no habían alcanzado a secar sus lágrimas y llegamos de vuelta. La mayoría se quedó pues no tenían plata o no tenían donde ir.

Llegó el día 9 de abril a la tardecita y nos juntamos de nuevo en el aula y allí poco a poco ya nos íbamos conociendo al menos por la cara.

Nuestro Jefe era el Capitán Godoy, un gran tipo, un montañés de pocas pulgas y que desde entonces trataba con firmeza a cualquier

superior, ora con una pregunta, ora con una observación sobre la orden y empezamos a notar que nos protegía.

Finalmente llegó la orden de trasladarnos a la Base Aérea de El Palomar. Sentados sobre el equipo o el pavimento esperábamos, no veíamos la hora de llegar a “nuestro” lugar para hacer nuestro trabajo, para hacer algo concreto, hasta ese momento todo era un torbellino de ir y venir, de no saber nada, ya empezábamos a sentir esa sensación de ser un paquete, una carga.

Seguía pasando el tiempo y no recuerdo que hora sería cuando nos ordenaron a los que íbamos hacia el Sur que tomáramos el equipo y nos fuimos acercando a un avión inmenso, un Boeing 707 adaptado para transporte de tropas y cargas. Esta adaptación consiste en que se le sacaron los asientos y el piso estaba conformado por planchas de aluminio con esferas que sobresalen apenas de la superficie para hacer rodar la carga. Arriba de ellas se colocaban “pallets”, es decir, otras planchas del mismo tipo que rodaban con facilidad cualquier bulto que se fijara a ellas.

Todo estaba calculado al milímetro según los eficientes Suboficiales de la Fuerza Aérea, que con un gran cansancio nos trataban de acomodar, 32 x 32 hombres por plancha. Claro la cuenta de la carga es fácil de obtener. Es una cuestión de cálculos. El avión carga XX toneladas divididas por el peso de un hombre con equipo de combate y te da como resultado la cantidad de hombres.

La cuenta da el número exacto, que se corresponde con la carga y la carga no se queja. Ahora cuando la carga son personas y si tienen jerarquía no te cuento los “ásperos diálogos” que se escucharon. Vaya a saber cuántos vuelos habían hecho esos sacrificados Suboficiales de Fuerza Aérea y con qué infinita paciencia miraban a esa “quejosa carga”.

Recuerdos R. B.

Primero a la cola para cargar los equipos en la bodega, allí los entregábamos con cariño, allí iban “nuestras” cosas, lo necesario para vivir y nos dio mucha bronca ver cómo los arrojaban al interior de la bodega, la percepción era de desprecio por nuestras cosas... iban allí mezcladas con la manta verde fotos, chocolates, recuerdos pequeños de familia que se arrojaban a una especie de pozo ciego. Íbamos sentados en el piso, apretados, no había lugar para nada más y los de la FAA seguían insistiendo en que nos corriéramos y

amontonáramos más, hubo algún grito de reproche mencionando que no éramos animales... y bueno, así nos acomodamos. Al lado mío iba un Capitán de Inteligencia que formaba parte de esa Unidad de Inteligencia que se creó para Malvinas. Tipo calmo y grandote, de Ingenieros. Me miró y me dijo: “vamos a morir, pero no hay que matarse” y acto seguido sacó un almohadón inflable, lo sopló y se acomodó para dormir.

Recuerdos del Subteniente Aliaga

El 8 de abril los Subtenientes destinados al Regimiento de Infantería 8 (Reuter, Aparicio, Locatelli, Diaz, Ruiz, Salaverri, Machuca, Vega, Seguí y yo) arribamos a la Escuela de Infantería, donde por primera vez tuvimos contacto con los Oficiales y Suboficiales también movilizados a ese regimiento. Cada Unidad se reunió en un aula de la Escuela, reinaba una gran desorganización y total falta de certeza sobre como seguiría la movilización del personal. Se nos otorgó franco y finalmente el día 9 de abril embarcamos con destino a Comodoro Rivadavia.

Lo hicimos en horas de la noche en la Base Aérea del Palomar y nuestra aeronave fue un Boeing 707 de la FAA. EL viaje no fue para nada cómodo, fuimos sentados en el piso de la máquina que fue desprovista de los asientos respectivos. En el vuelo íbamos el personal movilizado a las Brigadas IX y XI.

Recuerdos del Sargento Luis G. López

Mi destino de origen fue la Escuela Superior Técnica, a la cual llegué por razones fortuitas, proveniente del Regimiento de Infantería de Montaña 16 – Uspallata.

Tremendo cambio para un Sargento de Infantería que debía mutar la dura vida de montaña, por un escritorio y expedientes. Siempre recuerdo la observación que a diario me hacían mis superiores “No grite Sargento que no está con la tropa” o el saludo cada vez que me cruzaba con un Superior que me decía: “ya me saludó”, ni hablar de comparar las guardias tranquilas de la Escuela Técnica a las del Regimiento 16.

Cuando tomé conocimiento del desembarco en Malvinas, me alegré y recordé todos mis destinos anteriores, evaluando la experiencia adquirida en la Escuela de Suboficiales. Coincide nuestro curso de Supervivencia en la Isla Mazaruca, con el ataque al Regimiento de

Infantería de Monte 29 (Formosa), lo cual implicó pasar de munición de fogeo a la de guerra.

Hago mención a mi formación en Unidades de combate para explicar mi necesidad y angustia de ir a las Islas. Mientras esperaba fueron convocados a la gesta gran cantidad de Oficiales y solo dos Suboficiales: Sargento Ayudante Enfermero Avelino Vilte y Sargento Retto del Arma de Comunicaciones, pero yo no era tenido en cuenta. El gran interrogante era ¿Por qué yo NO?

Y cuando me llegó la orden, fue tan intempestiva que tuve que presentarme de civil, con zapatos mocasines marrones, camisa Polaris, pantalón wrangler y campera de pluma, esa misma noche en El Palomar y para mi gran sorpresa encuentro al Teniente Primero Botto (había compartido destinos anteriores con él). y antes de darme cuenta volaba a Comodoro Rivadavia!! Otra historia comenzaba en la querida Patagonia, la de los movilizados a la compañía C del Regimiento 8 y nos encontraba eufóricos.

Recuerdos del Sargento Primero Gabriel "Tucho" Pedrozo

Mi historia de Malvinas empieza el 2 de abril, cuando nos convocan a una reunión de cuadros en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral. Regresamos urgente del polígono de tiro y allí ante el Comandante de Institutos Militares nos dicen que vamos a ser movilizados para ir a Malvinas. Nos llevó un par de días, todo pasaba muy rápido, la incertidumbre era total. Hasta que el día 5 de abril a las 1930 nos dieron autorización para ir a despedirnos de nuestras familias.

Solo yo tengo la imagen triste, llorosa de mi gran amor, Amanda, mi "fortinera" sureña, nacida en Comodoro Rivadavia, que todavía me acompaña. Cuando le di la noticia nos abrazamos muy fuertemente y entre sollozos incorporamos en el interminable abrazo a Diego Gabriel de 6 años que se apretaba a su madre y lloraba en silencio como presintiendo que algo andaba mal, en cambio Cintia Vanesa de 3 años, como siempre, saltaba y brincaba en su dulce e inocente alegría. El 9 de Abril a las dos de la mañana nos trasladaron a El Palomar y nos subieron a un avión de la Fuerza Aérea, en calidad de "carga". Había jerarquías de todos los grados. Fue duro.

Esa sensación, esa emoción –quizás con distintos matices– la tuvimos todos. Es como cuando se acaba la música, el desfile, se guarda la bandera y hay que salir; hay que sacar ese pecho y ese orgullo de ser soldado que se hincha ante una marcha militar pero ahora frente al silencio, el desorden y la incertidumbre, hay que poner a la familia y la comodidad como en un cuadro y colgarla

y no hablar de ella sino ante Dios. Muy lindos los juramentos, los discursos, la salida en camiones aplaudidos por la gente, pero de golpe llega el silencio frente a la guerra y hay que silenciar muchas cosas y hacerle frente para tratar de ganar y sobrevivir, pues de ello se trata de sobrevivir y causar bajas al enemigo, ahí en la primera línea es donde caen las bombas, donde atacan los aviones, donde se enfrentan tres cosas inevitables: el frío, el hambre y el miedo y hay que ver si se puede vencerlas. Atrás quedaron los planes, los proyectos, los prolijos papeles de firmas ampulosas y como decía el padre del Capitán Godoy: “Esa flecha que dibujan en una carta en el Estado Mayor alguien la debe caminar”.

Recuerdos del Subteniente Salaverri

Han pasado muchos años para tratar estos recuerdos sin el sesgo o los filtros que pone la mente bajo la consigna de recordar los buenos.

Hoy miro como la actitud venció a la aptitud. Esto que parece un juego de palabras tiene un significado que debería analizarlo un profesional de la psicología conductual. Yo no lo soy, pero si después de muchos años de servicios puedo decir por haberlo vivido, que esos 5 oficiales y 32 suboficiales fueron capaces con su actitud y ejemplo personal de despertar, generar, impulsar, convencer a esos 150 soldados extraños que el amor a la Patria y la vocación de servicio de ellos, los soldados viejos, los convocaba y no podían ser ajenos. Este discurso encendió y rescató lo que cada joven traía de sus humildes hogares o las humildes escuelas y en un ciclo virtuoso se fue reforzando como un credo.

Con esa actitud nueva encararon el desafío hasta lograr suplir las falencias y lograr un conjunto homogéneo de seres diferentes, hasta que conseguimos mucha más aptitud que los medios que teníamos. Ojo, ni pensar en voluntarismos, no teníamos mucho margen de error, a medida que los ingleses negociaban por un lado y atacaban por el otro.

Todas esas causas y circunstancias me llevaron a insistir que la ***singular*** Compañía C tenía suficientes motivos para contar su historia.

Tantos fueron los peculiares episodios vividos por nuestra compañía que merecen un apunte aparte, por eso tratamos de hacerlo. Esperamos que no sea tarde, demasiado tarde.

Llegada de los cuadros a Comodoro Rivadavia

Y bueno, entre una pierna que se amoldaba a un casco, una espalda que resbalaba de las rodillas del de atrás, llegamos a Comodoro Rivadavia, era de noche alrededor de las 0430 horas. Salimos de la cabina iluminada del avión a una noche ventosa con una fría llovizna y pasamos hacia atrás a descargar los bolsones. Todos pensábamos lo mismo ¿cómo encontraríamos cada uno el propio? Simplemente los arrojaban hacia abajo y luego no sé cómo hicimos en la oscuridad para que cada uno encontrara el suyo. Creo que el avión seguía a otros lugares porque muchos quedaron embarcados.

Los del Regimiento 8 tratábamos de mantenernos juntos y nos buscábamos con la mirada. Honestamente, era tal el desorden, la oscuridad, la impavidez cansada de los que nos recibían que contrastaba con los de la FAA en su apuro por seguir que no apagaron ni las luces de aterrizaje. Ellos cumplían su misión.

Nacimiento disperso de la Compañía C

Alguien del Regimiento cansado y con sueño nos esperaba y después de pocas palabras nos subimos a unos camiones y nos llevaron al Fortín Chacabuco que se encuentra a 3 km del aeropuerto. Allí nos dejaron en algún lugar y luego nos dirigimos a los alojamientos donde nos sirvieron mate cocido con leche y pan. El día 10 de abril amanecemos en el cuartel del Regimiento 8. Una histórica Unidad nacida en 1813, que tuvo su bautismo de fuego con el Ejército de Norte en las batallas de la Independencia, el Cruce de los Andes y luego en la guerra contra el Paraguay. De esas épocas viene el nombre de Libertos a sus integrantes porque a los de "colores firmes" les otorgaban la libertad cuando regresaban de las campañas. Muy pocos lo lograron. A medida que íbamos tomando conciencia de donde estábamos, vimos las típicas construcciones de los cuarteles patagónicos, edificios grandes en forma de T con paredes blancas y techos rojos, distanciados unos de otros como si fueran malos vecinos. Álamos típicos con hojas y ramas de un solo lado por el viento y una gran plaza de armas con un mástil que tenía una bandera que parecía de madera por el viento siempre presente. Me imagino lo que debe haber sido ocupar esos espacios e instalaciones en 1935 a 7 kilómetros del pueblo y la civilización.

Esa luminosa mañana, el Mayor Swensen, perteneciente al Comando de Brigada IX nos agrupó en la Plaza de Armas y nos confirmó la noticia que el Regimiento se había ido tres días antes a Malvinas. Luego nos impartió la orden de organizar, equipar e instruir a la Compañía de Infantería C y trasladarla a Bahía Fox, en la Isla Gran Malvina. En ese momento nació nuestra misión. Nos asignaron más Suboficiales del mismo Regimiento 8 y soldados que regresaban movilizados, pues ya habían sido dados de baja y otros que aún permanecían en el cuartel. La mayoría de estos soldados habían quedado para la última baja y ocupaban puestos en tareas de servicios, la minoría había sido capacitada como soldado Instruido en Infantería.



Nuestros subalternos

Siempre a un oficial le asignan Subalternos, para eso se prepara toda la vida, Oficiales, Suboficiales, soldados y a veces en las organizaciones logísticas o en los Comandos le asignan Personal Civil. Dios siempre puso bajo mis órdenes a excepcionales personas a quienes recuerdo y extraño con particular cariño.

Con absoluta seguridad puedo decir de ellos lo que decía André Gave, en El Arte de Mandar editado en 1899:

Además, los hombres valientes y resueltos son siempre altivos, de una altivez incómoda. Como los caballos de fina sangre, están listos para todos los esfuerzos, pero no gustan de las sofrenadas bruscas o torpes, porque tienen la boca sensible. En fin, los espíritus

altivos son en general francos; se avienen difícilmente a hacer su papel en esta comedia de la admiración temerosa que se representa irónicamente en derredor de los jefes que gustan de ella. Tened subalternos ardientes, resueltos, emprendedores y activos; excitad constantemente en ellos esas nobles cualidades, que son fuerzas, y aun esmeraos en conducir las como deben serlo. Perdonad más fácilmente un arranque de mal humor o de altivez antes que una deslealtad cualquiera, una previsión de conciencia o una falta de probidad; excusad un paso en falso cometido en el curso de una acción vigorosa, pero estimulad rudamente a los débiles. Añadid a las fuerzas morales de vuestros subalternos la altivez que da la consideración públicamente reconocida. Tienen derecho a ella, desde luego, por la insignia que cargan.

Así como en las organizaciones civiles lo primero que se nombra es un presidente y un secretario, en las organizaciones militares de nivel táctico se designa un jefe y un encargado de compañía. Normalmente los más antiguos en edad, jerarquía y experiencia. Luego se completan los Cuadros (Oficiales y Suboficiales).

Los Oficiales: fueron Teniente Primero Rafael Barreiro y Jorge Botto y a dos Subtenientes en comisión que, sin terminar de completar sus estudios, recibieron sus estrellitas y las responsabilidades del Oficial, estos fueron Guillermo Aliaga y Diego Salaverri.

También nos asignaron 32 Suboficiales de diferentes jerarquías donde se destacaban Suboficiales superiores y subalternos con un rango de entre 15 y 25 años de servicios. Además, un grupo de jovencísimos Cabos (promedio 18 años de edad) egresados como los Subtenientes, sin completar sus estudios.

Los suboficiales de la Compañía C

- Suboficial Principal **Guzmán, Edmundo***.
- Sargento Primero **Lofaso, Antonio**.
- Sargento Primero **Chamorro, Ranulfo**.
- Sargento Primero **Pedrozo, Domingo G.**
- Sargento **Siri, Edgardo**.
- Sargento **Maldonado, Carlos***.
- Sargento **Lopez, Luis Guillermo**.

- Sargento **Nuñez, Antonio Cesar.**
- Cabo Primero **Sosa, Jose.**
- Cabo Primero **Martinez, Alberto.**
- Cabo Primero **Abalos, Miguel Ángel**
- Cabo Primero **Benitez.**
- Cabo Primero **Nievas*.**
- Cabo Primero **Corvalan, Arnaldo W.**
- Cabo **Acosta, Ricardo A.**
- Cabo **Gomez, Dardo Omar.**
- Cabo **Vasconcelo, Alfredo.**
- Cabo **Pedernera, Juan Carlos.**
- Cabo **Balmaceda, Miguel A.**
- Cabo **Lopez, Juan Carlos.**
- Cabo **Rosales, Geronimo R.**
- Cabo **Fernandez, Carlos.**
- Cabo **Bosetti, Mario.**
- Cabo **Marquez, Julio Cesar.**
- Cabo **Rodriguez, Hector.**
- Cabo **Vera, Jose Angel.**
- Cabo **Sanchez, Juan*.**
- Cabo **Quiroga, Manuel.**
- Cabo **Sosa, Federico Oscar.**
- Cabo **Mamani, Jose F.**
- Cabo **Guanuco, Paulino.**
- Cabo **Olivera, Victor.**

*Pertenecientes al Regimiento de Infantería 8.

Los soldados

La mayoría de los soldados que se incorporan a Unidades Militares en el Sur suelen ser de la provincia de Buenos Aires y otras, como Córdoba. Los demás en general son muchachos de la zona donde está la Unidad Militar. Al principio se notan mucho las diferencias tanto físicas como intelectuales. Los de la llanura son más bien altos de tez blanca, algunos

ciudadinos y otros muy guapos y curtidos por la vida en el campo o en las sierras y normalmente delgados. Los de Córdoba son pícaros, listos, alegres, remolones para el trabajo y dispuestos a festejar, pero cuando hay que poner el cuerpo son aguantadores y dignos herederos de los miles de Veteranos de mil combates y batallas que aportó esa provincia a la Independencia Argentina. La mayoría de los hechos trascendentes de la historia pasaron de ida o de vuelta por Córdoba. Los sureños son más bien bajos, "de colores firmes" y cuerpos fuertes, pelo duro, ojos negros, achinados de mirar sostenido y curtidos por su vida y trabajo en las normalmente duras condiciones que impone el clima patagónico. La diversidad de apellidos de los soldados marca claramente las diferentes corrientes que poblaron la Patagonia en sus áreas nítidamente demarcadas: la costa atlántica generalmente más benigna y por eso más desarrollada; la cordillerana, de clara influencia originaria tanto chilena como argentina con más recursos naturales en cantidad y variedad y la central que es dura, solitaria, ventosa, sin recursos ni desarrollo, solo soledad y silencio.

A pesar de esas diferencias sus hombres son callados, duros, sus ojos negros son penetrantes como tanteando si ese "gringo" merece confianza, desconfiados y a pesar de ello dóciles y muy guapos para cualquier trabajo o misión que se les asigne. Son muy leales y sensibles al ejemplo personal.

Debo confesar que resulta muy difícil reconstruir la lista de los hombres que integraron la Compañía. Será porque estoy viejo o porque han pasado muchos años, demasiados años sin que nadie los recuerde.

Soldados asignados a la Compañía C¹

Este listado carece de la precisión que debería tener, ya que muchos de los soldados llegaron después que la compañía C había ido a las Islas. Algunos quedaron a órdenes del Sargento Siri Edgardo, como custodios del Segundo Comandante de la Brigada y cruzaron a Puerto Argentino en reiteradas oportunidades. Al carecer de órdenes y relación de dependencia

1 En la primera edición se agregó, como Anexo 1, el listado de los soldados de la Compañía C. Posteriormente, con motivo de la preparación de la presente edición, nos llegan, por diversas fuentes, otros listados que no coinciden con el que proporcionado originalmente por el Regimiento de Infantería 8. Ante tal divergencia, se ha preferido no agregar en la presente edición el mencionado listado.

permanecieron en el aeropuerto como cargadores de aviones cuando no operaban como custodios. Otros fueron a Puerto Argentino y sin órdenes claras quedaron sin jefe y sin misión. Otros a medida que iban regresando al cuartel en Comodoro, los enviaban a Puerto Argentino con la idea de que alguien iba a trasladarlos a Bahía Fox y ahí quedaron.

Otros quedaron en Puerto Argentino como custodios de la carga de víveres y munición de la compañía C, con la promesa que en algún momento iban completar el traslado. Algunos de ellos, sufrieron todos los avatares de los defensores de la posición principal hasta que un día un jefe extraño, el Mayor José "Gringo" Bettolli los juntó a todos, conocidos o no, y los organizó como pudo. Les contaré más adelante su increíble historia. Y allá fueron.

El primer soldado que conocí del Regimiento fue un típico cordobés que, con cara de pícaro, poco bronceado, lo que indicaba que era inteligente y que tenía algún puesto al reparo del sol y del viento, de buen tamaño, pelo oscuro cortado en peluquería civil, ojos grandes y que con una amplia sonrisa me preguntó, ¿Buen día mi Capitán necesita un ayudante?

Recuerdo del soldado C/62 Rodríguez, Trejo

Yo tenía 19 años en ese momento cuando me sortean para el servicio militar. Vivía en un pueblo llamado La Calera, en Córdoba con mis padres. El 17 de marzo del año 1981 nos convocaron para presentarnos para el servicio militar y nos juntaron en la Compañía de Comunicaciones 141.

Nos tuvieron todo el día, encerrados ahí, de un lado para otro. No nos ocupaban, pasamos la noche ahí y recuerdo que no nos dejaban ir al baño siquiera y al otro día a la mañana nos fuimos en camiones y nos llevaron al aeropuerto, nos metieron en un avión sin asientos y como hacía mucho calor fuimos todos con remera manga corta. El viaje habrá durado 3 horas aproximadamente, cuando llegamos recuerdo que nos paramos en la puerta del avión y era un descampado inmenso, el día estaba nublado, gris, frío y toda la alegría que teníamos por el viaje se nos acabó en ese momento. Así en un camión nos llevaron al Regimiento 8. Esa misma tarde nos dividen por grupos y a mí me toca la compañía Comando y como yo había hecho mis estudios en una escuela técnica me asignaron la Sección Comunicaciones en la cual hice todo el período del año 1981. Hice cursos manejando radios. Algunas noches nos sabíamos quedar usando las radios tratando de contactarnos con gente de otro lugar del mundo.

La etapa de adiestramiento la pasé dentro de todo bien, comiéndonos algún baile como todos los soldados, tomando frío en la instrucción militar hasta que quedé definitivamente en lo que se denominaba el Centro Fijo que es el lugar en que manejan las comunicaciones hacia adentro y hacia afuera junto con un Subteniente Molteni.

Llegando a fin de año, Molteni es trasladado y paso como asistente del Teniente Kalicinski al cual le ayudaba porque él estaba preparando su curso para ascender a Teniente primero y hacía algunos trabajos en la plana mayor. A finales de enero de 1982 nos mandaron de licencia lo que suponíamos iba a ser la última vez que volvíamos al Regimiento.

A finales del mes de febrero me llega un telegrama diciéndome que el 17 de marzo me tenía que presentar nuevamente en el Regimiento 8, coincidía con la misma fecha en la que me presenté por primera vez. No recuerdo por qué motivo perdí el avión y terminé yendo al Regimiento en ómnibus. Cuando llegué habían hecho una reorganización en el Regimiento ya que habían entrado los soldados nuevos, y a mí me mandaron a la Compañía Servicios sin cambiar de funciones. En esa compañía estuve un mes hasta que la madrugada del 2 de abril nos enteramos de que había comenzado la recuperación de las Malvinas. Todo era alegría y entusiasmo. Ninguno de nosotros pensamos que pasaba algo que iba a cambiar nuestra vida para siempre. Algo raro pasaba en nuestro tranquilo cuartel. Los soldados nuevos que estaban en el campo haciendo instrucción volvieron al día siguiente y todo se puso patas para arriba. Sin preguntarme nada me mandaron a la vieja central telefónica a atender las llamadas del barrio militar y algunos Suboficiales.

A los dos días empecé a ver que se preparaban para ir a algún lado con la tropa nueva y a mí, soldado viejo, que llevaba más de un año manejando las radios, las antenas, las baterías, me dejaban. Estaba como loco y hablé con alguien que no me acuerdo el nombre y me mandaron a la nueva Compañía C donde me encontré con todas caras desconocidas, entre ellas el Capitán Mario Abel Godoy, que lo vi como una figura grande que imponía respeto, imponía miedo. En la entrada de la cuadra había una piecita donde dormían 4 subtenientes, Salaverri, Aliaga, Díaz y no me acuerdo el otro, pero me llamó la atención que fueran a dormir con los soldados. Los días dejaron de tener sucesión, del aeropuerto a cargar aviones; al campo a tirar; a los depósitos y al teléfono para hablar con mi angustiado padre para decirle que todo estaba bien, que lo más probable era que nos quedáramos a cuidar objetivos en la costa.

Recuerdos del soldado C/62 Raúl Gorosito

Nací en un pueblito de la Provincia de Santa Fe llamado Serodino el 17 de abril de 1961 en la casa de mi padre que se llamaba Fidel Dalmacio Gorosito y mi madre Eva Emerenciana Olmos de Gorosito. Soy único hijo y a pesar de eso recibí muy buena educación de mi humilde hogar que era una especie de restaurante en el pueblo donde cocinaba mi madre que era muy buena como cocinera y estudié en la escuela del pueblo hasta 5to grado cuando mis padres decidieron mudarse a Córdoba, donde terminé el secundario en la Escuela José María Bedoya y en marzo del 71 ya mi padre terminó la casita en B° San Vicente y volvieron a abrir el bar comedor hasta el año 2017 en que él murió.

El 10 de marzo del 81 llegamos a Comodoro y nos recibió el frío, el viento y el Mayor Corbalán y me sentía perdido en esa inmensidad hasta que empezamos a ver caras conocidas. Después de vestirnos con ropa vieja fuimos tres meses a hacer instrucción y al terminar fui destinado a la Plana Mayor.

Estando de licencia hasta la baja, porque éramos los últimos de la clase, fuimos convocados y fui a parar a la nueva Compañía C con la que crucé a Malvinas, después de algunos ajustes quedé en el pelotón comando de Compañía junto con el "Chato" Flores y Jorge Jure como estafetas y convivimos con el Jefe de Compañía. Fue una experiencia distinta y compleja, donde el tiempo se arrastraba lentamente o de una manera vertiginosa. Por momentos vivíamos a mil y al rato esperábamos inmóviles en el pozo pidiendo en silencio que el próximo cañonazo cayera en el pozo de al lado sin poder hacer nada mientras el proyectil se arrastraba lentamente por el aire en nuestra dirección. Luego el estallido, luego el silencio y otra vez vuelta a empezar. Todos en el fondo del pozo, sin hablar, mirando sin mirar la cara del Capitán Godoy y del Principal Guzmán. Si ellos estaban bien todos estábamos bien.

Los días pasaban, el frío aumentaba, el hambre también y el no saber que pasaba nos tenía a todos muy, muy locos. Un día vino un Hércules y lo cagamos a tiros. Que locura hubiera sido si lo hubiéramos derribado. Y después recuerdo la jura de la bandera por tercera vez y no tengo ningún diploma.

Recuerdos del soldado C/ 63 Sergio Alberto Gigena

Estimado y recordado "Capitán" Godoy

Primero quiero extender un fuerte y gran abrazo a quien fue mi Jefe de Compañía en Malvinas y la alegría de volver a tener contacto con Ud. luego de 40 años de pasado el conflicto bélico histórico en Malvinas.

Soy el soldado c/63 Sergio Alberto Gigena, tal vez y casi sin dudarlo el único soldado voluntario del RI8 e incorporado a la compañía de Infantería "C". Esto sucedió así porque dado que durante el periodo de instrucción de mi clase y finalizado el mismo, fui distinguido por lo que se me otorgó una Licencia especial a mi lugar de origen o sea Córdoba, debiendo reincorporarme nuevamente al el RI8 a la Compañía Comando a la cual pertenecía el día 02/04.

Cuando me hice presente ese día, me encontré con un panorama inusual desde los movimientos constante de tropas y vehículos hasta la vestimenta y armamento de mis camaradas, desde la Guardia principal me enviaron a la oficina del Jefe de mi Compañía Teniente Primero Vechietti, para presentarme ante él, quien me recibió y explicó la situación en la que estábamos, que los grupos de combate estaban formados y completos que no tenía lugar en la Compañía. Debo destacar, que el Jefe de la Compañía no me habló como a un soldado sino más bien lo hizo, podría decir, en tono paternal, dando por terminada su atención, me envió a mayoría para hablar con la autoridad del Regimiento. Una vez ahí me atendió el Mayor Carlos del Señor Hidalgo Garzón, dándome a conocer casi lo mismo que el Jefe de Compañía agregando que debido a que todos los roles en la Unidad estaban cubiertos, por lo que me invitó a volverme a mi ciudad natal, Córdoba, y que cuando la situación estuviera más clara volviera al Regimiento y regularizar mi situación de revista. Le comuniqué que ante la inminencia de la partida en cualquier momento del Regimiento a Malvinas, mi firme intención de incorporarme a las filas de quienes estaban designados en los distintos roles de combate, recibí como respuesta que si era mi intención quedarme en el Regimiento, no sería tenido en cuenta como integrante del mismo, que así era mi situación y que decidiera yo que quería hacer, repitiéndome que me volviera a Córdoba que era lo mejor. Mi contestación fue: "me quedo, no tengo plata para volver a Córdoba" y que mi lugar era estar allí. La respuesta fue: ¡RETÍRESE DE MI VISTA!. Desde esa realidad hasta el día 06 de abril fecha en que partió el RI8 a Malvinas, camaradas de la Compañía Comando compartían conmigo un lugar para dormir y su comida, la partida de éstos a las Islas, produjo una gran desazón en mi persona, pero a su vez una inyección de porfía y auto convencimiento de que quería y debía ir, tenía que ir, tras la partida a Malvinas, quedaron en Regimiento personal para las guardias y los enfermos, ellos compartieron conmigo su comida y lugar para pernoctar, pues yo, estaba de civil porque no me entregaron ropa de la Fuerza ya que no era tenido en cuenta en las filas del Regimiento. En la semana del día 10/04 llegan a la Unidad un número importante de s/c 62 que habían sido licenciados hasta la baja y por la situación habían

sido reincorporados al servicio, con ellos se forma la Compañía de Infantería C, luego llegan los mandos que estarían a cargo de la misma.

En esos días por alguna cuestión que no viene al caso, soldados de la c/62 no quieren conformar parte de la Compañía "C" por lo que buscaban dentro del personal disponible en el Regimiento soldados para cubrir los roles necesarios, enterándome de esta situación, nuevamente me hice presente en Mayoría volviéndome a atender el Mayor Garzón, le solicité la incorporación a la Compañía "C", luego de tratarme mal e incluso diciéndome impropiedades que no viene al caso reproducirlos me indicó que me presentara a la Compañía para incorporarme. Así lo hice de inmediato y fui incorporado..."

A pesar de algunos hermosos encuentros como los desfiles en Córdoba o el acto de los 200 años del Regimiento, el hecho de no volver a vernos, pero sobre todo la falta de tiempo de conocer a las personas que luego fueron mis soldados durante 70 días en lo formal y la forma en que nos reunimos, nos trasladaron y nos desmembraron de tal modo que es mejor echarle la culpa al tiempo como la razón de que no me acuerde de cada uno de ellos.

Les pido disculpas por no hacerlo, pero el corazón no tiene memoria, solo hay lugar para los sentimientos, que a veces como caricias en el alma que nos da Dios se hacen presentes como ayer, 30 de junio de 2021 en una llamada telefónica desde la casa del soldado Raúl Allende que junto a sus camaradas VGM García, Gorosito, Marini y otros, habían terminado de comer un cabrito y no sé cuántos vinos y decidieron hablar conmigo. Eran unos cuantos que cantaban y todos querían hablar con ese recuerdo querido que es su Capitán.

Difícilmente se acuerden de mi cara y tal vez no lo merezca, pero estoy seguro que todos los soldados que fueron a Malvinas atesoran en sus recuerdos más queridos a los Oficiales y Suboficiales que los acompañaron siempre y algunos de ellos cayeron heridos o murieron en sus brazos.

El caso de nuestra Compañía es notable. La mayoría de nosotros no tuvimos ninguna acción heroica ni nada que se le parezca en Bahía Fox. La Gloria nos pasó por un costado, hasta algunos dicen que no entramos en combate, cosa que habría que sentarse a conversar. Solo cumplimos nuestra misión como pudimos con lo que tuvimos. Pero hubo un tercio de la Compañía que protagonizó acciones dignas de la mayor admiración y respeto.

*Muchos como nosotros no entregamos la vida a la Patria, pero **la pusimos a su disposición**, sin pedir nada a cambio. ¿Alguien se preguntó alguna vez porque trascendimos en la memoria de esos hombres que después de 40 años nos nombran con cariño?*

Recuerdos R. B.

Sólo recuerdo pocos nombres por ejemplo el soldado clase 62 Jure, a quienes mis hijos visitaron este año en Córdoba y que después de la Guerra viajó desde Morrison, donde vive, hasta Rio Cuarto a visitar a mi suegro, Montoya el radioperador que era de Comodoro, un tipo rápido, guapo, ágil, bien dispuesto a todo. La mayoría eran de Chubut, bien nativos, silenciosos, inescrutables, con nombres de la zona. Algunos cordobeses que eran más accesibles, más pícaros y rápidos. Pero sólo puedo decir, al margen de lo que cada uno tenga en su corazón y recuerdos, que respondieron muy bien. Aguantaron de todo. Las privaciones, la mugre, el hambre, los bombardeos, los retos, las puteadas, todo soportaron y sólo los que estuvieron allá en esa otra cara de la guerra que fue la Gran Malvina "pueden recordar y comprender, lo que es muy difícil describir".

Así con ese conjunto de personas de diferentes destinos, se inició la "organización" de la Compañía C. Teníamos una cuadra a la que iban llegando soldados clase 62, movilizados, ya expliqué por qué y seguramente lo volveré a repetir. Y también reuníamos a los que habían quedado en el cuartel. Poco a poco íbamos tomando forma y lográbamos mantenernos reunidos durante el día. Los cuadros (oficiales y suboficiales) comíamos y dormíamos en los casinos o en la cuadra con los soldados.

Asumo la responsabilidad de no recordar quiénes fueron esos hombres que, en los papeles, que alguien escribió, deberían haber estado bajo mi mando. Me siento en deuda con ellos. Yo no sé quiénes fueron, ellos si lo saben y me recuerdan y con cariño muchas veces me sorprenden con la clásica pregunta:

– *¿Se acuerda de mí, mi Capitán?–*

Y les digo que no. Que han cambiado, que ahora son hombres grandes y yo estoy viejo...

Pero esa no es la verdad. Y creo que nos pasó a todos los movilizados o por lo menos a la mayoría que conozco. No los recordamos porque ellos eran soldados del Regimiento 8 y nosotros no lo éramos. Transitoriamente pertenecemos a esa Gloriosa Unidad cargada de historia.

Pero terminada nuestra misión, en nuestra condición de movilizados, dejamos de pertenecer a la organización y nos tuvimos que ir..., tuvimos que regresar, volver a nuestros destinos.

Nuestra historia tomó otro camino, la distancia y el tiempo empezaron a minar los recuerdos ya que no quedó nadie para contarlos y así después de más de 30 años se empezó a conocer la historia del Subteniente Aliaga y su tercera Sección gracias al Coronel Scarpinelli y su libro. En 2021/22 se conocerán historias que los rescatarán del olvido. Ya era hora.

Se olvidaron de nosotros porque estaban viviendo su propio infierno, ni medallas, ni diplomas, ni recuerdos, la vida siguió su endemoniado ritmo. Y ahí fuimos.

La Compañía C desapareció, al no existir más la Organización para el Combate. Volvió a ser un dibujito en un papel, con una "M" al lado. Si no hay combate no hay ni Capitán, ni Oficiales ni Suboficiales y los soldados se fueron para siempre de su Regimiento que ni siquiera guardó las listas y nosotros tampoco. Ha pasado mucho tiempo, demasiado tal vez. Pese a ello se agregan sus nombres en el Anexo 1. El Encargado de Compañía, el Suboficial Principal Edmundo Augusto "Tino" Guzmán, del mismo Regimiento 8, oriundo de Córdoba, fue el hombre que ocupó el difícilísimo puesto en donde se articulan las ordenes, el que colabora para transformar las ideas del Capitán en acción, en transpiración.

Guzmán tenía 47 años, no muy alto, cuerpo bien formado, de colores firmes, pelo entrecano, "ñato", voz ronca y gastada, ojos vivaces y pícaros y una cara llena de arrugas. Esas marcas de la vida reflejaban las huellas indelebles que le dejó la profesión en la cara y en el alma por haber conocido la locura y la muerte cuando le tocó frenar, como Cabo Primero Jefe de Puesto adelantado de la guardia del Batallón Viejo Bueno, el irracional ataque de 400 integrantes del ERP, que a pie y en vehículos se lanzaron sobre la unidad logística en la noche de Navidad del año 1975, cuando quisieron robar 13 toneladas de armas.

También sus arrugas mostraban sus saltos comandados de Campeón de Paracaidismo Militar. Pero su cara estaba arrugada porque siempre sonreía. Siempre. Su voz ronca hablaba de muchísimas horas de instruir a la tropa, hablar con los Suboficiales y "aconsejar" al joven oficial que lo escuchaba y que tenía tanto que aprender.

Su voz y sus ojos también mostraban sus infinitas noches de guardia, de vinos de camaradería y amigos que en todos los rincones del cuartel lo saludaban con mucho cariño. "Hola Tino Querido" resonaba en las cuadras vacías, en los depósitos oscuros y en cuanto lugar se metía para conseguir ese imposible para organizar la compañía C. Con una gran experiencia de cuartel, de saber manejar y conocer a la gente y un "estaño" de la vida envidiable.

Cuando me equivocaba o tomaba una decisión que no le gustaba me decía: "Lo voy a sacar de un error mi capitán..." Durante la campaña era el "solucionador", dentro de la situación que vivíamos.

Guzmán fue asesinado en un asalto en La Plata. Lloré, como muchos, su injusta muerte. Así no deberían morir los héroes. Me comprometo por las memorias del Suboficial Mayor Guzmán y del soldado Raúl Allende que mientras pueda buscaré uno por uno a los VGM de la Compañía C para que puedan escribir su historia en las páginas de este libro o de otras ediciones.



Edmundo A. Guzmán.

Capítulo 2: *Los movilizados*

En este capítulo relataré las experiencias que vivimos los hombres que fuimos y permanecemos en las Islas Malvinas, civiles, militares y eclesiásticos, integrando la Organización para el Combate del Regimiento 8 de Infantería “General Bernardo O’Higgins” de Comodoro Rivadavia.

Conceptos y reflexiones

Hay en mi interior dos ideas que me motivaron para contar esta historia. Una es rescatar la memoria de los anónimos movilizados de la compañía C y la otra explicar el impacto de la logística en nuestra experiencia. Para ello recurrí a los conocimientos de haber vivido a lo largo del ejercicio de mi profesión, en diferentes destinos, relacionados con la función logística y con la integración de organizaciones movilizadas.

En la movilización del Ejército Argentino, la logística es esencial. Sin exagerar diría que una vez llegado el personal y sus complejidades, es ella la que hace que esa compañía o regimiento sea lo que deba ser, la viste, la sana, le da de comer, la transporta, le da el transporte y el armamento, etc. Recién ahí puede instruirse y prepararse para el combate.

Comprendí la importancia de la Logística, cuando el Sr. Jefe de Regimiento de Montaña 11 Teniente Coronel Enrique Bonifacino, preguntó quién era el oficial más experimentado en la Montaña a lo que respondí orgulloso: “Ordene mi Teniente Coronel” y me designó como jefe de la Compañía Servicios. Cuando le pregunté entre sorprendido y mortificado, porque lo había hecho, me contestó que quería tener transporte, comida, munición, veterinaria y sanidad, en cualquier altura de la montaña que tuviera que operar y para eso necesitaba a un hombre experimentado en ella.

La otra experiencia fue la de verme repetidamente forzado a insertarme en una organización militar diferente a la que prestaba servicios en ese momento, por orden superior, en el marco de una disposición que involucraba un gran movimiento de cuadros (Oficiales y Suboficiales) y tropas, en plazos normalmente perentorios, para crearla o completarla lo que técnicamente significa ser movilizado

Nunca me imaginé que la vida me iba a poner en un teatro de guerra insular, ya les conté que soy montañés, en una unidad movilizada y como protagonista de un caos logístico que impactó negativamente en el Teatro de Operaciones eminentemente naval y en forma directa en la Compañía de Infantería C, puesta bajo mi responsabilidad. Vale aclarar que las organizaciones, por lo menos las que pertenecen al Ejército Argentino, tienen una conformación "para la paz" y otra "para la guerra". El marco legal se relaciona con las leyes nacionales que fijan el empleo de los recursos humanos y materiales que decide el poder político para comprometer el esfuerzo bélico de la Nación. La ley que estaba en vigencia en 1982 era la de Defensa Nacional N° 16. 970 del 16 de octubre de 1966.

No me cabe duda que las autoridades del proceso la ignoraron como tantas otras cosas. Recién se modificó esa ley en 1988 y se reglamentó en 2006. Así fueron evolucionando los documentos del Poder Ejecutivo y otras normas dictadas durante esos años. En el 2018 se derogan esos instrumentos del 2006. Posteriormente, en junio del 2020, se restablecen los decretos del 2006 y 2009.

¿Qué tiene que ver este análisis con la Compañía de Infantería C? Al estudiar la evolución del pensamiento político y de los tiempos transcurridos entre esta ley y su reglamentación, me da mucho miedo que, en el futuro, la historia se repita y otras compañías vuelvan a vivir nuestras duras experiencias. Ojalá esté equivocado.

Volviendo a los tipos de organización, decíamos que la primera de ellas, es decir la de "paz", tiene una distribución geográfica amplia, con una permanencia relativamente estable, que va acompañando la evolución del despliegue de la Estrategia Militar como respuesta a las demandas de la Política de Defensa, para satisfacer los requerimientos de la conducción política. No ignoro que el contexto de nuestra situación, era un gobierno de facto que agonizaba en su fracaso y que utilizó, la Sagrada Sangre de sus soldados en el estertor de su caída.

La permanencia casi sin límite en una zona geográfica, con sus características climáticas, la presencia de familias, los esfuerzos compartidos y la carga

histórica de la Unidad, crean un fuerte sentido de pertenencia e identificación entre sus miembros y la comunidad civil que los contiene, a la que en muchos casos, las organizaciones militares, contribuyeron en su fundación y progreso; así se forma un entramado de relaciones interpersonales que en general son armónicas y perduran en el tiempo al haber compartido el conocimiento personal y la confianza profesional.

En esos establecimientos estables, sus Oficiales y Suboficiales (Cuadros) que componían la organización militar tenían una rotación bastante dinámica. Normalmente los Suboficiales permanecían un período prolongado y los oficiales generalmente no superaban los 3 años. Salvo excepciones, los soldados permanecían alrededor de un año.

¿Pero qué pasa cuando a un soldado profesional lo movilizan a otro lugar desde esa Unidad ya conformada? Debe adaptarse, debe integrarse, se siente un desconocido, recurre a quienes conoce del Colegio Militar o de la Escuela de Suboficiales, pero siempre hay una especie de sensación extraña de ser bicho de otro lado que lo envuelve. Eso no es permanente, pero lleva su tiempo superarlo, requiere reciprocidad de ambas partes y nuestra querida Compañía C tuvo que batir récords de tiempo para integrarse al Regimiento de Infantería 8 y éste también. Entiendo que en el 82 hubo muchos movilizados de todas las armas y servicios, pero de eso hablaremos otro día.

En tiempo de paz las organizaciones militares de diferente nivel, se conformaban, en general, en forma disminuida en personas y medios. El documento que regía esa entidad era el llamado "Cuadro de Organización" (CO) y eran en resumen unas planillas donde iba a la izquierda en la primera columna el cargo y luego en diversos casilleros los requisitos que esa persona debía cumplir, el grado, la especialidad, la subunidad o compañía donde revistaría y estaría su equipo y el armamento que llevaría, un breve e , incompleto ejemplo, sólo para que se entienda mejor. Vayamos al segundo tema de esta planilla: en muchos casos hay puestos y su correspondiente equipo, armamento y especialización del hombre a cubrirlo que figura con una "M", es decir, a movilizar. Esa "M" figura en todos los casilleros de una compañía. Por ejemplo. Si un Regimiento o Unidad tiene en tiempo de paz dos compañías de Infantería y por el Cuadro de Organización debería tener tres, la faltante –como fue nuestro caso– figura en todos sus casilleros con la "M".

Compañía comando

Cargo	Grado	Especialidad	Arma
Jefe	Capitán	Infantería	Pistola
Sección Tiradores	Teniente	Infantería	Fusil
Sección Apoyo	Teniente Primero	Infantería	Pistola
Sección Comunicaciones (M)	Teniente	Comunicaciones	Pistola

Así vemos que como en una especie de fantasía gráfica o ideal, se cubren o solucionan los problemas de lo faltante en los papeles, pero cuando llega la realidad todo cambia. Por ejemplo, cuando en la movilización de 1978, por el problema del canal de Beagle, primero se completaron los materiales y equipo y luego se movilizó al personal. Así se armaron regimientos completos, algunos con fusiles Máuser, otros con Fusiles Automáticos Livianos, pero hubo tiempo y previsión.

Finalizado el conflicto, los depósitos de movilización, donde se debió guardar bajo cuatro llaves todo el material, se fueron desguazando poco a poco y terminaron vacíos. Porque las provisiones de armas y equipos correspondientes a los años 79 a 81 no se proveyeron, y como que no llegaban por falta de presupuesto o se redujeron por el uso, y así llegamos a 1982 casi sin nada en ellos.

Vemos entonces que la movilización tiene un factor material que es **logístico** y su principio fundamental es la previsión. Pero ésta, abarca al factor humano que también está íntimamente relacionado con ella, que es la que posteriormente permitirá la integración de la gente nueva al lugar donde la envían, el interactuar con los que ya estaban, el acostumbrarse al clima, el soportar el estar como caído del cielo. Es de suma importancia la **adecuada selección** de quien va a cada lugar, si se tiene en la reserva a un soldado que prestó servicios en un regimiento de monte como apuntador de ametralladora debe regresar allí, es lo lógico, lo simple y solo basta un buen registro de cómo, al ser dado de baja se lo pasó a la reserva. Bueno esto no ocurrió.

Cuando los componentes de la movilización comprenden otras armas por ejemplo Artillería o Caballería es mucho más complejo y que decir si esa integración debe hacerse con otra Fuerza Armada.

Si pudiéramos trazar un paralelo medio forzado, podríamos decir que es como poder medir la distancia entre los sueños y la realidad. Esta diferencia entre las dos organizaciones solo se puede acortar o darle chance para disminuirla solamente con la **previsión**, con la anticipación de las necesidades de recursos humanos y materiales.

En experiencias anteriores que ya he mencionado, tanto en el 75 por Tucumán, como en el 78 por el Beagle, los criterios de movilización fueron diametralmente distintos. Simplificando puedo decir que en el 75 la decisión del Poder Político Constitucional, fue progresiva y empeñó en el esfuerzo a los recursos nacionales a medida que los otros fracasaban.

A partir del año 76 en que se usurpa el poder político por parte de las de facto, la conducción de la confrontación armada y el esfuerzo nacional ingresan en un modo de ejecución que escapa al análisis de este libro. Sin embargo, en el conflicto del 78, la movilización se inició con no menos de 12 meses o más de anticipación a medida que la diplomacia fracasaba. Esta incluyó la organización e instrucción de las Unidades (los soldados tuvieron por los menos 10 meses de instrucción) y el completamiento de las previsiones para su equipamiento y transporte fue progresivo.

A modo de ejemplo del apoyo integral que necesita una movilización, puedo contarles que el Regimiento 11 de Infantería con sus más de 1000 hombres y 500 mulas de transporte y carga se desplazó desde Tupungato a Tunuyán en vehículos propios. Desde ese lugar se inició un desplazamiento en tres formaciones de trenes que con espacios de 6 horas cada una nos desplazamos de Tunuyán a Bahía Blanca pasando por San Luis, La Pampa y Tandil hasta llegar a Bahía donde se descargaron los animales en corrales preparados para tal fin donde se les dio agua y forraje y luego por una única vía llegamos a Zapala. Vayan mis más cálidos y respetuosos recuerdos para esos hombres de Ferrocarriles Argentinos por su sacrificado y eficiente trabajo.

En el litoral, recuerda un miembro de la compañía C, se formaron regimientos completos instalados en Escuelas o Instalaciones provinciales, otros sencillamente en carpas y aunque venían de muchos lugares diferentes tuvieron tiempo para organizarse, equiparse, instruirse y conocerse adquiriendo un sentimiento de pertenencia que no les hacía extrañar el lugar de donde habían venido.

Es un tema complejo, no suficientemente comprendido y peor ejecutado en el año 82, quizás de simple explicación, El que está en el cargo relativo a la movilización, normalmente no es un referente importante, carece de

recursos y sólo maneja papeles y listas. Si mal no recuerdo en 1982 en el Ejército se llamaba "Reclutamiento y Movilización". Así que a la hora de "mandar gente" en 1982 sólo atinó a cubrir lugares con listas, con una improvisación reprochable. Y allá fuimos.

La movilización es un proceso que se inicia con una decisión en el más alto nivel del planeamiento y de la conducción política, como ya dijimos, y se materializa en una Directiva Estratégica Militar (DEMIL) 1/82 (Caso Malvinas) y una sucesión de órdenes que bajan a los diferentes niveles de ejecución, los recursos humanos y materiales que se involucrarán en su cumplimiento que, en el caso de la compañía C, significó que los Oficiales y Suboficiales designados iniciaran su desplazamiento desde Buenos Aires a Comodoro Rivadavia. Y ahí nace el problema y la compleja ejecución. Cuando llegamos a los niveles de táctica inferior, es decir cuando la organización es de nivel Regimiento o similar, nos encontraremos con graves dificultades en su instrumentación, sobre todo cuando la movilización no fue prevista o se desarrolla cuando las operaciones bélicas ya se han iniciado o están en sus prolegómenos.

Una Unidad táctica, un regimiento o similar, es una organización viva, dinámica, conformada por personas que construyen a lo largo de diferentes tiempos de convivencia, sentimientos de pertenencia e identificación, que a lo largo de los años trascienden las jerarquías y desarrollan verdaderos vínculos de amistad que complementan y siempre superan lo profesional.

El movilizado es un extraño, conocido por algunos cuadros de anteriores destinos a esa organización. De nada vale su experiencia y jerarquía. Viene para cumplir la tarea que le den en la más pura expresión de obediencia y subordinación a superiores y con subalternos desconocidos, que lo "injertan" a la fuerza en organizaciones ya conformadas, asignándoles puestos que desconoce o ya están ocupados y lo fuerzan a asumir funciones que no se corresponden con su jerarquía, desperdiciando conocimientos y experiencias. Y ahí va.

Luego de la guerra, si el movilizado quedó vivo o herido, como el soldado Raúl Allende de la 3ra Sección de la compañía C y del cual ya hablaremos, recibirá demostraciones esporádicas de reconocimiento y si vuelve muerto o no vuelve, tendrá la pertenencia definitiva de los Héroes que murieron por la Patria. Ellos llegarán a la Gloria.

Los demás, en su gran mayoría, los que no tuvimos la oportunidad de demostrar nuestra valentía en el combate, viviremos en el olvido que genera la vorágine de la vida diaria, en un contexto de ingratitud general,

que nuestro país ha mantenido siempre con sus ex combatientes, a lo largo de su historia, ya que normalmente se los termina identificando con las ideas políticas que originaron las acciones bélicas.

Vale reconocer que en los últimos años ese olvido que fue forzado por la ideología y ejecutado por la política, se está revirtiendo y la verdad se va abriendo camino.

Cualquier duda que origine este comentario se puede contestar preguntando por qué el más **Grande de los Ex Combatientes de nuestra Patria, el General José de San Martín**, y tantos otros que por defenderla terminaron en el olvido, exiliados, fusilados o en una cárcel. Para ellos hasta se modificaron las leyes o malinterpretándolas o fabricando testigos o alterando las pruebas, se usó el poder de la difamación y la mentira. Y ahí están, agonizando o muriendo en prisión.

Hablando de ingratitud, el regreso del Padre de la Patria por el paso del Portillo nos trae a la memoria, su amargura y soledad. Allí a la sombra de un bosquillo de manzanos mientras tomaba mate de café que le servía su fiel "hijo" el Coronel Manuel de Olazábal, iba quemando las cartas que le habían enviado sus amigos avisándole que no ingrese a su amada Mendoza porque Rivadavia le había mandado matar. Así se inicia el largo ostracismo que materializó en 1824 cuando parte con su hija para Europa y que en 1829 en el barco inglés "Countes of Chichester" intentó terminarlo, volviendo a su Patria y otra vez debe regresar a la soledad y al olvido para no volver.

Vigentes y sabias fueron las palabras del Presidente de la Nación Dr. Nicolás Avellaneda que expresara en oportunidad de recibir sus inmortales restos en mayo de 1880 ***"Los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden la conciencia de sus destinos y los que se apoyan en sus tumbas gloriosas son los que mejor preparan su porvenir"***.

Como casi siempre los responsables de emplear las fuerzas militares en las guerras no son los militares, si no las motivaciones políticas, económicas o religiosas u otras. Como tampoco les pertenecen las victorias y sus consecuencias o sus beneficios. No así las derrotas ya que los mismos políticos que los mandan a luchar difícilmente se hagan cargo de ella y los terminan acusando o juzgando y mandando a sus protagonistas al olvido lo más rápido posible, al igual que el descrédito o desvalorización de sus motivaciones.

Soy consciente que en el 82 la ilegitimidad del gobierno que nos mandó a la guerra cayó en la ilegalidad que justificó la intervención armada de

Inglaterra, por un lado, y por otro eran los responsables de haber usurpado el poder político con lo que también lo fueron de los graves errores de la conducción del uso de las FFAA. En ese estado de cosas parece imposible aplicar los conceptos del Arte de Mandar que, a pesar del tiempo y la evolución del pensamiento, mantienen vigencia y nos marca con preclara inteligencia que lejos estábamos de ese pensamiento en 1982.

A la inversa, la intromisión de los políticos en los asuntos del Ejército acarrea inevitablemente la destrucción de los principios de la fuerza. El Ejército no es responsable ni de los móviles de la lucha, ni de la declaración de guerra, ni de las consecuencias de la victoria; pero no por ellos es un ser irresponsable, lo que equivaldría a decir inmoral. Él es responsable del acto de fuerza propiamente dicho, de la energía con que ejecuta, del honor, de la lealtad, de la humanidad con que procede. El Ejército no es, pues, irresponsable e inmoral; tiene una responsabilidad moral limitada al ejercicio de su función. El Ejército no es forzosamente responsable de la derrota. La guerra es incierta y el enemigo puede ser superior en fuerzas. Además, es raro que se deje al Ejército disponer el mismo de su organización. Es otro órgano, el órgano directivo gubernamental, quien lo aumenta, lo disminuye o modifica según sus propias inspiraciones; y ese mismo órgano directivo es quien escoge sus jefes de mayor jerarquía. Él es también quien, con demasiada frecuencia, impone ciertas disposiciones estratégicas. En tales condiciones, es justo que los políticos carguen con la responsabilidad de las derrotas originadas por vicios de organización, por la incapacidad del jefe designado, o por las faltas de plan de concentración y de las directivas estratégicas.

Cuando se refiere al poder político, sabemos que ese año estaba en manos de tres caprichosos y soberbios personajes.

No es aquí donde voy a contar la amarga experiencia que vivimos los movilizados que peleamos en un lugar extraño, sin pertenencia a la organización, sin preparación, derrotados sin pelear y finalmente acusados de no haberlo hecho o hacerlo mal y finalmente juzgados en tribunales militares y civiles, no siendo esa la causa de nuestro gran dolor sino la desacreditación ignominiosa de nuestro desempeño hasta que nuestro contrincante empezó a contar su historia y a partir de ahí es como empieza a surgir la verdad con fuerza arrolladora.

Sin embargo, las acciones de desprestigio siguen incansablemente con falsas denuncias sobre supuestas violaciones a los Derechos Humanos. El factor humano, complejo y tantas veces subjetivo condiciona las relaciones

que se van tejiendo entre los movilizados, sobre todo cuando se trata de organizaciones de nivel táctico hacia niveles más complejos e impersonales.

Es vital y fundamental, pues se parte de un conocimiento casi nulo y en poco tiempo, como fue Malvinas deben conocerse, tratarse, acomodarse e insertar sus relaciones en esa reciprocidad de lealtad del mando-obediencia.



Única imagen de la Compañía C. (Gentileza Dr. Amendolara).

A veces puede decirse que falta establecer “confianza” y no deja de ser cierto. Es difícil de explicar en organizaciones de más de ciento cincuenta hombres que no se conocen ni de nombre al principio y que necesitan de un tiempo del que no disponen. Y ahí van.

Y todo eso, los hombres de la compañía C tuvieron que construirlo en tiempo récord. En realidad, no hubo actos de indisciplina graves, salvo algunos hechos tragicómicos y poco a poco esa lealtad y confianza entre superior y subalterno se fue tejiendo a través de diálogos interrumpidos por alarmas o ataques, otras por no tener que decir, pero –a decir verdad– como me dijo el excelente logístico del Regimiento 8 el Teniente Primero Giglio, *“a Ustedes los hizo fuertes la adversidad, se tuvieron que arreglar casi solos”*.

Para cerrar este tema que es muy complejo y que merece una investigación mucho más profunda, voy a recurrir a una expresión de las Legiones del Imperio Romano

Una antigua expresión cuyo origen es difuso. Se repite en miles de sitios sin referencia a su autor, en sus banderas y escudos. Sin embargo, en la excelente página heráldica www.blason.es, se atribuye a Gayo Valerio Cátulo.



La victoria ama la preparación.

¿Por qué nos eligieron?

Creo que puede haber varias respuestas, una de ellas, amable, cierta y ya dicha: se completaron los números con nombres sin mayores análisis y nos tocó la suerte de ir a Malvinas y poder regresar.

A los "Cabos en comisión", (aquellos que no completaron sus estudios y fueron designados con el grado para realizar una tarea temporaria), mayores de 18 años los mandaron a las unidades del sur, al resto los mandaron a destinos no bélicos porque eran menores de edad. El único análisis probable que habrían hecho.

Sin comprender porque me eligieron, pero orgulloso de la elección, inicié el cumplimiento de la orden. Junto a los Capitanes de Infantería José María De Feliú; José Máximo Ugozzoli y Juan Carlos Peretti y con destino al Batallón Logístico 9 el Capitán Hugo Mario Merlez, que indicaba que debíamos viajar a Comodoro Rivadavia, desde la Escuela Superior de Guerra. Los movilizados, todos, por razones que trataremos de explicar, vivimos una extraña experiencia intensamente y luego volvimos a nuestros destinos y a nuestros hogares cumpliendo órdenes. Y ahí fuimos.

Los hombres que nos recibieron en el Regimiento 8, tanto los de planificación como los de ejecución, nos miraron con extrañeza cuando llegamos y cuando nos fuimos habrán respirado aliviados para poder enfrentar su propio infierno del regreso sin gloria. Fueron muy nobles y amables con nosotros algunos de ellos, pero fuimos un problema que ninguno de los que pisó Bahía Fox puede negar.

Al salir de Comodoro empezó el inexplicable “desguace”. Nos quitaron 5 Suboficiales y 10 soldados de la Sección morteros, que como nos faltaba una pieza los mandamos a ellos. Cuando salíamos de Puerto Argentino hacia Fox, sin saber que iban rumbo a la Gloria, se fue la Sección del Subteniente Aliaga, ya en Bahía Fox el Teniente Primero Botto, fue llevado a trabajar con la Plana Mayor y sus morteros se perdieron. Más adelante contaré que toda la carga de la Compañía quedó en Puerto Argentino a cargo del Cabo Vasconcelos y cinco soldados que terminaron combatiendo en primera línea. Al llegar a Bahía Fox Oeste sentimos que al fin llegamos a donde debíamos ir, atrás quedaban los problemas, las contraórdenes, las dudas. Llegamos un día de buen tiempo, poco viento y poco frío, buena claridad, unas toninas saltando en la Bahía.

Extrañamente durante los días de preparación desde el 9 al 22 no recibimos ninguna orden directa de la Jefatura del Regimiento. ¿Sabían o no sabían en la Jefatura del Regimiento que íbamos o no íbamos y en qué condiciones? En ese entonces no lo sabíamos. Casi cuarenta años después nos dijeron que si sabían y que se preguntaban si llevábamos abastecimientos y munición. Todo quedó en Puerto Argentino; y así se cumplió lo que le habíamos adelantado en aquella áspera charla con el Segundo. Comandante de la Brigada IX en Comodoro Rivadavia: No debíamos cruzar y crear un problema logístico más al Regimiento.

Capítulo 3: *Organizar, equipar e instruir*

Organizar

Una vez que se designó al personal de Cuadros y su distribución tentativa, nos repartimos las diferentes tareas. Como Jefe de Compañía fui dando órdenes para su organización en un contexto que era todo lo contrario, ya que el Fortín Chacabuco se había transformado en lugar de reunión de Unidades de todo tipo por su proximidad al aeropuerto o como punto de reabastecimiento a otras organizaciones que seguían rumbo al Sur o al Este o al Oeste.

Así transcurrió, el nacimiento de nuestra Compañía en un lapso entre 9 de abril en que partimos de "El Palomar" y el 21 que voló el primer escalón a Malvinas.

Mientras estuvimos en Comodoro los días parecían eternos por la cantidad de tareas y cosas por hacer, pero fueron apenas 11 días "exagerando" y si descontamos el día de la llegada y el de la partida que se llevaron 48 horas, sólo en 9 días, tuvimos que, como dice la doctrina: "Organizar, equipar e instruir".

Obviamente, hicimos lo mejor que pudimos, pero mucho de ello fue superficial "fue atado con alambre" que es lo mismo que la viveza criolla: "No sirven absolutamente para nada". Éramos más de ciento cincuenta personas, todas obedientes y a ninguna le "tembló la pera" por ir a Malvinas al margen de las peleas en Comodoro Rivadavia por el tema logístico, en Bahía Fox ya se estaban preguntando qué harían con nosotros, y si llevaríamos víveres y munición.

Poco a poco fueron llegando los soldados de la clase 62 e integrándose con los que permanecían en el cuartel, a esta organización incipiente que era la Compañía C en un marco de un gran desorden que era ese cuartel

abarrotado de gente, armas y equipos. Gracias a la calidad y experiencia de los Oficiales y Suboficiales asignados que recibían a esas personas desconocidas vestidas de civil, con sus ojos grandes que miraban a estos desconocidos que eran sus nuevos jefes, a medida que pasaban los días el impacto y las dudas fueron menguando.

Con la inestimable experiencia y colaboración del "Tino" Guzmán nos ocupábamos casi todo el día en conseguir elementos, material y todo lo que necesitábamos en un peregrinaje interno y externo que no siempre era exitoso. Así empezamos a desarrollar la organización con el apoyo de Barreiro, y la colaboración y entusiasmo de Salaverri y Aliaga.

En muchos aspectos este ejercicio de la memoria de los hechos, puede crear la sensación que los que cruzaron el 6 de abril se llevaron todo, hasta lo que lo que no se debían llevar. Y en cierto modo es así y yo hubiera hecho lo mismo. Porque nadie les dijo o no creían posible que se iba a movilizar una compañía y segundo por una razón muy obvia.

Los cuadros de organización asignan al personal y a sus roles de combate todos los detalles de misiones, funciones, armas, vestuarios, ollas, sartenes, remedios, combustible y materiales hasta el mínimo detalle, no dejando casi nada al azar. Lo que no se determina en ellos se debe dejar en un depósito de movilización. Justamente para eso.

El Regimiento 8 formaba parte de una gran operación que requería un gran secreto estratégico. En ese marco sus autoridades, me imagino, que solamente sabrían de la misión su Jefe y sus hombres de extrema confianza y ordenó la mejor organización que pudo con los limitados recursos que disponía en la soledad del cargo y bajo su responsabilidad.

Los recursos humanos y materiales siempre son limitados. Para dar una idea que facilite la comprensión del problema doy el ejemplo del hombre al cual el cuadro de organización le asigna una pistola para ir a la guerra. ¿Quién en su sano juicio, dejaría un fusil en la sala de armas sabiendo que no va a tener ninguna chance de volver a buscarlo y que el arma que le corresponde tiene una eficacia de 25 metros y que excepcionalmente la podrá usar como última defensa? Bueno yo no lo haría. Por esas razones y las que conté más arriba no había casi nada.

Podríamos hacer un largo debate sobre los diferentes tipos de organización y el rol del conductor ya sea oficial o suboficial, pero sería una teorización que al momento de los hechos probablemente no se cumpla.

Equipar

Se agotaron los recursos, a pesar de los enormes esfuerzos del Señor Teniente de Intendencia D. Antonio "Tony" Magallanes quien no solo envió lo que pudo y como pudo a los que estaban en las Islas sino también a todos nosotros. Este oficial tuvo un papel muy destacado y un sentido de colaboración increíble. Un ejemplo de soldado de Intendencia. Humilde, leal, silencioso y eficaz.

Otro ejemplo de eficiencia y de responsabilidad fue el Sargento Ayudante Ridolfi que era el encargado del depósito de Arsenales, tenía un auto personal con el que iba y venía a todos lados reclamando, pidiendo, sacando cosas para nuestra Compañía C, manejaba con una franela en la cintura pues era muy corpulento y el volante le rozaba la panza. Este hombre hizo enloquecer a toda la cadena logística desde Comodoro Rivadavia hasta Pigué, provincia de Buenos Aires, donde estaba la dependencia superior y donde había una cantidad de armas importantes. A pesar de sus esfuerzos la burocracia militar neutralizó muchas veces su voluntad. El 18 de abril me di cuenta que no había más recursos humanos ni materiales disponibles. Ante esta situación sentí que debía subir un nivel para agotar los trámites de obtención de por lo menos las armas, ya que la fecha de cruce se acercaba cada vez más y decidí ir al Comando de la Brigada IX ubicado en la ciudad. Lo llamé a Barreiro y le dije:

– Vení Pelado acompañame así aprendes algo.

Barreiro asintió y me dijo algo así como:

– En qué despelote nos va a meter de nuevo...

Reunión con el Segundo Comandante de Brigada

Recuerdos R. B.

Subimos a un jeep y nos fuimos a la ciudad, al Comando de la Brigada IX, a ver quién estaba a cargo. Nos recibió el segundo Comandante Coronel Alais. De pie, con su imponente estatura, nos hizo pasar amablemente y lo recuerdo muy bien plantado, pelo casi rapado, medio canoso, ojos claros, casi eufórico, charlamos de pie y había alguien más con él.

"Que dice capitán", preguntó amablemente el Coronel, con un secretario azorado que lo acompañaba.

El Capitán luego de presentarse le expresó: “Mi Coronel, estoy armando con lo que se puede la Compañía C del Regimiento 8. Todos ansiamos cruzar a Malvinas y estamos casi desesperados por hacerlo, pero me veo obligado a exponerle la real situación de organización, instrucción y equipamiento de la Subunidad”, y sin esperar respuestas siguió dando detalles.

soldados que habían quedado para la última baja y que por los puestos que tenían sólo habían recibido la instrucción del “subperíodo básico” (cocineros, camareros, zapateros, conductores, etc.) La falta de armamento 100 FAL y necesitábamos 136 a un cargador por arma, carencia de abrigo, de palas, radios, teléfonos, cables, baterías y muchísimos elementos de Arsenales e Intendencia y 36 hombres sin armas, que formaban una sección de porteadores y creo que es suficiente para que vea lo que es la Compañía. Los cuadros son todos movilizados de las Escuelas de Guerra, de Inteligencia, de Suboficiales, del Instituto Geográfico Militar, algunos del Regimiento 8 y otros de Institutos Militares y el resto egresados recientemente del Colegio Militar y de la Escuela Cabral.

El Coronel Alais lo miraba fijamente y ambos se iban poniendo colorados. Godoy le expuso que “tenía información de que ya para esa fecha el Regimiento 8 estaba careciendo de elementos básicos de comida y combustible” y terminó diciéndole algo así como: “Vea mi Coronel, todos queremos ir a las Malvinas, pero en estas condiciones la Compañía C solo le irá a agravar la situación logística al Regimiento 8 si no se la completa como corresponde”.

El Coronel Alais, notándose que desde el comienzo tenía ya la respuesta le dijo casi textualmente:

No, Capitán, de ninguna manera, a la Compañía la reforzaremos y va a cruzar como corresponde, hay que llenar las Islas de gente, hay que poner un soldado al lado del otro, hay que llenarlas de soldados por todos lados, así lo ha dispuesto el presidente y hay que hacerlo, hay que cubrir las Islas de gente.

Godoy volvió a interrumpirlo –colorado y con mucha bronca guardada– le insistió diciéndole que “íbamos a crear un problema logístico descomunal, pues estábamos en pelotas”

La reunión se había transformado en un griterío. Se habían perdido las formas y se impuso la autoridad. El Coronel Alais insistió y dijo que “daría órdenes para completar lo necesario”

Regresamos al cuartel en silencio y al día siguiente nos proveyeron del Batallón Logístico 9, unos abrigos, algunas pistolas calibre 45 de la II Guerra Mundial con un solo cargador, es decir con siete tiros, machetes de monte, algunos picos con el mango roto... Una miseria total.

Instruir

Recuerdos R. B.

A medida en que se lograban los recursos, la Compañía C empezó a dar instrucción en las cercanías del cuartel, en un campo cercano. Era Instrucción básica, no había armamento para todos así que cada pelotón (10 hombres) tenían solamente uno o dos fusiles, empezamos con la descripción del FAL, el armado y desarmado, ejercicios de puntería, toma y cambio de posiciones, el cuerpo a tierra... prácticamente de cero pues los soldados –obedientes y convencidos– habían perdido el entrenamiento básicamente por dos razones: los primeros ya habían sido dados de baja y regresaban luego de varios meses fuera del cuartel. Otros que habían quedado en servicio se fueron en la última baja a mediados de marzo. La mayoría de ellos habían recibido instrucción primaria en el año anterior es decir en el primer trimestre de 1981. Luego del subperíodo básico habían pasado a ocupar roles en la cocina, la zapatería, la talabartería, la banda y todos esos puestos no menos importantes, pero donde no recibían instrucción de combate y tiro.

Capacitarlos otra vez era realmente un dolor de cabeza, los nuevos Subtenientes y los Cabos también nóveles estaban contentos con el trabajo, pero eran tantas las carencias que todo se hacía muy difícil. El estado anímico, la incertidumbre, una especie de “descolocación” que sufrían los soldados eran causas que impedían que la Instrucción rindiera. Cargar los cartuchos al revés, querer poner el cargador por arriba, no cerrar bien el fusil al armarlo y que se cayera todo el mecanismo eran cosas comunes que hacían perder la paciencia. Simultáneamente la instrucción se suspendía a cada rato para ir a recibir material, ayudar a descargar material, mandar gente al aeropuerto y si antes deseábamos llegar al Regimiento 8 para estar en “nuestra casa”, ahora deseábamos irnos de esta locura que corría una carrera contra un reloj implacable, ¿cuándo cruzábamos? Pero, como sea, la Compañía C fue tomando forma y se organizaron tres secciones de tiradores y una sección apoyo con dos morteros que debieron ser tres, además de lanzacohetes. Los Jefes eran Barreiro en la primera, Salaverri y Aliaga en la segunda y tercera y Botto en la Apoyo. Había una Sección sin armas de fuego que la llamábamos de “porteadores”. Asistían a Instrucción, pero a la hora de “formar” por rol de combate, ellos, al final, cargaban cilindros, picos inútiles, carpas de sección, palos y cuanta porquería uno se pueda imaginar. Hicimos sesiones de tiro con todas las armas portátiles en el cuartel y en Bahía Zorro.

Recuerdos del Sargento López

Para sorpresa de la totalidad de la Compañía C, el afamado y codiciado Depósito de Movilización NO estaba en condiciones óptimas pues el material no estaba nuevo, sino que era usado, faltante o en muy mal estado. Recuerdo que una de mis tareas fue conseguir percutores y arreglar afustes de ametralladoras en la zona industrial de Comodoro. Reitero que mis dichos solo guardan relación con lo referencial y no hago críticas a nadie. Fue lo que ocurrió y hasta se pasó a Malvinas con personal desarmado y sin calzado apropiado. ¿Quizás fue necesario equipar a personal que había cruzado antes que nosotros?

Lamento decir que gran parte del Personal Orgánico del Regimiento 8 nos daba un trato "diferenciado" y de no ser por otros comentarios pensaría que solo es una tonta idea mía. Extrañamente pese a estar en mi país, en una Unidad de nuestro Ejército Argentino, el desarraigo hacia lentamente su trabajo, "la vida del movilizado no es fácil". Los días transcurrían entre fajinas, cargas de material en el Aeropuerto e instrucción de mi Grupo Apoyo. Muy incómodo es instruir a soldados que no tenían ni idea o no se acordaban. Fue necesario maniobrar de la única manera que conozco de conducir para lograr romper el lógico rechazo de los soldados al ser conducidos por extraños, mediante el acercamiento, el ejemplo personal y concesiones con ellos, recompensando sus esfuerzos.

Recuerdos del Subteniente Aliaga

Al día siguiente del arribo a la Unidad parte del personal movilizado cruzó a Malvinas y el resto, permanecemos en la Unidad. En un primer momento me alojé en el Casino de Oficiales, en una habitación compartida e instalados en camas cuchetas, esto duró muy poco tiempo pues la Unidad estaba poblada de personal de todo el ejército que se movilizaba a las islas y la Patagonia. Un día al regresar a mi habitación encontré en mi cama a un capitán, el cual me hizo saber que esa ya no sería mi cama y que debía buscar otro alojamiento. Con los Subtenientes Ruiz, Salaverri y Machuca nos instalamos en un detalle del lugar de alojamiento de tropa donde se estaba organizando la Compañía C. Sabiendo que para cruzar a Malvinas debía ser designado Jefe de Sección hablé con el Teniente Primero Barreiro para manifestarle que quería ser uno de ellos. Finalmente fuimos designados como Jefes de la Segunda y Tercera Sección Salaverri y yo. Se nos asignó el personal de cuadros y tropa, en cuanto a los primeros se completó la asignación de la

Sección con el Sargento Maldonado como Encargado de Sección, el Cabo Primero Ávalos como jefe de Grupo Apoyo y los Cabos (En comisión) Fernández, Bosetti y Rodríguez como jefes de los Grupos de Tiradores. El personal de tropa se constituyó, en su mayoría, con soldados reincorporados que habían cumplido el Servicio Militar en la Compañía Servicios.

La Compañía C realizó instrucción de combate y tiro (teórico, sin práctica de tiro) dentro de la zona del cuartel y además cumplimos la tarea de carga de las aeronaves que cruzaban a las islas Malvinas. La tarea de carga se efectuaba por secciones, en diferentes turnos, en el aeropuerto de Comodoro. Esta tarea de los aviones nos puso cerca del lugar de partida hacia las islas y en una ocasión estuve considerando la posibilidad de cruzar con la carga pues el regreso de las aeronaves era inmediato; sin embargo, desistí de ello por los obvios problemas que me hubiera ocasionado el viaje sin autorización.

En esos días el Regimiento era asentamiento de múltiples unidades con gran cantidad de personal y un claro desorden. Una tarde el Teniente Primero Barreiro nos llevó de recorrido por el cuartel, que como ya señalé era un caos total, y en medio de ese recorrido nos dijo "el Ejército generalmente es un quilombo, pero no tanto como es en este momento".

Recuerdos del Subteniente Salaverri

Me asignaron la 2da Sección que a medida que se iban agregando los soldados y recibiendo el permanente apoyo de los Tenientes Primero Botto y Barreiro y con la inestimable colaboración del Sargento Primero Lofaso, fuimos formando una sección de tiradores que debería llegar a tener 47 hombres. Empezamos maratónicas sesiones de tiro y combate en un lugar llamado La Hoya.

Fue intenso y difícil, muy difícil de describir esa mezcla de entusiasmo y confusión, frente a soldados que querían hacer las cosas bien y no se acordaban o simplemente no sabían cómo. Agregando complejidad, además había que cumplir turnos y actividad de guardia, cocina, limpieza, etc.

Las armas livianas eran muy escasas y fraccionábamos en tandas a los soldados para que recibieran teoría y práctica simultáneamente. Mientras unos tiraban otros practicaban y luego hacían prácticas de movimientos de combate. Los Cabos Quiroga, Sosa y Márquez, aportaban sus escasos conocimientos compartiendo su experiencia a la par de los soldados ya que no habían tratado nunca a esos jóvenes de su misma edad que debían conducir.

Todas estas intensas tareas de capacitar se coordinaban con interminables idas al aeropuerto para ayudar a cargar los aviones, que exigía grandes esfuerzos y largas esperas en un sinfín de días y noches que marcaba el inicio del otoño patagónico que es corto, frío y ventoso.

Cada vez que recuerdo la palabra “conducir” vienen a mi mente esos primeros días. Después de que el Capitán me presentara a los Suboficiales y soldados de la Compañía y yo les pidiera **“Subordinación y valor”**, y ellos me contestaran **“Para defender a la Patria”**, quedé frente a ellos, tenso, emocionado, a punto de estallar de alegría. Me habían ungido como Conductor de Hombres. **Ahora sí era un Oficial.**

Coherente con ese acto y ante la escasez de fusiles, el Capitán nos exigió a los oficiales, ir al combate con la pistola reglamentaria bajo el lema: **“El Oficial no tira. Conduce a sus hombres. Su arma más eficaz es su mente”.**

Para mis escasos conocimientos y experiencia la tarea de organizar una Compañía me parecía gigantesca. Todo me parecía difícil, por ejemplo, el interactuar en forma directa con diferentes jerarquías, hombres 15 o 20 años mayores que yo con otros tantos años de carrera y que dentro de su dureza fueran amables con Aliaga y conmigo.

Los Suboficiales igual, en esa mezcla de paciencia y tolerancia, para bancar mis peroratas y tolerar mis equivocaciones, me marcaron para toda la vida. Jamás olvidaré al Suboficial Principal “Tino” Guzmán, que hasta nos llevó a cenar a su casa y nos presentó a su familia. Fueron lecciones inolvidables y con una dinámica arrolladora. En 11 días pasamos del egreso de Colegio a cenar en la casa de mi Encargado de Compañía en Comodoro Rivadavia, tres días antes de cruzar a Malvinas.

Llegó el día 21 de abril

Recuerdos R. B.

Y así cruzamos, con una sección de 36 hombres de “porteadores” sin fusiles, llevando cilindros para comida sin protección térmica, cucharones, picos, algunas palas largas, carpas de llanura casi destruidas. A mí me tocó ir en el primer vuelo como Escalón Adelantado para recibir las órdenes en Moody Brook (Ex cuartel de los Marines), donde estaba el puesto Comando de la Brigada.

La noche antes de viajar el Capitán me llevó a mí y a los otros Oficiales a comer mariscos. Nos dio su visión de lo que íbamos a enfrentar fue muy claro y duro. Al final siguiendo viejas tradiciones de Caballeros nos pusimos de pie y brindamos por la Patria.

Viajé en un Bac One Eleven de la Empresa Austral. Las emociones y sensaciones, las caras de los soldados sentados, son recuerdos imborrables. En el viaje íbamos viendo otros aviones más lentos que íbamos pasando, F 28, Hércules, era una bandada de aviones. Aterrizamos y bajamos por la puerta de adelante y un Oficial Jefe nos mandaba a los gritos a un pozo de basura que había allí cerca, había que desembarcar urgente pues ya venía otro avión atrás, bajamos las cargas, vi a parte de la tripulación del avión civil que se acercó a abrazarnos con lágrimas en los ojos y a juntar piedras para llevar de recuerdo.

Del pozo nos trasladamos fuera del aeropuerto donde calle por medio armamos vivac. Yo conseguí un vehículo para ir a recibir las órdenes y me fui hasta Moody Brook. El desorden, el ir y venir de gente en el aeropuerto, era "Saigón" en retirada... Oficiales del Batallón Logístico tratando de ordenar las cargas que los aviones largaban en la pista, olas de soldados que corrían a.... es difícil encontrar la palabra... a "agarrar" lo que pudieran, iban y volvían con latas de comida, chocolates, "cosas" que alcanzaban a cargar, era un desastre y yo pensé que así íbamos a perder la guerra... Fui hasta Moody Brook mientras el Sargento Primero Pedrozo organizaba el vivac justo frente a la cabecera de pista del aeropuerto calle de por medio.

Al llegar al ex cuartel de los Royal Marines, donde estaba el puesto comando de la Brigada, me encontré con un ambiente de locura, Jefes que iban y venían con cartas, con sillas, con papeles; al fin di con alguien de Operaciones y me presenté con mi cargo y le dije que iba a recibir órdenes. Casi textualmente me dijo:

-Mira pibe, llegaron en mal momento, esto está ardiendo porque mañana viene Galtieri, pero vení que te voy a decir lo que sé, está todo bien, puta pero justo ahora... bueno mirá... se van a Bahía Fox ... un lugar de primera, van a estar bien, dicen que es buenísimo, ayer estaban jugando al fútbol. Mañana o no sé si pasado los van a llevar en helicóptero.

Lo interrumpí para preguntarle con quién tenía que tomar contacto y me dijo que con el Jefe de los Helicópteros que estaba en el aeropuerto.

Ante mis preguntas me interrumpió y me dijo:

-¡Ah!, ¡la mejor Sección!, la más completa la tienen que mandar a Darwin-Goose Green donde está el Regimiento 12.

Yo recuerdo que le dije que el resto de la Compañía estaba al llegar esa tarde o al día siguiente y me preguntó:

-¿Ah no están todos...?

- No -le respondí- yo soy el escalón adelantado, vine a recibir las órdenes para esperar a la compañía completa.

Hubo de nuevo un ¡Aaaah! y una rápida despedida.

Me quedé recorriendo el lugar buscando un mapa o algo para ver donde estaban Fox y Darwin-Goose Green, caminaba entre los apurados Jefes preparando todo para Galtieri, sin conocerlo me crucé con el Teniente Coronel Piaggi que me impresionó por su rostro de recio y su pelada, al fin me puse frente a una carta topográfica y ubiqué los lugares. Volví a lo que era el lugar de Operaciones y un mayor se me acercó y me preguntó si era de la Compañía que iba a Bahía Fox y le dije que sí, me dijo que esperara y se fue; casi al toque regresó y me dijo:

-Mirá pibe, acá están todos locos con la venida de Galtieri mañana, órdenes no te puedo dar, solamente esto- y me dio una bolsa grande llena de Rosarios marrones. Fue lo mejor que recibí.

Rol de combate incompleto de la Primera Sección

Primera fracción organizada

Los renglones vacíos de la tabla siguiente, representan los hombres cuyos nombres se perdieron en el olvido.

Cargo	Grado	Apellido y nombre
Jefe Primera Sección	Teniente Primero	Barreiro, Rafael
Encargado	Sargento Primero	Pedrozo, Gabriel
Radio Operador	soldado C/62	Jure, Jorge
Estafetas	soldado C/62	Montoya, Miguel
Jefe Primer Grupo	Cabo	Balmaceda, Miguel
	soldado C/62	Menseguez, Raúl
	soldado C/62	Puebla, José
	soldado C/62	González, Rubén
	soldado C/62	Medrano, Carlos
Jefe Segundo Grupo	Cabo	Quiroga, Manuel
	soldado C/62	Lepe, Humberto Raúl
	soldado C/62	Morales, Raúl
	soldado C/62	
	soldado C/62	
Jefe Tercer Grupo	Cabo	López, Dardo Omar
	soldado C/62	
	soldado C/62	
	soldado C/62	
	soldado C/62	
Jefe Grupo Apoyo	Sargento	López, Luis Guillermo
	soldado C/62	Santana, Juan
	soldado C/62	Arenea, Miguel
	soldado C/62	López, Argentino
	soldado C/62	Segundo, José
	soldado C/62	Coronel, Samuel
	soldado C/62	Sosa, Eduardo
	soldado C/62	Sánchez, Basilio
	soldado C/62	Russo, Claudio
	soldado C/62	Ontivero, Luis

La incertidumbre y la improvisación, dos enemigos mortales

Dice la historia militar que el enemigo representa una amenaza física y mental cierta, que se materializa de diferentes maneras con acciones que van desde el aislamiento, cortando las líneas de abastecimiento, las acciones aéreas de carácter estratégico, las acciones navales, la acción psicológica, las acciones de tropas especiales, etc. Pero se corporiza, se hace real, y sus acciones tienen principio y fin cuando se inicia el combate terrestre, cuando los calibres de las armas se reducen al igual que las distancias y en la mayoría de los casos se lucha por la última razón: **Sobrevivir**.

Ninguno, de los dos circunstanciales enemigos se odian ni se benefician, ni renuncian a sus valores e ideales. En definitiva, en ese momento irreal se trata de que el enemigo muera por su patria. Esta es la razón que diferencia a un soldado de un asesino. Luego del enfrentamiento ambos vuelven a tratarse como personas. Curan a los heridos y entierran y rinden honores a los muertos en combate.

Pero hay un enemigo que no avisa cuando ataca. Es invisible y actúa a cualquier hora y sobre todo de noche. Es fría, cobarde, artera y traicionera se llama **incertidumbre** y es el peor enemigo de la mente del soldado que espera tanto la hora de atacar como la hora de ser atacado.

La improvisación en manos de gente idónea muchas veces se toma como una virtud que es identificada con la iniciativa o la creatividad. Nuestra vieja Caballería tiene un dicho que viene desde muy atrás en el tiempo, **"más órdenes en el entrevero..."**. Dice Moltke y los ingleses lo comparten, "ningún plan continúa igual, después del primer contacto con el enemigo".

Pero demasiada improvisación es propia de incompetentes, de gente que simplemente no tiene claro qué hacer y cree que nadie pagará las consecuencias. Pero en el combate, se gane o se pierda, se abonará el precio y como pocas veces da otra oportunidad, el que pierde por hacer las cosas mal o por equivocarse pagará más caro su error y los errores se pagan con sangre.

Noche en Puerto Argentino

Recuerdos del Sargento Primero Gabriel "Tucho" Pedrozo

De Comodoro partimos en un avión de línea hacia las Islas, el 21 de abril como a las 5 de la mañana. Recordamos nítidamente que nos repartieron a todos unos "sanguchitos" de miga y un vaso de coca cola mientras hacía cola para aterrizar. Fue lo único amable que nos pasó a partir de ese momento.

Cuando las vimos a las islas por las ventanillas vimos que eran inmensas y no chiquitas como los veíamos en los mapas. Los soldados y nosotros gritábamos "¡Viva La Patria!" emocionados. Cuando aterrizamos vimos una locura de gente que corría con cargas de las tres fuerzas y alguien nos dijo que debíamos ir a la cabecera de aeropuerto por una calle paralela. Nos desplazamos y luego empezamos a armar nuestras carpas.

Recuerdo del Sargento López

Finalmente crucé a nuestras Islas, en un C-130 con parte de mi Grupo Apoyo y gran cantidad de material y equipo. Al carretear o antes de hacerlo se prendió fuego un motor del avión y salimos del mismo muy rápido y maltratando al equipo y materiales. Otra vez a esperar y luego por fin despegamos. Un integrante de la tripulación anunció que la nave no era presurizada y que en caso de tomar altura "solo deberíamos aguantar" lamentablemente ocurrió. Sin embargo, cuando vimos desde el aire la imponente geografía de las Islas, fue una alegría tremenda saludada con gritos de algarabía y potentes ¡Viva la Patria!

Recuerdo del soldado Rodríguez Trejo

Después de la locura del aterrizaje y bajar corriendo del avión nos desplazamos hacia la cabecera del aeropuerto a esperar órdenes. Armamos las carpas de llanura y me metí en una con las estafetas del pelotón comando; los soldados Gorosito Héctor, Montoya y Jure. Llegó la noche y como nadie tenía previsto darnos de comer nos fuimos los tres y dimos con un depósito de alimentos y solucionamos el problema para todos. Linda manera de empezar.

Recuerdos del Subteniente Salaverri

Luego de haber recibido la noticia que efectivamente iríamos a las Islas a reunirnos con el resto del Regimiento, dejamos de lado aquellas ideas que tanto nos apesadumbraban, respecto de quedarnos en el continente para custodiar objetivos pasibles de sabotajes, y con unas ganas extraordinarias empezamos la preparación de la Compañía para la ejecución del traslado.

Habían pasado diez días desde nuestra llegada a Comodoro Rivadavia y si bien era mucho lo que se había hecho, faltaba mucho por hacer. Atrás quedaron los días de instrucción, las sesiones de tiro y las interminables charlas de conocimiento mutuo, era hora de concentrarse en lo que vendría y dado que no había fecha de regreso, nada podía faltar. Así es que comenzamos embalar todo el equipamiento colectivo ultimando todos los detalles para que nada se pierda y revistamos lo que cada uno llevaría. Todo se hacía como si ya fuésemos veteranos de otras guerras, prácticamente no había que impartir órdenes, cada uno sabía lo que tenía que hacer y los riesgos que significaba olvidarse algún efecto.

La visión de lo que acontecía había cambiado, ya no era la vivencia de las conocidas maniobras del Colegio Militar, sino que había tomado la forma de lo que realmente era, la preparación para la guerra, una guerra en la que no queríamos estar ausentes. Era consciente que comenzaba allí un gran desafío, el desafío de todo oficial, ejercer el mando tal cual lo define el "Reglamento para el ejercicio del mando (MFP-51-13)" que dice "El mando es la acción que ejerce el jefe sobre los hombres que le están subordinados con el objeto de dirigirlos, persuadirlos e influir sobre ellos de tal manera de obtener su voluntaria obediencia, confianza, respeto y leal y activa cooperación tanto en el desempeño de una función como en el cumplimiento de una misión", esto significaba en síntesis dejar de ser el cadete al cual le dicen todo lo que tiene que hacer, para pasar a conducir hombres en la guerra.

En la madrugada del 21 de abril de aquel año ya estábamos listos, una vez más la palabra alistamiento que tanto me había marcado en mi última semana de cadete daba vueltas por mi cabeza, al verla plasmada en la realidad.

Subimos a los Unimog y partimos hacia el aeropuerto, dejando atrás el Regimiento, una unidad con una vastísima historia llena de gloria, a la cual aún no habíamos llegado a conocer y en consecuencia sentir como propia.

El aeropuerto de Comodoro Rivadavia era la base logística más importante que concentraba prácticamente todos los apoyos y desde el cual se realizaba el abastecimiento por modo aéreo a las

tropas desplegadas en las islas, en consecuencia, era tan intensa la actividad que nuestro vuelo era uno más entre tantos otros que nos costó encontrar el avión que nos trasladaría, un avión de la compañía Austral configurado para carga.



Vista de la pista del aeropuerto de Puerto Argentino.

Subimos la carga, es difícil recordar más detalles de aquel momento, dado que lo único que queríamos era estar ya en Malvinas, por lo que todo lo hacíamos muy rápido y prácticamente no nos dábamos cuenta de lo que sucedía, hasta que al fin se cerró la puerta del Bac One Eleven que nos conduciría al ansiado nuevo destino.



Vista del aeropuerto de Puerto Argentino.

Los pilotos se comportaron como excelentes anfitriones, explicándonos todo en cuanto hacía al vuelo y relatando lo que íbamos viendo a medida que nos acercábamos, haciéndonos sentir como experimentados pasajeros, cuando en realidad para muchos era su primer vuelo. Luego de un poco más de una hora aterrizamos en Puerto Argentino a media mañana, en un día que por lo soleado no parecía del otoño austral. Si nos había sorprendido el movimiento

del aeropuerto de Comodoro Rivadavia, éste era impresionante donde no terminaba de aterrizar un avión que había otro que despegaba, helicópteros en los costados de la pista que arribaban y otros que salían, camiones con carga que iban y venían, elementos de defensa aérea en sus proximidades, aviones, helicópteros, vehículos, munición y un sin número de carga general aparcada en sus costados, prácticamente no había lugares libres a su alrededor.

En medio de todo este incesante movimiento llegamos y encolumnados detrás del Jefe de Compañía abandonamos el lugar y nos desplazamos rápidamente hacia el sureste para ocupar una zona de reunión.

Estábamos ya en las islas, se había logrado el primer objetivo, comenzaban así las acciones de la Compañía C en Malvinas.

Rol de combate incompleto Segunda Sección

Los renglones vacíos de la tabla siguiente, representan los hombres cuyos nombres se perdieron en el olvido.

Cargo	Grado	Apellido y nombre
Jefe	Subteniente	Salaverri, Diego
Encargado	Sargento Primero	Lofaso, Antonio
Radio Operador	soldado C/62	Malara, Eduardo
Estafeta	soldado C/62	Ovalle, Rubén
Jefe Primer Grupo	Cabo	Quiroga, Manuel
	soldado C/62	Brandan, Luis
	soldado C/62	Mogica, Víctor
	soldado C/62	Mestre, Carlos
	soldado C/62	Sánchez, Basilio
	soldado C/62	Ontivero, Luis
	soldado C/62	Russo, Claudio
	soldado C/62	Oviedo, Rogelio
	soldado C/62	Loyola, Roberto
	soldado C/62	Damián, Miguel
Jefe Segundo Grupo	Cabo	Sosa, Federico

Cargo	Grado	Apellido y nombre
	soldado C/62	Suárez, Héctor
	soldado C/62	Gigena, Sergio
	soldado C/62	Álamo, Ramón
	soldado C/62	Ceballos, Julio
	soldado C/62	Urbano, Luis
	soldado C/62	Rodríguez, Julio
	soldado C/62	Robles, Oscar
	soldado C/62	Bower, Hugo
	soldado C/62	Domínguez, Walter
	soldado C/62	Sincovec, Eduardo
Jefe Tercer Grupo	Cabo	Márquez, Julio C.
	soldado C/62	Celic, Jorge
	soldado C/62	Contreras, Vicente
	soldado C/62	Montanero, Rodolfo
	soldado C/62	Gonzáles, Martínez
	soldado C/62	Villalba, Rubén
Jefe Grupo Apoyo	Cabo Primero	Corvalán, Arnaldo
Apuntador Ametralladora 1	soldado C/62	Torres, Marcelo
Abastecedor	soldado C/62	López, Aldo
	soldado C/62	Romero, Julio
Apuntador Ametralladora 2	soldado C/62	Lepe, Raúl
Auxiliar Apuntador	soldado C/62	Álvarez, Antonio
Abastecedor	soldado C/62	Arguello, Carlos

Recuerdos del soldado Álamo "Lalo" Ramón.

Homenaje a mi padre

Nací en una familia de 5 hermanos varones en Córdoba en la maternidad San Vicente. Tuve una infancia muy linda en una familia de trabajadores en un barrio que estaba entre Jesús María y Colonia Caroya. Era una casita muy humilde, sin servicios, pero mi mamá Benita Ramona Toledo

y mi papá Eduardo Álamo, nos dieron todo lo necesario para crecer rodeados de amor. Y ser felices a pesar de las limitaciones

A los 18 años me fui a la capital para empezar a trabajar en un supermercado mientras un tiempo viví en la casa de mi abuela materna y con un par de tías, la casa estaba 30 mts de la parroquia, y por supuesto, me mandaban todos los domingos a misa, pero yo no sabía más que el padre nuestro, no sabía más, ni quería aprender.

Mientras trabajaba esperaba el sorteo de la colimba porque tenía que hacer el Servicio Militar que era el sueño de mi padre que fue lo más hermoso que le pasó en la vida y siempre nos contaba anécdotas transmitiendo su orgullo de haber Servido a la Patria y tuve la suerte de que me tocara el número 722 y salí apto A en la revisión médica El 31 de enero de 1982 me acompañó mi padre lleno de orgullo al cuartel de Comunicaciones 141, me dio un silencioso y orgulloso abrazo, me miró fijo y me dijo que iba a completar un pasaje de la juventud a la condición de hombre. Antes de darme cuenta estaba muy asustado en un avión por primera vez rumbo a Comodoro Rivadavia, que no sabía dónde quedaba pero me lo imaginaba parecido a Córdoba.

Cuando llegamos me estrellé contra la Patagonia y me pegó fuerte. Qué diferencia, que duro, que frío. De ahí fui a la instrucción y fue como decía mi padre. Pelo corto, mucho viento, mucha tierra y nadie me preguntó si me gustaba. Empecé a juntarme con otros soldados que enflaquecían, su cara se tostaba y nuestros cuerpos empezaron a endurecerse, nuestra voz se fue haciendo grave y nuestro reflejo rápido. En eso estábamos cuando de golpe volvimos al cuartel y nos estalló nuestro pequeño mundo en formación. Era el 2 de abril y todo cambió. Se reorganizó el Regimiento y se fue el seis de abril y yo me quedé con otros soldados y me quería morir. Sentí que le había fallado a mi padre. Le escribí una carta muy triste donde le decía que nos habíamos quedado en una misión importantísima cuidando el cuartel. Mentiras.

Una tarde noche, tres días después se acabó la duda y pidieron voluntarios para armar una compañía nueva con gente extraña, bueno a los que se fueron tampoco los conocí mucho. Que locura, nos presentamos voluntarios y nos mezclaron con los soldados viejos, los de la clase 62. Que locura. De tener todo a no tener nada apenas conservamos el uniforme viejo con que hicimos la primera instrucción. Doce días después, es decir el 21 de abril, a órdenes de un oficial nuevo y pelado nos metieron a un avión de Austral. Miramos aterrizados esa cosa azul que nunca habíamos visto y en el medio de un griterío increíble descubrimos las islas Malvinas.

Cuando aterrizamos y sentimos la dureza de esa geografía, confieso sin vergüenza, que lo primero que me pregunté fue "que como era

posible que fuéramos a pelear por esa peladera azotada por el viento. No es elegante lo que les cuento, pero es muy sincero.

Después de intentar dormir en el aeropuerto en unas carpas que se las llevaba el viento subimos a la mañana siguiente a un helicóptero. Si el avión me dio miedo, este aparato me dio terror y haciendo uso de la letra A de mi apellido me paré primero y me quería sentar lo más adentro posible. Nunca supe por qué, alguien me llamó diciéndome amablemente... "soldado venga"... y me dio una caja mediana bastante pesada y me dijo que se la diera en la mano al Capitán Godoy. Cuando me di vuelta el helicóptero estaba lleno y me tuve que sentar al lado de la puerta abierta. Qué manera de putear. La caja eran unas tabletas de chocolate que Godoy quería entregarle a los soldados como bienvenida. Por supuesto que le afané una cuantas.

Recuerdos R. B.

Regresé de Moody Brook con mis órdenes y los Rosarios y ya el Sargento Primero Pedrozo había armado el Vivac y había conseguido raciones de la Armada para la cena. Estábamos en un lugar elevado respecto al aeropuerto. Acá tengo un espacio en blanco que no recuerdo..., sé que anduve recorriendo los alrededores, llegué a la costa, vi la Red de Observadores del Aire que eran civiles muy valientes.

Al día siguiente llegó Godoy y le transmití todo. En un momento alcancé a hablar con los helicopeteristas entre los que había muchos compañeros míos y con ellos coordinamos todo.

Esa primera noche dormí en la misma carpa con el Teniente Primero Botto, ocurrió el tragicómico episodio del soldado que se comió las pastillas de alcohol que parecían caramelos, pero eran para encenderlas y calentar la comida y habiendo dado dos explicaciones de cómo usarlas... ¡Se las comió enteras! Fuimos con el Sargento Pedrozo a la enfermería de la Fuerza Aérea donde me atendió un médico primero y luego fue detrás de un biombo, tardaban en regresar pues se estaban matando de risa por el caso. Yo pensaba que se podía morir y pedí que volviera alguien a atendernos medio gritando, salió un médico tratando de aguantar la risa y me dijo que no había peligro, me dio una botella de medio litro de carbón líquido y me dijo aguantándose la risa... déjenlo dormir se va a agarrar una borrachera terrible –cierto porque el soldado se bamboleaba– y cuando nos íbamos me dijo “por las dudas no fumen cerca”.

Desde el vivac nos desplazamos hacia dos helicópteros Puma y un Chinook al que se lo puede considerar de carga. Le pregunte al piloto de uno de ellos por los demás helicópteros y me contestó con

cara de muy cansado “es lo que hay y no se preocupe si no alcanzan estos, más tarde hacemos otro vuelo”.

Cargamos lo que pudimos y dejé un Suboficial con cinco soldados armados con pistolas con un cargador, para que subieran el resto de la munición y los abastecimientos.

No los vi nunca más. Ni a los soldados ni a la munición.

Al fin embarcamos y luego de un corto vuelo a baja altura y a gran velocidad, cruzamos el famoso Estrecho de San Carlos que separa a las islas y les puedo asegurar que no se veía tan estrecho. No quería llegar al Regimiento 8. Conocía como estaban y el mal momento que se iba a generar cuando informara de la situación que iba a crear un grupo de gente medio organizada, mal equipada y no capacitada.

Recuerdos Subteniente Salaverri

Estábamos ya en las islas, se había logrado el primer objetivo, comenzaban así las acciones de la Compañía C en Malvinas. Finalizado el desembarque nos dirigimos hacia un lugar en el sector sudeste del aeropuerto en el que pudiéramos instalar un vivac. Dado que el otoño austral se hacía sentir y el viento era incesante nos ubicamos a resguardo de una loma y le ordené al Sargento Primero Lofaso que coordinara con el Encargado de Compañía el lugar que ocuparía nuestra sección.

Es así que rápidamente armamos carpas y salimos a caminar en proximidades del aeropuerto para ver el material que se desembarcaba y conocer todo lo que allí acontecía.



Junto a un Panhard del Destacamento de Exploración de Caballería Blindada 181.

Capítulo 4: *Los soldados olvidados del Regimiento 8*

El 21 de abril, ya casi de noche mientras trataba de dormir entre los rugidos de los aviones que aterrizaban y despegaban del aeropuerto de Malvinas, desde el otro lado de la carpa escuché que alguien quería hablar conmigo. Al salir me encontré con un Mayor Rodríguez a quien conocía de la Escuela de Guerra y que me transmitió la orden que me había adelantado Barreiro. Debía prepararme para helitransportar la Compañía al día siguiente a Bahía Fox, pero antes debía dejar a mi mejor Sección para que fuera desplazada a Darwin–Goose Green. Esa orden me produjo una profunda crisis. Trataré de explicarles por qué.

Hasta el 6 de abril, es decir hasta quince días atrás había estado estudiando la doctrina de la guerra en vigencia, que dice taxativamente que jamás se debe emplear como refuerzo a un elemento menor que el de una Compañía o una Batería de Artillería o un Escuadrón de Caballería. Porque es el mínimo nivel operacional que tiene los medios humanos y materiales que bien conducidos e integrados pueden generar efectos tácticos cuyos resultados podrán modificar las condiciones de una situación crítica ya sea en el ataque o en la defensa con resultados significativos.

Desprender una Sección debilitada de una Subunidad incompleta, era disminuir aún más las capacidades por las cuales debía ir a Bahía Fox que era mi misión principal. Una sección incompleta en soldados y en armas **no refuerza a nadie**. Así se lo hice saber al Mayor que me transmitió la orden. Mandar una fracción de hombres sin una misión era ponerme al borde de la insubordinación. Me miró a través de la mortecina luz de las linternas y entre los rugidos de los motores de los aviones, bajo una fría llovizna. Me miró fijo, me deseó suerte, me tendió su mano y se fue. La guerra es el reino de la sinrazón, pero hasta en ese lugar existen límites. Él lo sabía. Igual que yo.

Me metí a la precaria carpa y por el resto de la noche me pasé pensando si debía cumplir la orden. Si tenía que mandar mis mejores recursos a una misión confusa e incompleta, sin medios y a un lugar que ni siquiera sabía dónde estaba, llegar a Bahía Fox y decirle al Jefe del Regimiento que traía tres secciones, dos incompletas y la otra desarmada era una pésima situación. Decidí al amanecer que en Darwin–Goose Green habría más recursos que los que encontraría en Bahía Fox por su proximidad a Puerto Argentino y ordené que fuera la sección más débil a cargo del Subteniente en comisión Guillermo Aliaga. Me sentí un canalla. Ese joven oficial podía percibir con todo derecho que su capitán le había fallado. Los dejaba solos. Los mandaba sin radios, con una ametralladora manejada por un soldado, sin granadas, sin palas, con un solo cargador por fusil, sin lanzacohetes, con su equipo incompleto, solamente con la munición que llevaban encima.

No los volví a ver. Mucho años después me enteré que, a pesar de sus debilidades materiales, pelearon heroicamente contra dos compañías inglesas y Dios se apiadó de ellos porque no murió nadie y los cubrió de Gloria por su heroico desempeño.

Lástima que su historia se conoció 35 años después, gracias a un libro que se llama Malvinas **“la sección olvidada”**. Escrita por Juan Scarpinelli, publicado en 2019.

Recuerdos R. B.

El Capitán Godoy resolvió que fuera el Subteniente Aliaga a Darwin–Goose Green. No me olvidaré jamás de la cara de Aliaga y la despedida. Tenía que ir la Sección “más completa” habían dicho y así se lo dije a Godoy. La más completa era la mía pues tenía dos ametralladoras, pero la decisión fue otra para Gloria de la Sección olvidada.

Al día siguiente llegó Galtieri, había sido dos años Comandante de la Brigada VII en Corrientes y yo estaba destinado allí y lo había tratado, repito que en un almuerzo en el Regimiento 9 adónde iba seguido nos dijo: “Miren, para mí es una alegría terminar mi carrera en este lugar tan hermoso, tan lleno de historia, ya pasaba a retiro pero el Comandante General del Ejército me pidió quedarme un año más, y acá estoy culminando mi carrera bajo la advocación de la Santísima Virgen y la Azul y Blanca...”, **y ahí estaba como presidente de facto en 1982. Salió del aeropuerto, subió a un Jeep descapotado, se puso de pie y pasó “majestuoso” y abrigado saludando como Perón.**

La historia registra que en todas las guerras o conflictos armados de cualquier naturaleza existen momentos de brutal colapso antes, durante y después de las acciones armadas. Normalmente los enfrentamientos se denominan de diferentes maneras según la cantidad de efectivos empeñados o en algunos casos los efectos logrados pueden proporcionar resultados o consecuencias que determinarán el curso de la guerra o la finalización de ella. Choque, contacto, escaramuzas, etc. referirán a efectivos menores que llegarán a ser combates o batallas según los medios empeñados y sus consecuencias. Devendrá entonces el resultado de la guerra que podrá ser victoria, derrota o “empate”. Como en todo hecho político y la guerra lo es sin lugar a dudas, la finalización de la misma se resolverá muy lejos de donde caen las bombas y en muchos casos quién será el beneficiario de ella solo quedará en una nebulosa que muchos años después los historiadores podrán interpretar de diferentes maneras según sus intereses o sus métodos de estudio.

En los tres casos los efectos sobre las poblaciones de los países sufrirán situaciones muy complejas. El solo hecho de enfrentar la cantidad de personas muertas o heridas o mutiladas, su identificación, su repatriación, o los efectos de los destrozos realizados por las acciones bélicas sobre la población civil, su infraestructura y su vida, produce una idea de la complejidad de los resultados de una guerra, se gane o se pierda. En ambos casos los directamente involucrados, es decir los combatientes, pagarán el precio más alto.

Nuestro país siempre manejó muy mal los “después” de los enfrentamientos bélicos. Como referencia cito aquello de: **“la victoria no da derechos”** o **“vamos a morir, pero vamos”** de la batalla de Curupaity donde hubo un número cercano a los 5.000 argentinos muertos, que hoy casi nadie recuerda. Siempre el dolor se localizaba en los lugares desde donde provenían los que mezclaban sangre con lágrimas, y casi siempre esos lugares estaban muy en el “interior del país” donde quedaban los “combatientes y sus familias”, siempre y cuando algún comedido le arrimara la osamenta, ya que normalmente quedaban en el campo de batalla o en un “camposanto” desconocido donde las viejas del lugar les echaba un “bendito” de vez en cuando. Como en tantas ocasiones, sin importarles nada a los que festejaban con sus “galeras en la Capital o el éxito de sus capitales” el resultado de la pelea y los sacrificios de esos pueblos lejanos. Por ser materia de otros libros no avanzaré en como condujeron los gobiernos argentinos la tragedia de la confrontación armada después de los años 60 y 70.

Malvinas no fue la excepción. La mezcla del “orgullo nacional herido” con el “nos engañaron”, que depositaba una vez más la culpa en el otro, más el “miasma político” del proceso (PRN), crearon las condiciones ideales para que la derrota fuera una vez más un caos. Y por culpa de otro.

Se vivió en los políticos, entre las FFAA y dentro de estas hubo altos mandos que pasearon por los diarios “contando que su Fuerza no había sido derrotada”, como si la guerra hubiera sido una competencia individual.

Así como la decisión del conflicto armado baja desde las cumbres de la política, la derrota trepa desde el fondo, desde el cráter del último cañonazo y empieza su alocado recorrido hacia arriba con inciertos y variados efectos. En este capítulo vamos a contarles dos casos que representan una de las situaciones más comunes de casi todas las derrotas y tal vez de las más perversas de las guerras. **El olvido de los combatientes**, no de los muertos, que también sucede, sino de los que quedamos vivos, heridos o no. No nos vamos a explayar sobre las acciones políticas de la “desmalvinización” porque ya lo hemos hecho con dolor, nos vamos a referir a la historia de la Sección Olvidada de Goose Green (Parte 1) y de los 5 soldados abandonados en Puerto Argentino que terminaron combatiendo en la “Sección Rejunte o en la Sección invisible” (Parte 2) en la primera línea a partir del 5 de junio y donde cuatro de los cinco recibieron graves heridas.

En este recuerdo va nuestro deseo de rescatar a todos los participantes de esta guerra que por una u otra razón se sientan olvidados. Que en estas páginas hay un grupo de Veteranos de la Guerra que siempre los recordarán sin distinción de ningún tipo, porque el hambre, el miedo, el dolor, el frío, el sufrimiento común que nos hermanó ha terminado, pero el maloliente olor del olvido y la ingratitud siempre nos rondará como un carroñero hambriento que prefiere formular críticas estratégicas a los generales y no agacharse a honrar las tumbas de los héroes, apiadarse de sus familias o brindar con pequeñas caricias el alma de esos sesentones soldados que se van extinguiendo, sin ver sus vivencias en los manuales de historia en las escuelas contando toda la verdad. Ni siquiera tienen que preocuparse por ellos por cuestiones de plata, ya el Estado Nacional y los Provinciales a través de distintas leyes han establecido compensaciones económicas. Lo que necesitan los ex combatientes es que se ocupen de ellos, de sus heridas del cuerpo, pero fundamentalmente del alma.

Parte 1. La Sección Olvidada

Por una situación totalmente impensada, el Sr. Coronel D. Juan Scarpinelli, que es historiador, se entera que, en más de 35 años, nadie había contado la historia de la 3ra Sección de la Compañía C del Regimiento 8, que combatió fieramente en Boca House como parte de la Batalla de Darwin-Goose Green y que por razones totalmente fortuitas fue el soldado Raúl Allende el apuntador de la única ametralladora, de las dos que debía tener ese grupo apoyo al mando del Cabo 1° Miguel Ávalos. Más adelante en el capítulo 8 comprenderán porqué los nombro.

Como consecuencia de ese encuentro, Scarpinelli, decide escribir el libro **"La Sección Olvidada"**, Editorial 1884 del año 2019 y relata en el contexto de la batalla de Goose Green, la acción heroica de esa mínima fracción incompleta, mal armada y peor equipada que yo designé que se separara de la Compañía y vaya a ese lugar. Es el día de hoy que me pregunto si debí cumplir esa orden.

El general que impartió esa orden era un inepto que probablemente por ignorancia o por soberbia decidió desconocer la doctrina, pero no por iniciativa, ni creatividad disruptiva. No. Por alguna razón inexplicable aplicó una conducción que se caracterizó por romper, destruir, desmembrar, desordenar, debilitar a las diferentes organizaciones militares que íbamos llegando a las islas en cumplimiento de un plan inexistente e improvisado.

En el concepto militar a las fracciones se las denomina según su autonomía logística y capacidad táctica de influir en una acción bélica relacionada con la magnitud de esta. La base de esta escala es la **Unidad Táctica**, que es la mínima fracción que tiene recursos humanos, medios de combate y de servicios de apoyo de combate que le permiten cierta autonomía y la capacidad de realizar, según sean de Infantería, Caballería o de Artillería, acciones que influirán de manera directa y significativa en el desarrollo de la acción en un momento dado.

Normalmente depende de una organización mayor denominada Gran Unidad de Combate y/o Gran Unidad de Batalla y cuentan con organizaciones técnicas específicas como Ingenieros, Comunicaciones, Batallones Logísticos, que complementan y sostienen esas capacidades.

Lo que quiero remarcar en este párrafo es, que el término Unidad conlleva una seria limitación en cuanto a quitarle hombres o recursos por la restricción de su capacidad para cumplir la o las misiones específicas, normalmente

críticas y a su vez limitando las competencias de todo tipo del elemento segregado. Bueno a este general le encantaba **desmembrar unidades**.

Alguien dijo y no se quien fue, que los militares se preparan para **la guerra**, como figura genérica y a través de la historia militar aprenden los principios estratégicos y tácticos que guían a los comandantes para aplicarlos en esa, **su guerra única e irrepetible**, que probablemente no será igual a ninguna otra, podrá ser parecida pero no igual. Esos criterios casi sagrados que se han mantenido más o menos iguales a lo largo de la historia militar son llamados Principios de la Guerra (Clausewitz) que me imagino que este señor también desconocía. Entre tantos otros podemos citar a Sun Tzu (400 años antes de Cristo):

“El enemigo que actúa aisladamente, que carece de estrategia
y que toma a la ligera a sus adversarios,
inevitablemente acabará derrotado”.

“La invencibilidad reside en la defensa,
la posibilidad de la victoria en el ataque”

¿Y qué tiene que ver la conducción o los principios de la guerra, con nuestra Compañía C? Pues, porque al ignorar los principios de la guerra entre otras cosas, “nos jodieron”. Fuimos a la guerra con una organización incompleta, mal equipada y encima a medida que nos aproximábamos nos desmembraban.

Lo único bueno que tenía esa fracción, me refiero a la 3ra Sección, eran sus hombres. Su jefe era el Subteniente Guillermo Aliaga, un joven de 20 años recién cumplidos, de cuerpo mediano, no creo que llegue al metro setenta y cinco, bien formado pero menudo, tez blanca, cabello lacio y atildado que, más bien daba el perfil de un elegante oficial de Caballería. Sus ojos oscuros, su nariz recta y su mentón firme eran los rasgos que permitían suponer que este joven resultaría un extraordinariamente duro oficial, que unió su sangre a la de los heroicos defensores del también histórico Regimiento de Infantería 12 y los nóveles representantes y herederos de las Glorias de nuestra mejor Infantería, los integrantes de la Compañía C del Regimiento de Infantería Mecanizado 25. Sin haber terminado su formación de Oficial, fue designado a cargo de los Cabos Fernández Carlos, Bocetti Mario y Rodríguez Alejandro, todos “en comisión” como si este calificativo de su condición administrativa, les hubiera aportado madurez, experiencia e inmunidad frente a las balas inglesas. Los únicos experimentados eran el Sargento Carlos Maldonado y el Cabo Primero Miguel Ávalos.



Subteniente Aliaga, Teniente Estévez, Teniente Primero Esteban, Subteniente Gómez Centurión, Subteniente Reyes.

Es tan intensa esta historia que prácticamente repetiré los principales pasajes del libro del Coronel Scarpinelli por que detallan con mucha claridad la maniobra inglesa e igualmente desarrolla las acciones de la 3ra Sección, hasta el hecho inédito de viajar a las Islas con un grupo de Oficiales que combatieron como subtenientes y “pisaron nuevamente la turba argentina”. Con la misma intención y respeto transcribiré textualmente los recuerdos del hoy Dr. Guillermo Aliaga quien, con mucha generosidad y bastante dolor, transmitió sus vivencias escritas, personales y digitales que suman más de 39 años de olvido e indiferencia, casi el doble de años que tenía cuando las vivió, siendo Subteniente en comisión.

Trataremos con nuestros comentarios, producto de lecturas, mensajes, grabaciones, audios y videos, enriquecer el desarrollo de esta historia, pero lo importante de este capítulo es absorber las vivencias de estas dos fracciones que a pesar de pelear en las peores condiciones y ganarse el respeto del enemigo, han sido cruelmente olvidadas. Vaya en estos recuerdos nuestro reconocimiento más sincero y profundo a todo aquel soldado que haya vivido o viva, una situación similar o parecida, cuando su VOCACIÓN lo llevó a cumplir las órdenes en una confrontación armada, sin buscar otra razón que la de cumplir su Juramento.

Cronología de un acto heroico

Recuerdos Subteniente Aliaga

21 de abril: la Compañía C se desplazó por vía aérea a las Islas Malvinas. Se armó vivac en el Aeropuerto de Puerto Argentino y esa noche el Jefe de Compañía me ordenó el alistamiento de la Sección para el traslado helitransportado, en la mañana siguiente y a un lugar sin especificar.

22 de abril: La Sección se embarcó en un Chinook, el piloto informó al Jefe de Sección que el destino era Goose Green. Impartí la orden respectiva para la preparación de la Sección, el Encargado de Sección realizó las tareas logísticas necesarias dado que a partir de allí estaríamos separados de nuestra Compañía.

En la mañana del 22 de abril tanto nuestro helicóptero como varios UH1H que llevarían a la Compañía a Fox, se posaron en las inmediaciones del aeropuerto (de Puerto Argentino). Ordené el embarque de la Sección por la compuerta del helicóptero, pero al contar los efectivos faltaba un soldado, apurado con la nave con motores en funcionamiento comencé a buscar al extraviado por los helicópteros que volarían a Fox. Finalmente encontré al extraviado no sin antes haber recorrido varios UH1H y sufrir cargadas de varios pilotos que había conocido en Comodoro y de los cuales había huido en su momento para evitar pagar el copetín que me reclamaban (tampoco hubiera tenido dinero para ello). Cuando embarqué con el extraviado por la compuerta del Chinook, el mecánico me informó que el piloto me ordenaba que desembarque e ingrese por la cabina.

Allí me presenté al piloto, Teniente Coronel González y su copiloto (era un Capitán) quién me preguntó si sabía a dónde íbamos. Hasta ese momento desconocía nuestro destino y la misión, el primero de los interrogantes me los despejó el piloto que me hizo acomodarse en la cabina desde donde puede apreciar en ese hermoso día soleado el paisaje de Malvinas.

Luego de un agradable vuelo aterrizamos en Goose Green, un lugar desconocido que tenía una pista con un par de aviones Pucará diseminados en el terreno. Dejé la Sección reunida cerca del lugar de desembarque a órdenes del Encargado de la Sección y me dirigí hacia donde personal de la Fuerza Aérea me informó que había gente de Ejército. Allí me presenté en el Puesto Comando de la Compañía C del Regimiento 25, donde en primer término fui recibido por el Subteniente Reyes a quien conocía del Colegio Militar y luego por el Jefe de Compañía, Teniente Primero Carlos

Esteban. Este me interrogó acerca de mis órdenes, misión, etc. Luego de una charla en la que le quedó claro que no existía nada al respecto, al menos que me fuera informado, me puso al tanto de la situación de su compañía a la cual quedé integrado como reserva de la misma. Luego de ser puesto en situación se ordenó el armado de vivac (carpas) en el centro del dispositivo de su Compañía y la misión de actuar como reserva de la misma. Se realizaron tareas de mantenimiento y prácticas para el caso de ataque enemigo.

Me sentía bastante solo porque no tenía con quien hablar. Yo tenía 20 años, prácticamente la misma edad que los soldados. Tres de los Suboficiales, también recién egresados, eran incluso más jóvenes, entre 18 y 19 años. Había llegado a Goose Green el 22 de abril y había conocido mi sección apenas diez días antes en Comodoro. No todas las unidades eran así, había Compañías que habían recibido instrucción con sus oficiales durante un año y conocían bien a sus soldados. Yo no.

Por una cuestión operativa hablaba más con el Sargento Maldonado y también con un grupo de soldados, con quienes tenía más afinidad porque eran cordobeses como yo, pero hacía el esfuerzo de hablar con todos. Era bastante difícil porque entre los mismos soldados había diferencias terribles porque unos se conocían y otros no. Con otros indudablemente era más fácil llegar a ellos en la noche, aislados, solos, se largaban un poco más. Me contaban alguna historia familiar, tenían mucha ansiedad por saber lo que podía pasar. Yo trataba de responder lo que podía, pero les dejaba tiempo para estar solos. Para que no se sintieran permanentemente controlados por un superior. Entre ellos hablaban de otras cosas y tejían esos lazos humanos que en esas situaciones límites hermanan a las personas.

23/24 de abril: Continuaron las prácticas, tareas de mantenimiento y construcción de pozos. Se efectuó la ceremonia de la jura de la bandera. El Jefe del Regimiento 25 tomó el juramento de la bandera a los soldados Clase 63 de la Tercera Sección del Regimiento 8 y la Compañía C del Regimiento 25.

Recuerdos del Cabo EC Rodríguez Alejandro

Nací en Guaymallén, Mendoza el 15 de enero de 1963 hijo de Francisco Rodríguez e Ilda Mercedes Bravo, y me acompañaron hasta que entré a la Escuela Cabral a los 18, y mi egreso es similar a los otros, y hasta la llegada a Malvinas el 21 de abril donde se hizo realidad un sueño de toda mi infancia y adolescencia. Creí que era un paraíso tropical

Al día siguiente fuimos a parar a una postal de una comarca europea. Arreamos carpas y esa noche bautizamos al Subt. Aliaga como “el pendejo”.

Después de una locura de cavar posiciones y cambiarlas bajo la lluvia ya descripta.

De ese periodo recuerdo el 1° de mayo que fue un día de sol radiante. Alcancé a ver dos sombras y viendo que el piso se levantaba el suelo y largaron bombas sobre la Base Cóndor. Ahí nos cayó la ficha. Estábamos en guerra.

Pasaron los días y después de una marcha infernal terminamos en Boca House donde después de estar frente al oeste tuve que ocupar el frente definitivo al Noreste. Todo esto era liderado por Aliaga, que en todo momento mantuvo el control de la situación manteniendo el contacto personal fundamentalmente con los Cabos.

A medida que avanzaba la posibilidad de morir empezó un miedo casi descontrolado de que murieran mis hombres. De hombres desconocidos a “mis Hombres” no habían pasado 30 días. Tenía miedo de equivocarme y que ellos pagaran las consecuencias.

Éramos muy jóvenes, no terminados de formar, era como si a un practicante médico le hagan hacer un trasplante de corazón.

En la noche del 26 al 27 de mayo es como si el tiempo se hubiera acelerado, ya nada era lo que debía ser y un ruido constante y aturdidor se fuera adueñando no solo de nuestros oídos, sino también de nuestra respiración, porque las ondas expansivas presionan tus pulmones, el olor de la pólvora y la cordita te ahoga, las luces te enceguecen y a duras penas escuchas tu propia voz transformada en alaridos tratando de dar órdenes, porque no teníamos radios. Los proyectiles trazantes del enemigo eran como rayos **láser** que buscaban tu cuerpo y se multiplicaban en miles de chispas originadas en los rebotes. Y en cada pausa de fuego, LA NADA, ciegos en total oscuridad hasta que vuelta empezar.

Habían llegado a los alrededores del caserío principal del istmo de Darwin–Goose Green. Este extraño capricho geográfico comunica la parte norte de la Isla Soledad con la parte sur mediante una lengua de tierra irregular con algunas elevaciones no muy grandes, a lo largo de más de 6 km. El caserío se divide en lo que podríamos llamar dos lugares separados o alejados unos dos kilómetros como si fueran malos vecinos. Ambos están sobre la costa y Darwin, ubicada al norte, es menor en cantidad de casas y gente. El contraste del azul profundo del mar con la vegetación baja, chata, de un color verde–amarillento y su caprichosa geografía daban al caserío una enorme imagen de soledad y aislamiento.



El Teniente Coronel Seineldín, jefe del RI 25, visita la Compañía C de dicho regimiento en la casa escuela de Pradera del Ganso, el día 24 de abril de 1982. En esta ocasión, los integrantes de la Compañía, prestaron juramento de fidelidad a la Bandera.

En una entrada de la tierra hacia el mar, prácticamente a la mitad de istmo, estaba Goose Green o Ganso Verde o Pradera del Ganso, con una mayor cantidad de población, unos 120 habitantes aproximadamente repartidos en una veintena de casas, hoy dicen que son 1500 personas.



Diferentes posiciones de la Tercera Sección en Goose Green.

Entre las dos está una escuela, en un terreno que en general alterna espacios planos y algunas elevaciones no muy importantes pero que se destacan nítidamente, por ejemplo, la colina Darwin ("Darwin Hill") orientada de Este a Oeste, de forma irregular, cerca del caserío homónimo, y una elevación casi circular de orientación Norte Sur, más pequeña ubicada junto a unos corrales de piedra abandonados de nombre Boca

House a orillas de una entrada del mar llamado Lago Brenton. Estas elevaciones adquieren importancia según favorezcan los movimientos de los contendientes en cuanto al ataque o la defensa.

Recuerdos Subteniente Aliaga

Lo único bueno que le había pasado hasta ahora a la 3ra Sección fue que, al día siguiente de llegar, el 24 de abril, el tan admirado como discutido Teniente Coronel Seineldín, llegó con la Bandera de Guerra de su Regimiento 25 y en una emotiva ceremonia tomó juramento a los soldados clase 63 de su Regimiento y a los del Regimiento 8.

Antes de irse le dijo al emocionado Subteniente Aliaga “que le deseaba de todo corazón que tuviera su bautismo de fuego”. Vaya si acertó con el buen deseo.



Drag. García - Subt. Aliaga - Sarg. Maldonado
Soldados: Amaya - Cabrera -Hassanie - Saavedra -Solis
Suárez - Alcántara - Cepeda - Castro -Pecorari.

25 de abril: Se ordenó a la Sección el desplazamiento a la Base Aérea Cónдор, con la misión de brindar seguridad y establecer posiciones en la cabecera norte de esa base de aviones Pucará.

26 de abril: Se efectuó la preparación de las posiciones defensivas y se realizó comprobación de armamento. El Jefe de Sección realizó el reconocimiento de los lugares próximos y los alrededores de la Base Cónдор.

27, 28, 29 y 30 de abril: Continuó la preparación de las posiciones defensivas y se comenzaron a ejecutar patrullas nocturnas de exploración a órdenes del Jefe de Sección. Mal tiempo, llovizna muy fría.

El 30 de abril arribó a Goose Green el Regimiento de Infantería 12, que tiene su asiento de paz en la localidad de Mercedes, provincia de Corrientes, fue la base de la Fuerza de Tareas del mismo nombre que soportó el peso de la Batalla de Pradera del Ganso.

Entre el 29 y el 30 de abril llegó el Regimiento 12 y todo cambió otra vez y la Sección pasó a depender de otro jefe y la movieron otra vez de lugar. En realidad, cada vez que modificaban la dependencia los alejaban más a la Sección de las orgánicas internas de las posiciones construidas y por lo tanto de las líneas de abastecimiento.

Cuando se constituyó esta organización llamada Fuerza de Tareas "Mercedes", el Subteniente Aliaga con sus 37 soldados, de los 47 que debía tener, había cambiado varias veces de dependencia y de posición, lo que es una de las cosas más complejas de vivir en la dinámica de una operación militar. Su condición era la de un "huacho", un huérfano, sin jefe y sin misión y sobre todo sin apoyo logístico. Esto le aseguraba dos cosas: hambre por la distancia y frío por falta de resguardo.

1 de mayo: En horas de la mañana el Jefe de Sección tomó contacto con el Jefe de Sección del Grupo de Artillería de Defensa Aérea (GADA) 601, cuyas armas y Centro Director de Tiro (CDT) estaban en la retaguardia de la Tercera Sección. Dos aviones Sea Harrier atacaron la Base Cóndor, la corrida de las aeronaves pasó a muy baja altura por encima de la Sección. El ataque destruyó un Pucará y averió otro, además de afectar instalaciones y ocasionar bajas en el personal de la Fuerza Aérea. Personal de la Sección no sufrió daños y colaboró con la Fuerza Aérea en el socorro de víctimas.

Esta Base Aérea Militar estaba ubicada más hacia el centro del Istmo a mitad camino entre Darwin-Goose Green y tenía una pista de aterrizaje precaria, donde se instaló la BAM "Cóndor" donde se ubicaron unos 12 Pucará, 2 helicópteros Bell 212 y 2 Chinook y una dotación aproximada de 290 hombres de Fuerza Aérea. Esta instalación transformó a este caserío sin importancia en un objetivo estratégico para los ingleses que se propusieron destruir los aviones y anular las fuerzas terrestres compuestas por el Regimiento de Infantería 12 disminuido, una Compañía del Regimiento 25, armas antiaéreas de Ejército y de Fuerza Aérea, tres cañones de 105 mm a órdenes del mendocino Teniente Primero Carlos Alberto Chanampa del Grupo de Artillería Aerotransportado 4 de Córdoba.

Contar la historia de estos 3 cañones y sus Artilleros ha sido motivo de varios libros, que ya están muy bien escritos. Baste decir que dos de ellos los trajeron en un helicóptero Chinook y otros dos fueron hundidos con el bravío aviso

Río Iguazú. Luego de este evento y con una "cadena de locos", Chanampa, el Subteniente Gómez Centurión y otro Oficial creo que de apellido Navarro y los integrantes de las dotaciones de los cañones hundidos se sumergieron en el agua helada hasta sacar un cañón y tres cuartos del otro.

Cuando los ingleses vieron a estos cañones no podían creer que con solo 3 les hubieran hecho tanto daño por la precisión de los tiros, a pesar de no tener observadores adelantados y la cadencia infernal de cañonazos que al final del combate tiraron con puntería directa (es decir apuntando por el tubo del cañón) a menos de 200 metros.

2 de mayo: Continuaron las preparaciones defensivas. Aviones enemigos atacaron Goose Green, con bombas de racimo y partes de una aeronave enemiga derribada caen sobre las posiciones de la Sección, no hubo bajas propias. La Sección formó en la ceremonia para rendir honores al piloto enemigo derribado y fallecido.

3 de mayo: Se desarrolló un repliegue general, la Sección no recibió órdenes y el Jefe de Sección se dirigió a solicitarlas. La Sección fue replegada con el resto de la propia fuerza al interior del poblado (Goose Green). Se ordenó ocupar posiciones en la punta de la península y prepararse para un ataque consistente en un desembarco anfibio.

4 de mayo: se desactivó la Base Cóndor, las aeronaves son retiradas del aeródromo de Goose Green. Ese mismo día se ordenó que la Sección, con parte de su personal, debía custodiar a los pobladores locales retenidos en la escuela del lugar.

6 de mayo: Se activó nuevamente la Base Cóndor, los aviones Pucará retornaron al aeródromo de Goose Green. La Sección ocupó nuevamente las posiciones de la cabecera norte del aeródromo.

8 al 11 de mayo: Se realizaron tareas de mantenimiento y patrullas. El Jefe de Sección comenzó a recibir órdenes directamente del Jefe de Regimiento de Infantería 12. A la Sección se le ordenó y ejecutó un cambio de posiciones. Comenzó la preparación de las nuevas posiciones, ubicadas 400 metros hacia el norte y con un frente mayor. Se continuó la preparación de las nuevas posiciones defensivas.

12 de mayo: Se ordenó un nuevo cambio de posición. La Sección se desplazó esa tarde, tres kilómetros hacia el norte, se armó vivac, se estableció la seguridad para pasar la noche y esperar órdenes sobre las posiciones a ocupar. Se estableció contacto con la Sección Exploración del Regimiento de Infantería 12. Después de cambiar 5 veces de posición y otras tantas de Jefe, cuando llevaban 504 horas, es decir 21 días sin un lugar fijo, recibió el 12 de mayo la inexplicable orden definitiva que también iba a ser modificada.

El 13 de mayo fue cuando le ordenaron marchar hasta Boca Hill o Boca House distante unos 3,5 km al noroeste del Puesto de Comando y el centro de apoyo logístico.

Caminar esa distancia para una tropa de Infantería, que la doctrina dice que lo hace a marcha normal a 5 km por hora, parece un esfuerzo menor. Eso dice la teoría...

Ahora bien, hacerlo en esa zona con las características ya descritas de suelo y vegetación cargando el maldito, inútil e incómodo bolsón porta equipo, es otra demostración de no conocer la doctrina (que es la experiencia de otras guerras), pero fundamentalmente es desconocer el terreno y su efecto sobre los rendimientos de marcha, pero lo más importante es que le importa un rábano la capacidad y estado de sus hombres después de 21 días de estar sometidos a mala alimentación, frío e incertidumbre, al que ordenó ese movimiento.



Soldado argentino cargando arma individual, bolsón porta equipo, colchoneta y bolsa de rancho



Soldado inglés con su mochila y arma de apoyo

Este engendro del equipamiento es una mala copia de un diseño norteamericano de la guerra de Viet Nam donde la mayoría de los movimientos se hacían en helicópteros. Algún genio ordenó el reemplazo de la mochila, por lo que los desplazamientos se hacían cargando el bolsón, las armas individuales, las de apoyo y la munición.

14 al 19 de mayo: Se preparó la nueva posición defensiva. Personal de la Sección junto con un grupo de la Compañía de Ingenieros 9 realizó trabajos de minado y preparación de trampas explosivas. El 15 de mayo la cabecera norte de la Base Aérea Cónдор fue bombardeada por una Fragata enemiga, las posiciones ocupadas anteriormente fueron destruidas. La Sección no tuvo bajas.

20 y 21 de mayo: en horas de la noche, se divisaron luces y movimientos en la margen opuesta del canal, se ejecutó exploración por el fuego con la ametralladora de la Sección.

21 de mayo por la mañana, aviones Pucará ejecutaron un ataque aéreo sobre una casa que ocupaba la margen opuesta y que se estimaba estaba ocupada por observadores adelantados del enemigo.

22 al 27 de mayo: En las posiciones se realizan tareas de mantenimiento. El 25 de mayo se advierten desplazamientos hacia el norte de fracciones del Regimiento de Infantería 12.

El 27 de mayo se establece una fracción del Regimiento 12 a 1200 metros al noreste de Boca House. El Jefe de Sección contactó con el personal allí apostado.

De parias a guerreros

Cuando llegó la guerra, que no empezó para la 3ra Sección cuando llegaron los ingleses, si no cuando empezaron a vivir la **incertidumbre**, las preguntas sin respuestas, el frío, el hambre, la incomprensión de que pasaba lo que pasaba y nadie les explicaba nada y se empezó a refugiar cada vez más en el sufrimiento común.

De desconocidos pasaron a ser amigos. Allí se selló con fuego y sangre la Hermandad de la Turba, ya no serían más Colimbas, se habían transformados en Guerreros para toda la vida a pesar de los civiles, militares y eclesiásticos que pretendieron llamarlos "chicos de la guerra" y olvidaron sus hazañas. En ese espacio que después de tantos días se fue reduciendo a un pozo en forma de herradura donde cada vez se hizo más íntimo, hasta el punto que no hubo otra cosa en todo el universo más que el Cabo Primero Ávalos y los soldados Allende, Altenburger, Leyría y tantos otros pozos de a dos o de tres.

Los mismos problemas que vivimos en Bahía Fox los vivió la Sección Aliaga, alternando patrullas, reconocimientos, cavar posiciones, volver a cambiar posiciones y cavar posiciones, guardias en el sector, cambiar de sector, otras patrullas nocturnas en otra dirección, pelear por los abastecimientos, hablar sin dar respuestas a las preguntas y sobre todo soportar esas miradas que pedían algún dato que les permitiera alejar, aunque sea por un rato a la maldita incertidumbre. La gran diferencia es que ellos vieron las caras de la muerte y nosotros solo las vimos pasar.



1,2,3 Grupo de Tiradores–Grupo Comando – Grupo Apoyo.

Hasta que se corporizó el combate y ese círculo íntimo se estrechó aún más hasta que quedó solo, como quedan todos los combatientes, los guerreros y los seres humanos cuando se enfrentan a la certeza de morir. Y es ahí en que siguiendo los misteriosos designios de Dios unos viven, otros quedan heridos y otros entregan su vida normalmente llamando a su madre.

En el "reino de la sinrazón" que es el combate terrestre y en particular el de la Infantería a medida que esa locura de adrenalina, miedo, ruidos que sacuden las entrañas, luces que enciegan, a medida que nos acercamos al hombre combatiendo vemos que solo sobreviven las reglas y acciones impuestas por el duro entrenamiento. Hay un momento del combate en que los ideales y los motivos de la guerra, quedan de lado y se combate para **sobrevivir**.

Los estudiosos del hombre y sus conflictos, a los armados les llaman guerras, han definido que la mayoría comienzan con preocupación, intentos de evitarlas, en los casos en que se convence a la población de que la acción es "justa", en general surge un sentimiento de común entusiasmo. Así empezó como todos con el "**sentimiento común, recuperamos las Islas Malvinas**", luego cuando llegó la organización militar y dispuso de nosotros nos sentimos aún más contenidos. A ese sentimiento se le agregan otros como el de la identificación y en el marco de 200 hombres y más, aparece un "sentido de pertenencia" a pleno, formábamos parte de la Compañía C del Histórico y Glorioso Regimiento 8.

Pero a los pocos días, cuando el entusiasmo pasa y la transpiración se enfría con el entusiasmo, empieza el proceso inverso. Tomemos por ejemplo el caso del Subteniente Aliaga y su Sección. En corto tiempo pasó del **sentimiento común**, alegría, banderas, bombos, cornetas, discursos; **al sufrimiento común**, el hambre, el frío, la soledad, el miedo, la suciedad, la rutina, van confinando al individuo hacia los que sufren las mismas dificultades. Y los soldados de Aliaga, en menos de 20 días es decir menos de 500 horas, pasaron de una casi agradable situación al desagradable pero unitivo sufrimiento común. Así los soldados fueron acercándose cada vez más al Subteniente Aliaga, **ese desconocido que lideraba a desconocidos**, que no tenía soluciones, pero las buscaba y sobre todo **las sufría con ellos**.

Reflexionando sobre ello comparto plenamente la cita de Federico Lorenz:

En el trabajo de J. Glenn Gray, quien analiza, a partir de sus propios diarios de guerra y la correspondencia intercambiada durante la Segunda Guerra Mundial, su experiencia de combate, Gray toma como variables a analizar las relaciones horizontales y verticales entre los combatientes, las prácticas y valores por las que se construyen los lazos entre los soldados y las formas en las que la institución militar condiciona las vías por las que los hombres procesan su experiencia en batalla.

Un elemento constitutivo en la conformación de las identidades de los hombres en batalla tiene que ver con la idea de que la guerra es un “esfuerzo en común”. Además, en el análisis de Gray, encontramos que la idea de “libertad en común” no necesariamente construye amistad, pero sí puede representar camaradería. Esta unión, constitutiva de la experiencia bélica, se da más que nada debido a las condiciones comunes vividas por los combatientes, aún más allá de sus grados. Para Gray, la esencia de la moral de combate está en la lealtad al grupo”.

No hace falta a esta altura del relato buscar el valioso testimonio de un extranjero, se lo podemos preguntar al Subteniente Aliaga:

– Hola Guillermo: Te voy a hacer una pregunta difícil. Cuando sacaste medio cuerpo fuera del pozo y gritaste FUEGO LIBRE. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por la Patria o por sobrevivir?

– Hola Mario: Desde el anochecer de ese día 27 sabíamos que esa era la noche en que íbamos a combatir.

Horas antes, a unos 600 metros de nuestra posición habíamos escuchado el choque de los ingleses con los soldados de la Compañía A del Regimiento 12. Cuando ordené abrir fuego, no pensé en otra

cosa que abrir fuego, casi automático, mecánico. Luego cuando se había desatado el infierno y técnicamente estábamos "aferrados por el fuego" me hundí en el fondo del pozo, me saqué el casco para decidir si ordenaba el repliegue o nos quedábamos a pelear hasta la noche para asegurar las posibilidades de un repliegue más ordenado y seguro. Estábamos sumamente aislados, no había posibilidades de ningún tipo de apoyo y el enemigo descargaba toda su furia. En ese momento decidí combatir sin pensar en otra cosa que cumplir la misión y a medida que el cerco de los proyectiles de morteros y de artillería se acercaba y se incrementaban los tiros de armas automáticas, que indicaba que estábamos en las distancias cortas, no pensaba en la Patria ni en ninguna otra cosa. Nada que no fuera la vida de mis soldados y la mía. En ese momento la Patria éramos nosotros, el Sargento Maldonado, el soldado Racca y el soldado García, Marini y cada uno de ellos eran en ese momento el motivo por el que combatíamos para sobrevivir. La Patria éramos nosotros vivos, no muertos.

Recuerdos del Dragoneante C/62 García César

Soy hijo de Claudio García y de Antonia Vicent, nací el 25 de marzo de 1962 en Córdoba. Tengo 4 hermanos: María Antonieta, Olga Ester, José Manuel y Carmen del Valle, en el año 1981 vivíamos en Córdoba Capital. En el año 1986 me casé con Elsa Ledezma y tuvimos 4 hijos: Gisela Carolina la mayor, Martín César, Ezequiel Gabriel y Agustín Claudio, mi esposa y mis hijos mi sostén. Gracias

Me sortearon y me tocó el número 710 y me incorporaron el día 16 de Marzo de 1981 en el entonces Batallón 141, y de allí me trasladaron a Comodoro Rivadavia, y formé parte del Regimiento de Infantería 8 de nuestro Ejército Argentino. Hice la instrucción formando parte de la compañía "A" Chacabuco y después por la profesión de Carpintero pasé a la Compañía Servicios a fines del mes de agosto me dieron la condecoración de Buen Compañero de la compañía.

Al volver de la instrucción final a algunos soldados en el mes de diciembre nos licenciaron y regresamos en el mes de enero no recuerdo la fecha, ya estaba la clase 63 incorporada.

Los primeros días del mes de febrero me dan licencia hasta la baja y después de casi dos meses y sabiendo que la recuperación de nuestras islas se llevó a Cabo el 2 de Abril me llega un carta el 5 de Abril donde decía que me tenía que presentar el 7 de Abril junto a casi 150 soldados en el Distrito Militar Córdoba en la calle Oncativo, no faltó nadie a la cita y partimos para Comodoro, llegamos el

día 9 a la mañana, cuando pasamos al costado del Aeropuerto de Comodoro vimos realmente una película de guerra.

Llegamos a nuestro histórico Regimiento y no vimos ninguno de los que fueron nuestros instructores, pero a la tarde noche se presentó el Capitán Mario Abel Godoy quien fue el que comando la Compañía "C", quién nos presentó a todo el personal de cuadros. Cada uno de los soldados que éramos parte de la compañía Servicios ocupamos nuestros puestos de trabajo y los que eran de las otras compañías seguían haciendo instrucción. Pasaban los días y no sabíamos que iba a pasar con nosotros, la gran mayoría queríamos ir a las Islas y gracias a que llegaron los abrigos y pertrechos el día 21 a la mañana nos forma el Capitán Godoy y nos dice con voz enérgica y emocionada soldados mañana a la madrugada marcharemos para Malvinas, yo estaba contento de poder estar al lado de mis camaradas que ya estaban defendiendo nuestras Islas.

También se puede contar que el mismo día 21 a la noche un grupo de soldados nos pusimos las tiras de suboficiales y otro de oficial y salimos por el puesto de la bloquera donde estaba en ese puesto un soldado C/63 que se resistía a dejarnos salir pero un soldado que se había puesto la tira de Subteniente lo puso en caja y salimos rumbo al centro a disfrutar de una noche de burdeles para despedirnos del continente como si fuera la última vez que podíamos divertirnos sin saber si volvíamos o no. Terminamos la parranda a las 06:00 hs, cuando llegamos a nuestra cuadra los bolsones porta equipo lo teníamos todo listo gracias a nuestro amigo y camarada Villarreal Rodolfo una persona excelente, que el destino después de salir con vida de la Batalla de Boca House pasaron 3 años después de la Guerra pierde la vida en un accidente en un ascensor en la ciudad de Río Cuarto, vaya mi homenaje y mi respeto.

Nos hicieron armar las carpas al costado de la pista y habrán pasado 6 horas, separaron las secciones y la tercera sección a órdenes del Subteniente Guillermo Aliaga con los suboficiales el único que conocía era al Sargento Maldonado, de allí nos subimos a un helicóptero Chinook y partimos a Ganso Verde, nos hicieron empezar a armar el vivac al costado de una escuela donde estaba parte de la compañía C del Regimiento de Infantería 25 a cargo del teniente primero Esteban, pasamos no recuerdo si fueron 2 días y nos ordenaron desplazarnos hasta la cabecera de la pista de los Pucará, Base Aérea Cóndor hicimos nuestros pozos de zorro donde tuvimos nuestro bautismo de fuego. Formé parte del primer grupo a cargo del Cabo Fernández un tipo excelente. la mayoría de los Cabos eran más chicos que yo con 20 años cumplidos el 25 de marzo y nuestro jefe de sección también con 20 años.

El día 1 de mayo atacan dos Sea Harrier produciendo 7 Bajas de FAA un Oficial y 6 Suboficiales, fue un golpe terrible y triste de ver a los camaradas muertos empezamos a darnos cuenta que ya estábamos en guerra. En ese lugar estuvimos unos 6 días y de allí nos trasladamos a 500 metros más adelante y cavamos de nuevo otros pozos, eran días muy fríos y lluviosos, difícil era traer la comida con los cilindros, las raciones llegaban frías y no teníamos ni vehículo y menos comunicación, pero seguimos adelante con lo que nos ordenaban. Pasaron no sé cuántos días y nos indicaron que teníamos que adelantarnos casi a un kilómetro donde ya veíamos el mar, cansados de cavar las posiciones y de comer casi comida helada, nos dirigimos al pueblo con dos soldados ,no quiero mentir pero uno sé que fue el Alemán Altenburger y otro el negro Eduardo Rappa, pasando por una de las casas vimos escondido un Jeep Land Robert azul, el que tenía conocimiento de mecánica era el Alemán lo hizo arrancar y pudimos desde ese momento usar el vehículo para trasladarnos a buscar las provisiones para la sección. Pasaron unos días y pase por el pueblo con el Jeep y de allí llevaba provisiones al frente donde estaba la sección Bote del RI 25 a cargo del Teniente Roberto Estévez y seguía llevando a mi sección lo que el Subteniente Aliaga me pedía. Una orden impartida el día 20 de mayo por el Subteniente Aliaga era llegar hasta lo más cerca de San Carlos con el Jeep y no recuerdo el suboficial que me acompañaba en esa misión y nos sorprendió un bombardeo Naval y al llegar a un establo pudimos ver dos Helicópteros ingleses, regresamos y les dimos las novedades al Subteniente. Ya estaba la cabecera de playa en San Carlos.

El enemigo. Ese gran interrogante

Enfrente de la 3ra Sección había 8 hombres ingleses:

- El Segundo Jefe del Regimiento Paracaidista 2: Mayor Chris Keeble. (Reemplaza al Teniente Coronel Jones)
- El Teniente Waring, Jefe de la Batería 8 del Real Regimiento de Artillería.
- El Coordinador de fuego naval de la fragata HSM ARROW que apoyaba su avance.
- El coordinador del fuego de artillería de 105 mm y misiles antitanque Milan.

- El Jefe de la Compañía B: Mayor John Crossland.
- El Jefe de la Compañía D Mayor Philip Neame reforzada con 6 morteros de 120 mm y 12 ametralladoras.
- El Jefe de la Compañía A Mayor Farrar-Hockley.
- El Jefe de la Compañía D Mayor Jenner.



Estos ocho hombres conducían más de 1000 soldados profesionales, que utilizaban los sistemas de armas más modernos del mundo.

Nunca sabremos con exactitud cuántos de esos murieron bajo las balas de los soldados de Aliaga ni los que mató el cordobés de Cura Brochero, ni lo queremos saber.

Su misión era avanzar sobre Darwin-Goose Green, tomar y conquistarlo antes del desayuno del 27 de mayo, para lo cual iniciaron la operación a las dos de la mañana como lo indicaba el plan y desayunar en el objetivo a las 0930 horas.

El combate de Boca House (Goose Green)

Recuerdos del Dr. Guillermo Aliaga, Ex-Subteniente "EC"

A partir del 13 de mayo la 3ra Sección de la Compañía C del Regimiento 8, ocupó posiciones en una loma denominada Boca Hill, cerca de unas construcciones abandonadas llamadas Boca House, con costa sobre el denominado Lago Brenton y distante alrededor de tres kilómetros al norte del poblado de Goose Green. Esa posición dominaba un valle hacia el norte, atravesado por un pequeño arroyo y la pendiente ascendente de la loma opuesta era cortada por un largo seto.

La misión asignada fue la de brindar alerta temprana y retardar un posible desembarco en el lugar, estableciendo posiciones con frente hacia el Oeste (Lago Brenton). Cuando la Sección se estableció en ese lugar, no formaba parte de ningún frente, sino que ocupaba una posición aislada y distanciada varios kilómetros de la propia tropa más próxima.

En esta situación consideré necesario, además de adoptar el frente indicado, prever posiciones que brindaran seguridad en los 360°, dada la alta probabilidad de ser atacado desde otro sector, especialmente el norte y no desde esa entrada de mar de poca profundidad. Asimismo, ese dispositivo permitiría, lograr mayor seguridad nocturna ante un posible golpe de mano, como el realizado por el enemigo para destruir los aviones Pucará en la Isla Borbón.

Se me ordenó modificar el dispositivo y cumplir estrictamente con el establecimiento de posiciones para enfrentar un ataque desde el mar, es decir con frente hacia el oeste. Cumplí la orden recibida, pero consideré y ordené que un Grupo de Tiradores, la única ametralladora y el cañón antitanque lo hicieran en forma tal que eventualmente pudieran enfrentar un ataque desde el norte, asimismo establecí el puesto comando de modo de poder controlar también esa dirección. En días posteriores, fracciones del Regimiento 12 fueron desplazadas hacia el norte, a posiciones bastantes distantes y que no visualizaba desde Boca House.

El 27 de mayo en horas de la noche comenzó un intenso fuego de artillería en el norte del istmo, ordené alistar la Sección para enfrentar, lo que supuse sería un próximo ataque enemigo desde esa dirección.

En este sentido, parte del personal ocupó posiciones no terminadas de construir (del dispositivo modificado por órdenes recibidas) e incluso parte de la tropa tomó posiciones sin ningún tipo de cubierta.

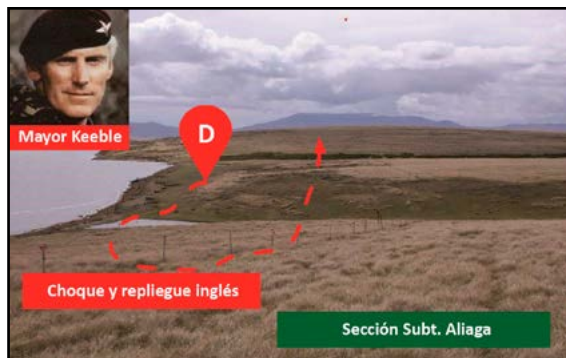
En dirección norte, continuaba un intenso fuego de artillería, también se comenzó a escuchar disparos de armas automáticas y la oscura noche se cubrió de luces provenientes de munición trazante. La Sección permaneció alerta esperando el seguro ataque, en esa posición aislada y sin ningún tipo de información dada la ausencia de equipos de comunicación.

Con las primeras luces del día 28 de mayo, con un cielo nublado y helada llovizna, alcancé a divisar desde el puesto comando, una fracción de magnitud aproximada a una Sección de Tiradores que se desplazaba en la loma norte opuesta a Boca House y distante a 700 metros.

La falta de comunicaciones y la poca visibilidad, me impidieron saber, en ese momento, si se trataba de propia tropa que se replegaba o el enemigo que avanzaba. Observé con el antejo de campaña, sin poder distinguir por la poca luz reinante, pero sí pude apreciar que esta tropa comenzó a desplazarse hacia el sureste, donde hacía pocos minutos y a juzgar por disparos y explosiones, se había iniciado un combate. El mencionado desplazamiento me convenció de que se trataba del enemigo que aún no se había percatado de nuestra presencia en la ladera vecina y, previa preparación ordené que la ametralladora abriera el fuego.

La fracción enemiga fue sorprendida a campo abierto, sin ningún tipo de cubierta y en una formación totalmente favorable para el fuego de nuestra arma, asimismo se ejecutó fuego reunido de fusiles sobre ella. El fuego produjo numerosas bajas en el enemigo que quedaron en el campo, algunos lograron retroceder y otros avanzaron a la carrera para cubrirse en el seto que atravesaba la loma (delante de éste la Sección había preparado un pequeño campo minado y algunas trampas cazabobos). El enemigo abrió fuego de gran intensidad con armas automáticas sobre nuestra posición, mientras efectuaban cambios de posición, asimismo usaron gran cantidad de fumígenos para cubrirse y tratar de evacuar sus heridos tendidos en el campo

Comenzó un largo período de intercambio de disparos, nuestra ametralladora disparaba en ráfagas y los tiradores ejecutaban fuego con sus fusiles. El cañón 88,9 efectuó disparos sobre el mencionado seto, esto provocó que salieran de esa cubierta y permitió disparar sobre ellos.



Secuencia de repliegue.

A partir de allí, hubo una pausa en el combate, que aprovechamos para distribuir munición. La Sección estaba en ese momento sin ninguna baja. Posteriormente, el enemigo reinició su ataque con gran volumen de fuego de armas automáticas, esto fácilmente apreciable no sólo por los impactos en las posiciones sino además por la apreciación visual dado el uso de munición trazante. Dos aviones Pucará pasaron sobre nuestras posiciones y se lanzaron en picada sobre el enemigo que ejecutó una cortina de fuego sobre dichas aeronaves, las que efectuaron un giro y escape hacia el este, esto fue una decepción. La ametralladora continuó efectuando disparos en ráfagas de forma eficaz y disciplinada, también los tiradores disparaban, aunque no todas las armas tenían un buen funcionamiento, así por ejemplo mi fusil no recuperaba.

Me preocupaba mi flanco izquierdo (constituía la retaguardia de las posiciones ordenadas) ya que estaba sin ninguna protección si era flanqueado por allí. El S/C 61 Guillermo Marini, cuya posición con frente hacia el mar y en contrapendiente le impedía combatir llegó arrastrándose al Puesto Comandante que se encontraba bajo un intenso fuego y me informó que su Jefe de Grupo, el Cabo Bosetti estaba herido (recibió un disparo en un hombro con salida por el antebrazo). Entregué munición adicional a Marini y le ordené se arrastre al flanco derecho para que ocupara una posición que permitiera cubrir un eventual envolvimiento del enemigo por ese sector (en ese lugar existía un pozo sin concluir a raíz de las órdenes recibidas).

En ese momento el fuego enemigo era de intensidad tal, que permitía suponer la disposición de varias ametralladoras que no divisábamos. El terreno ocupado por la Sección era muy limpio, es

decir sin cubiertas naturales, en lo que parecía una cancha de golf. Sentí un grito proveniente desde el cañón antitanque que me avisó que Marini había sido herido y pude ver que éste yacía boca arriba a unos 20 metros de distancia.

Logré llegar hasta Marini (recibió un disparo en una pierna y uno en el estómago), darle tranquilidad y arrastrarlo hasta la parte trasera del Puesto Comando para que quede a cubierto del fuego.

Fue imposible, en ese momento, introducirlo dentro de la posición por no poder levantarlo sin que reciba otro disparo. Fuego de artillería y morteros comenzó a caer a corta distancia de nuestra posición, en principio lo creí propio, pero al poco tiempo comenzó a hacer eficacia sobre nuestra posición. Se hizo una zanja en la parte trasera del Puesto Comando para introducir a Marini y allí recibió primeros auxilios.

Para entonces, el combate estaba siendo sostenido por la ametralladora, un Grupo de Tiradores y el Puesto Comando. El cañón antitanque había agotado su munición (tres disparos, su abastecedor no disponía de fusil) y los restantes Grupos de Tiradores estaban en posiciones con frente hacia el Oeste y recibiendo fuego cruzado.

El fuego de armas pesadas (artillería y morteros) caía sin cesar y cada vez era más intenso y certero, asimismo el enemigo se acercaba favorecido por la cubierta de su propio fuego y la precisión de los misiles Milan. Los británicos utilizaron por primera vez esos misiles contra posiciones de infantería. El éxito de esta táctica en la batalla de Pradera del Ganso fue tal, que en el ataque a la capital de las Malvinas todas las unidades británicas utilizaron el Milan para saturar las defensas argentinas antes de tomarlas por asalto.

La situación de la Sección se había tornado muy desfavorable. La falta de radios, no me permitían tener contacto con el Comando Superior ni con otras fracciones. En estas circunstancias, decidí enviar dos estafetas (esperando que al menos uno lo logre) al Puesto Comando del Regimiento 12, el cual supuse todavía se encontraba en el poblado de Goose Green, distante a varios kilómetros. Mis órdenes fueron que transmitan la situación y la necesidad de apoyo.

El paso del tiempo me hizo comprender que la Sección continuaría sola y sin apoyo. Evalué la opción de replegar, la que descarté por su difícil ejecución sin que se produzcan muchas bajas, dado que no había pausa de fuego y la posibilidad no deseada que se convierta en un desbande, pues la gente se encontraba agotada y en malas condiciones físicas. Mi resolución fue tratar de resistir al menos hasta la noche y en su caso aprovechar la oscuridad.



Lanzador y Cohete Milan.

Alrededor del mediodía, en medio del fuego que saturaba nuestras posiciones, observé que una fracción importante del enemigo se acercaba en línea por el flanco izquierdo, bordeando el mar por una playa en la que desembocaba el pequeño arroyo. Ordené abrir fuego sobre ese sector, pero el ruido de las armas automáticas y explosiones impidió que el apuntador y los sirvientes la escucharan, por lo que salí de mi posición para llegar hasta el arma a impartir la nueva orden de fuego. Al hacerlo sentí un fuerte impacto en el cuello que me tiró hacia adelante envuelto en sangre. Fui introducido en el Puesto Comando por el Encargado de la Sección (Sargento Maldonado), no podía hablar estaba aturdido.

Escuché que el apuntador de la ametralladora soldado Allende, fue herido pero los sirvientes soldados Leyria y Altenburger, seguían disparando el arma, hasta que un misil los impactó resultando ambos heridos e inoperable el arma. Un proyectil también impactó el techo del Puesto Comando que se desplomó e hirió en la cabeza al Sargento Maldonado.

El S/C 62 Rappa tomó e intentó disparar un lanzacohetes descartable Low, lo que fue hecho finalmente por el Jefe del Grupo Apoyo (Cabo 1° Ávalos) y una nueva explosión derrumbó lo que quedaba del Puesto Comando hiriéndome nuevamente en la cabeza. Sentí silencio y alguien que se tiró dentro del Puesto Comando, era el Cabo Rodríguez, Jefe del Tercer Grupo de Tiradores (su grupo era el que enfrentaba el movimiento del enemigo por la playa), que, desesperado ante la situación, logró llegar al lugar para pedir órdenes y me informó que el enemigo estaba muy próximo. En ese momento y dentro de la posición recibió un disparo en su cara que lo desplomó. Con dificultad pregunté qué sucedía, pues estaba sin poder observar, me

informaron que nadie disparaba y el enemigo estaba muy próximo ya no sólo por el flanco izquierdo (Oeste) sino por el frente (Norte).



Subteniente Aliaga después de 10 horas de Combate.

Supuse que no teniendo oposición lanzarían el asalto y ordené que el que pueda se evada (lo cual, sólo quizás podrían hacerlo quienes estaban en el contrapendiente). A fin de evitar ese asalto que ultime al personal le indiqué al soldado/C62 Castro, que había logrado llegar al Puesto Comando arrastrándose a pesar de los disparos, que le hiciera saber al enemigo que todo se había terminado.

Castro levantó un trapo y salió, pero recibió disparos enemigos, lo cual nos hizo suponer que no habría prisioneros. Sin embargo, numerosa tropa enemiga ingresaba desde el frente y desde el flanco izquierdo tomando prisioneros. En el Puesto Comando los heridos fuimos sacados, uno de los paracaidistas me apuntó en la cabeza, pensé que sería fusilado, pero no sólo no lo hizo, sino que me brindó primeros auxilios con su propio paquete de curaciones. No obstante, en esos momentos se produjo un confuso episodio en el cual algunos de los paracaidistas enemigos prepararon una ametralladora como para ejecutar a algunos de los integrantes de la Sección ya prisioneros (entre ellos el soldado C/62 Papurello y el soldado C/62 Salomone), lo que se evitó por la intervención enérgica de un superior.

Pasado el mediodía, en las primeras horas de la tarde, alrededor de veinte (20) integrantes de la Sección fuimos tomados prisioneros. Todos, salvo el soldado C/62 Allende (quedó en su posición dado por muerto y fue encontrado al día siguiente, ya no sólo herido sino con sus miembros congelados - resultó parapléjico y perdió sus piernas), incluidos los heridos que fuimos cargados por el resto, continuamos con el avance del enemigo en su posterior ataque al grueso de la Fuerza de Tareas Mercedes, apostada en las cercanías del poblado y distante varios kilómetros a retaguardia.



Soldado Leyria.

En ese avance atravesamos, junto a nuestros enemigos, un campo minado y al acercarnos al poblado fuimos batidos por el fuego de la artillería propia. Asimismo, un avión Pucará atacó nuestra posición, pero fue derribado por el fuego reunido de toda la Compañía de Paracaidistas que nos conducía. El piloto, eyectado y prisionero, fue detenido en el lugar donde nos encontrábamos, la situación ocasionó que algunos de los prisioneros fuéramos golpeados, pero la nueva intervención de alguno de los custodios dio terminada esa reacción.

A última hora de la tarde, fuimos conducidos en una penosa marcha a un sitio en el que pasamos la noche junto a prisioneros de otras fracciones. Fue una noche larga, fría y nevada en que se nos informó que los heridos no recibiríamos atención médica hasta la rendición total de las fuerzas que estaban cercadas en Goose Green.

Esto tuvo lugar en la mañana siguiente, no obstante, fue tarde para algunos heridos como el soldado Giraud del Regimiento 25 (integrante de la Sección del Teniente Esteves) que falleció durante esa noche.

En la mañana siguiente, los prisioneros heridos fuimos separados y conducidos a otro lugar, donde recibimos atención médica y luego transportados en helicópteros al Hospital de Campaña Británico donde médicos navales nos operaron.



Traslado de heridos.

El lugar, con costa sobre el Estrecho de San Carlos nos permitió, ese triste día del Ejército Argentino, observar la enorme flota enemiga con su logística y fuerza terrestre desembarcada



Sargento Maldonado, a la derecha soldados Salomone y Papurello.

Personal, Material, Moral y Conclusiones

A. Personal

1) Rol de Combate

- Jefe de Sección: Subteniente Guillermo Aliaga.
- Pelotón Comando.
- Encargado de Sección: Sargento Maldonado, Carlos.
 - S/C 62 Rappa, Eduardo.
 - S/C 62 Mansilla, Jorge.
- 1er Grupo de Tiradores.
- Jefe de Grupo: Cabo Fernández, Carlos.S/C 62 Cuello, Luis
 - S/C 62 Martínez, Julio.
 - S/C 62 García, Cesar.
 - S/C 62 Villarreal, Rodolfo.
 - S/C 62 Pecorari, Sergio.
 - S/C 62 Giménez, José.
 - S/C 62 Saldaño, Mario.
 - S/C 62 Suárez, Juan.
- Segundo Grupo de Tiradores.
- Jefe de Grupo: Cabo Bocetti, Mario.
 - S/C 61 Marini, Guillermo.
 - S/C 62 Cepeda, Sergio.
 - S/C 62 Loyola, Anselmo.
 - S/C 62 Juárez, Roque.
 - S/C 62 Saavedra, Héctor.
 - S/C 62 Ramírez, Mario.
 - S/C 62 Papurello, Alberto.
 - S/C 62 Cortez, Eduardo.
- Tercer Grupo de Tiradores.
- Jefe de Grupo: Cabo Rodríguez, Alejandro.

- S/C 62 Castro, Ángel.
- S/C 62 Cabrera, Hugo Roque.
- S/C 62 Quilileo, Rudecindo.
- S/C 63 Jalica, Mena Quitín.
- S/C 63 Hassanie, Naif.
- S/C 63 Cepeda, Luis.
- S/C 63 Solís, Rodín.
- Grupo Apoyo.
- Jefe de Grupo: Cabo Primero Ávalos, Carlos.
 - S/C 62 Allende, Raúl.
 - S/C 62 Altenburger, Héctor.
 - S/C 63 Leyría, Ricardo.
 - S/C 62 Monge, Raúl.
 - S/C62 Amaya, Luis.

2) Heridos en Combate:

- Subteniente Aliaga, Guillermo.
- Sargento Maldonado, Carlos.
- Cabo Bosetti, Mario.
- Cabo Rodríguez, Alejandro.
- S/C 61 Marini, Guillermo.
- S/C 62 Allende, Raúl.
- S/C 63 Leyría, Ricardo.
- S/C 62 Altenburger, Héctor.

3) Origen del Personal:

Todo el personal de cuadros, salvo el Encargado de Sección, fue movilizadado al Regimiento de Infantería 8, los tres Jefes de Grupos de Tiradores lo fueron como Cabos en Comisión. La mayoría de los soldados fueron reincorporados y habían cumplido el Servicio Militar en la Compañía Servicios de la Unidad.

B. Material

- Fusiles FAL: eran anticuados, no fueron provistos a todo el personal.
- Fusiles pesados (FAP): No fueron provistos.
- Granadas p/fusil: Aproximadamente 2 por Grupo de Tiradores.
- Ametralladoras MAG: 1 (una).
- Armas antitanques: 1 (un) cañón 88,9.
- Munición: La dotación individual más un cajón. 30 tiros por hombre
- Tres proyectiles de cañón 88,9.
- Equipos de comunicación: No fue provisto ningún equipo de radio ni teléfono.

C. Moral

La Tercera Sección, integrada por jóvenes cuadros y soldados reincorporados, partió con gran entusiasmo a las Islas Malvinas. Cumplió distintas misiones, bajo duras condiciones climatológicas y con un abastecimiento muy deficiente. Siempre estuvo desplegada en el terreno, en posiciones que se cubrían de agua y la mayor parte del tiempo mojada. En este aspecto, a diferencia de otras fracciones, en ningún momento fue relevada para recuperar al personal.

Las misiones asignadas en lugares aislados y alejados del resto de las fracciones afectaron seriamente la provisión de alimentos (el racionamiento en caliente siempre discontinuo, escaso e inadecuado, fue abastecido por personal propio que se desplazaba varios kilómetros para efectuarlo). También es necesario remarcar, que al no ser una fracción orgánica de la Unidad apostada en Goose Green, las múltiples cadenas de comando, en las que incluyó a la Fuerza Aérea, ocasionó que la Sección fuera "olvidada", tanto desde el punto de vista operacional como del logístico. Estas condiciones hicieron que el personal se sintiera abandonado lo que afectó seriamente la moral. Las duras condiciones en que la Sección estuvo expuesta durante toda la campaña, además de los daños producidos por el combate, afectaron seriamente la salud del personal. Muchos integrantes de la Sección padecimos pie de trinchera y todos, gran pérdida de peso.

Ya terminada la campaña, pero en lo que al aspecto moral se refiere, es necesario poner de manifiesto, que como Jefe de Sección propuse que **fueran condecorados el Cabo Rodríguez Alejandro, el S/C 61 Marini Guillermo y el S/C 62 Allende Raúl, lo cual no fue aceptado**, mientras personal de otras unidades, incluso integrantes de planas mayores o personal que cumplió tareas logísticas o de apoyo tuvieron tal reconocimiento. El merecimiento de ese personal condecorado y la importancia de su trabajo no es dable dudar, pero ello no impide afirmar que resulta injusto que el personal por mí propuesto no lo haya sido, atento el desempeño, valor que demostraron y riesgo de vida que asumieron. Sus esfuerzos contribuyeron, bajo condiciones y privaciones que nadie mejor que un infante puede reconocer, al cumplimiento de la misión no sólo de la Tercera Sección sino de toda la Fuerza de Tareas Mercedes, ello reconocido por el mismo enemigo. Asimismo, no puedo dejar de mencionar especialmente el caso del S/C 61 Allende Raúl quién tuvo un desempeño ejemplar como apuntador de la única ametralladora de la Sección, ocasionó numerosas bajas al enemigo, y es un ejemplo de héroe también en la post guerra, siendo sin dudas el Veterano de Guerra herido con mayores secuelas físicas resultantes.

D. Conclusiones

La 3ra Sección de la Compañía C, arribó a las Islas Malvinas con personal y armamento no orgánico y sin medios de comunicación, allí fue separada de su Unidad y transportada a Goose Green donde cumplió diferentes misiones bajo distintos comandos. La última misión que se le asignó fue la de brindar alerta temprana y retardar el ataque enemigo en Boca House. En posiciones no adecuadas para soportar el ataque enemigo, con el personal desgastado y en malas condiciones psicofísicas, enfrentó el centro de gravedad del ataque de un enemigo muy superior en todos los aspectos, conformado por dos Compañías del Parac2 (B y D), que contó con apoyo de fuego naval, de artillería, morteros y misiles Milan. La caída de la posición se produjo luego de largas horas de combate, en el que enemigo saturó con fuego de apoyo que destruyó varias posiciones. Asimismo, una de las Compañías enemigas efectuó un aferramiento frontal con gran volumen de fuego de armas automáticas que produjo varios heridos. Todo ello permitió que otra Compañía enemiga rodeara

las posiciones por el oeste y se acercara a cortas distancias, desde la que también saturó con fuego de armas automáticas y morteros.

La Tercera Sección actuó en forma aislada, sin comunicaciones, sin apoyo de fuego ni refuerzo de algún tipo, logrando detener el avance enemigo y ocasionar numerosas bajas, a la vez que permitió que la Fuerza de Tareas Mercedes mantenga la primera línea de combate desde las primeras luces hasta pasado el mediodía. Así contribuyó de manera determinante a impedir que el enemigo cumpla su misión, esto es la toma de Goose Green en las primeras horas del día 28 de mayo.

Memorias del soldado C/ 63 Héctor Inocencio Saavedra

Un "chato patagónico", de origen araucano, nacido en Ñorquincó, recostado sobre la cordillera a la altura del El Bolsón, provincia de Río Negro en 1963. Mi papá se llama Francisco Saavedra y hoy tiene 85 años y mi mamá es Cristina Pichuncura. Fuimos 6 hermanos en una familia muy pobre que siguió a Don Francisco adonde el trabajo lo iba llevando. Es hijo de indios que ayudaron al General Roca en su expansión hacia el Sur. Al término de la campaña le dieron el apellido y unas tierras que luego se perdieron. Fue minero, peón de estancia, criancero, hasta llegar por la costa del río Chubut, a trabajar de albañil y asentarse en Rawson-.

Al llegar, Héctor ayudó desde muy chico a levantar las paredes del rancho patagónico. Paredes de paja brava y barro crudo, techo de coirón, pocas ventanas, "por el viento vió..." Hasta que luego se fue transformando en una casita de ladrillos. Allí fue a la escuela y fue creciendo en esa Patagonia durísima de los pobres.

Hasta que en 1982 llegó la colimba. Fue un momento de tensión, de fantasía, de alegría, de orgullo porque en ese tiempo servir a la Patria era un orgullo y el que no hacía el servicio militar era porque no servía. Fuimos al distrito militar en Trelew y me tocó acá cerca en Comodoro Rivadavia. Después de mi primer viaje en colectivo, llegamos al Regimiento 8. Nos juntaron con los cordobeses y los bonaerenses con quienes nos mirábamos fiero y nos decían "Chatos". Una vez pregunté y me contestaron que nos decían así porque nosotros éramos de allá bajo y ellos nos pisaban desde allá arriba y nos dejaban chatos.

Nos metieron a una cuadra y éramos unos 600 y nos empezaron a separar y me mandaron a la Compañía A. Allí vivimos las primeras experiencias de la vida militar. Fue duro, muy duro, no tanto para los chatos que somos tipos sufridos pero hubo muchos que la pasaron

mal, muy mal. Pese a ello hubo cosas muy positivas, como el conocer y compartir con otros muchachos, conocer a los Suboficiales que a medida que les perdíamos el miedo íbamos formando equipos, el conocimiento de las armas, el frío, la lejanía de las casas. Me acuerdo que una vez, en tiro hice un centro y levantaron una banderita argentina en la zona de blancos y todos gritamos viva la Patria. Fue hermoso. Nunca se olvida.

Otra anécdota que no olvidaremos fue que una noche cuando ya estábamos en las carpas en silencio se escuchó a un centinela que gritó, ¿con la voz medio aflautada por el miedo “alto quién vive? “... Silencio... otra vez el grito “alto quién vive”?... y una voz ronca que le contesta “... “el macho de tu hermana” y la voz aflautada del centinela ... “pero adelante cuñado”. Todo el vivac estalló en una carcajada que descargó las tensiones del día y fue el comentario hasta el fin de la campaña. Algunos decían que estuvo preparado por el Suboficial Encargado del Regimiento, puede ser, pero fue muy divertido. Terminamos la instrucción después de los tres meses y nos volvieron a repartir y yo dije que era albañil y me mandaron a la Servicios.

Llegó el dos de abril y todo fue un gran lío. Unos días después se fueron todos y dejaron a los soldados viejos de la 62 y a unos nuevos de la 63. Una mañana nos juntaron a todos frente a la jefatura y pidieron voluntarios. Yo levanté la mano porque quería ir y porque me dijeron que si te morías le pagaban un buen seguro a los padres y nunca más iban a ser pobres, que se iban a quedar “parados para toda la vida”.

A los voluntarios de la 63 nos mandaron a la Compañía C y con pocos conocidos nos empezaron a “cepillar” de nuevo. Instrucción de combate organizados en fracciones y mucho tiro. Un día se acabó y muy tempranos nos subimos a un Hércules y fuimos a parar a Puerto Argentino. A la mañana siguiente nos subieron a un helicóptero gigante y nos llevaron Darwin, cerca de una escuela.

Tuvimos muchos momentos duros no solo por los cambios de posición si no por los ataques ya contados por mis compañeros solo quiero contar, que cuando cayó el Harrier inglés una de las turbinas o la única que tenía, llegó rebotando hasta unos 4 metros de donde estábamos con el soldado Salomone dándonos un susto terrible. Las patrullas, las guardias y todo lo demás tareas fueron duras pero soportables en la medida que mientras estuvimos cerca de la pista recibíamos de una forma u otra algo de comida y todos sabemos que el soldado con comida aguanta cualquier cosa. Bueno quedó demostrado que sin comida también.

Y después llegó la marcha a Boca House y la terrible espera del ataque completamente aislados. El Cabo Bossetti estaba enfermo

y se quedó metido en una carpa hasta que empezó el tiroteo y se zambulló en el pozo. Nuestra posición era enfrente al oeste y cerca del 1er grupo que estaba mirando al sur. El ataque empezó de noche y a la madrugada oímos que la ametralladora empezó a tirar. Para cubrir más espacio teníamos pozos de un soldado cada uno y le puedo asegurar que estar solo en combate es horrible y todo es negro, solo se iluminaba de vez en cuando por las explosiones o las bengalas que al se apagarse, la oscuridad se hacía más negra si esto fuera posible. La noche fue cediendo a la madrugada y el ataque se hizo más intenso a nuestro flanco derecho y en un momento, el infierno se hizo presente y peleamos por sobrevivir. De alguna forma el Cabo Fernández impulsado por la situación desesperada, ya que estaba a las espaldas del combate (frente al Sur) y sin comunicación con el Subteniente, toma a su grupo y parte del grupo de Bosetti, que ya estaba herido e inicia un repliegue hacia las posiciones de Goose Green. Después de una loca carrera, asustados, desorientados y con la angustia de dejar a nuestros compañeros, llegamos a las posiciones abandonadas de la Base Aérea Cóndor. Allí agarramos comida y seguimos corriendo y cayendo, por el cansancio y el maldito terreno de turba, pasto, piedras y agua. Llegamos hasta las primeras filas de la posición de la compañía C del Regimiento 25 en el atardecer del día 27 de mayo. Fue un milagro que no muriéramos ya que recibimos fuego de artillería inglesa y argentina, cruzamos una franja minada sin guía y los defensores no nos tiraron porque reconocieron nuestra ropa y los cascos. En algún momento de la tarde noche se produjeron órdenes de reunir a todos los dispersos que de alguna manera nos encontrábamos tratando de cubrirnos donde podíamos. De noche, bajo fuego y solos. El Subteniente Gómez Centurión, a los gritos nos juntó con otros soldados y condujo una acción ofensiva en la oscuridad con los restos de la 3ra Sección. Volvimos a combatir en los primeros momentos del ataque final inglés. Nos replegamos a ciegas porque el fuego de ellos se hacía con visores nocturnos y nosotros no nos veíamos ni las manos. Así transcurrió la locura del 28 de mayo en un estado de aturdimiento y borrachos de miedo y adrenalina, hasta que volvió a oscurecer. Otra vez la noche, los demonios desatados de las explosiones, las bengalas y las balas trazantes, los gritos, el humo asfixiante de la pólvora y la cordita, los gritos de los heridos y las puteadas de aliento. Todo pasó en una sucesión de imágenes donde no hay lugar para el recuerdo ordenado. Vimos o sentimos aviones, helicópteros, vehículos hasta que amaneció y un silencio de muerte cayó sobre las Tropas Argentinas.

A medida que nos enterábamos que estábamos vivos, nos abrazamos los pocos Infantes de la Compañía C, del Regimiento de Infantería 8 que quedábamos, nos abrazamos y lloramos, en una mezcla de alegría y tristeza. Por fin había terminado. Era el 29 de mayo, día del aniversario de la creación del Ejército Argentino. A medida que nos enterábamos que estábamos vivos, nos abrazamos los pocos Infantes de la Compañía C, del Regimiento de Infantería 8 que quedaban, nos abrazamos y lloramos, en una mezcla de alegría y tristeza. Era el 29 de mayo, día del aniversario de la creación del Ejército Argentino. Fue una buena pelea.

Poco después nos llevaron en helicópteros ingleses a un campo de prisioneros en el frigorífico San Carlos. Nos trataban bien y al principio nos mortificaban o provocaban balando como ovejas. Al día siguiente nos embarcaron en un buque grande y nos llevaron a Uruguay donde alguien del Ejército nos llevó a Campo de Mayo, después de unos días nos mandaron en avión a Comodoro. Estuvimos aislados, nadie sabía qué hacer con nosotros. Nos dieron franco un fin de semana sin salir del pueblo. Yo me rajé a Rawson a dedo y sorprendí a mis padres que lloraron abrazados.

El regreso después de la baja fue confuso y difícil. Intenté muchos trabajos, pero no duraba en ninguno hasta que conocí a María que me bancó mis idioteces, mis gritos en la noche y me ayudó a acomodar mi vida. Ahora estoy bien con dos hijos. Hace unos cuantos años con Rocha, Tornello, Romero que ya fallecieron y Sergio Barca, Cáceres y otros, fundamos el primer centro de veteranos de Rawson. Trabajé bastante con ellos, pero ya me alejé

Hoy 41 años después cuento mi historia en forma ordenada. Me ha hecho bien. Gracias Capitán por hacerme llegar una medalla del Congreso de la Nación que estuvo perdida todo este tiempo.

Recuerdos del soldado C/62 Enrique Saldaño

Nací en Córdoba en el hogar de mi madre Mercedes Torres y mi padre Obdulio Reyes Saldaño y tuve 6 hermanos. Viví con ellos hasta terminar la escuela y un día me llegó el servicio militar y fui a parar en un avión a Comodoro donde nos recibió la inmensidad, el viento y el frío. Después de tres meses de Infantería en la Compañía A me mandaron a la sastrería con el Cabo Garro que era saastre y que además manejaba la lavandería y la zapatería, porque tenía un Sargento Gotardi al que no veíamos casi nunca, así que laburábamos en las tres áreas.

El 2 de abril estaba en Córdoba, de licencia desde el 28 de marzo hasta la baja cuando me llegó el telegrama que me tenía que presentar urgente. Me presenté y no me querían llevar así que me peleé con Gotardi y a último momento me autorizó a retirar el bolsón.

Cuando se organizó la Compañía fui a la Sección del Subteniente Aliaga y en el primer grupo al mando del Cabo en comisión Mario Bosetti y con él cruzamos a Malvinas. Al día siguiente nos subieron a un Chinook y llegamos al mediodía a Goose Green, era un día lindo y el lugar era muy bonito. Nos ubicaron en proximidades del aeropuerto donde estaban unos cuantos Pucará, cerca de lo que parecía una capilla o iglesia.

A fines de abril vino un jefe y juramos la bandera por tercera vez y no tengo ni un diploma. Unos días después nos volvieron a desplazar hacia la cabecera norte de la pista donde cavamos posiciones y descubrimos la turba, las piedras lajas y que las palas, que no teníamos muchas, no servían para nada. En estas posiciones Aliaga tomó contacto con los de la Fuerza Aérea y consiguió comida buena en raciones que calentábamos en los pozos.

Ahí estuvimos más o menos hasta fines de abril haciendo patrullas, guardia, más pozos, hasta que el 1° de mayo pasaron unos Harrier por arriba de la sección y le sacudieron a los Pucará y hubo muertos y heridos que ayudamos a trasladar. Tuvimos nuestro bautismo de fuego que se repitió unos días después creo que el 4 cuando bajan un avión inglés. Al día siguiente en un gesto que jamás me imaginé que iba a vivir participamos en el entierro con honores al piloto inglés.

Después de eso y no sé por qué nos trasladaron nuevamente al interior del caserío por una amenaza anfibia que no se concretó y tuvimos que custodiar a los kelpers que nos miraban con odio. A la tarde fuimos otra vez trasladados a las posiciones de la cabecera norte y creo que el 10 de mayo nos mandaron como 500 o 600 metros más adelante hacia el norte y nos desparramaron en ese frente más ancho. Cuatro o cinco días después tuvimos que hacer una marcha hacia el norte que fue un esfuerzo terrible porque era en subida e hicimos un alto y después empezamos a cavar posiciones mirando al suroeste de una pequeña elevación que después nos enteramos que se llamaba Boca House. Llegamos agotados y mojados hasta los huesos, muertos de hambre. Las caídas eran frecuentes sobre ese pasto mojado y duro y el terreno que parecía una vizcachera, llena de pozos y desniveles llenos de agua. Y encima el maldito bolsón.

Ahí frente a una bahía mirando al oeste empezamos de nuevo con las palas y llegaron unos de Ingenieros que pusieron minas y nos ayudaron un poco. Esa tarde vimos tropas que venían del sur y el Subteniente

dijo que eran del Regimiento 12 que se colocarían un poco adelante y a la derecha. Para fines de mayo sentimos que el cañoneo aumentaba desde el mar y desde tierra. Algo iba a pasar. Esperar con hambre y con frío es muy jodido y más si llueve o nieva. La altura que nos ubicamos no era muy grande y la rodeamos como en 360 grados, ubicados de a dos o de a tres en los pozos. Y ahí cavábamos hasta que se llenaba de agua y nos cambiábamos a otro pozo. Ahí dormíamos cuando se podía, comíamos cuando llegaba, hablábamos de que, si nos tocaba morir, **antes nos íbamos a llevar a dos o tres ingleses. Nadie quería ni pensaba en rendirse. Había un espíritu de entrega.**

El 27 a la noche se lanzó una lluvia de bengalas que caían del cielo y bajaban lentamente iluminando todo. Como a las tres de la mañana empezamos a sentir que la ametralladora de Allende empezaba a tirar y más tarde los del tercer grupo también. Estaba oscuro y solo veíamos por la luz de las bengalas y las explosiones que caían lejos, soplaban viento y llovía. Y así estuvimos hasta que empezó a clarear y me salí del pozo para poder tirar y en eso le pegan un tiro al Cabo Bosetti. Era todo muy confuso que se incrementaba por los "rayos láser" que producían las municiones trazantes en la oscuridad de la noche, es como si vieras los tiros y al ver tantos y de tantas direcciones te dabas cuenta que nos iban rodeando.

A las 10 más o menos el Subteniente llama a Rappa y a Villarreal, "cara e' chucho" que muere al poco tiempo de regresar al continente, para mandarlos a retaguardia a buscar refuerzos. Cuando empezamos a replegar llegamos a las posiciones que ocupaba la Fuerza Aérea y como no había nadie sacamos munición, comida y granadas y al seguir hacia el pueblo fuimos batidos por el fuego de la primera línea de las posiciones del Regimiento 25. Alguien sacó un trapo blanco creo que fue el soldado Mansilla y pudimos entrar al dispositivo. Un rato después aparece el Subteniente Gómez Centurión y ordena que participemos en un contraataque que llega hasta proximidades de la escuela y ahí en confuso episodio muere un oficial inglés. Nos volvemos a replegar y así poco tiempo después se detiene el combate y llegan helicópteros a retirar heridos nuestros. Se lanza el ataque final inglés que duró poco y se produce la rendición. Nos toman prisioneros, nos desarman y nos llevan a una hondonada. Y ahí quedamos.

Luego nos llevaron en barco a Montevideo y de allí pasamos dos o tres días en Campo de Mayo y nos mandaron a Comodoro en avión y llegamos al Regimiento 8 unos 12 soldados que fuimos los primeros en volver y estuvimos como 15 días esperando no sabíamos qué.

Una vez en Córdoba, empecé a trabajar en una empresa de energía durante 20 años y luego me fui del país. Soy de poco hablar y las pocas veces que lo hago prefiero hacerlo entre Veteranos.

Recuerdos de Héctor Hugo Altenburger

Nací en ciudad Córdoba, mi madre Stella, y mi viejo Hugo Luis era muy callado y trabajador, y a nosotros nos criaron en un hogar sereno y muy feliz. De niño yo era tranquilo, pacífico y tocaba el piano. Luego del sorteo hice lo mismo que los otros compañeros. En la semana del 2 de abril estaba en casa licenciado hasta la baja, y llegó un telegrama que ordenaba presentarme en Comodoro el 7. Ya estaba en el Regimiento cuando apareció mi padre con 2 postres strudel para mi cumpleaños el 23 de abril, que me había preparado mi abuela.

Yo fui a parar al Grupo Apoyo de la Tercera Sección de casualidad, porque me pasé manejando el colectivo para llevar a los chicos a la escuela y a las familias a Comodoro todo el año y como soy educado, callado y respetuoso ni guardia hacía. Pero tal vez influyó el año que pasé en la Escuela de Suboficiales de la Fuerza Aérea a los 16 años, y me fui porque me habían seleccionado como mecánico armero y yo quería ser mecánico de avión. Si bien éramos conocidos, nos pusieron a Allende Raúl de apuntador y a Leyría Ricardo de auxiliar con la función de facilitarle al apuntador la carga de las bandas con las municiones.

De la estadía y los cambios de posición en Goose Green no voy a hablar, porque es similar a lo que ya contaron los otros muchachos. Cavar posiciones, patrullar, esperar, volver a cavar y volver a esperar.

Lo que agregaría es que una de las veces en que andábamos de recorrida vimos un Land Rover, en un galpón, y nos dimos maña, y lo puse en marcha fabricando un inyector adaptado de un tractor. Eso nos permitió buscar comida y trasladar las cargas en los cambios de posición. Y como nadie lo reclamó...

A medida que pasaban los días y los ataques, nuestro aislamiento aumentaba y como en todas las guerras aparecieron las virtudes y las miserias.

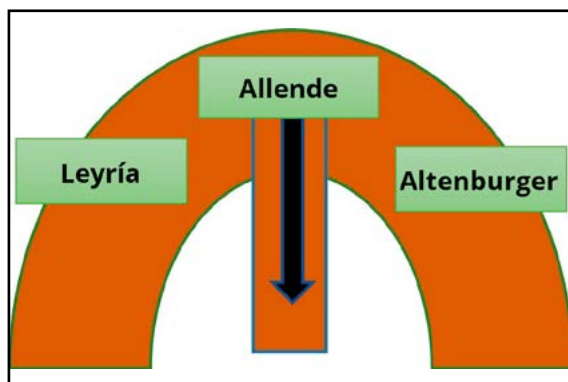
El jefe de grupo era el Cabo Primero Ávalos que no lo conocíamos, que estaba en otro pozo a unos 10 metros nuestro con el soldado Monge y Amaya, con el mal llamado cañón antitanque, que era un lanzacohetes que tenía 3 tiros y andaba bastante mal. El pozo nuestro era bueno, lo habíamos hecho de una, y gracias a Dios no tuvimos que cambiarnos como les pasó a otros. Tenía forma de U con más de un metro de profundidad y unos 60 centímetros de pedazos de turba todo alrededor. Con una tronera de 40 por 60 cm. Aguantó casi dos días de intenso bombardeo, y como estaba en una pendiente era difícil de ver.

A medida que nos fuimos enterrando en el pozo, lo íbamos perfeccionando y aumentando nuestra amistad e integración. Allende que había tenido un poco más de instrucción se convirtió en

el apuntador de la ametralladora, en el medio, arrodillado, Leyría a la derecha de él le ayudaba con los cambios de banda y yo acostado sobre mi lado izquierdo recargando las bandas a medida que salían y cambiando el cañón de la ametralladora cada dos cuando se recalentaba. El cambio de banda y su correspondiente recargado, era una tarea frenética, porque teníamos nada más que dos bandas de 50 tiros cada una.



Frente de un nido con ametralladora.



En ese lugar la pasamos mal por la lluvia, el frío y el hambre, pero por sobre todo la certeza de que estábamos solos y no teníamos como hablarnos, ya que no teníamos radios, y a medida que aumentaba los bombazos y los tiros no nos escuchábamos nada. A pesar de la presencia inglesa, con otros amigos como Willy, Rappa, Papurello,

caminábamos y mucho, para robar comida y traíamos comida para todos. Lo que podíamos caminar eran pocos kilómetros, pero el terreno nos demandaba un esfuerzo enorme.

Hasta esa lomada llamada Bocca House nos persiguieron los cambios de posición, que al norte, que al oeste, que “miti miti”... al final unas cuantas quedaron sin terminar.

Así fueron arrastrándose los días, con diferentes rutinas y tedio hasta que llegó la noche del 26 de mayo, frío ventoso y con aguanieve. Vimos y escuchamos el combate de la fracción de Regimiento 12 que en una ubicación improvisada resistía el primer ataque de la infernal maquinaria de guerra de los ingleses. Los próximos éramos nosotros. Al amanecer del 27 mayo empezamos a ver sombras en el horizonte, y comenzamos a tirar con todo, y como no sabían que estábamos ahí, los sorprendimos y los hicimos retroceder provocando muchas bajas. Como no teníamos radio y no se escuchaba nada hacíamos lo que pensábamos que se debía hacer. Al principio del combate vino el Sargento Maldonado al pozo y nos miró diciendo que estábamos haciendo las cosas bien, que siguiéramos así, y se fue corriendo. El amanecer se convirtió en día y los tiros de artillería se fueron centrando sobre las ráfagas que tirábamos, hasta que una explosión en la parte trasera fuera del pozo lanzó una pequeña esquirla que le pegó a Raúl, y cae hacia el costado mío gritando “me duele mucho, me duele mucho”. Le puse panza abajo y le metí la mano debajo de la ropa buscando una herida y al no encontrarla, ni siquiera sangre, le digo: **-Hermano no tenés nada-**, y lo acostamos en la parte del fondo, y con Leyría seguimos tirando.

Luego de un tiempo que no puedo precisar y sin saber qué pasaba afuera, a eso de las 11 o 12 horas vemos venir una bola roja que pega y explota en el parante del lado de Leyría, con un torbellino que nos quema, nos hiera y nos ahoga y destroza nuestra posición. Irónicamente el menos afectado fue Allende porque estaba acostado, pero se le cayeron todos los restos del pozo y quedó tapado de trozos de turba, pasto y equipos, todos humeantes. Yo perdí el conocimiento y Ricardo salió o fue expulsado para adelante con la cara, las manos y la ropa humeante. Cuando recobré el conocimiento los ingleses nos habían sacado y lo primero que sentí fue un horrible silencio. Luego vi botas y soldados ingleses curando a Ricardo Leyría y luego a mí.

Allende estaba en el fondo de lo que quedaba del pozo y no se movía. Creí que estaba muerto. Nadie lo saca. Muchos años después lo fui a ver al hospital, y Raúl me preguntó con mucha bronca: **- porque me abandonaste?** - Le contesté la verdad: **- porque estaba herido y porque creía que estabas muerto**- No me creyó y nunca me

perdonó. Pobre Raúl, creo que con mi respuesta agregué un nuevo sufrimiento a su vida.

Cuando siguió la marcha nos hicieron llevar a los heridos caminando detrás de ellos hasta llegar a los alrededores de la posición argentina, donde se detiene nuevamente la marcha para reorganizarse y continuar el ataque en la noche del 27 de mayo. En ese lugar recibimos un ataque aéreo y de artillería propia sin consecuencia. En la reanudación del ataque nos hacen caminar a algunos adelante por si había franjas minadas.

Después de una segunda noche me llevan a San Carlos y luego al Uganda donde me curan las quemaduras y me sacan las esquirlas de la cara, del cuello y de las manos. Después fueron apareciendo otras con el tiempo, hasta que la última me la sacaron del paladar como a los 24 años en el Hospital de Córdoba. Después me llevaron en un lanchón a un buque llamado Norland, a Montevideo, y de ahí a Campo de Mayo. En ese lugar pude darle el número de mi casa a una chica y vino mi tío abuelo Ricardo y después mis padres.

Inexplicablemente nos llevaron a Comodoro, nos tuvieron una semana sin saber qué hacer, ya que ninguno de nosotros éramos los mismos que habíamos salido el 21 de abril. Nadie era igual. Unos charlaban y gritaban, otros lloraban y la mayoría estábamos en silencio. Después vino el regreso a mi barrio, a mis amigos, pero yo no era el mismo.



Foto del soldado Altenburger junto a sus padres.

Mi regreso a la normalidad fue muy difícil, como ya dije no volví igual. Mantuve mi forma de ser silenciosa, aún más silenciosa. Me costó mucho reencontrarme con mis familiares y amigos, y poco a poco fui buscando la adrenalina para sentirme vivo. Luego vino el reencuentro con mis hermanos de la turba y fundamentalmente fui

recuperando la calma en el amor de mis padres primero, y luego con el amor de mi esposa y de mis dos hijas. Ahora estoy en paz.

Recuerdos del Dragoneante C/ 62 César García

Me dirijo al pueblo, ya era de noche, y ya estaba la comida para llevarle a la sección, Llego al lugar en el vehículo, me confundo de sendero y me metí en un pozo de zorro abandonado, creyendo haber cometido un accidente grave. Gracias a Dios no había nadie en esa posición.

Llegó el día 26 de mayo y forman a todos lo que estábamos en el poblado y piden voluntarios que sepan manejar motos, me ofrezco con un Cabo del Regimiento 12, si no me equivoco era el Cabo Gutiérrez. La misión consistía en seguir al "chileno" que era el que se encargaba de buscar las ovejas con moto y perros, grande fue la sorpresa de encontrarlo entre unas piedras y un pozo transmitiendo en inglés dando las coordenadas de donde se encontraban las posiciones de las Ametralladoras y las posiciones de nuestros camaradas. Lo llevamos amordazado en la moto y lo ponemos a disposición de la comandancia.

El día 28 de mayo ya en pleno combate piden voluntarios para marcar la zona de tiro de los Pucará con sábanas blancas a unos 50 metros de la sección Bote. Se anota el Sargento Primero Coello y el Sargento Córdoba en un Jeep y yo con un Cabo, nos dirigimos al lugar y a unos 400 metros nos paramos y me ordena el Sargento primero Coello que trasladara a un Sargento que llevaba en sus brazos a un soldado gravemente herido y otro apoyado en su hombro, los subo al Jeep y cuando damos la vuelta se empiezan a sentir los disparos de ametralladoras y vemos al Sargento Primero caer herido y el Sargento Córdoba se desplaza por los riscos saliendo ileso.

A nosotros nos tiran y gracias a Dios no concretan su cometido. Llego al puesto de sanidad dejo, al Sargento y a los soldados heridos y quiero regresar para ver al Sargento Primero, pero se me impide el paso. Realmente fue un día de tristeza, pero sé que cumplí con lo que me ordenaron. Llegó la noche y tuvimos que empezar a hacer posiciones alrededor del poblado para resistir la ofensiva enemiga. Llegó la mañana del día 29 de Mayo donde tuvimos que deponer las armas en una formación donde habló un oficial Inglés en idioma español diciendo que luchamos como leones.

El día 30 nos trasladan a San Carlos y nos encierran en un lugar rodeado de alambre de púas, un verdadero campo de concentración, pero empezó a llover y nevar, por lo que nos trasladaron a un

Frigorífico que estaba muy cerca de la costa, donde allí estábamos unos 300 o 500 argentinos, en ese frigorífico era notorio ver una bomba que no detonó de unos 500 kg.

La bomba estaba incrustada en el techo, separados todos con una cuerda. Pasamos allí varias horas y nos llevaron en helicóptero hasta el Buque Norland donde estuvimos 10 días navegando hasta que llegamos a Montevideo donde nos esperaba la Cruz Roja, y después de pasar por las carpas sanitarias nos embarcamos en un buque argentino hasta el puerto de Buenos Aires.

Las cosas que viví en la guerra no nos dañaron tanto como el regreso al continente donde se nos hizo difícil poder integrarnos en la sociedad porque sobre nuestras espaldas llevábamos la mochila de la derrota, pero eso se volvió más duro en el regreso de la democracia, donde esperábamos las puertas abiertas, pero fue todo lo contrario. Fue difícil encontrar trabajo, reencontrado con nuestras amistades poder llevar adelante una conversación sin que entremos en discusión. Cuando golpeamos las puertas de las oficinas públicas para pedir un empleo siempre se negaron y sufrimos el desprecio de los funcionarios cara a cara, 10 años de abandono, de desidia y de lucha contra la desmalvinización que no es nada más que borrar a todos los que tuvimos el alto honor de defender la patria a costa de la vida misma. De allí surgieron los centros de veteranos y de ese modo poder volver a poner la única causa justa que unió al pueblo argentino bajo una sola bandera, nuestra Celeste y Blanca. Viva la Patria.

Sobre el mediodía el Subteniente herido se dio cuenta que lo estaban rodeando por la costa del mar y que debía detener la irracionalidad del combate que se desarrollaba dentro de los cien metros o menos. Casi sin voz por su herida en el cuello dijo:

“El que pueda que se repliegue, el resto deje las armas y reúnanse aquí, levante un trapo para rendirnos.”

El combate de la Infantería es salvaje, secreto, íntimo y mortal. No hay periodistas ni filmaciones, los testigos son los combatientes. En ambos bandos se lucha con fiereza, sin odios y fue tal la valentía de los soldados Argentinos, en todo el frente, que inspiró el respeto de las tropas inglesas que cesaron el fuego y retiraron las armas tomando el control de la posición, reunieron a los heridos a quienes empezaron a dar las primeras curaciones con sus propios medios y tomaron prisioneros al resto.

Desde este humilde relato elevamos una oración por el eterno descanso de los soldados ingleses muertos y nuestro respeto porque ellos murieron en el Campo de Combate.

Parte 2. Esperen aquí, que mañana los venimos a buscar

Esta lacónica expresión fue la que recibió el Cabo en comisión Marcelo Vasconcelos, en la mañana del 22 de abril, cuando confirmé que los helicópteros que nos debían llevar a Bahía Fox no eran suficientes para llevar la munición y algunos equipos de la Compañía. Consultados los pilotos, me contestaron que dejara algunos hombres, que más tarde los iban a llevar. Creo que transmití la orden al Principal Guzmán y me dediqué al embarque del personal.

Nunca más supe de ellos. Ni de los soldados, ni del Cabo Vasconcelos hasta que, 39 años después y a través de un gran soldado, el Teniente Coronel José “Gringo” Bettolli, que participó heroicamente en la defensa y recuperación del cuartel del Regimiento de Infantería de Monte 29 del cual era integrante, del ataque artero de montoneros el 5 de octubre de 1975 donde mueren 15 soldados entre ellos uno de los prototipos de los **soldados Montaraces Don Hermindo Luna, que les grita a los terroristas que le intiman rendición... “Aquí no se rinde nadie mierda”** Y muere ametrallado en su posición, como el Negro Falucho.

Recuerdos del Mayor Bettolli con los soldados de la Compañía C

Habiendo siendo movilizado e integrado al Comando de la Brigada que dirigía la defensa de Puerto Argentino, tiene pleno conocimiento de la falta de hombres en la primera línea y aprecia que, ante la inminencia del ataque final, siente con desesperación que debe enviar todos los refuerzos que consiga. Ya conocía el olor a pólvora y el del miedo. Y así con la colaboración del Capitán Buonpadre logran organizar una fracción con características muy especiales en cuanto al personal y las armas, así en forma voluntaria los dos suboficiales y 6 soldados de la Compañía C del Regimiento 8 son involucrados en la “Sección Invisible”.

En contacto con el Mayor Oscar Jaimet, se adelanta y le entrega personalmente una fracción “rejuntada” en el monte Dos Hermanas manteniéndose en contacto por radio. Este enlace termina

abruptamente cuando el Mayor Bettolli es herido el 11 junio en un ataque de artillería naval.

El personal del Regimiento 8 que integraron la sección agregada al equipo de combate organizado sobre la base de la compañía "B" del Regimiento 6, ocupó inicialmente un sector defensivo al noreste del monte "Dos Hermanas", cerrando un espacio entre este y el monte London, a órdenes del jefe de operaciones (S 3) del Regimiento 6, Mayor D. Oscar Ramón Jaimet, fue formada con personal de Suboficiales y soldados el Regimiento 5 y Regimiento 12, que son Unidades dependientes de la Brigada de Infantería III y otras agregadas, como el caso del personal del Regimiento de Caballería de Tanques 8 (RC Tan 8), entre el 3 y el 4 de junio, siendo transportados a la primera línea en la noche del 4 al 5 de junio.

Sus integrantes participaron de los combates del 11/12 de junio en Dos Hermanas y se replegaron a orden, al amanecer del 12, hacia una nueva posición al Noreste del Monte Tumbledown, defendido por una Compañía del Batallón de Infantería de Marina 5.

Algunos de los soldados de esta Sección resultaron heridos por fuego de artillería de campaña y ataques aéreos ingleses durante el 13 de junio (cuatro soldados del Regimiento 8 fueron heridos en la oportunidad). El resto, participó de diversas formas en el combate del 13/14 de junio cuando esa posición fue atacada por los ingleses.

Personal del RI 8

- Cabo Primero I Rivas, Hernán.
- Cabo EC I Vasconcelos, Néstor.
- soldado Dragoneante C/62 Grey, Walter Daniel (Herido en Combate).
- soldado C/63 Rosales, Juan Santos Bartolomé (Herido en Combate).
- soldado C/62 Araya, Carlos Víctor.
- soldado C/62 Mugas, Miguel Ángel (Herido en Combate).
- soldado C/62 Oroná, Dante Nelson (Herido en Combate).
- soldado C/ 63 Sánchez, Ramón Clemente.
- soldado C/ 60 González, José Ricardo.

Nota: De los que se mencionan como heridos en combate, el único que figura en el Informe Oficial del Ejército Argentino -Año 1983- es el Dragoneante Grey.

Conmovido por semejante relato recurro otra vez al Coronel Juan Scarpinelli quien como siempre, confirma mis temores y organiza un enlace Zoom y ahí conozco al ex capitán Marcelo Dorigón que condujo a la sección en esa oportunidad.

Establecido el enlace, me comunico con ellos y es tan intenso el contacto y tan intrascendente mi participación que he preferido que ellos desarrollen sus recuerdos en las formas que les sean más cómodas, comprometiéndome a transcribirlas literalmente.

Recuerdos del Subteniente VGM Marcelo Oscar Dorigón. La sección invisible o rejunte

El 02 de abril de 1982 tenía el grado de Subteniente (en el 3er año y me desempeñaba como Oficial de Personal (S1) y Ayudante del Jefe del Regimiento de Infantería 12 "Grl Arenales", Tcnl Italo Piaggi.

Abril: Luego de recibir al personal de soldados Clase 62 movilizadas, a los Oficiales y Suboficiales entre el 4 y el 9 de abril reubicados de otros destinos y que el puesto de S1 (Oficial de Personal) fuera ocupado por el Capitán Pedro Horacio Lavaysse (ESG), continué como auxiliar del S1 y mantuve el puesto de Ayudante.

Después del desplazamiento por ferrocarril desde su asiento de paz en Mercedes (Corrientes) y ya ubicados en Caleta Olivia (Chubut) el 22 de abril, el Jefe del RI 12 "General Arenales", recibe la orden de desplazarse hacia Río Turbio. Ese mismo día, a las 1930 horas aproximadamente, se inicia la marcha, apenas a dos horas de haber iniciado el desplazamiento por vía terrestre hacia el sur, el Jefe recibe la orden de pasar por vía aérea a las Islas Malvinas. Allí, en el medio de la ruta de Comodoro Rivadavia a Puerto Deseado, el Tcnl. Piaggi dispuso que me ponga a órdenes del Teniente Primero Aedo, quien estaría a cargo de cruzar todo el material pesado, vehículos y toda la reserva de logística del Regimiento por vía marítima desde Puerto Deseado. Mientras, el 23 de abril, el Regimiento 12 cruzaba a las Islas Malvinas por vía aérea.

El movimiento de logística por vía marítima no pudo realizarse, debido a que los tiempos de carga del buque carguero "Córdoba" en Puerto Deseado se demoraron más de lo esperado y el 01 de mayo de 1982 la flota inglesa inicia el bloqueo naval, por lo tanto, el buque no pudo zarpar con su valiosa carga hacia las islas, más allá de un accidente que hizo que el barco cargado chocara contra el muelle. Es entonces cuando recibimos la orden de volver a Comodoro Rivadavia y nos instalamos en los cuarteles del Regimiento 8.

Mayo: Ya en Comodoro Rivadavia se destinan al aeropuerto los contenedores con el material pesado, munición y efectos de intendencia a fin de que sean pasado a las islas por modo aéreo.

El 26 de mayo, en el aeropuerto de Comodoro Rivadavia, recibo la orden del Capitán Pedro Horacio Lavaysse (Of. de Personal-RI 12), quien había regresado al continente desde las Islas Malvinas, que debía pasar el 27 de mayo con dos morteros pesados calibre 120 mm y su dotación inicial de munición a las islas. Ya con la orden de pasar a las Islas me puse en la tarea de preparar los cuatro pallets con el armamento y la munición y el 27 mayo 82 efectivamente pasé a las islas vía aérea con la preciosa carga para mi Regimiento. Solo sabía que debía presentarme en el Comando de Brigada III en Puerto Argentino.

Hasta ese momento no tenía idea dónde estaba emplazado mi Regimiento. Ese día 27, con las últimas luces, arribamos al aeropuerto de Puerto Argentino y desde allí me trasladaron al Puesto Comando de la Brigada en un Unimog con los morteros y la munición.

Me presente al Segundo. Cte. Brigada III, quien me ordenó que traslade la carga al puerto a fin de embarcarla en el barco denominado "Forrest", un pequeño buque carguero que me llevaría hasta Darwin-Goose Green, donde estaba emplazado el Regimiento 12 "General Arenales". Durante toda la noche se cargaron no solo los morteros y la munición, sino otros efectos para reforzar la defensa del Regimiento. Con las primeras luces del 28 de mayo recibí la orden de descargar los morteros y la munición y dirigirme al helipuerto, debido a que ya no era posible llegar por vía marítima a Pradera del Ganso.

Ya en el helipuerto, a media tarde, cargamos el material en un helicóptero, el cual se aprestó a despegar. De repente me doy cuenta que se paran los motores y con sorpresa veo que el piloto se da vuelta y me dice "Pibe bajá todo, no podemos despegar, el 12 ya está en las últimas", no podía creer lo que escuchaba. Procedí a descargar todo del helicóptero y me dirigí al Puesto Comando de la Brigada donde me confirmaron que el Regimiento 12 está en los últimos combates. El 29 de mayo se produjo la rendición, luego de tres días de lucha. Mi desazón e impotencia fue inmensa, al no haber podido cumplir con mi misión de llegar con los morteros para el Regimiento.

Junio: La guarnición argentina en Pradera del Ganso ha caído, los británicos avanzaban rápidamente, y ya se encontraban en el Monte Kent. Desde esa altura la artillería de campaña enemiga batía con sus fuegos los cerros, ocupados por las defensas nacionales. El tronar de las explosiones de los proyectiles de 105 mm se sentía en la capital de las islas. Se aproximaba el encuentro terrestre final, la historia la conocerá como la Batalla de Puerto Argentino. El enemigo se acercaba.

El Comandante de la Agrupación Ejército "Puerto Argentino" ordena a sus unidades dependientes girar el dispositivo de defensa. Hasta hace unos días los regimientos argentinos esperaban un ataque directo desde el mar es decir desde el Norte-Este. El avance enemigo desde el oeste cambia los planes y las unidades se esfuerzan por conformar las nuevas posiciones. En esa premura aparecen huecos en el terreno que es necesario cubrir. Es menester echar mano a todos los hombres disponibles para no dejar espacios vacíos.

Yo, mientras tanto, me encontraba en el Centro de Operaciones Logísticas (COL) junto a una fracción del Regimiento 12 al mando del Capitán Buompadre, que estaba allí a fin de dar apoyo logístico al Regimiento 12 en Goose Green. También había fracciones del Regimiento 5, del Regimiento de Tanques 8 y del Regimiento de Infantería 8, que habían quedado en Puerto Argentino después que sus unidades habían sido desplazadas a la isla Gran Malvina, como consecuencia de la imposibilidad de ser trasladadas por vía marítima o aérea quedaron sin tener una misión específica y alejados de sus mandos naturales, por lo que fueron tomando decisiones propias sobre dónde ubicarse o tareas a realizar. Los del Regimiento 8, por ejemplo, se fueron a Moody Brook, allí cumplían tareas logísticas y los del Regimiento 5 se quedaron en la zona del aeropuerto en unas posiciones dando seguridad y luego se desplazaron a la zona del Centro de Operaciones Logísticas.

El 4 de junio se hizo presente en el galpón el Mayor Bettolli, quien pertenecía al Comando de la Brigada III (era el Ayudante del Comandante Omar Parada). Ordenó formar al personal dentro de un galpón. Los hombres se alinearon y comenzaron a ser interrogados en su especialidad y función. El Mayor recorrió las filas, indagó y ordenó a los elegidos dar "un paso al frente". El Cabo Miguel Santillán (Regimiento 5) responde que es de la especialidad de Intendencia, y recibe una respuesta cortante: -Un paso al frente. Usted va a primera línea.

Relata Santillán: "En solo un minuto pasé de contar cajones de comida a ser Jefe de grupo de tiradores". Luego de unos pocos minutos fue conformada una nueva sección. La fracción queda integrada mayoritariamente por miembros del Regimiento 5, y un puñado de los Regimientos 8 y 12. El personal de la sección contaba con su equipo individual y armamento ligero, algunos de los cuales tienen fusiles FAL, otros poseen escopetas o pistolas ametralladoras PAM. No existen fusiles pesados FAP ni equipos de comunicaciones. Hasta aquí el grupo apoyo no existía como indican los reglamentos en cuanto a la conformación de una Sección de Tiradores. El Sargento Antivero (RI5), por ser el más antiguo e Infante es designado Encargado de la Sección, además estaban el Cabo Primero I Paiba (RI

12) el Cab. Int (Sastre) Morales (RI 12) y el Cabo Primero Mec Arm EC Sergio De La Fuente (RI 12), el Cabo. Primero Mec Mot Héctor Trigo (RI 12), el Cabo I Hernán Rivas (RI 8), el Cabo Vasconcelos (RI 8) y el Cabo I Santillán (RI 5). Sumado a estos cuadros había soldados del RI 5, del RI 8 y del RI 12, siendo un total de 36 integrantes. Antes de partir, Antivero observa estibados misiles antitanque MBB Cobra y sus respectivas cajas de comando. El suboficial solicita llevarlos, exponiendo que sabe operarlos por haber realizado el curso en la Escuela de Infantería, pero la respuesta es negativa. Más tarde se sumaron dos suboficiales y 4 soldados del Regimiento de Tanques 8 que estaban en la zona del helipuerto ubicado en el hipódromo de Puerto Argentino, ellos conformaban un Grupo de Defensa Aérea armados con misiles Blow Pipe. Eran el Cabo Primero C Jorge Sixto Martínez y el Cabo Primero C Hugo Gabino Mac Dougall y 4 soldados. El Mayor Bettolli me designó en ese momento como Jefe de Sección: "Recuerdo que en pocos minutos me constituí en Jefe de una Sección conformada por personal de cuatro Regimientos a los que había conocido hacía minutos".

La organizamos como pudimos y empezamos a operar inmediatamente. Fue una situación totalmente fuera de lo que siempre nos enseñaron para poder ir a la guerra, a primera línea debías ir con TÚ tropa, con TÚ Jefe. En nuestro caso nadie conocía a nadie. Creo que el nombre que se me vino a la cabeza era el que reflejaba mejor la realidad "**sección rejunte**".

La sección apenas conformada, recibió órdenes de establecer un sistema de seguridad en el nuevo puesto de comando de la Brigada en la plaza de Puerto Argentino. El mismo era construido en contenedores semienterrados. Los hombres cumplieron esa tarea durante dos días para luego recibir una nueva misión. El subteniente fue convocado por el Mayor Bettolli, quien le manifestó que había que cubrir un sector en el monte Dos Hermanas. Para aquella misión le agregaron dos ametralladoras pesadas Browning M2 de 12,7mm y cinco (5) visores nocturnos y dos FAP. Cabe aclarar que el armamento no era el que correspondía a una Sección de Tiradores, ya que quienes la conformaban tenían el armamento que por su rol de combate original de su unidad les correspondía, es decir había soldados con pistolas 11,25 y otros con pistolas ametralladoras o escopetas 12.70.

Al mediodía del 7 de junio los hombres iniciaron la marcha, imbuidos en un clima de euforia, producto del cambio de actividad y posibilidad de combate cercano. La orden era dirigirse hacia las estribaciones del Monte Dos Hermanas y reunirse con el Mayor Jaimet del Regimiento de Infantería 6. El primer tramo de camino fue cubierto en vehículos, para luego continuar a pie. Arribamos con las últimas luces. La sección fue recibida por el mencionado

Oficial Jefe, quien se desempeñaba como Oficial de Operaciones del Regimiento de Infantería 6, y estaba a cargo de la Compañía "B" de dicho Regimiento. Grande fue la sorpresa de Jaimet, ya que no los esperaba. Ante el desconcierto les ordenó establecer provisoriamente posiciones en el faldeo del monte Dos Hermanas, mirando hacia Puerto Argentino. Allí pasarían la noche, cubiertos por sus ponchos, ante la imposibilidad de armar las carpas en horas de oscuridad. La posición de la Compañía "B" del Regimiento 6 se desempeñaba como reserva del sector que era, a su vez, responsabilidad del Regimiento de Infantería 4. Ésta última unidad tenía la misión de defender la línea que comprende las alturas del Monte Harriet, el accidente rocoso denominado Goat Ridge y el Monte Dos Hermanas. El camino costero de Puerto Argentino se prolonga a través de una huella de tierra, la cual finaliza en el valle que une los cerros Dos Hermanas y el Monte London. El comando de la defensa había determinado que ese sector del terreno era clave para llegar al poblado, por lo que se decidió instalar posiciones para que lo controlen, en horas de oscuridad principalmente. Al amanecer del 8 de junio recibí la orden de vigilar ese camino y desprender de la Sección al Gpo Def Aérea "Blow Pipe" que fue ubicado en una altura cubriendo un corredor aéreo que veían desde el Sur hacia el Monte London. Luego de una corta reunión con el mayor Jaimet, en donde recibí las órdenes de detalle, los hombres se abocaron a preparar las posiciones. Las mismas debían ser ocupadas durante la noche, ya que se apreciaba que los ingleses podían infiltrarse por ese sector.

El sector asignado se encontraba adelantado con respecto a las estribaciones del cerro y era una posición sobre extendida (un km de ancho aproximadamente). Se debían construir posiciones de pozo de zorro doble y adelantar un puesto de escucha doble 150 metros hacia el Oeste desde donde venía el enemigo, en dirección al puente sobre el camino.

El 8 de junio en horas de la mañana, sobre las estribaciones del cerro Dos Hermanas y en una posición más dominante, se instalaron las posiciones de las dos ametralladoras Browning M2 de 12,7 mm.

Fueron designados para operar las ametralladoras el Cabo Primero Paiba y el Cabo Primero Mec. Arm. Sergio de la Fuente (quien dos meses antes había egresado de la Escuela de los Servicios para Apoyo de Combate "General Lemos") con soldados auxiliares del Regimiento 12.

Por ese entonces, él tenía solo 18 años. Relata: "Instalamos las ametralladoras en la parte alta del cerro, desde allí podíamos batir el camino hasta la ladera del monte London". Las ametralladoras tenían un afuste antiaéreo, pieza muy pesada e incómoda para el transporte, por lo que una vez armadas y emplazadas ya no podrían

ser movilizadas. El terreno presentaba características rocosas, siendo muy complicado construir las defensas. A esta particularidad se añadía el persistente frío y llovizna, propias del invierno que se avecina.

Relata el Sargento Antivero: "Me preocupaba que, al estar tan adelantados, y en el medio de un bajo, pudiéramos ser batidos por el fuego de los regimientos 4 y 7 que se encontraban en las alturas. Se lo expresé al Mayor Jaimet en un tono no muy amigable, pero intervino el Subteniente Dorigón y no pasó a mayores".

La tensión ya se percibía en los hombres, y ante la inminencia del choque se perdían formalidades.

En la noche del 08 al 09 Jun 82 la sección inició las actividades de seguridad. Con mucho sigilo la sección se dedicó a cavar los pozos de zorro, ya que en ese sector no había piedras sobresalientes ni lugares rocosos donde poder soportar el fuego enemigo. Solo turba. Las mismas consistían en establecer dos puestos de observación y escucha a 150 metros delante del dispositivo y en las inmediaciones del camino. Los puestos estaban compuestos por equipos de cuatro hombres. (1 Suboficial y 3 soldados), los cuales recibieron un radio de mediano alcance (PRC-10) cada uno para comunicarse entre sí y conmigo (Jefe de Sección). El frío y ausencia de recambios provocó que las baterías se agotaran, quedando las radios fuera de servicio rápidamente. Al amanecer los observadores se replegaban hacia el cerro Dos Hermanas, donde habían construido sus carpas, para descansar.

Ese día, el 09 Jun 82, detrás de nuestra posición y unos 200 metros hacia monte Tumbledown, se instaló una posición de morteros calibre 120 mm del Regimiento 1 "Patricios" y comenzó a abrir fuego en dirección al Puente sobre el camino en dirección NE del monte Dos Hermanas. Entonces la posición comenzó a sufrir los efectos del fuego de artillería que ejecutaban los británicos. El bombardeo naval y de artillería de campaña era constante, acciones que, sumadas al frío y aislamiento, afectaban la moral del personal.

Al regresar, la noche del 09 al 10 Jun 82, a las posiciones, nos encontramos que estaban totalmente inundadas, nos acomodamos como mejor pudimos, en caso de recibir un ataque esa noche. Nos poníamos a resguardo detrás de los montículos de tierra extraída de los pozos inundados.

El 10 Jun 82, con las primeras luces, volvimos a nuestro sector de descanso. Le doy la novedad al Mayor Jaimet sobre la situación de nuestras posiciones. Más tarde recibí la orden de no volver a ocuparlas, cambiando la misión de adelantar puestos de escucha y observación unos 200 metros adelante, cerca del camino en dirección a Monte London.

Durante ese día recibimos nuevamente fuego de artillería. El bombardeo enemigo se volvió más intenso, centrándose en las posiciones defensivas de los Regimientos 4 (Monte Harriet y Dos Hermanas) y 7 (Monte London). Cuando la sección se aprestaba a descansar en el sector de carpas, recibió una corta y rápida ráfaga de artillería enemiga. Los proyectiles enemigos buscaban neutralizar un grupo de morteros pesados del Regimiento 1 "Patricios", que se habían instalado cerca de la posición.

La serie de explosiones sorprendieron al personal fuera de sus abrigos. Algunos ya estaban dentro de las carpas, y no alcanzaron a salir de las mismas. Pasados los segundos se hizo un silencio momentáneo, tras lo cual se escuchó el grito de:

-¡Enfermero! ¡Enfermero!

El soldado Roberto Valdéz, proveniente de General Pinedo, Chaco relata: Recuerdo que al escuchar las explosiones nos tiramos en un pozo a medio construir con mi pareja de combate, que era el soldado Argentino Romero. Pasadas las explosiones observé tirado en el suelo al soldado Alegre, que estaba detrás mío.

Le pregunté

-¿Todo bien, Alegre? A lo que me contestó:

-No, me parece que me dieron.

Al escucharlo corrí hasta donde estaba el Sargento. Antivero para avisarle lo que pasaba. El Sargento recibió el aviso, concurrió hasta allí llegando a los pocos minutos. Relata Antivero: Al llegar al lugar veo al soldado Alegre tirado boca arriba, con los ojos abiertos. Parecía que solo estaba acostado, ante esa imagen le digo:

-Ya está, levántate m' hijo, no te pasó nada... A lo cual me respondió:

- Tengo frío, me muero.

Ahí lo sentamos y podemos ver que tenía una esquirla en la base de la nuca.

Falleció sin una queja

El enfermero del Puesto Socorro del Regimiento 4 llegó unos minutos después y confirmó la muerte del soldado. El Cabo Santillán, al anoticiarse de la misma, soltó un grito de furia y desazón al cielo. La sección, de esta manera, sufría su primera baja de combate, el soldado clase 62 Raúl Walter Alegre.

Repliegue

La noche del 11 de junio se produce el ataque británico sobre la primera línea de defensa simultáneamente sobre los montes Harriet, Dos Hermanas y London. La Sección se encontraba ocupando las posiciones de vigilancia y fue espectadora de la ofensiva.

Relata el Cabo Santillán:

Estábamos en un puesto de vigilancia con tres soldados, tapados con nuestros ponchos. A las 21 horas aproximadamente se inició el ataque enemigo. Podíamos observar el terrible espectáculo sobre el monte London. El cerro parecía desaparecer entre las bengalas y explosiones. Se escuchaban los gritos en inglés y castellano. Era terrible la sensación de saber que los siguientes seríamos nosotros.

Los hombres soportaron un intenso fuego de artillería junto a la Compañía "B" del Regimiento 6. Las ametralladoras pesadas calibre 12,7 mm de la Sección abrieron fuego hacia la dirección ordenada (el camino), pero no pudieron observar los efectos de sus proyectiles. El desconcierto de los hombres se incrementaba al observar que miembros del Regimiento 4 se replegaban pasando por el medio de sus posiciones. Las bengalas de ambos bandos se cruzaban en el cielo buscando localizar blancos para sus armas.

Durante la noche / madrugada del día 12 Jun 82 se inició el repliegue, ordenado, desde las estribaciones del Dos Hermanas hacia el monte Tumbledown. El Mayor Jaimet instruyó a la compañía para que se encolumnara y así pasar a la siguiente posición. La Sección no recibió aviso previo, debiendo abandonar en las posiciones sus equipos de campaña, las raciones de combate y las ametralladoras pesadas, las que fueron inutilizadas por el Cabo Primero Paiba, el Cabo Primero De La Fuente y el Drag Grey. Solo pudimos llevar el poncho impermeable y algunos, una manta.

En el trayecto fuimos guiados por un Cabo Segundo, integrante del Batallón de Infantería de Marina 5, ya que debíamos atravesar un campo minado. Recuerdo que me ordenaron formar la sección a la cabeza de la compañía. Cuando estábamos cruzando el campo minado recibimos fuego de la propia artillería, que cayó corto. Fue muy confusa la situación. El mayor Jaimet se comunicó por radio y, luego de una buena "puteada", logró detener el fuego propio que nos batía, ordenando que alarguen el tiro. Súbitamente fuimos cubiertos por una densa neblina, entonces el My Jaimet se da vuelta y me dice en voz baja "¡Es el manto de la Virgen que nos protege!". Luego de vivir esa situación arribamos con las primeras luces del

12 de junio del 82 a la nueva posición, ubicada al Este del Monte Tumbledown. Allí nos reorganizamos y esperamos nuevas órdenes. Se avecinaba el ataque final...

Las últimas acciones.

La "Sección Rejunte" se encontraba instalada en la cara norte del Monte Tumbledown, desde donde se esperaba el ataque enemigo. Los rigores del clima se hacían sentir ante la carencia de abrigo. Algunos hombres intercambiaban cigarrillos por mantas con los infantes de marina. El personal no pudo comer en las últimas veinticuatro horas al quedar abandonadas en Dos Hermanas las raciones de combate "Tipo C-F". Es por eso que dos soldados y un Suboficial, por propia iniciativa, se desplazaron hacia las posiciones abandonadas la noche anterior para recuperarlas. Los hombres, que corrían un gran riesgo, se infiltraron en el sector, ya ocupado por los británicos, logrando traer dos bolsones llenos de aquellas raciones. Al regresar pudieron repartir la comida y, así lograron pasar la noche. La artillería británica batía, con gran intensidad y con pocas pausas de fuego, las posiciones argentinas.

El día 13 de junio, el ablandamiento se tornó particularmente duro. El fuego no cesaba y, el personal no podía hacer nada para contrarrestarlo. Además, no contaba con posiciones de defensa, solo piedras y algún que otro agujero. Durante la tarde cayó una ráfaga que batió directamente a la sección. En esta oportunidad no tuvieron tanta suerte y el fuego enemigo cobró nuevas bajas. Varios hombres fueron heridos de diversa consideración. Cuando finalizó el fuego solo se escuchaban el viento y los gritos de dolor de los heridos que estaban desperdigados en el terreno. Uno de los heridos era Antivero, quien relata:

Cuando pasó el fuego se escuchaban los gritos. Yo, sin percatarme de mi situación, y al escuchar los lamentos de los heridos solté una expresión en forma automática:

-¡Basta ya, dejen de llorar!

Pero cuando me incorporo observo mi pantalón roto y siento la sangre que me corría por la cabeza. Había sido herido en el muslo y la cabeza, pero no sentía el dolor por la adrenalina que fluía.

Los heridos se fueron reuniendo poco a poco, para luego desplazarse por sus propios medios, hasta el puesto socorro del Batallón de Infantería de Marina 5. Aquellos, más graves, fueron evacuados en ambulancia hasta el Hospital Militar de Puerto Argentino; pero otros debieron iniciar la marcha caminando hasta la Capital.

Entre los heridos estaba el Cabo Primero Mec Arm De La Fuente, quien relata:

Los heridos fuimos caminando solos, apoyándonos mutuamente. Cuando estábamos atravesando un claro en Tumbledown volvimos a recibir el fuego de artillería, ahí nos desparramamos entre las rocas. Por suerte solo nos saltó turba, y a mí me pegó una esquirla en el casco (la cual aún conservo en mi casa). El enemigo parecía que nos tenía de punto. Un puñado de hombres quedaron a mis órdenes. Luego de ese ataque de artillería me quedé con la mitad de la sección, o menos. Los heridos se habían auto evacuado, o habían sido transportados en ambulancia a la capital. Otros hombres, en la confusión reinante se perdieron o se replegaron solos. Procedí a informar la situación al mayor Jaimet, quien me ordenó mantener la posición.

La noche del 13 al 14 de junio se produjo el ataque final británico. Los pocos miembros de la Sección, que aún se encontraban en la posición, esperaban en sus puestos.

A las 4 de la mañana, aproximadamente, el My Jaimet recibió el pedido del Jefe del BIM 5 de empeñar una Sección a fin de realizar un contraataque en dirección a las posiciones de la Compañía Bote, que estaba aferrada por un fuerte ataque. Es entonces que me pide que me desprenda de un grupo de hombres. Los integrantes del Gpo. "Blow Pipe", ya sin la misión antiaérea, con un grupo de soldados de mi Sección son agregados a la Sección del Subt "EC" Esteban Vilgré Lamadrid de la Compañía B del Regimiento 6 e iniciaron el ascenso hacia la parte alta de Tumbledown. El combate cercano ya se sentía.

El Cabo Primero Hernán Rivas, del Regimiento 8 que fue agregado a la Sección del Subteniente Aldo Franco, más tarde, para realizar otro contraataque, relata "En la confusión y la adrenalina yo iba junto a un soldado (no recuerda el nombre) y nos adelantamos más rápido que el resto que venía avanzando en formación de cadena. Llegamos a un lugar donde había unas cocinas de campaña y tomamos cubierta en una de ellas, porque recibimos intenso fuego desde el frente que no nos dejaba levantar la cabeza. Desde atrás una MAG de propia tropa abría fuego sobre nuestras cabezas, así que con el soldado que me acompañaba nos hicimos unos bollitos por un tiempo que no recuerdo. De vez en cuando yo me asomaba y también disparaba mi fusil. Como tenía los bolsillos llenos de munición se las pasaba al soldado para que recargue mis cargadores porque su fusil estaba trabado y no podía disparar. En una pausa de fuego salimos de ese lugar y no nos habíamos dado cuenta que los ingleses nos habían sobrepasado. Cuando levantamos la cabeza había un soldado inglés que nos hacía señas para que nos sentemos con las manos en la cabeza. Mientras el soldado inglés trataba de comunicarse a los gritos con otros que estaban con otros prisioneros a unos 150 metros de allí. Como no lo escuchaban se separa unos metros de

nosotros que estábamos casi al borde de una barranca. Al ver eso le digo al soldado que nos escapemos por ahí. Cuando nuestro captor se distrajo nos tiramos y caímos barranca abajo. Sentíamos como nos tiraban, pero seguimos escapando de ese lugar.”

Otro relato es el del Cabo Santillán, quien en medio de la confusión con el soldado Tabaqui se separaron de la Sección y comenzaron a moverse con los Infantes de Marina del BIM 5. Relata Santillán: “Al perder contacto con la sección nos unimos a los infantes de marina, que se replegaban en columna. Al mirar hacia atrás pude observar a los ingleses que ya estaban en la cumbre. El desenlace era inminente”.

Al amanecer del 14 de junio llegó la orden de repliegue a Puerto Argentino, el que se produce bajo fuego enemigo. El Teniente Primero Abella estaba a cargo. Lo hacemos como marcaba la doctrina, toma y cambio de posición cubriendo con un nutrido fuego hacia las estribaciones de *Tumbledown*. Sentíamos el fuego de armas automáticas de los ingleses sobre nuestras cabezas.

En medio de la nevada los hombres formaron una columna y marcharon por el camino que los conduciría al centro de la localidad. Pasamos por las posiciones de artillería propia. Ya sin nadie en ese lugar vimos las piezas que habían sido destruidas y una gran cantidad de vainas y envases de munición vacías, lo que demostraba que habían agotado toda la munición disponible. El resto que quedaba de la Sección “Invisible” se dirigió al lugar que conocían, o sea el galpón del Centro de Operaciones Logísticas. Allí me encontré nuevamente con el Capitán Buompadre. La desazón de saber lo que sucedía hizo que me funda en un abrazo con él. Entonces Buompadre me dice “ya está pibe, se terminó, no hay más nada que hacer”. Sentí una gran impotencia. La Sección había dejado de existir como tal, y los destinos de sus integrantes tomaron caminos diferentes.

Algunos heridos volvieron en el “IRIZAR” que había sido transformado en Buque Hospital. Otros el 17 de junio nos embarcamos en el Canberra como prisioneros de guerra y llegamos a Puerto Madryn en la mañana del 19 de junio, de allí en avión a Palomar, unos días en la Escuela de Suboficiales y desde allí nuevamente en tren a Mercedes (Corrientes), asentamiento del RI 12 “General Arenales”.

En el relato hay textos extraídos del libro “Pradera del Ganso. Una batalla de la guerra de Malvinas” de Oscar Teves y del libro del actual Mayor de Infantería Roberto Fabián Arias Malatesta sobre la historia del RI 5 en la Guerra de Malvinas (“Malvinas – Puerto Yapeyú 1982”. Capítulo “Aislados”). Los Relatos de los Integrantes fueron corroborados por ellos mismos.

“Los Pistoleros” del Regimiento 8

Una vez ubicados en el escenario de la acción, quisiera describir el entorno de los protagonistas, que son de particular interés de este capítulo, y de esta suma de recuerdos, que tiene la finalidad de rescatar, de un tal vez incomprensible olvido, y corporizar en éstas páginas la memoria, no sólo de los soldados de la Compañía de Infantería C, sino también rescatar a la historia no contada de tantos cruelmente anónimos protagonistas de todas las Fuerzas, y las Armas y Servicios que en humildes salones familiares o escolares repiten, una y otra vez, las acciones en que la vida los puso en cumplimiento de su promesa de “defender su bandera”. Dando todo sin pedir ni recibir nada a cambio.

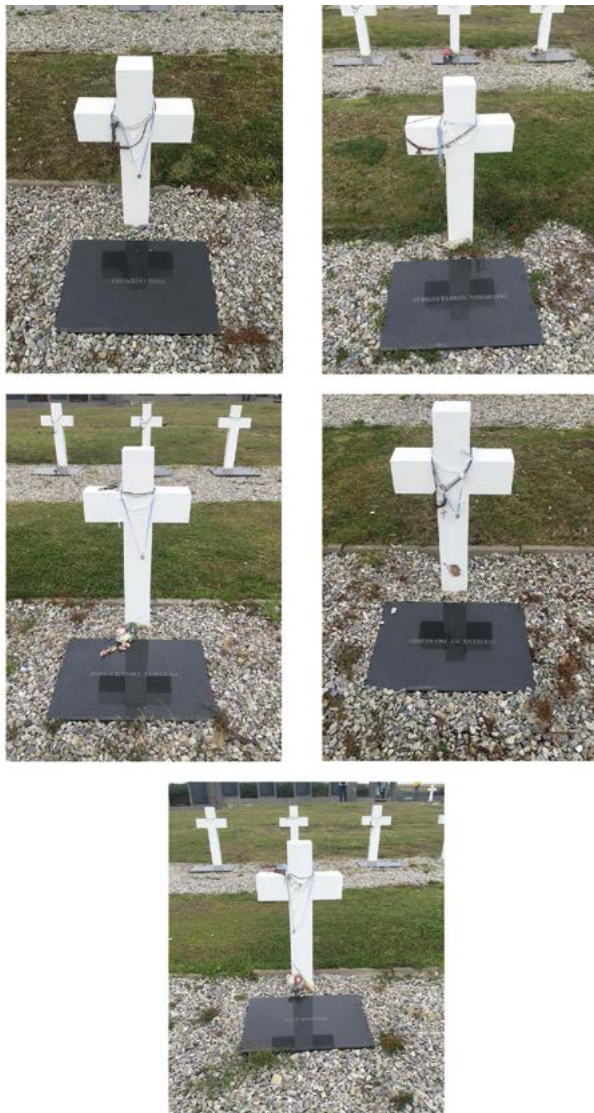
Las historias personales de los combatientes se desparramaron por la Argentina, contadas por protagonistas de variados méritos, desde el héroe genuino, hasta el más mendaz y malintencionado de los fantasiosos, entre los cuales se encuentran civiles, militares y eclesiásticos.

“Solo la verdad os hará libres”, dijo Jesús y esa verdad viene surgiendo poderosa, como siempre, de la mano de los libros de nuestros enemigos que combatieron en el 82 y en esos textos y videos se plasman el respeto que se ganaron los combatientes terrestres argentinos de la Batalla de las Islas Malvinas. Y estoy hablando de los terrestres porque es la que conozco sin dejar de tener en cuenta la extraordinaria valentía de los de las otras Fuerzas Armadas; tanto como Gendarmería Nacional; Prefectura Naval; los marinos de ELMA y tantos valientes sin uniforme que sirvieron con igual entrega. Sin embargo, esa tarea no terminará hasta que los argentinos no sintamos esta pelea como propia, asumiendo sus glorias y sus miserias.

Este largo camino de regreso ya fue iniciado por los Veteranos de Guerra y se afianzará cuando se incorporen estas anónimas grandezas a la par de las miserias militares y políticas que conviven en una realidad innegable, pero como parte de una historia completa que se deberá enseñar en las escuelas y universidades de todo el país. Así algún día en cada casa de un Veterano de Guerra de Malvinas habrá un humilde mástil donado por los vecinos del barrio con una bandera argentina que flamee todo el año, indicando que ahí hay un ser humano que puso su vida a disposición de la Patria. En donde viva alguien herido que se agregue una cinta roja gruesa que represente que ese es el color de la sangre que derramó ese Patriota.

A los que murieron, todos los Honores y la Gloria; a los que volvimos solo el recuerdo. Con eso basta. Van entonces los recuerdos de los soldados del Regimiento 8 olvidados en Puerto Argentino y en la historia de la Unidad, hasta

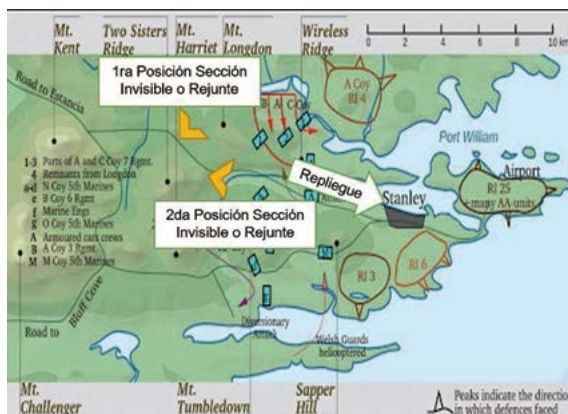
el punto de ser tratados de “mentirosos” cuando regresaron del combate o de los hospitales al cuartel.



Las cinco sepulturas de los miembros del Regimiento 8



Movimientos y Posiciones de las Sección Invisible.



Recuerdos del Dragoneante c/62 Grey Walter Daniel

Una durísima llegada a la Patagonia atlántica es la primera imagen que tengo del aeropuerto de Comodoro Rivadavia a medida que descendíamos del Hércules que nos trajo de Córdoba en marzo de 1981, viento y desolación. Cómo no le hice caso a mis viejos Marta y Osvaldo cuando me dijeron que llevara abrigo, casi muero de frío. Con igual frialdad nos recibieron en el cuartel a cargo del Mayor Corbalán, un tipazo que nos cuidaba mucho.

Fui soldado de Infantería durante tres meses y me mandaron a fines de abril a la Compañía Servicios como auxiliar del cabo primero

Garro en la sastrería. Luego de una reorganización interna pasé a la Sección Destinos.

Que viene siendo el conjunto interno que da los servicios “domésticos” al Regimiento, tales como panadería, casinos, bloqueras, barrios militares, etc. Es lo más civil dentro de lo militar que logré encontrar y estaba a cargo de un tipo extraordinariamente parecido a mí, creo que ni mi Viejo me caló tanto en una etapa muy difícil de mi vida. No creo haber sido un colimba fácil. Soy cordobés, inteligente, pícaro, picudo, de buen lomo y rebelde con y sin causa, lo que sumó en mi legajo militar una buena cantidad de días de arresto.

El Suboficial Principal Edmundo “Tino” Guzmán nos manejaba como lo que éramos: colimbas que hacían nada de milicia y mucho de trabajo útil, entretenido, sin mayores restricciones y mucho laburo que la picardía del “Tino” nos tenía trabajando tranquilos mientras hiciéramos lo que teníamos que hacer. Soy de los tantos, que le hacía falta el servicio militar, no por ser mala persona, sino porque me marcaron los límites, que no doblegaron mi espíritu rebelde, pero si moldearon mi persona y mi carácter para bien, complementando la formación de mi familia, que era y es excelente y me inculcaron siempre las mejores costumbres y valores, lo necesitaba al servicio por mi rebeldía sin saber dónde me llevaría en la vida. Gracias al Ejército por forjar en mí una persona de bien y devolverme a la vida civil como todo un hombre.

Un día venía en el micro de regreso de franco y veo a Guzmán con el auto roto en la ruta, tenía dos cubiertas pinchadas. Me bajé del colectivo y ofrecí mi ayuda y me dejó 24 horas cuidando el auto mientras conseguía comprar las cubiertas. En agradecimiento me llevó a la “bloquera” del cuartel y en el próximo ascenso interno me encontré con una tira de Dragoneante.

Una mañana de abril me ordenaron formar en una Compañía de Infantería nueva, me dieron una cepillada descomunal y antes de darme cuenta estaba en Puerto Argentino el 23 de Abril donde me encontré de casualidad con el Cabo Vasconcelos y los soldados Oroná; Mugas; Araya; González; Rosales y Rodríguez que quedaron sorprendidos por mi presencia y mi escopeta 12.70 mm.

Rápidamente me contaron que teníamos que cuidar las cargas de la Compañía y que nos iban a venir a buscar para llevarnos a Bahía Fox. No les creí. Pasaron como diez días y hartos de trabajar para el Batallón Logístico que descargaba aviones todo el día y alguien nos mandó a cavar posiciones en el puesto Comando al este de Moody Brook. (Ex cuartel de los Royal marines).

Como la mayoría de nosotros estábamos con unas pistolas nos pusieron "los pistoleros". Un día apareció el Cabo Hernán Rivas de la Compañía B que no andaba muy bien de los intestinos y no lo operaron, no lo mandaron al continente y tampoco lo llevaron a Fox. Volvimos al aeropuerto y nos trajimos todas las encomiendas, la correspondencia y por supuesto la comida. Así llego el 1° de mayo y vivimos los ataques al aeropuerto como en una película irreal desde un escenario privilegiado.

Imagínense 5 cordobeses con un Cabo de 18 años recién salido de la escuela, bueno, pero apocado, un Cabo primero enfermo en un sector donde pululaban, uniformes, jerarquías, armamento, máquinas, vehículos y todo lo que pueda reunirse en un lugar rodeado de casas de madera y latas, cercas blancas, techos rojos, personas inglesas que nos miraban con odio. Así nació la consigna: Sobrevivir.

Con buena comida en cantidad y calidad y si faltaba me calzaba la tira de Cabo y salía a manguear comida, a un Sargento a cargo de la cocina del logístico 9 o 10, no recuerdo bien, de verde y con zapatillas flecha, una imagen digna de recordar, hasta el día de hoy con humor.

Bien dormidos, "acovachados" (término castrense que deriva de cueva o covacha) en galpones con patrullas anónimas dirigidas lejos de las jerarquías. Una mañana de no sé qué día paso un Unimog y nos pidió ayuda para ir a buscar munición al aeropuerto para llevarlos al puerto para cargarlos en el "Yehuín". Hicimos varios viajes y en el último les digo a Mugas y a Oroná que suban. El primero dice que si y Oroná me dijo que no. Mugas se baja y se queda y yo me subo arriba de los cajones En el camino hay un puente con una bajada pronunciada y como había hielo el Unimog patina y se da vuelta y quedé atrapado entre los cajones sin que me pasara nada, nada, gracias al soldado González, que me sacó debajo de las cajas de municiones de mortero 120.

Describo con un toque de humor lo que vivimos como espectadores de la tragedia que fueron los bombardeos, navales, artilleros y aéreos, los heridos, que empezamos a ver cada día más, las noticias, y la incertidumbre que se acabó de pronto. El 3 de junio apareció el Mayor José Bettolli y el Capitán Buompadre, con un Subteniente detrás. Juntaron a todos los soldados y después de un fracasado intento de pedir voluntarios, los únicos soldados que se ofrecieron de voluntarios fueron los del Regimiento 8, juntaron soldados, y suboficiales de todos lados, experiencias y profesiones y armaron una sección de unas 30 personas. El 5 de junio nos mandaron a cavar posiciones para unas piezas de artillería de defensa aérea bajo la lluvia. El fuego de la artillería inglesa se veía caer sobre los montes que rodeaban el caserío. A unos 6 kilómetros en línea recta. Los

ataques aéreos se sucedían. El 7 de junio al mediodía nos subieron apretados en dos Unimog con lo puesto y el poncho y una manta por hombre. En el camión donde yo iba, había entusiasmo y gritos de vivas a la Patria. No sé si éramos conscientes a donde nos dirigíamos. Por alguna razón nos dejaron a unos 4 km al Sur-Este del monte Dos Hermanas bajo la lluvia y empezamos a subir la pendiente dando la espalda a Puerto Argentino. Llevábamos una mezcla de armas desconocidas, con Suboficiales desconocidos. Nadie hablaba ni se quejaba bajo la fría llovizna. En algún momento de la tarde apareció el Mayor Oscar Jaimet que pertenecía al Regimiento 6 a quien le habían dado la misión de cerrar un espacio que había entre los cerros Dos Hermanas y el London con una Compañía de ese Regimiento. Cuando llegamos fue sorprendido por nuestra presencia porque no esperaba a la Sección y ordenó que acampáramos en un sector de la media pendiente mirando al Este y un poco al Sur. Empezamos a rasguñar la turba y las piedras en silencio con nuestras precarias palas. En cada grupo había desconocidos que poco a poco empezaron a tomar el liderazgo de lo técnico como el Cabo Primero Mac Dugan, un verdadero genio en mecánica de armas, o el Cabo Primero Rivas que dejó de lado sus dolores y se echó al hombro a sus soldados y no les soltó la mano ni en las peores situaciones o el Sargento Antiveros, un fenómeno. Y yo de pronto me vi con esa tira de Dragoneante "Trucho" laburando, puteando, impulsando, dirigiendo a los que aflojaban o eran vencidos por esa locura de ruidos, luces enceguecedoras, explosiones que hacían flamear la ropa en el pecho. ¿Querés saber cómo se siente una onda expansiva? Agarrá la pilcha que tengas puesta y a la altura de las tetillas hace un movimiento como golpeándote el pecho y luego a la misma velocidad aléjala. Simultáneamente los oídos, los ojos y el aire de los pulmones se mueven al mismo ritmo llenándose y vaciándose con la brutal fuerza de la explosión. ¿Lo hiciste? Ahora trata de mantenerlo durante 2 horas sin poder moverte.

Tratar de describir sensaciones es difícil por más calificativos que trate de sumar. Bueno ahí estábamos buscando refugio entre unas piedras y a su vez cavando pozos. En la noche del 11 de junio se intensificó el fuego de la artillería en forma brutal, siempre de noche de tal manera que la combinación de proyectiles explosivos con los iluminantes más los aparatos de visión nocturna le permitían al atacante dirigir el tiro sobre nuestra posición o las armas de apoyo. Entre las armas que habíamos subido a brazo, estaban dos ametralladoras 12.7 mm con su afuste antiaéreo que pesaba no menos de 30 kg que se había posicionado un poco más arriba y atraía todos los tiros que se puedan imaginar. De día nos tiraban con

morteros y artillería de campaña y de noche se sumaba la artillería naval con un volumen y eficacia cada vez mayor. Vimos y sentimos que el ataque era inminente, los aviones entraban por los corredores aéreos que se marcaban claramente entre el Dos Hermanas y el London, ametrallando y dejando caer bombas tipo Beluga. Así pasaron los días desde que llegamos hasta que la noche del 11 de junio se desató un infierno sobre las posiciones del Regimiento 4 que defendía Dos Hermanas con frente al Oeste en líneas generales ya que también estaban orientados al Norte.

Veíamos explosiones por todos lados y una lluvia de bengalas que iluminaba todo el campo de combate. En un momento después de las dos de la mañana llegó la orden de agarrar lo que teníamos y empezar a repliegarnos.

Previamente el Cabo Primero De la Fuente que era un capo en las ametralladoras 12,7 me ordena seguirlo y regresamos al Dos Hermanas, las inutilizó y empezamos el repliegue. Cruzamos una hondonada con un guía del Batallón de Infantería de Marina y empezamos a subir el monte Tumbledown casi al amanecer muy agotados buscamos donde descansar. Mientras que los muchachos armaban una cueva nos fuimos con el Cabo Primero Paiva a buscar los bolsones de comida y abrigo que habíamos dejado atrás. Para ello debíamos pasar el campo minado, pero como era la tardecita y al pasar tanta gente se había hecho una huella y por ella pasamos tres veces y les llevamos comida y un poco de abrigo a los muchachos hasta que empezó el cañoneo otra vez.

En el transcurso del día se intensificaron los bombardeos de artillería inglesa, naval y terrestre, veíamos como los helicópteros ingleses a lo lejos movían la artillería. Pasado el mediodía había heridos por todos lados, encuentro al soldado Castro no sé si del 5 o del 12 y lo traslado al Puesto Socorro atravesando una zona plana con una gran roca en el medio, herido por esquirlas en el estómago, regresé y me encontré con mis compañeros del 8 heridos, en primer lugar llevo a Rosales herido en una mano, regreso y llevo a Mugas herido en las nalgas por esquirlas, de vuelta, salimos con Araya llevando a Oroná herido por esquirlas, y a mitad de camino la artillería empezó a batir zona, haciendo imposible seguir, (perdimos contacto con Araya, no sabemos más de él). Cuerpo a tierra nos arrastramos hacia la gran roca que había, llegando con Oroná, me enderezo y soy herido por esquirlas en mi omoplato izquierdo, grité "me dieron", y sentí correr mi sangre por la espalda, nos agarramos de la mano con Oroná, rezábamos, llorábamos y pedíamos a Dios por nuestras vidas, no queríamos volver mutilados, era nuestra premisa.

Ni bien cesó la artillería inglesa de batir zona, emprendimos la ida al Puesto Socorro, donde fuimos atendidos y allí me separé de mis compañeros, me trasladaron en un Land Rover hecho ambulancia hasta el hospital militar en Puerto Argentino, donde empecé mi otro calvario. Un oficial médico empeñado en sacarme la esquirla, me hizo desmayar de dolor varias veces, en su intento de extraer la esquirla. Una vez en el continente los especialistas determinaron que era más riesgoso extraerla que el daño que podía hacerme quedando donde estaba, hasta el día de hoy permanece alojada en mi espalda, haciéndose notar cada cierto tiempo, haciéndome recordar a ese oficial cada vez que lo hace.

Estando en el hospital vi a Menéndez y Moore, recorrer el hospital, viendo a los heridos. Luego fui trasladado en ambulancia hasta el puerto y de ahí al Buque Hospital Irizar para regresar al continente.

El largo camino a casa

Al momento de bajar del helicóptero en el hospital regional de Comodoro Rivadavia, comenzó mi otra guerra como yo le llamo, primero por un oficial que quería que sacara mi brazo debajo de mi chaquetilla porque parecía que me faltaba un brazo, recuerdo la bienvenida de la gente y ver a muchos llorar, fue tal la tristeza que me invadió que marcó un quiebre en mi vida, de ahí fui trasladado a Campo de Mayo, sin siquiera ser visitado por ningún personal de mi unidad, solo el Dragoneante García Cesar, que había combatido en Goose Green, fue a verme. Quizás porque sí combatió y entendía lo que pasaba. Es doloroso recordarlo en el tiempo y siendo adulto, el primer abandono, el de mi propia unidad con la que fui a la guerra. No tengo resentimientos hoy en día.

Llegado a Campo de Mayo, otra vez la prepotencia y el obligarme a firmar un papel que ni siquiera sé lo que decía y que no podía hablar de lo sucedido con la prensa.

A todo esto, el peregrinar de mi querido viejo, pidiendo información sobre mi vida y paradero, para mi madre reconocerme en la tapa de la revista "La Semana" donde pareciera que volvía mutilado, sin un brazo.

Mi padre viajando al sur para encontrarme y yo estando en Campo de Mayo, y nadie le informaba nada, pobres mis viejos, padecieron más que yo la guerra, parecían tener 20 años más a mi regreso.

De Campo de Mayo a Comodoro, a mi unidad, no sin antes parir para viajar, me llevaron hasta Aeroparque y me dejaron ahí con boleto de avión a Comodoro, cuyo vuelo había salido hacía una hora, el personal de Aerolíneas Argentinas se jugó y me llevaron en otro vuelo sin autorización de nadie, eternamente agradecido, sin siquiera saber sus nombres. Llegado al Regimiento, otra odisea, el

desprecio con que me trataron, me marcó, y siendo que no era un bebe de pecho los enfrenté sin miramientos, “mentiroso” me decían cuando me preguntaban y les respondía que había combatido en Dos Hermanas y Tumbledown en Puerto Argentino. Tal fue el desprecio y maltrato que volví por mis propios medios (no me dieron pasajes para volver) y amenazado por varios, que me callara y no contestara porque todavía no estaba de baja.



Tapa revista “La Semana”.

Llegar a casa fue un bálsamo en mi vida, el abrazo y las lágrimas de alegría de mi viejita, hasta el día de hoy siento el calor del abrazo de mi madre.

Y después el olvido por parte del estado, no así el de la gente, el ser escondidos, y la lucha de los Veteranos por conseguir ser reconocidos como tales, el no poder decir soy excombatiente como se decía antes, para conseguir un trabajo, la “desmalvinización” y todo tipo de atropello estatal, para no reconocernos.

Todo eso templó mi vida, y gracias a Dios llegaron mis hijos y mis nietos y calmaron esa fiera que llevaba dentro y me hicieron comprender que la vida pasa por otro lado, que todos cometemos errores y tenemos derecho a segundas oportunidades, y por eso hoy mi comprensión a todos los que me maltrataron sin saber lo que hacían, no habíamos vivido una guerra y nadie tenía la experiencia ni para combatir, ni para la posguerra.

Por suerte en mi vida un día me llama el capitán Godoy, jefe de la Compañía C a la cual pertenecía, que es quien escribe este libro y cuenta la historia de nuestra querida "Sección Invisible".



A partir de esto empieza otra historia. Solo doy gracias a Dios por haber tenido el privilegio de defender a mi Patria. Darle las gracias al Capitán Godoy por sus palabras, por pedir perdón por dejarnos en Puerto Argentino.

Decirle a Godoy que no tiene que pedir perdón por nada, las circunstancias y el destino quiso que las cosas fueran así, que, gracias a su decisión, combatí con los mejores hombres que se puede ir a una guerra, y especialmente a esta. Muchas gracias.

Recuerdos soldado C/62 Oroná Nelson.

Nací en un pueblito del Norte de Córdoba llamado San Francisco del Chañar el 23 de julio de 1961 mi mamá se llamaba Ana del Rosario Juárez y mi papá fue Enoy Aureliano Oroná, pero como pasa a veces me crió mi abuela paterna. Somos 2 varones más y una hermana. Tuvimos poco tiempo a mi padre porque falleció de un infarto en un partido de futbol dejando a mi madre con tan solo 22 años. Ella se echó la familia al hombro y siguió adelante con nuestra educación. En cuarto año dejé el secundario e ingresé en la Escuela

de Suboficiales de la Fuerza Aérea donde me dieron de baja por problemas de disciplina.

Tuve que presentarme en el Distrito Militar en febrero del 81 y sin darme muchas explicaciones me encontré en un avión y antes que pudiera darme cuenta era el soldado Clase 62 Oroná Dante Nelson, con el pelo cortado al ras. Mi primer Jefe de Sección fue el Subteniente Villanueva y el Cabo Hernán Rivas.

Después de una maravillosa licencia de 10 días se hizo una redistribución y fui a parar al parque automotor. Luego vinieron las salidas a Lago Blanco a Jurar la Bandera y después en diciembre a Río Turbio de maniobras. El 11 de marzo me licenciaron hasta la baja, porque habíamos planeado con mi novia casarnos el 29 de marzo de 1982.

El 3 de abril me llegó el telegrama que debía presentarme en el Regimiento de Paracaidistas 2. No recuerdo mucho todo lo que pasó, pero el 22 de abril me encontraba en Puerto Argentino cuando llegó Galtieri. Vimos que llevaban gente en helicópteros a Bahía Fox y con el Cabo Vasconcelos, los soldados Araya, Mugas, Sánchez, Rosales y yo nos dijeron "quédense acá cuidando la munición que mañana los venimos a buscar". No teníamos Jefe ni nadie nos daba bola. Y ahí quedamos.

Un día apareció un Teniente Comando y nos dijo que no nos iban a buscar y ahí en el aeropuerto no podíamos estar y en un Unimog nos llevaron a Moody Brook, al Norte de la gobernación. Desde allí vimos como en una película ajena el bombardeo del 1° de mayo y pensábamos qué nos hubiera pasado si nos hubiéramos quedado ahí. Motivados por el cagazo hicimos nuestras posiciones con turba, pozos y madera de las cajas de munición, que ninguna nos servía porque teníamos pistolas 45 y un solo cargador de siete tiros.

Estando allí alguien nos mandó cargar munición en el Yeguín y se subió Grey y al llegar al aeropuerto se desbarrancó y se salvó de casualidad y cuando volvió nos reputió.

Más allá del miedo a las bombas, le temíamos a los oficiales y suboficiales que abundaban ya que en esa zona estaban la mayoría de los centros de operaciones logísticas (COL) y con mucho cuidado nos proveíamos de toda la comida de los contenedores donde había de todo, raciones de combate, chocolates, radios, guantes, medias, bufandas, pulóveres, de todo. Pero también vimos los heridos que gritaban de dolor y los llevaban al hospital. En un momento quisimos operar una ametralladora antiaérea y no la supimos manejar.

Hasta que un día entre el 3 y 5 de junio apareció el Mayor José Bettolli y nos juntó a todos los que estábamos dando vueltas y armó

una Sección que nos llevó a primera línea. Al monte Dos Hermanas primero y luego a Tumbledown.

Así fuimos pasando los días entre el 8 y el 11 de junio, que amaneció y permaneció tranquilo hasta las 10 de la noche que se desató un infierno de fuegos de artillería de todo tipo sobre las posiciones del Regimiento 4, que estaba un poco más arriba y orientado hacia el Oeste. Nuestra Sección estaba mirando hacia el Sur Este de Dos Hermanas y vemos que a la derecha de las posiciones el Regimiento 7 estaba peleando en el London. Desde nuestras posiciones y gracias al Cabo 1er Mac Duggan pudimos tirar con las ametralladoras 12,7mm. En cada pausa de fuego se escuchaban gritos de "CAMON BOY" o algo parecido, esto duró 3 o 4 horas. Cambiamos varias veces el cañón de la ametralladora, hasta que empiezan a superarnos por ese lado y nos reúnen a todos y dieron las órdenes de repliegue. Yo agarré mi bolsa donde tenía los cigarrillos y un poco de comida, corté la cartuchera de la pistola y a la escopeta Batan la tercié en mi espalda, mientras nos explicaban que íbamos a cruzar un campo minado. Por falta de coordinación cuando nos estábamos moviendo hacia abajo cayó una ráfaga de artillería nuestra que hirió a un soldado en la pierna. Llegamos a un nuevo cerro casi cuando aclaraba y trepamos como pudimos y así como estábamos, tapados con lo que alcanzamos a manotear nos tiramos a dormir y amanecemos tapados por la escarcha. Luego nos pusimos a cavar algún tipo de posiciones.

Nosotros nos ubicamos en un risco de piedra y les hicimos parapetos de panes de turba y nos metimos el Cabo primero Rivas, Mugas y yo y no sé de donde apareció el gordo Rosales. Ese sábado 12 de junio el bombardeo fue muy intenso y largo. Nos quedamos ahí aguantando, esperando una pausa para ir a buscar agua en un charco y hacer té y café que alcancé a manotear de la antigua posición.

El domingo 13 salimos del pozo para escuchar una pequeña radio de Montevideo, a eso de las 6 de la tarde Mugas fue a buscar agua a un charco y poder tomar algo caliente porque estábamos mojados y teníamos frío. Tengo la imagen de ese momento detenida como en una foto. En una esquina estaba el Cabo Primero Rivas, cerca de la puerta el soldado Rosales y yo sentado frente a la puerta, todos con las piernas estiradas. En eso llega Mugas y para entrar pasa gateando sobre mis piernas y de pronto la "covacha" se llena de humo. Mugas cae sobre mis piernas y Rosales empieza a gritar "mi dedo, mi dedo". Fueron segundos que parecieron horas, estuvimos aturdidos con los oídos zumbando y la nariz sangrando. Mugas que seguía acostado sobre mis piernas me mira y me dice: "me hicieron bosta el culo". Yo mientras tanto había sentido que alguien me había

pateado en la planta del pie. Pasada la conmoción vimos que se acercaba el Subteniente Dorigón que estaba a cargo de la Sección y con un paquete de curación individual le inmovilizamos el dedo a Rosales que lo tenía prácticamente seccionado con el hueso afuera. Dejamos el dedo atado como un chorizo a la mano y atendimos a Mugas que tenía varias esquirlas de metal incrustadas en la nalga y es cuando estamos terminando de vendar a Mugas que recién siento dolor en el pie, al mirar el borceguí lo veo cortado en varios lados y al sacarlo estaba lleno de sangre por que una esquirla grande se había incrustado en el arco del pie. La vendé lo más que pude y le avisamos al Subteniente Dorigón que llamó al Puesto Socorro y le contestaron que no podían venir porque estaban bajo fuego de artillería.

Ahí fue que el Dragoneante Grey dijo “vamos hermano que yo los acompaño”, cosa que también dijo el soldado Araya y empezamos a cruzar lo que parecía un campo de golf con todo el piso removido por las explosiones. Como podíamos avanzábamos, yo colgado de Grey que me sujetaba como podía y Mugas colgado de Araya. A todo esto, la batalla continuaba, así que cuando venían los Harrier tomábamos cuerpo a tierra y cuando batía la artillería también pero no había donde cubrirse.

En un momento los proyectiles empezaron a caer alrededor nuestro, tan cerca que nos caían pedazos de turba encima. En esa situación Grey tuvo la valentía de empezar a arrastrarme hacia una roca grande que nos podía dar algo de protección. Cuando llegó se enderezó un poco y ahí le entró una esquirla entre el omóplato y la parrilla costal que todavía la tiene. Cuando escuchamos gritar a nuestro líder, los cuatro nos juntamos alrededor de la piedra. En realidad, es muy difícil describir lo que pueden sentir cuatro personas, porque a pesar de lo que dicen los malditos, por sobre todas las cosas somos personas. Nuestros ojos dilatados, queriendo sepultarnos en una tierra negra, dura, maloliente. Hubo un momento que nos descontrolamos, lo digo sin avergonzarme, gritábamos, llorábamos y rezábamos todo a la vez.

Teníamos mucho miedo, porque desesperados, esperamos que pasara la andanada. Ya lo habíamos visto y no queríamos que una explosión nos cortara un brazo o una pierna. Esto que les estoy contando estaba y está en una nebulosa de tiempo y espacio en mi cabeza, que todavía me aturde y que soy incapaz de recordar ese momento con claridad.

Creo que si estuvimos juntos o separados no tiene importancia porque el miedo extremo e irracional es único, individual hasta el punto que en esos segundos de pánico la razón se anula y hasta uno siente que se desdobra y se ve irreconocible haciendo lo que hace,

es como si fuera otra persona. Una aterrada y otra fría y razonable hasta que poco a poco ese momento pasa y la normal recupera el control y volvemos a la realidad del combate. Por favor traten de entendernos. Nadie vive una experiencia como esta de igual manera y las recuerdan iguales porque cada uno la vivió a su manera y como pudo. Un poco más tranquilos empezamos a tomar el tiempo entre el estampido de boca y la caída del proyectil y en esas pausas corríamos como locos y así llegamos al Puesto Socorro que era un caos. A Araya no lo vi más.

Rendición y traslado

Una enfermera me puso morfina y me desperté en el hospital naval donde me subieron a una camilla y después de ponerme anestesia local y con una gran pinza me sacaron la esquirla. El 14 de junio en medio de un gran movimiento nos clasificaron entre los que podíamos movernos y en un Unimog nos llevaron al Hospital Militar. A eso de las 11 horas escuchamos a un General Parada que empezó a decirnos que lo mejor era rendirnos y así no se perdían más vidas y bla, bla, bla. En la tarde de ese día vimos entrar a los ingleses y a los gurkas venían con el torso desnudo porque hacía calor para ellos. Después vino un helicóptero blanco y nos llevó al Almirante Irizar. Allí nos hicieron bañar con agua caliente y nos dieron ropa limpia.

Tiraron nuestra ropa al mar. Nos dieron de comer y luego nos dieron más comida hasta que un día nos subieron a otro helicóptero que nos llevó al Hospital Regional de Comodoro Rivadavia. La estadía en el hospital fue muy buena, la gente donó televisores para que viéramos el mundial y por la radio invitaba a la población a pasar el domingo con los soldados heridos. Fue muy emotivo, íbamos de a dos y un matrimonio nos venía buscar y a la noche nos traía.

El Ingeniero que me tocó a mí me preguntó si tenía teléfono en mi casa y al decirle que no y que era de Cosquín llama a un amigo militar retirado que iba a ir hasta la casa de mis viejos y a las 19 volveríamos a llamar. Así fue como en un mar de lágrimas hablé con mi madre. Me sentí muy pero muy feliz.

El 21 de julio volví al Regimiento y no me trataron bien, no nos creyeron nada y nos dijeron que no contáramos nada de nada y no hubo despedida y fue muy triste.

Camino a casa

Un día, de los primeros de julio, nos subieron a un micro de La Puntual y después de 28 horas llegamos a la terminal donde esperaban familias y amigos. Yo no tenía a nadie y me fui a la casa de un amigo por un par de días hasta que me fui a la casa de mis padres donde me quedé con ellos y mis hermanos, me sentía raro. Cuando decidí volver a la casa

donde vivía con mi esposa el encuentro fue duro, éramos extraños, llenos de reproches y cosas raras. Y ahí terminó mi matrimonio que duró 9 días. Saqué mis cosas y no la vi por muchos años.

Después vino la desmalvinización. Cada búsqueda de trabajo terminaba más o menos con esta frase "no gracias, ustedes son los locos de la guerra". Me costó mucho reubicarme, tuve problemas con el alcohol y con la policía por mis constantes peleas. Decidí ir a vivir a Catamarca y en el 89 volví a Cosquín y empecé a trabajar en la Coca Cola y me casé de nuevo y tuve dos hijas más y me volví a separar y en el 93 me fui a la Rioja donde empecé a participar en los Centros de Ex Combatientes, trabajaba por y para los VGM. Allí me enteré del famoso Anexo 40 y como ya me lo habían rechazado lo fui a ver al Teniente Coronel VGM Pérez Torello para pedirle una segunda Junta Médica ya que me habían herido y no figuraba en ningún lado.

Le conté que unos minutos antes del ataque había salido del pozo para ver si con una radio chiquitita podíamos escuchar alguna noticia. Se volvió loco y me dijo textualmente: **"¡Ah, pero sos un pelotudo!, fue por tu culpa que cayera ahí el proyectil porque tomó las ondas radioeléctricas de tu radio"**. Mi respuesta fue: "los pelotudos son ustedes que nunca nos enseñaron estas cosas y lo único que trajimos a las islas fue nuestro valor". Se quedó en silencio y continuó diciendo en voz baja: **"Yo solo sé que cometimos muchos errores, te pido perdón"**. Nos dimos un abrazo.

Uno años después me volví a juntar y tuve tres hijos más que están conmigo. En fin, esta es la historia de mi vida y nada de lo que cuento es un invento.

Como Usted nos pidió mi Capitán "buena memoria para los buenos recuerdos y mala memoria para los malos". Si hoy después de tanto tiempo me preguntara: ¿Dante qué se siente ser un héroe de Malvinas?

Yo contestaría: "Gracias por lo de héroe, pero yo no lo soy. Héroes son mis hermanos que dieron sus vidas allá en Malvinas en honor a su juramento de defender a la Patria hasta perder la vida".

"Yo solo soy un soldado que volví para seguir la lucha ante la sociedad para que la causa Malvinas no se pierda, no se olvide, porque es parte de una historia que se escribió con sangre y que todavía tenemos que recordar porqué estuvimos ahí."

¿Si te preguntara que te haría falta Dante?: mi respuesta será: Necesitamos reconocimiento por parte del Ejército Argentino en la forma de un diploma de Jura de la Bandera, alguna constancia que diga que pertenecemos al Regimiento de Infantería 8 y que combatimos en Puerto Argentino.

¿Por qué pido estas cosas? Porque no figuro como herido en combate. Para que me den una constancia que le pueda mostrar a mis hijos o nietos a quienes les conté mi historia, pero no tengo nada para mostrarles que lo que viví está avalado por el Ejército Argentino. Por si lo necesitan: soldado C/62 Oroná, Dante Nelson RI 8 DNI 16.079.260.

Para terminar, quiero decirle mi Capitán que no sienta culpa por habernos abandonado, si no que en la guerra como en la vida todo está escrito, ya está en el destino, que es el mismo que hoy me da la oportunidad de contar mi historia y por ello le digo **gracias** de **corazón** al jefe de la Compañía C del Regimiento 8, Capitán Mario Godoy. ¡VIVA LA PATRIA!

Recuerdos del soldado C/62 Carlos Víctor Araya, alias "Granada"

Mi nombre es Carlos Víctor Araya, el de mis padres ya fallecidos eran, Juan Araya y el de mi madre Ramona Sosa y mi hermano Hugo Araya. Bueno, yo como todo cordobés era muy andariego, terminé la primaria y empecé a trabajar con mi viejo hasta los 18 años, allí me llegó la orden para presentarme en el Batallón de Comunicaciones 141 para mi incorporación al servicio militar y mi destino fue Comodoro Rivadavia en el glorioso Regimiento de Infantería 8.

Un giro de 180° para mí, un mundo nuevo, pero de a poco fui haciendo amigos y me fui acostumbrando al gran cambio de vida, aprendí a valorar muchas cosas que antes no le daba importancia.

Así me hice soldado en la Compañía de Infantería B y llegó marzo del 82, cuando creía que no me faltaba nada para la baja, el 2 de abril a las 6 de la mañana el Teniente Coronel Repossi nos da la noticia de que se había recuperado Malvinas y empezaron a preparar todo para partir a las Islas, y así la masa del Regimiento se fue el 6 de abril, pero yo y otros soldados quedamos en el Regimiento, bastante confundidos y enojados porque éramos la clase 62, es decir la clase vieja.

Días después, nos dieron la orden que formábamos una nueva Compañía y que pronto nos íbamos donde estaba el Regimiento en Bahía Fox. Cuando estábamos por subir a los helicópteros, en Puerto Argentino, nos dieron la orden de quedarnos cuidando la comida y la munición de la Compañía C ya que nos cruzarían al día siguiente. No vinieron nunca más. Y ahí quedamos.

Los primeros días fue preparar todo, ir a buscar víveres y municiones para después trasladarlos a Bahía Fox. Los días pasaban, todo estaba tranquilo, hasta que llegó el 1 de mayo y el primer ataque de ellos fue como a las 4:30 de la mañana y luego 2 ataques más de los Sea Harrier y no recuerdo bien la hora de lo que pasó después.

Tengo una gran nube en la memoria que me impide recordar que pasó con nosotros, fue bastante confuso, varias veces estuvimos por ser trasladados a Bahía Fox donde estaba nuestro Regimiento, pero algunas veces por la neblina y otras por temor a ser derribados por el enemigo siempre quedamos allí. Éramos poquitos los que yo recuerdo el “preso Gonzales”, “el loco Grey” el Cabo Primero Hernán Rivas, Dante Oroná, “el negro Sánchez Clemente” y Mugas Miguel.

Recuerdo los bombardeos, nos silbaban las bombas sobre nuestras cabezas, también cuando se nos dio vuelta el Unimog y el loco Grey quedo apretado entre los cajones de municiones. Otro recuerdo aislado es cuando muere Raúl Alegre S/C 62 o cuando el primer día que llegamos a Malvinas a Grey se le escapó un tiro y casi me pega a mí. Fueron tantos momentos pasados que están en mi memoria como cuando fuimos tomados prisioneros y regresé al continente con el “preso Gonzales” en el buque Camberra el 19 de junio a Puerto Madryn y de allí al cuartel de Regimiento 8 donde estuvimos algunos días y nos dieron la baja.

Nos mandaron en micros de La Puntual a mi Córdoba. Sabía que nadie me esperaba porque no tenía un mango para mandar una carta diciendo que volvía, que estaba vivo, en mi casa mis viejos no tenían teléfono y si hubiera mandado una carta tardaba varios días en llegar así que grande fue la sorpresa cuando llegué a mi Córdoba, a mi barrio comercial y a mi casa cuando toqué la puerta y mi viejita abrió y me vio no lo podía creer nos dimos un abrazo interminable después mi viejo y mi hermano.

Al principio todo fue lindo, pero cuando creí que todo había terminado vino lo peor, la “desmalvinización”, sin trabajo, sin obra social, buscar trabajo y decir inconscientemente que mejor había estado en Malvinas. No me tomaban en ningún lado.

Así fue que empecé a vender medias por los barrios y me pasé más de 30 años así y de paso “malvinisé” un poco porque en todos lados me preguntaban como la pasé en la guerra. Ya pasaron casi 40 años y hoy estamos más o menos bien, pero murieron muchos Veteranos en la posguerra, el abandono por parte del estado fue la causa principal. Al día de hoy nos seguimos juntando y seguimos “malvinizando” y así será hasta que muera el último Veterano de Guerra. Dios y Patria o muerte.

No me puedo acordar o no quiero recordar, me hace mucho daño. Disculpe mi capitán.

Capítulo 5: *En Bahía Zorro Oeste sin WI-FI*

Había gente desconocida esperando a las máquinas que traían a la Compañía C y al bajar pregunté por el Jefe. Me señalaron una casa y me dijeron que estaba en el Puesto Comando. Me dirigí a una edificación de madera forrada en chapa y luego de transponer un espacio, de los que después me enteré que usaban para dejar las botas y los abrigo, me enfrenté al hombre que llevaba sobre sus hombros la responsabilidad de cumplir la misión impuesta a la Fuerza de Tareas Reconquista, compuesta por el Regimiento de Infantería 8 y la Compañía de Ingenieros 9, el Teniente Coronel Don Ernesto Repossì. Sabía quién era, pero no lo conocía, nunca había estado a sus órdenes. Se puso de pie y usando el apellido de mi padre me preguntó sin rodeos ni sonrisas.



Bahía Zorro Oeste.

– ¿Que mierda hace Usted acá?

Nunca supe si fue una ironía o una descarga emocional controlada. Muchos años después me enteré que cuando él se presentó a su Comandante al llegar a Malvinas lo recibieron con la misma frase.

– Cumpló órdenes mi Teniente Coronel–le respondí.

Me tendió la mano, se puso el casco y salió caminando hacia los helicópteros. Me quedé solo frente a Oficiales, Suboficiales y soldados que me miraban con esa cara de desconfianza y curiosidad agresiva con que se mira a un desconocido.

Los saludé a todos con un apretón de manos y fui tras el Jefe a recibir órdenes. Así empezamos esta etapa de nuestra experiencia.

Recuerdos R. B.

Bajaron los helicópteros, yo fui en un Puma y luego me acerqué a un Chinook para ordenar la descarga. Allí lo vi acercarse al Teniente Coronel Repossi, había sido Jefe de Compañía en el Colegio Militar y poco había cambiado de aspecto.

Se acercó, me presenté y lo saludé alegre, pero él tenía una expresión que no podía ocultar, la de quien recibe una visita que no espera ni quiere y menos que va a quedarse. No dijo nada de eso, al menos no me enteré. Pero su expresión –al menos para mí– indicaba que le habían mandado un problema más. Ya para esa fecha 22 de abril el Regimiento 8 comía un solo plato de comida al día.

Recuerdos Sargento López

Desde Puerto Argentino fuimos helitransportados a nuestro destino final en Bahía Zorro Oeste. Para los hombres que jamás habían subido a estas naves era toda una novedad, se notaba en los rostros el entusiasmo y el miedo a la vez. Cruzamos el estrecho de San Carlos y llegamos a Bahía Zorro, armamos carpas en cercanías de una cancha de fútbol, muy cerca de un alambrado, aproximadamente a 100/200 m del caserío kelper. Se me ordenó hacer posiciones en la zona, y grande fue la sorpresa que al llegar a 20 cm había una tosca terrible que no permitía seguir cavando, conseguí trotyl, estopín del 8, ¡Pero solo había mecha rápida y corta!... Recuerdo que los que usábamos la palita de campaña teníamos las manos ampolladas.

Muy criterioso, decidí usar los explosivos... sin embargo no podía hacerlo desde una distancia prudencial por el largo de la mecha, no quedo otra que iniciar el fuego y tomar cuerpo a tierra con los pies en dirección del pozo.



Teniente Primero Botto y Barreiro.

Los primeros días

PAGO-Vea mi capitán quiero explicarle que, desde hace mucho tiempo, cuando siento los tiros yo me paralizó -tragó saliva y con voz ronca y medio avergonzado siguió- y la única forma de superar eso, es tomando dos o tres mates amargos y ya me acomodo.

Lo miré fijo a sus ojos profundos, medio sorprendido, porque no me estaba pidiendo permiso, me estaba avisando y conmovido porque sabía de dónde venía ese "mucho tiempo", cuando él y un soldado que le cargaba la munición, enfrentaron al ERP que, en su locura de muerte, atacaron en Navidad del 75 al Batallón de Arsenales de Villa Martelli le dije:

- Bueno Guzmán, pero a mí no me gusta el mate amargo, los mendocinos tomamos mate dulce. Recogió las cosas y con sus ojos pícaros y su arrugada sonrisa me dijo "Jódase" y se fue trotando como un niño que ha hecho una travesura.

Siempre me pregunto qué hubiera sido de los cuadros y soldados de la Compañía C si no hubiera sido por este hombre. Hasta que murió inmerecidamente, desde el año 1983 todos los 2 de abril nos llamaba por teléfono desde donde estuviera y al grito de ¡Viva La Patria!, nos saludaba.

El primer día fue de “sociales” por llamarle de alguna forma. Dejé la Compañía a cargo de Guzmán y me fui a hacer los reconocimientos y recibir órdenes. El Puesto de Comando estaba instalado en un edificio de madera en el centro de un caserío de unas 10 casas, funcionaba como una especie de lugar de alojamiento para kelpers solteros o en tránsito.

Ahí me explicaron cómo estaba organizada la Fuerza de Tarea. Esta es una organización de diferentes armas o servicios que se constituye para cumplir una misión. Esta tenía la misión de impedir el desembarco en Bahía Fox. Frente a un mapa inglés tomé conciencia del lugar adonde había llegado y como estaba distribuida la gente y las armas a cargo del Teniente Coronel Repposi y su equipo de planeamiento y conducción integrados por el Regimiento 8 y la Compañía de Ingenieros 9 a cargo del Señor Mayor D. Oscar Minorini Lima y como segundo el Sr. Capitán Aníbal Medina. También una Sección de Comunicaciones disminuida, a cargo del Subteniente Miglavaca.



Hoy mirando el mapa que ofrece Google, veo que la Bahía está relativamente cerca del extremo sur de la Isla Gran Malvina, próxima a la boca que conecta el estrecho de San Carlos con el Atlántico Sur y se extiende hacia el Norte-Este, dividiendo Bahía Fox Oeste y Este, mediante una ría que los separa y que durante la marea alta alcanza los 500 metros de ancho y más de dos kilómetros de largo.

El terreno de la zona es similar al que hasta el momento había visto en mi corta estadía, sobre todo en el traslado en helicóptero. Pendientes suaves en dirección general hacia el mar, pequeños valles de pastos duros verde amarillento y elevaciones suaves que oscilaban entre los 300 y 500 metros con algunos riscos al Sur cerca del mar.

La Segunda Sección

Recuerdos Subteniente Salaverri

Con el regreso del Capitán se disiparon las dudas, confirmándonos que en las primeras horas de luz del día siguiente seríamos trasladados a Bahía Zorro en helicópteros, no sin antes darnos una noticia que nos sorprendió a todos, que fue que la tercera sección de mi querido amigo y compañero, el Subteniente Guillermo Aliaga, tendría como destino Darwin para reforzar a los efectivos allí instalados, segregándose definitivamente de la Compañía, separación que nos dejó muy tristes, la guerra comenzaba a mostrarse. Esta Sección tal cual se relata en otro capítulo, cumplirá una acción heroica tratando de detener el avance inglés en Darwin, lo que nos enorgullece y llena de emoción al recordarla.

Esa noche no dormimos pensando en lo que nos depararía el futuro inmediato, por lo que la noche pasó volando y en un abrir y cerrar de ojos, estábamos desarmando el vivac y preparando todos los pertrechos. Nuevamente se encolumnó la compañía y nos dirigimos hacia el aeropuerto donde una nutrida cantidad de helicópteros nos aguardaban. Marchábamos en silencio y muy concentrados, solo se escuchaba la voz del Jefe de Compañía al dar órdenes. Con un fuerte abrazo nos despedimos de Aliaga y comenzamos a embarcar en los helicópteros asignados por grupos orgánicos para iniciar el viaje hacia nuestro destino final, Bahía Zorro.



Nuevamente la amabilidad de los pilotos como anfitriones hizo que bajara la sensación de miedo que muchos tenían por ser éste el primer vuelo en helicóptero. Desde el aire el paisaje se veía como una gran cancha de golf, donde una loma terminaba, comenzaba otra,

así hasta atravesar el estrecho de San Carlos, en que ingresamos a la Gran Malvina, con similar panorama.

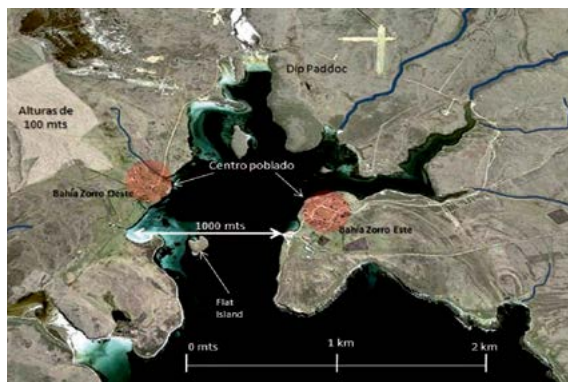
Luego del vuelo sobre el estrecho comenzamos a ver Bahía Zorro en sus dos sectores, Este y Oeste como se los conoce, una bahía estrecha que por sus características geográficas calma las tempestuosas aguas del Atlántico sur, constituyendo un fondeadero natural para naves de calado intermedio, de aquí que ambos sectores tendrían sus propios muelles siendo más importante el del este. Los helicópteros aterrizaron en una pequeña pista en el sector Oeste y comenzamos a desembarcar, tomamos el armamento y el equipo y nos ubicamos en uno de los costados, a la espera de las órdenes que hacían a nuestra misión.

Bahía Zorro Oeste

Antes de continuar con el relato creo conveniente describir cómo era este lugar, para contextualizar las causas por las cuales se decidió establecer una posición de defensa en el lugar. Bahía Zorro o Bahía de los Zorros, (o Fox Bay como la denominan los ingleses), es el nombre que reciben en conjunto los dos establecimientos agropecuarios, ubicados a ambos lados de la bahía del mismo nombre, ubicada en la zona de la boca austral del estrecho de San Carlos. Estos establecimientos sumados constituyen el lugar más poblado de la isla Gran Malvina y con mayor infraestructura para personas y el transporte (marítimo y aéreo). Su nombre se debe, al extinto zorro malvinense (guará).

El clima se caracteriza por la humedad constante, con precipitaciones muy frecuentes, llueve un promedio de 250 días por año, en tanto que las temperaturas medias mensuales van desde alrededor de 9 grados en enero y febrero a 2 grados en junio y julio.

Las distintas edificaciones existentes se construyeron de manera dispersa alrededor de un casco de estancia, entre otras se destacan una escuela, una proveeduría, una oficina postal (fundada en la década de 1890), un club social, una estación de abastecimiento de combustible para helicópteros, dos pistas de aterrizaje de tierra, un muelle en cada sector dada la inexistencia de caminos aptos, con un administrador responsable de todas las actividades que se realizan en el lugar.



Bahía Zorro Este.



Ahora bien, desde el punto de vista militar, cabe preguntarse cuáles fueron las causas por las que se decidió establecer una posición de defensa en el lugar. En aquel momento, si bien se padecía de falta información precisa respecto de lo que haría el Reino Unido, se estableció que la acción más probable variaría en función a los efectivos y medios que podrían movilizar y que dentro de las probabilidades estaba la de desembarcar y establecer una base de operaciones en la isla Gran Malvina, hacerse fuerte allí, para luego buscar negociar en Naciones Unidas.

A su vez, la recuperación de las islas imponía necesariamente la ocupación de lugares que permitieran el dominio efectivo del territorio y controlar el estrecho de San Carlos, Bahía Zorro reunía estos requisitos por su ubicación geográfica e infraestructura

existente, que facilitaban la operación logística en la fase previa y la posterior ejecución de la defensa.

No obstante, debe señalarse que, cualquier fuerza que se estableciera en el lugar, estaba destinada a quedar aislada a partir del momento en que se iniciaran las operaciones, dada la imposibilidad de sostener un puente aéreo de 152 km para el abastecimiento. De aquí que nuestra unidad, el Regimiento de Infantería 8, recibiera como misión defender Bahía Fox con criterio de punto fuerte y ejecutar patrullas aeromóviles sobre los poblados de Puerto Howard, establecimiento Chartles y Puerto Stephens. Con este fin se organizó la Fuerza de Tarea "Reconquista" sumándole al Regimiento 8, la Compañía de Ingenieros 9.



Bahía Zorro Oeste desde el aire.



Organización preliminar de la fuerza de tareas.

Los valientes de la Armada desarmados

El 10 de mayo se produce la llegada del buque Bahía Buen Suceso al mando del Capitán de Corbeta D. Héctor Zukowsky que causó tanta alegría, vino precedido de una tragedia que fue el hundimiento del Buque Isla de los Estados al mando del Capitán de Corbeta Alois Payarola. Había estado en Bahía Fox Este el 2 de mayo y abasteció combustible y víveres y continuó valientemente su derrotero.

La noche del 19 de mayo vimos desde nuestras posiciones, las luces de las explosiones de la cruenta “ejecución” del barco Isla de los Estados, que costó la vida a valientes marinos de nuestra Armada Nacional, marineros de la Empresa Líneas Marítimas Argentinas (ELMA) y la de los Oficiales y Suboficiales del Ejército Argentino que navegaban el estrecho San Carlos. Dominado éste, por fragatas inglesas de última generación.

Se encontraron en el estrecho uno hacia el sur y otro hacia el norte y sin previo aviso y sabiendo que era un buque mercante desarmado lo hundieron a cañonazos. Sus sobrevivientes fueron desembarcados por el Forrest al mando del Teniente de Navío D. Rafael Molini unos días después incluido el cadáver del 1er Oficial José Bottaro que fue enterrado con honores militares por la Compañía de Ingenieros 9.

Rendimos homenaje a estos Hombres de Mar que junto a frágiles embarcaciones como el Penélope al mando del Teniente de Navío D. Horacio González Llanos y el Monsunnen a cargo del Teniente de Navío D. Jorge Gopceovich, cumplieron misiones de extraordinario valor junto a sus marineros profesionales de la Armada y de ELMA y “marineros de ocasión” como fueron los integrantes del Ejército Argentino, quienes dieron su sangre y sus cuerpos sumergidos, montaron guardia en el fondo del canal como el Capitán D. Marcelo Novoa, el Sargento Ayudante Víctor Jesús Benzo del arma de Artillería, el Cabo de FAA Héctor Varas y el Cabo de Prefectura Naval (PNA) López Jorge Eduardo y tantos otros valientes como los integrante de Prefectura Naval que transformaron sus misiones de seguridad y vigilancia en misiones de combate con una de la flotas aeronavales más modernas del mundo. Que locura y que valentía lo que hicieron.

Es un buen, pero tardío momento para disculparme de un comentario sincero, pero a la vez injusto y acaso ofensivo. En una oportunidad que se llevaba a Cabo una reunión de capitanes de las tres FFAA, que habíamos estado en Malvinas en la Escuela de Guerra del Ejército, nos hicieron comentarios y reflexiones, oficiales profesores diferentes en un ambiente

muy tenso donde no abundaban las sonrisas, sobre todo porque los que hablaban no habían estado en la cabina de un avión ni en una trinchera. En un momento en que un marino hablaba de lo que debían hacer las fuerzas terrestres, yo que he sido un jetón toda mi vida, le interrumpí y le pregunté quién era, donde había estado y por qué habíamos terminado 11.000 combatientes terrestres en una isla, aunque no había visto a un integrante de la Armada en los 60 días de campaña. Se imaginan el lío que se armó. Se interrumpió la clase, se pelearon todos contra todos, se reunieron los responsables de aquel aquelarre.

Y terminé frente a los máximos responsables que me hicieron explicar donde había estado. Para mi sorpresa en vez de adornarme con una buena cantidad de días de arresto y ante mi explicación balbuceante me dejaron ir sin sancionarme. Hoy demasiado tiempo después, pero consciente de haber sido necio pero sincero, imprudente e injusto, quiero pedir disculpas a todos esos Hombres del Mar, con uniforme o sin él y rendirles mi más sincero homenaje por su valor y entrega, porque fueron extremadamente valientes todos, en particular “Los Marineros desarmados del Estrecho San Carlos” que cumplieron su misión.

La Misión y el Arte de Mandar

Alrededor del 27 de abril se definió nuestra misión o tarea principal ya que para cumplirla había que realizar una serie de actividades concurrentes.

Debíamos constituirnos en reserva de la Fuerza de Tareas Reconquista con los medios disponibles. Hay dos términos que les pido que tengan en cuenta, reserva y que incluía a los Ingenieros que estaban en la orilla de enfrente.

Hay una cultura escrita y no escrita que la misión es sagrada en todas las fuerzas armadas del mundo y las penas cuando no se cumple frente al enemigo incluyen la muerte. Es una cascada de órdenes relacionadas e integradas que involucra una condición de estricto cumplimiento desde los máximos niveles de conducción estratégica hasta los mínimos niveles de ejecución táctica.

Hay muchísimas historias en el mundo, antiguo y moderno, que cuentan el momento crítico en que un conductor de hombres debió cumplir la misión, aunque esta incluyera el sacrificio de sus hombres o de su propia vida. Las misiones mal impuestas o no debidamente evaluadas o equivocadas

van minando la obediencia del subalterno. Esa entrega consciente de la voluntad a la orden superior se va resquebrajando ante la contraorden o la orden que mal dada impacta en forma directa en la columna vertebral del subalterno que es la subordinación, condición imprescindible en una organización militar ya que su aceptación voluntaria incluye el riesgo cierto de perder la vida. No es lo mismo obediencia y subordinación que sumisión.

Creo firmemente que a medida que crece la jerarquía para conducir hombres al combate, se incrementa la responsabilidad y profesionalidad del que conduce y la aceptación consciente y racional del que obedece.

El conductor, al decir de André Gave en el Arte de Mandar publicado en 1899:

Solo el Oficial manda, en la acepción completa del término. Solo él ejerce el arte de mandar. Los Suboficiales y los soldados tienen también cierta parte de mando y aún a veces, en determinadas circunstancias de la guerra o cuando se elevan por su valor personal más allá de las funciones de su grado, pueden asumir el mando.

Es la esencia del Oficial, "conducir hombres". Es un raro equilibrio inestable que ha evolucionado a través de los tiempos, reemplazando, no siempre acertadamente, el concepto de Jefe por el de líder.

Hay un general que, habiendo sido un buen jefe táctico, prostituyó sus valores y principios encandilado por las luces y la fama, convirtiéndose en un cortesano del poder político que llegó a inventar conceptos y expresiones relacionadas con que el "subalterno debe analizar la legitimidad de las órdenes" o la aceptación de su invento perverso de la "desobediencia debida".

¿Qué hubiera sido de la batalla de Malvinas si algún comandante o jefe o simplemente un oficial hubiera objetado la legitimidad de las órdenes o su posibilidad de no cumplirlas por ser de cumplimiento imposible? No lo sé. Antes me cuestioné seriamente hasta donde debía obedecer órdenes como la de mandar una sección disminuida a Darwin-Goose Green, sin misión y sin medios. Hoy, cansado y viejo y a la luz de los resultados, me alegro de haber obedecido a sabiendas que la orden estaba mal dada y la Sección del Subteniente Aliaga y sus hombres, no tenían plan ni los medios y allá fueron a la buena de Dios y Él los protegió y ellos combatieron y alcanzaron la Gloria y no murió nadie.

La misión de la Compañía C movilizada, disminuida como estaba, era planificar y ejecutar los contraataques hacia los sectores asignados a las compañías A y B del Regimiento y de la Compañía de Ingenieros 9 cuando

éstas, frente a una situación crítica, solicitaran las acciones ofensivas de la Reserva. Es decir que, bajo fuego y frente a un ataque inglés debía desplazarlos, probablemente de noche, hacia el Norte unos 800 ms hacia la Compañía A que estaba desplegada en un frente de más de 2 kms. y si el requerimiento fuera de la Compañía B era más o menos igual, pero en dirección Sur y si se tratara de la Compañía de Ingenieros debía desplazarme unos 3 km hacia el norte, cruzar la ría de 500 metros de ancho, con marea alta y notablemente reducida con la marea baja.



Contraataques Compañía C.

Para ejecutar estas acciones críticas que he mencionado en forma abreviada, contaba con 2 Oficiales, 10 Suboficiales y unos 60 soldados, disponíamos de tres ametralladoras como armas de apoyo y los fusiles livianos de todos ellos. Como elemento de conducción de los movimientos ofensivos que debíamos realizar contaba con una pistola de señales tipo Veri (puesta en servicio en 1940) y menos de 20 cartuchos bengalas de diferentes colores.



Pistola Molins tipo Veri.

Según el color de las luces y la cantidad de bengalas era la dirección general, además jalonamos los caminos con trapos, piedras y cuanto porquería se les ocurre, normalmente obtenida por el polifacético y multipropósito e irremplazable “Tino” Guzmán. Por supuesto que a los dos días no quedaban marcas ya que sus legítimos dueños encontraban sus “pertenencias” y otra vez a empezar. La orden se cumplió, se practicó de día, de noche, con lluvia y con viento, etc. Es el día de hoy que tengo mis serias dudas si la hubiéramos podido ejecutar.

En ese momento estaba convencido que mis subalternos hubieran dado la vida por cumplir los contraataques y ayudar a sus camaradas. Como Capitán hubiera liderado las acciones y hoy probablemente estaría muerto junto a mis hombres.

Recuerdos R. B.

El Capitán fue a recibir órdenes y luego nos dio la ubicación a cada sección asignando las misiones a cada uno. Para ese momento ya la Sección de Aliaga no estaba y quedamos todos separados. Así entonces se dispuso hacer un pozo grande para el Puesto Comando de Compañía donde estaría también el de la primera Sección. Recorriendo las posiciones nos encontramos con camaradas y compañeros, para escucharlos, recorrer y conocer. Fue bien aprovechado y con los Oficiales visitamos y vimos cuanto pudimos, mientras la tropa armaba carpas. Recibimos explicaciones y recuerdo que la mejor exposición que recibí fue la del Teniente Primero Médico Guillermo Olivé. Qué gran persona. Como Puesto Principal de Socorro tenía una casa y había dispuesto muy bien

enfermeros y camilleros en cada Subunidad, lugares de reunión, caminos de evacuación, me impresionó y dio tranquilidad ver lo bien que tenía organizado todo.

En el momento de nuestra llegada los problemas de todo tipo acuciaban a la conducción de la Fuerza de Tarea. Muchos años después me enteré que entre otras responsabilidades debían custodiar miles de litros de combustible para helicópteros que nunca llegaron y cientos de tiros de artillería para cañones que tampoco llegaron. Otro problema, eran las heridas auto-infligidas. Son las lesiones que se producen cuando en forma intencional o accidental, se provocaban las personas con sus armas. Es un problema muy grave que se ha registrado en todas las acciones bélicas. Incluso está estudiado y establecidos sus porcentajes en las llamadas Tablas de Bajas y se refieren a las diferentes operaciones o situaciones que enfrentan las tropas.

Es un problema objetivo y subjetivo. Afecta a la cantidad de hombres disponibles en la organización en condiciones de combatir, dentro de esa gran anomalía que es la guerra, un soldado herido es retirado del frente sin importar la razón de su herida. Eso es lo que dice la teoría y la práctica. Lo que difícilmente cuenten los libros es qué se puede hacer en una posición de aislamiento casi total, con un herido de cualquier naturaleza. Con limitadísimos medios quirúrgicos para contener o disminuir el daño, prácticamente sin medicamentos para mitigar el dolor o frenar una infección y sobre todo una mínima posibilidad de evacuación porque cualquier nave o aeronave que se desplazara en esas condiciones de aislamiento operacional tanto estratégico como táctico imponía un altísimo costo de vidas y de elementos de altísima criticidad.

Pero lo más grave es la carga subjetiva que genera la necesidad de la precisión o el análisis de los hechos para determinar la intencionalidad o causalidad del hecho. En muchos casos la verdad queda escondida o es evidente o queda en el secreto del misterio de la mente humana. Lo que siempre sucede es que dispara el miedo escondido en lo más recóndito del hombre sometido a esas circunstancias, de todas las jerarquías.

No sé si les he hablado del miedo. Es frío, oscuro, traicionero, pringoso y maloliente. Desencadena los mecanismos defensivos más primitivos individuales y colectivos, ya que es contagioso. No sé cómo apreciarán estos comentarios los profesionales de esta materia, yo les cuento del miedo que conocí en los ojos de mis subalternos y los míos, que es el que

vieron ellos. Hasta hoy nunca me contaron si me vieron con miedo. Pero les puedo contar que varias veces mordió mis entrañas.

El servicio de Sanidad

En Bahía Fox había un Puesto Principal de Socorro que es la instalación que corresponde a la organización de paz de la que ya hemos hablado. Estaba a cargo de un **médico militar** y les aseguro que no es caprichoso el orden de las palabras. Médico por sobre todas las cosas, que orientó su condición humana y técnica hacia el ejercicio de su profesión en el ámbito de la Sanidad Militar.

Lo conocí el 24 de abril de 1982 al Doctor Teniente primero Guillermo Olivé, alto, rubión, de buen físico, ojos claros y profundos, detrás de sus anteojos que se agrandaban a medida que enflaquecía.



Subteniente Burgos, Teniente Primero Giglio y Dr. Olivé.

Estaba agachado atendiendo a un soldado que estaba herido de bala en un pie, en una habitación de una casa kelper que hacía de sala de internación. A su lado estaban otras personas con heridas, lastimaduras y otras dolencias que les impedían estar en sus posiciones. En ese lugar con esos cuerpos tendidos en sus bolsas camas, en el suelo, me volví a encontrar con mi viejo conocido: el miedo.

El mismo olor, su materialización agazapada y traicionera, lista para saltar desde los ojos de los internados hacia el infinito. Pero ese enemigo artero que es el miedo, era contenido y frenado por la presencia del

Médico Olivé y su equipo de Enfermeros profesionales y aficionados que conformaban una red de contención que iba mucho más allá de su profesión o función. Casi nadie sabía entre los que concurrían a verlo, del esfuerzo descomunal que hacía el Dr. Olivé para que no se enteraran que casi no tenía anestesia, sangre, suero, elementos quirúrgicos, antibióticos, vendas y otros elementos esenciales para salvar un miembro o una vida. Ni siquiera una camilla. Muchas veces en soledad conversamos de su inquietud de lavar las heridas con agua y sal porque no tenía antibióticos. Así conocí al responsable de mantener y recuperar la salud en Bahía Fox de quien volveré a hablar más adelante.

Hablando del miedo y para bajar un poco la tensión de estos recuerdos les cuento que la peor situación que viví con este “canalla traicionero” fue en una hermosa noche, fría y despejada de los primeros días de mayo, mientras estábamos esperando un cañoneo naval. Decidí salir del pozo y me paré mirando hacia el fondo de la bahía para ver y escuchar los estampidos de boca de los cañones de la o las fragatas inglesas. Me sentía Napoleón.

Estaba solo, mis hombres hablaban y mateaban dentro del pozo comunitario. De repente sentí el peligro. No sé qué fue lo que me alertó. Creo que fue una sombra negra que vi por el rabillo del ojo. Me di vuelta y no había nada. Todo era color noche, blanqueada por una importante luna y millones de estrellas. No había nada ni nadie, solo el silbido del viento y los latidos de mi corazón. Volví a sentir la presencia y me di vuelta rápido mientras empecé a caminar hacia la protección de la tierra. Amartillé la pistola y giré más rápido y vi una sombra negra fugaz a unos tres metros del suelo que instantáneamente se volvió a esconder detrás de mí y otra vez no había nada. Dije una maldición mientras sentía que los pelos de mi nuca se erizaban y los músculos de las piernas reclamaban la huida, los de la entepierna tensionaban hacia arriba. La vejiga anunciaba su urgencia de descarga. Me tiré al suelo de espaldas dispuesto a achicar el blanco y enfrentar la amenaza inminente peleando a muerte y ahí fue que descubrí que lo que me había llevado al límite de mi control, era un ave negra, tipo lechuza o skúa, que flotando en el viento me observaba con curiosidad. El primer estampido de boca del cañón inglés me llamó violentamente a la realidad, me zambullí en el pozo y les conté mi hazaña a los que estaban adentro y creo que todavía se están riendo.

Primeras posiciones inundadas y cambios

La Fuerza de Tareas Reconquista desplegó sus recursos humanos y materiales en ambas márgenes de una ría de la llamada Bahía Fox. El terreno que rodea la zona es de suaves lomadas que nacen en la orilla del mar y se elevan hacia el noroeste hasta alcanzar su máxima altura que es el monte Sullivan de unos 800 metros de altura.

El caserío que rodeaba el pequeño embarcadero estaba conformado por unas diez casas donde habitaban las familias y el administrador. Las demás edificaciones eran todos galpones de madera y chapas que eran del tipo de las que usan en la industria lanera. Largos corredores de madera, corrales exteriores medianos y luego dentro de los tinglados pequeños corrales para unas 10 o 15 ovejas, luego una especie de pasillos central donde operaban los esquiladores, y finalmente, corredores más cortos para la salida de los animales ya esquilados. Todos construidos de madera traída desde por lo menos los bosques del sur de Argentina y que nosotros depredamos en busca de combustible para las cocinas y otros menesteres.

Completaban el caserío un almacén o “store” y una casa más grande tipo comunitaria donde había habitaciones para los peones solteros o en tránsito. Como ya hemos mencionado, en la zona aledaña a las casas se desarrollaba un típico paisaje inglés con setos vivos que marcaban las parcelas adornadas con algunas plantas de flores alrededor de las construcciones. El suelo estaba cubierto por un césped evidentemente ajeno a la zona que termina de darle al conjunto una imagen de una aldea o estancia de colonos ingleses de nuestra Patagonia Sur. En algunas casas había invernaderos de armazón de aluminio y cubierto de un nailon grueso para el cultivo de flores y verduras. También los depredamos.

Ese adorable césped verde terminaba en los límites del caserío y más allá se extendía un terreno cubierto por un pasto duro tipo “coirón” que crece en matas que se elevan del suelo unos diez centímetros y entre ellos el piso es irregular y anegadizo. Lo que hacía de los desplazamientos a pie una verdadera dificultad. Las zonas de posiciones del Regimiento ya estaban asignadas y construidas las fortificaciones por lo que nuestra sorpresiva llegada complicó los espacios y se nos asignaron lugares que fueron modificados varias veces.

Recuerdos de R. B.

Cada compañía tenía un lugar de cortos descansos (casas), higiene personal y de la ropa y cerca de su zona de posiciones, especialmente por las inclemencias del tiempo. Los lugares de recuperación estaban en instalaciones de madera, a veces un cobertizo, un salón y otras en un galpón. Así entonces hacían turnos con gente de las posiciones y gente en los lugares de descanso, un poco de calor y algo de higiene. La ropa no se secaba a pesar de que dentro de las casas había unas cocinas tipo económicas que eran alimentadas con turba. Como esta quema muy mal y debe estar lo más seca posible, las mínimas calorías que entregaba hacían que esa especie de caldera sirviera como cocina, calentador de agua y como secadero mediante una cañería interna por donde circulaba el agua caliente en un circuito cerrado. Era muy precario y viejo, pero permitía algún baño y lavado de ropa, pero éramos muchos y a pesar de que los fraccionábamos siempre los ataques ingleses interrumpían los mejores momentos.

Los pozos estaban en las suaves pendientes descendentes hacia el mar formando una especie de amplio anfiteatro. Un poco más alto estaban las posiciones de la 1ra Sección, al Subteniente Salaverry con la segunda Sección lo mandaron al Este, cerca de la costa y el Teniente primero Botto ocupó posiciones donde terminaba el caserío al Norte. Como viejo instructor de armas de apoyo, Botto hizo unas excelentes posiciones pues combinó las de cada mortero con las necesarias para el personal, una especie de cueva que cumplía las dos funciones: posición de fuego y para alojamiento del personal, también hizo posiciones para la munición, era una especie de base subterránea. La visité pocas veces.

El problema era que de nuevo todo muy lindo en los planes, pero no teníamos una miserable pala, así que las otras compañías nos dieron una parte, también nos dieron más cargadores y muchas cosas más, por eso éramos un dolor de cabeza para la Unidad que ya estaba casi totalmente bien establecida.

Poco a poco se iban cavando los pozos, no era cosa fácil pues debajo de la primera capa de turba aparecían las piedras lajas que eran muy difíciles de romper. A veces vinieron del otro lado de la bahía los Ingenieros a ayudarnos haciendo voladuras, algunas bastante importantes.

Lo que mencioné como Puesto Comando de la Compañía terminó siendo una posición de casi cinco metros por lado, con un pilar en el medio que sostenía el techo y a su lado una "estufa" que diseñó el Capitán Godoy a partir de un tambor de 200 litros con chimenea y todo, el Encargado Guzmán, sabe Dios donde consiguió otro sol

de noche y paja para poner en el suelo, hasta tendieron una línea de teléfono con un TA 312 PT a manivela que comunicaba con la central. Es un modelo de uso militar que se emplea desde antes de la II guerra mundial.

Este pozo tan “poco guerrero” se construyó en realidad para contener al personal que permanecía sin armas porque me comprometí con ellos que mientras estuvieran sin armas dormirían conmigo. Esta situación se fue modificando gracias a los ingentes esfuerzos que hacía uno de los hombres más eficientes y sacrificados que conocí en esta experiencia. Era el Teniente Primero Marcelo Giglio que junto al Teniente Primero Alejandro Caffaro y los integrantes de la Compañía Servicios, tenían la difícilísima y poco heroica tarea de conducir la Logística y materializarla en servicios. Los Suboficiales de esta área son en general de especialidades tales como cocineros, enfermeros, mecánicos armeros, agrupados en funciones y tareas que caracterizan sus servicios como Sanidad, Intendencia, Arsenales, Conductores Motoristas y otros de igual importancia.

Los soldados que completan estos equipos en general son elegidos porque conocen el oficio o porque al encargado de incorporación se le ocurrió. De uno u otro modo su tarea es anónima y muy, muy sacrificada y además es muy ingrata pues, normalmente salen del anonimato cuando fallan y nadie se acuerda de ellos cuando las cosas salen bien.

Todo el que ingresaba al Ejército ya sea por vocación o por otras razones y elegía pertenecer a “los servicios domésticos” de la organización, se los llamaba Cuerpo Profesional. La mayoría tiene un conocimiento o experiencia del oficio. En 1982, estas personas se formaban en un instituto especial que se llamaba Escuela de los Servicios para apoyo de combate (ESPAC). Menos los oficiales de Intendencia que se formaban en el Colegio Militar, el resto hacia cursos de duración variable y siendo muchos de ellos profesionales adquirirían grados de Oficial o Suboficial. Luego de ese período de formación eran destinados a las unidades tácticas ocupando cargos o puestos en general relacionados con su jerarquía, pero casi siempre en funciones administrativas. En general se desempeñaban en las Compañías de Servicios y Sección destinos. Por qué hago esta larga introducción. Porque quiero reflexionar sobre un hecho que pesa en mi conciencia.

Nunca en las oportunidades que tuve que dirigir a estas personas “de los servicios” me preocupé en su capacitación como combatientes, nunca los preparé en combate y tiro. Lo más militar que les exigía era el cumplimiento de los servicios de guardia o tareas administrativas de todo

tipo, desde encargado de un casino a encargado del polvorín, pasando por la banda o la zapatería. Pero resulta que en la guerra estos hombres no solo debieron desempeñar las complejísimas tareas propias de su especialidad, sino que en el despliegue de las posiciones recibieron los fuegos de la artillería naval y aérea y posteriormente la terrestre. En los momentos más duros del combate, de golpe y sin aviso, los sacaron de sus pozos y se transformaron en combatientes de Infantería.

En la mayoría de los casos conformaron fracciones de reserva que como todos saben se piensa en ellas para emplearlas en los momentos críticos y terminaron combatiendo en primera línea y en difícilísimas condiciones, con una organización precaria, superiores desconocidos usando armas que no son las que el rol de combate les asigna. A pesar de esta situación que se produjo en la mayoría de las Unidades, estos hombres de los Servicios para apoyo de combate demostraron una y otra vez, como tantas otras veces, su extraordinario valor y su ejemplar vocación de servicio a la Patria sin dar ni pedir explicaciones.

Vaya mi emocionado homenaje y agradecimiento a los Oficiales, Suboficiales y soldados de todas las especialidades que liderados por un excelente y sacrificado Teniente Primero Alejandro Caffaro, conformaron la Compañía Servicios del Regimiento 8 en Bahía Zorro Oeste. Podríamos resumir en sus medallas *“de día el cucharón, de noche el fusil”*.

Recuerdos R. B.

Como sea, para cuando atacaron las Georgias el 3 de mayo, aun no habíamos concluido con las posiciones de la Primera Sección ni el Puesto Comando. Seguíamos cavando como presos con cucharas y dormíamos en las carpas. A fines de abril Inglaterra comenzó ocupando las referidas islas y habíamos conseguido una carpa grande para una Sección y abandonando las frías y arruinadas carpas individuales “para dos”.

Era de noche y con el Sargento Primero Pedrozo que merece una placa de oro por su coraje, lealtad, y competencia, estábamos recorriendo las posiciones aún sin ocupar. Una rutina para ver si había quedado algo perdido o algún soldado, cosa frecuente. Mientras caminábamos empezamos a escuchar que desde la carpa cuya luz se veía por unas ventanillas de plástico había gritos y cánticos, al terminar la recorrida nos fuimos acercando a la carpa y distinguimos los cantos, eran simples, vulgares sin menospreciarlos. “Lo vamo a reventar, lo vamo a reventar”. Al final entramos a la carpa donde

estaban comiendo y como gran fiesta había dos o tres latas de dulce de batata que andaban repartiendo. En el medio de la carpa el Jefe de Compañía con otros cuadros los miraba sonriendo. Una radio, probablemente Carve de Uruguay, comentaba que habían atacado las Georgias, que el mar estaba cubierto de cadáveres azules (sic) que los ingleses habían sido rechazados varias veces.

Yo estaba muy serio y pregunté qué pasaba. Me contestaron que habían intentado tomar las Islas y que los estaban “reventando”; lo miré a mi Capitán y le dije:

- Mire mi Capitán estos tipos vienen en serio, no es joda, ¿será cierto eso?

Me contestó riéndose y dijo:

- Vos siempre con cara de solapa Pelado, lo que importa es que ahora están contentos, ya llegará el tiempo de amargarse.

Y tenía razón, los soldados estaban alegres, eufóricos, gritaban y golpeaban los jarros con las cucharas. Siguió la fiesta y me dice alguien:

- Mirá, ya te solucioné el problema de las comunicaciones, acto seguido me pasó dos latitas de gaseosa sin tapa unidas por un piolín que pasaba a través de la base.

Recordando mi infancia le dije:

-Me estas jodiendo

- No, en serio, en tal compañía las probaron y es lo mejor, no usa pilas, no se interfiere...
- Si boludo -le contesté- como el Magiclick sin cable, sin pilas, sin piedra... déjame de joder ¿vos me hablás en serio?
- Claro que te hablo en serio, acá tenés el hilo y todas las latas que te junté, vamos a volver y vamos a mostrar cómo con nuestra inventiva derrotamos a una potencia mundial, mañana lo quiero instalado.

Cumplidor, obediente, sin sacar los “pies fuera del plato”, como dice un compañero mío, al día siguiente estaba instalada la red alámbrica. Funcionar funcionaba, pero había que salir del pozo, estirar la “piolita”, ir pasando la lata de la boca al oído y luego pasar el mensaje a la otra posición con el efecto de teléfono descompuesto... bueno, pero allí estaba y se la mostré al consejero que satisfecho me miró diciéndome:

- -Viste boludo que con estas cosas vamos a hacer mierda a una potencia mundial, lo miré, no podía creer que un tipo grande

teóricamente profesional me estuviera hablando en serio y le dije...Así nos van a hacer bosta.

Al otro día regresamos ya para ocupar las posiciones y la red alámbrica había desaparecido, comenzamos a buscar y siguiendo pedazos llegamos hasta el lugar donde había un corral con ovejas y donde guardaban los perros ovejeros... y ahí estaba nuestra red. Tenía ganas de llorar de la bronca por haber obedecido a este imbécil voluntarista.

Al fin ocupamos las posiciones y el pozo gigante, la primera noche fue muy buena, los soldados se sentían mejor y ya habían empezado a hacer mejoras. Todos tenían techo y "troneras" para mirar y tirar, aunque nuestra misión era salir para hacer los contraataques. El puesto comando estaba iluminado por el sol de noche, que no sé de dónde había sacado el Principal Guzmán y era abrigado. Yo estaba en el ángulo sureste y el Capitán, en el noroeste, la estufa ardía bien y calentaba, entre los dos estaban los soldados que todavía estaban sin armas.

El Sargento Primero Pedrozo regresó de recorrer las posiciones y estaban todos bien, me dijo que los soldados estaban cómodos, que de alguna manera cada pozo tenía un candil hecho en una lata y alimentado con gasoil. Charlando estábamos y nos llega una alerta por el teléfono TA 312 PT (Fabricado en 1966) único medio de comunicaciones que disponíamos.

El radar había detectado "algo". Las alertas eran por colores creo que negra eran buzos tácticos, roja ataque aéreo y la más frecuente de bombardeo naval alerta gris. Le sugiero al Capitán apagar la estufa que ardía como la caldera de un tren a vapor y me dice con una paz digna de mejor causa:

- No te preocupes "Pelado". -Le vuelvo a insistir y me dice:
- Déjala cómo está -y acto seguido me levanto y le tiro un cilindro de agua... vapor y humo, puteadas por todos lados y al final paciencia, pasó la alarma, se encendió la estufa y siguió la charla.

Al final nos fuimos acomodando para pasar el resto de la noche, la alegría de estar ya en las posiciones fue dando paso al cansancio. Me meto en mi bolsa de dormir y noto que al lado mío se mueve la bolsa de rancho, la toco, la levanto y meto la mano abajo y me doy cuenta que había agua.

Estaba lloviendo desde las 18 horas y al estar en la pendiente que bajaba hacia el mar una vez que el agua mojaba la turba pasaba a la piedra y escurría a unos 40 centímetros dentro del pozo y no había forma de pararlo. Eran como las 23 horas y todos vieron que las cosas empezaban a flotar sobre el plástico y que el agua subía.

Una oportuna orden de jefatura autorizó a ir a las carpas con lo mínimo. Se dio la orden de evacuar, pero alguien tenía que quedar con el teléfono, hasta ahora no sé para qué. Y me ofrecí a quedarme. Con ayuda armé una hamaca paraguaya colgado de unos palos del techo, me tapé con un par de mantas y poniéndome el teléfono en la panza me quedé solo. No llamó nadie. Durante la noche dormité y cada tanto sentía como que algo me tocaba la cabeza, eran unos ratones de campo que corridos por el agua se me habían subido y algunos me comieron un trozo de un gorro de lana que aún mi esposa conserva. Al amanecer y ya bien claro vinieron a sacarme del pozo, yo estaba con el agua que me tocaba la espalda y la cabeza hacia la salida, así que fue fácil. Sacamos el techo y quedó a la vista el pozo inundado, en días posteriores una patrulla nocturna casi pierde un hombre que cayó adentro.

Lo contado arriba fue triste, una basura, ahora vivo y veterano, uno lo cuenta con gracia, pero fue una porquería. Nos obligó a hacer muchos cambios de posiciones y reconstruir otras. Fuimos consiguiendo chapas, maderas, alambres fierros, lo pusimos en el piso tratando que fuera de madera, latas, todo lo que pudiera servir y en unos días cada posición tenía una especie de sótano o sentina donde se juntaba el agua, cuando se cargaba mucho se sacaba o se "achicaba" con jarros. Allí vivimos todos, no fuimos a dormir a ningún acantonamiento ni casa durante el primer mes más o menos. Nos sentíamos más seguros, más cómodos, era como nuestra casa. El Puesto Comando de la sección tenía dos pozos de zorro, en uno estaba el jefe de sección, el Encargado y el soldado estafeta Jure y en otra posición cercana el radio operador sin baterías para su radio, el soldado Montoya. Con el Principal Guzmán y con 6 soldados que fueron y volvieron sin armas, hicimos otro pozo y gracias a las habilidades de los soldados le armamos una loza con cemento que había llegado a ese remoto lugar en unos preciosos contenedores de metal que en la tapa decía: "For Falkland Island by Montevideo" (para las Islas Falkland vía Montevideo).

Instrucción de tiro

En el cuartel habíamos dado instrucción teórica de tiro, pero no alcanzamos a tirar, así que organizamos varias sesiones de tiro en dirección al mar que entraba en la Bahía. Llevamos por consejo de Pedrozo un armero para regular los gases y solucionar problemas. Fue otra tarea difícil, había muchos soldados que hacía tiempo no tiraban. Y

bueno hubo que enseñar, a veces se tornaba algo irritante, y como no, con los ingleses en la puerta y nosotros enseñando a tirar. Había armas que los soldados habían visto solo en los desfiles. Cuando tratamos de enseñarles a tirar vimos que a pesar del empeño no había tiempo de aprender, así fue que decidimos asignárselas a los Suboficiales, pero hay un viejo dicho que dice que “el que tira no conduce”.

Era doloroso y los soldados ponían voluntad. A veces me pregunto que les pasaría por la cabeza, en la Guerra y aprendiendo a tirar, pero eran guapos, ponían voluntad, eran unos soldados especiales. La mayoría de Chubut y algunos cordobeses, pero conocedores de todas las mañas para sobrevivir. Cuando estábamos en el período de mejora de los pozos luego de la lluvia, había que conseguir material. Recuerdo que una mañana estaba sentado fuera de la posición, desde allí veía la casa donde estaba el Jefe de Regimiento 8 y su Plana Mayor, lo estaba viendo al Jefe sentado en un banco de madera afuera de la casa, sin nada en la cabeza y con pullover. En un momento se levanta y camina hacia adelante, hacia un mástil donde estaba la bandera, y al mismo tiempo veo que dos soldados aparecen de atrás de la casa y se llevan el banco. Eran de mi Sección pues los vi venir. El Jefe terminó su paseo y se dio vuelta y regresó. Recuerdo que miró adonde había estado el banco, miraba y miraba, se dio vuelta y seguía mirando y se metió a la casa.

Comida y ropa

A pesar de los esfuerzos de toda la organización empezamos a sentir los efectos de la falta de abastecimiento. La alimentación era mala y escasa, pero para todos igual. Ya al llegar en la última semana de abril la Unidad comía un plato de comida por día. A medida que fue pasando el tiempo la situación se fue agravando. Se mataban unos corderos de lana merino, comprados a los kelpers mediante vales de papel a nombre de la República Argentina y con eso se repartía a modo de desayuno, el caldo de esos corderos hervido que sistemáticamente llegaba frío. Esto dependía de la acción enemiga ya que bajo fuego naval era imposible hervir la carne. En la tarde como si fuera una cena temprana, se repartían los pedazos de cordero y solo a veces con un bollo de pan que se preparaba en una panadería centralizada.

El hambre es difícil de describir. Parece que llega un momento en que uno se olvida de comer, que tiene aire en el estómago, uno no se

siente débil –allá estábamos generalmente quietos– pero se siente más la respiración, la falta de comida, es angustiante. No sólo es un tiempo que no se ocupa sino un creciente deterioro que parece que no se nota y menos cuando todos los que a uno lo rodean van tomando ese aspecto huesudo, lúgubre, triste en la expresión. Pero siempre que falta comida hablamos de hambre sobre todo si lo que falta es cantidad y muy pocas veces de los trastornos que produce la alteración de la ingesta de alimentos en cuanto a calidad y tipo.

Recuerdos Subteniente Salaverri.

Retomando el momento de nuestra llegada a Bahía Zorro a partir del aterrizaje de los helicópteros y las presentación y recepción del jefe y otro personal del Regimiento, faltaba ahora definir la misión específica de la Compañía C y en particular de la Sección. Este punto, esencial para nosotros, generó una serie de discusiones, propias de la conducción militar, respecto de cuál debía ser la ubicación y qué medidas propias y complementarias a la defensa tenía que ejecutar la Compañía.

El Capitán Godoy por su parte, con la impronta de un alumno de la Escuela de Guerra, formuló una serie de críticas al dispositivo adoptado, dado que el plan establecido por la plana mayor no había previsto la presencia de la Compañía C. Luego del arbitraje del jefe de Regimiento, hubo consenso para reordenar el dispositivo de la defensa, en el que se estableció como misión principal de la Compañía C la de Reserva y como tal debía desarrollar planes de contraataque, seguridad de costa y reconocimientos cercanos y lejanos.

Esta decisión disipaba dudas y aclaraba las incertidumbres del momento, ya que esta nueva orden establecía el lugar y las actividades que desarrollaríamos hasta el fin de la guerra, es así que quedó como misión de la Segunda Sección la de defender el sector de la playa comprendido entre el muelle y la casa del encargado del establecimiento, a efectos de rechazar cualquier intento de penetración británica por el lugar y complementariamente defender el puesto comando del Regimiento, ejecutar reconocimientos cercanos y participar del sistema de alerta nocturna, mediante la ejecución de patrullas, control de la iluminación de la playa mediante bengalas y el empleo de Jeep M Benz 230 y coordinación en puntos de contacto con la Compañía “B”, Compañía Servicios y la Primera Sección de la Compañía C, del Teniente Primero Barreiro y el Sargento Primero Pedroso.



Vista frente de Playa cubierta por la Segunda Sección.

Con la misión, que es lo que uno siempre quiere tener en combate, ahora había que darle contenido desarrollando los planes, para lo cual fue fundamental la experiencia del Sargento Primero Lofaso y del Cabo Primero Corvalán y la disposición de los jefes de grupo y de cada uno de los soldados, quienes con sus conocimientos sumaron aportes que le dieron solidez a la orden que debíamos cumplir.

Ocupación de las posiciones

En el sector asignado, contiguo al muelle, se encontraba un enorme galpón de esquila con estructura de chapa y todos sus corrales internos de madera, al cual utilizábamos como lugar de reunión y alojamiento cuando estábamos fuera de las posiciones. Por ello fue al primer lugar a donde nos dirigimos luego de aterrizar desde donde iniciábamos nuestras acciones y el último en abandonar dado que allí nos reunimos cuando nos tomaron prisioneros.

Definido el lugar, quedaba ahora hacer el reconocimiento específico para construir los pozos de cada arma. El primer grupo ocuparía el sector próximo al muelle, el segundo en el centro y el tercero delante de la casa del administrador, extendiéndose hacia el oeste, en tanto que las armas de apoyo se ubicarían: los dos lanzacohetes a ambos lados de la casa del administrador y la ametralladora MAG en una construcción sin terminar que estaba al costado derecho del galpón de esquila.



Todo parecía sencillo hasta que se comenzó a cavar, a poco más de 50 centímetros el suelo era todo de roca, imposible de ahondar con los medios que disponíamos, por lo que se plantearon dos problemas, el primero era que había que construir las posiciones hacia arriba por lo que había que traer tepes de turba de otro lugar para lograr una adecuada defensa y con lo cual el pozo quedaba expuesto a la observación y acción enemiga y el segundo inconveniente, que inicialmente no se había tenido en cuenta, era que a las posiciones había que hacerles un techo para protección aérea y prácticamente no había material para hacerlos



Muelle y galpón de esquila.

Comenzó así la construcción de las posiciones, con pocas herramientas y medios, pero que, con la creatividad y voluntad de todos los integrantes de la Sección, se fueron haciendo una a una y cada vez con un mayor grado de detalle, seguridad y habitabilidad. Si cabe señalar que se daba la dificultad de que a mayor grado de protección que se agregaba, en particular contra ataques aéreos, menor era la capacidad de observación y la posibilidad de combatir

desde dentro de los pozos, por lo que quedaba planteada la disyuntiva si eran posiciones de defensa o refugios. Sí puedo decir en este punto que los pozos comenzaron siendo posiciones de defensa que con el tiempo se transformaron en refugios ante los ataques aéreos.

En poco menos de una semana, antes del comienzo de mayo, la Sección del mismo modo que el resto de la Compañía, tenía prácticamente organizada la primera parte de la posición con la construcción de los pozos de zorro, faltaba el completamiento con la instalación de barreras y obstáculos, el desarrollo de las cartas de tiro de las armas y la ejercitación del plan de defensa. Pero lo que urgía ya estaba, que era contar con un lugar a cubierta de ataques aéreos, dado que inteligencia le asignaba esta capacidad a Inglaterra a partir del primero de mayo, ataques que más adelante efectivamente se produjeron.

En definitiva, estábamos ubicados en la playa en una avenida de aproximación, tanto la observación como los fuegos debían estar orientados hacia Isla Flat, que se encontraba frente nuestro y representaba la dirección de ataque más probable, para el caso en que Inglaterra hubiera querido ejecutar un desembarco anfibio.

El logístico, el Teniente Primero Giglio, excelente profesional, de estatura mediana, ojos oscuros y pícaros, siempre de buen humor cosa rara en ese cargo y con una buena voluntad manifiesta detrás de unos enormes bigotes, hacía maravillas para darnos de comer, hasta pescaron con redes en el mar en abril y mayo, pero éramos cerca de mil hombres y nadie multiplicaba los peces y los panes, había que aguantar. Así llegó un momento que solamente la única comida era una porción de cordero en un caldo sin sabor y frío.

Todo lo que llegaba como comida estaba frío porque no teníamos otra cosa que unos cilindros de acero inoxidable que gracias a las mañas de viejo soldado forramos con madera y turba para preservar el calor, no servían de mucho. Esta dieta casi nula en fibra, no solo trajo debilitamiento físico y psíquico. La falta de ingesta de calorías afecta a la regulación de la temperatura del cuerpo y las ganas de moverse. Pero el problema más serio es la modificación de la digestión y evacuación de excrementos. El estreñimiento que le dicen, en la vida normal y provoca no pocas sonrisas socarronas.

En esa gran anomalía humana que es la guerra, la falta de fibra en la dieta produce exactamente eso y la evacuación se convierte en un problema que a medida que pasan los días se transforma en una obsesión que si no se soluciona produce una serie de trastornos y lesiones que llegan a

un punto en que ya no se quiere defender a la Patria ni a ninguna otra cosa, se quiere ir al baño. Recuerdo que estando ya prisioneros de los ingleses varias personas debieron ser atendidos por los médicos por estos trastornos que ellos no veían desde la 1er. Guerra Mundial en 1914.

A propósito de este desagradable comentario debo indicar que nuestra Compañía careció de todos los elementos para la guerra menos de extraordinarios Suboficiales tales como Pedroso, Lofaso, Corbalán, López, Chamorro, Guzmán, Carlos Sánchez y otros, que como eran más antiguos en jerarquía también lo eran en experiencia de campaña y sabían estar en la intimidad de sus soldados hasta el mínimo detalle.

A "Punchi" Barreiro y a mí, que no nos faltaban experiencias varias, no se nos escapó esta situación y en reunión con los veteranos Suboficiales, fueron lográndose respuestas ingeniosas tales como transformar la evacuación física, en una actividad centralizada de registro diario y a silbato.

A fines de mayo vino uno de los barquitos que abastecía a las posiciones de Howard y Fox. Por supuesto que todo lo útil fue administrado por el logístico Giglio, menos unas 80 cajas de limones y pomelos. Como estábamos participando de la descarga el Tino Guzmán y el Sargento Luis López sin avisarle a nadie se trajeron todas las cajas que nadie quería a nuestros pozos. La administración centralizada de esas frutas no solo proporcionó vitamina C, sino que aportó la tan necesaria fibra que tanto necesitábamos.

Recuerdos R. B.

Cuando había buen tiempo reuníamos a las secciones fuera de las posiciones e iba el soldado que entregaba las raciones controlado por el Sargento 1ro Pedrozo. Un día estábamos fuera de las posiciones y llegó un ataque aéreo, recuerdo que ordené dejar todo y con casco y fusil volver a las posiciones. Pasado el ataque regresamos al lugar de racionamiento y no había nada, unos más hambrientos que preocupados por los aviones se quedaron comiendo lo que había...

Hubo un alivio muy fugaz el 10 de mayo cuando el buque "Buen Suceso" llegó a la bahía Este y nos surtió de su depósito, verduras y carne... pero éramos demasiados, yo recuerdo el cambio de la carne de cordero por la vacuna, una rodaja de zanahoria y una de papa, pero duró muy poco. Otro alivio fue la fabricación de pan o galletas. No sé cómo Giglio obtuvo la harina que mantenía bajo custodia y por la noche se horneaban en el Puesto Comando del Regimiento las galletas. El soldado Estafeta Jure, de nuestra Sección, era uno de

los panaderos y a la tardecita partía para amasar, cortar y hornear y casi siempre nos traía algo para compartir.

El primer bombardeo Naval

Una de las grandes diferencias con los ingleses era la disponibilidad de tecnología. Esta se produce por una importante cantidad de razones. Una de ellas se relaciona con las capacidades del poder político que empeña sus recursos humanos y materiales en un conflicto bélico y normalmente hay una relación directa entre el tipo de país y la cantidad y sobre todo la calidad de los recursos destinados a sus fuerzas armadas y los aliados que consigue.

Esta definición genérica se evidencia más aún cuando los recursos empeñados deben interactuar entre sí. Por ejemplo, los aviones de Fuerza Aérea Argentina diseñados para una función específica que involucraba acciones aero-terrestres tuvieron que enfrentar a naves y aviones en el mar, diseñadas y equipadas para operaciones aeronavales. Su coraje y su valor compensaron las diferencias en tecnología, pero a un alto costo en vidas valiosísimas e irremplazables.

Si pudiéramos medir con un instrumento el valor de un hombre en combate, creo que los pilotos de la Aviación Naval Argentina y de la Fuerza Aérea Argentina sería de los mismos quilates, pero el resultado de sus sacrificios fue totalmente diferente porque los pilotos navales tenían una tecnología que minimizaba la brecha con los barcos y aviones ingleses y para cerrar el comentario sin lastimar a nadie mencionaremos los famosos Exocet que hundieron un tonelaje inglés mayor con menor costo y sacrificio.

Tomando como referencia este párrafo de paridad de tecnología podemos decir que nuestras tropas en Bahía Fox eran detectadas por satélites norteamericanos, ingleses y chilenos, con aviones espía que muchas veces fueron chilenos pintados como ingleses que ni los veíamos, vuelos de reconocimiento de aviones Harrier que lanzaban unas bengalas en forma de bomba que al explotar en el suelo proyectaban hacia el cielo unas bengalas que se desplegaban a unos 150 metros de altura con un paracaídas e iluminaban desde el cielo con luces de una potencia similar a las luminarias de un estadio de fútbol. Esto no solo nos daba una cachetada de miedo, sino que nos estrellaba contra nuestra impotencia y vulnerabilidad.

¿Que podíamos hacer nosotros con nuestra tecnología? Lo que hizo la jefatura del Regimiento fue adelantar hacia la costa que se orientaba hacia la entrada de la Bahía, el único medio que nos podía dar una alerta temprana para que los soldados tuvieran tiempo de zambullirse en los pozos, era un radar Rasit que es un equipo de origen francés con tecnología Doppler de pulso, de vigilancia terrestre, desarrollado por Thomson-CSF en 1966. La versión original del Rasit tenía un alcance de 20 kilómetros y permitía a un operador experto distinguir entre personal, vehículos y aviones.

Pero este único equipo en B. Fox Oeste, aparato igual que el de B. Fox Este, tenían el problema que cuando sus ondas eran detectadas por el radar de la nave inglesa, este le pasaba los datos a la central de tiro y automáticamente empezaba el cañoneo naval sobre el lugar desde donde se emitía la señal.

Los operadores de nuestro radar solucionaron el problema colocando en la misma línea de la señal y unos 200 metros más adelante, un medio tambor metálico de 200 litros y una vez que detectaban la amenaza inglesa, apagaban el Rasit y levantaban el "radar trucho" que atraía el fuego de la artillería naval.

En Bahía Fox Este, sucedió lo mismo y por una razón solamente explicada por la cantidad de obras simuladas que hicieron, atrajo una cantidad de disparos navales que superaron los 2000 proyectiles. Claro el Jefe de los Ingenieros era un Ingeniero Militar experto en fotointerpretación.

Recuerdos R. B.

Fue en los primeros días de mayo precisamente el día 10. Era ya de noche y nos avisan por teléfono que había una fragata detectada por el Rasit frente a la posición. Y bueno, la única experiencia que nos había llegado era la de un oficial que ya había estado en bombardeos en Puerto Argentino y nos dijo que lo importante es mantenerse dentro de la posición, no salir. "Te tiene que caer dentro del pozo para matarte", nos dijo. Estábamos ya para dormir cuando nos llega la alerta, nos pusimos el casco y como nuestro pozo visto de perfil era como una L metimos la cabeza debajo de la base de esa letra, silencio total y de golpe empiezan a caer los proyectiles, todos coincidimos después en que se nos secó la boca y el aire nos llegaba en cada respiración hasta los tobillos, era miedo, el bombardeo era acompasado, tenía su ritmo, donde en cada ráfaga se juntaban

el ruido del proyectil que explotaba sobre las posiciones con el estampido de boca del disparo.

Todos los del pozo tuvimos la misma sensación: de que nos estaban tirando a dos metros de distancia, pero no, era mucho más lejos. Vino otra andanada y ya la sensación esa de miedo había pasado, rápido nos acostumbramos a apreciar la distancia. Ya a la tercera y en los sucesivos bombardeos hacíamos lo siguiente: en la pausa de fuego nos quedábamos dentro del pozo, cuando comenzaba el bombardeo apreciábamos la distancia y si no era cerca salíamos del pozo a ver. Las explosiones eran de distinto tipo, unas sordas, que explotaban luego de haberse enterrado en la turba, otras a poca distancia del suelo que desperdigaban en luces y esquirlas como en un abanico. Hubo alguien que me dijo que en el primer bombardeo nos tiraron 280 tiros. Nunca conté los bombardeos navales que hubo, pero para mí fueron muchos más que los que vi registrados en el Informe Oficial del Ejército. Lo que sí recuerdo haber escuchado de un inglés estando aún en Fox al otro día de la rendición es que la Fragata que nos bombardeaba era la "Avenger" (Vengadora), que entraba por el Sur del estrecho entre las 2300 y las 0100 horas y bombardeaba Fox para luego seguir hasta Puerto Howard donde estaba el Regimiento 5 y hacer lo mismo, salía de regreso entre las 0300 y las 0500. El volumen de fuego variaba, a veces hacia una ráfaga en Fox y seguía a tirar todo el resto en Howard o al revés. El que lo contó era tripulante de esa fragata, la misma que arribó luego de la rendición.

No hubo bajas por estos bombardeos y los de la Bahía Fox Este, recibieron muchísimo fuego sobre las posiciones simuladas que habían hecho. Sobre todo, un cañón antiaéreo bitubo que habían fabricado con unos caños de cloaca y dos ruedas delanteras de un tractor abandonado. Cuentan que luego de la rendición el mismo Jeremy Moore fue a Fox Este el 16 de junio y vio las posiciones simuladas y tomándose la cabeza dijo "Si se entera la Reina la munición que hemos malgastado aquí...".

Los ataques aéreos sí fueron más espaciados, recuerdo uno el mismo 25 de mayo. Ese día el Jefe de Regimiento repartió corderos entre la tropa para asarlos. De pronto entraron desde la boca de la Bahía hacia el Norte dos aviones volando bajo. Hasta donde sé nadie los reconoció como enemigos, tengo presente que el Oficial de Inteligencia conversó conmigo mostrándome una foto sacada de una revista tratando de identificarlos y hubo alguien que dijo que el piloto de uno de los aviones movió sus alas y lo saludó con la mano desde la cabina saludando por el "Día de la Patria". Pasó un tiempo y se transmitió la orden de que saquen los asadores de nuevo y fue allí cuando regresaron y tiraron bombas y cañonearon la posición.

Otro ataque fue contra el Buque "Buen Suceso". Este ya no nos tomó desprevenidos pues se había dado instrucción para hacer fuego reunido con las armas individuales. Estaba yo con Pedrozo fuera de la posición y sentimos un rugido atrás, apenas alcanzamos a tratar de mirar hacia atrás cuando un Harrier se lanzaba hacia abajo tirando con sus cañones al Barco, sentimos el olor a combustible y el calor de las turbinas, luego se elevó humeando de un lado y a la noche escuchamos por radio que efectivamente había sido averiado.

La vida en las posiciones con lluvia

Muy entrado mayo seguíamos en nuestras posiciones, no disponíamos de ningún lugar de acantonamiento. Pero aguantábamos. La rutina comenzaba "al despertarnos", el Sargento Primero Pedrozo y Lofasso recorrían las posiciones y presentaban las novedades, y los soldados para llevar a la enfermería, era lo primero del día.

El Sargento primero Lofasso, un típico personaje cordobés, muy delgado de cuerpo mediano y fibroso, recorría las posiciones gritando con voz aflautada en la boca de los pozos que había que poner los "huesos de punta" que significaba que había que levantarse y a la noche que había que hacer lo mismo, pero con los "huesos horizontales".

Los Oficiales Barreiro y Salaverri recorrían, hablaban con los Suboficiales y soldados... había tan poco para conversar, se acercaban al caserío, pasaban por la enfermería donde conversaban con los médicos, en las tardes hacíamos prácticas de los contraataques que el Jefe de Regimiento observaba por una ventana de su Puesto Comando, esporádicamente íbamos a la costa a tirar y probar el armamento pues no queríamos que un ataque nos tomara lejos de las posiciones. Si no lloviznaba reuníamos a las Secciones para comer o si no se distribuía en los pozos.

Cada uno se comunicaba con sus hombres de distintas maneras. Rafael Barreiro alias "Punchi" reunía a todos y les hablaba, su principal argumento era que "no había que aflojar", que había que sostenerse, que sabía que era difícil pero que había que pasar lo que viniese para poder regresar con la cabeza alta y habiendo cumplido con el deber, esa era la esencia además los hacía rezar mientras fumaba incansablemente. Su grado y su edad marcaban una notable diferencia con el Subteniente Salaverri. Uno era cerebral, observador, con ojos grandes profundos e inquisidores,

craterioso, difícil de convencer si no estaba de acuerdo, pero obediente y subordinado. El otro de apenas 20 años era todo fuego, entusiasmo, iniciativa, su cuerpo joven y musculoso de mediana estatura estaba en todos lados incansablemente. Su entusiasmo era transmitido a los soldados que prácticamente tenían su misma edad, pero su incipiente calvicie marcaba una diferencia que no existía. Su fuego interior lo llevaba a generar propuestas permanentemente. A veces medio alocadas, como la de montar un cañón sin retroceso en un bote a remo y acercarse de noche a las fragatas y tirarles un cañonazo en la línea de flotación o cruzar cadenas o alambres e instalar obstáculos que impidieran o detectaran un eventual desembarco de comandos ingleses. Era un “perro de pelea” que buscaba morder al enemigo de la manera que fuera. Incansablemente recorrían las posiciones con el cordobés Lofaso, no conocían el desánimo. Ojalá no lo haya desilusionado su primer Jefe de Compañía.

Recuerdos de R.B.

Los soldados me escuchaban, asentían y no teníamos problemas de disciplina. Hubo casos que nunca revelé de robos u otras cosas, sólo les hablaba, les gritaba, les hablaba, hasta cansarlos. Una noche hubo un robo en el almacén de los kelpers, en realidad fueron varios, entraban por el piso, por el techo, por las ventanas... y que se yo. En uno de esos asaltos ordenan revisar las posiciones y con Pedrozo a quien llamábamos “Pedro” cuando en realidad se llama Gabriel, salimos a recorrer. En una encontramos un paquete blanco de plástico, impecable, con letras celestes, lo sacamos y abrimos y vimos que eran toallas femeninas. El autor nos miraba perplejo y le pregunté:

–¿Para qué sacaste esto?- y su respuesta fue:

–Por lo blanco creí que era leche.

En otra posición encontramos un radio grabador gigante, de esos que se llevan al hombro, como de un metro de largo y, ante mi pregunta el soldado me dijo:

–Siempre quise y nunca tuve.

Ambas cosas las entregamos y nunca dije quienes las habían sacado del almacén. Todo eso eran cosas que me carcomían por dentro pero que las disimulaba con el silencio, una broma o una puteada. Que piojera de mierda. Así pasaban los días eternos a pesar de amanecer tarde y oscurecer temprano, el 20 de mayo ya habían bajado en San Carlos y de la noche a la mañana estaban casi en el medio de la isla.

Hacía un esfuerzo por mantener alta la moral de los soldados o al menos informados, pero era cada vez más difícil. Sí debo admitir que aguantaban, ya sé que no podían escaparse, ni desertar, ni tenían donde ir, pero jamás hubo una falta de respeto y menos lágrimas.



Tenientes Primeros Kalicinski, Caffaro, Giglio, Botto, Barreiro y Vechietti.

Y un día empezó a lloviznar, al día siguiente aguanieve, al otro día nieve, al otro, lluvia y al otro, nieve, y nada se secaba. Y los pozos se inundaban, la comida era cada vez menos y las precipitaciones en sus distintas formas no paraban más. No sé cómo fue que hablé con el Capitán y recorrimos las posiciones, un desastre cómo estábamos. Godoy vio claramente la situación que estábamos viviendo, era de noche y andábamos caminando como dos locos mojados. Terminamos la recorrida y la charla y nos separamos, en un instante lo perdí de vista y allá iba lleno de bronca. Regresé a mi posición y salimos con Pedrozo a recorrer de nuevo. De vuelta al pozo, no sé cuánto tiempo pasó que regresó el Capitán y me dijo que tenía que evacuar los pozos y nos llevaba a un lugar a cubierto.

Bajo el agua transmitimos la orden y juntamos las Secciones con todo el equipo necesario. Caminamos hacia el poblado, hacia el Sur y nos metimos en un galpón de esquila que era el acantonamiento de una Compañía de Infantería. Era de techo de chapa, algunas luces de candiles nos permitían más o menos ver.

Bajo el techo el lugar era grande, muy grande, todo el piso de maderas sobre el mar, con las tablas separadas entre sí cerca de una pulgada y arriba eran todos corralitos de más o menos tres metros de lado. El Capitán me llevó a un sector desocupado y distribuimos a la tropa en los corralitos. Los soldados se fueron acomodando y los contamos varias veces. El Capitán, silencioso, se fue y yo me puse a recorrer el lugar.

Era la Primera Guerra Mundial en las trincheras, una porquería, imágenes de espanto. En el rincón de un corralito con un candil unos soldados jugaban a las cartas riéndose y haciendo bromas groseras, otro masticaba un pedazo de cuero como un ratón, otros dormían amontonados, sucios de toda suciedad, húmedos, sonaba de golpe un ruido seco y era uno que rompía un pedazo de madera para mantener el fuego dentro de una lata de dulce de batata. Pasado el rato empecé a sentir frío y me senté en mi lugar al lado de Pedrozo que estaba envuelto con lo poco seco que debía tener. Se escuchaban gemidos, gente vomitando, gritos de sueños malos. El tiempo no pasaba más y de pronto aparece de nuevo el Capitán Godoy y me dice:

-¿Que tal Pelado?

Le respondí que mal, que eso era una noche de brujas, pero antes le dije que ya estaban todos los soldados acomodados y mejor. Le pedí permiso para acercarme a una casa que estaba a unos cincuenta metros que ocupaba el Segundo Jefe con un ayudante suboficial para secarme y calentarme un poco...y me dijo:

- Teniente primero.... no... -que mi lugar era ese, junto a mi tropa...

Tenía razón... pero le volví a insistir y se mantuvo en sus trece. Se dio vuelta insultando a todo el Ejército y al tiempo volvió y me dijo que había conseguido una casa para la Compañía, para que la usáramos como acantonamiento y que ya estaba vacía.

Le respondí mal, le dije que de ahí me iba a ir cuando yo quisiera, estábamos a un centímetro de distancia y me dijo:

-Sos un jodido.

-Usted también- le contesté mirándolo en la oscuridad.

Y nos quedamos juntos en silencio mientras yo fumaba hasta que aclaró. La poca luz natural que entraba me dejó ver el lugar donde estábamos, no encuentro palabras para describirlo, nada era bueno.

Siguió aclarando y la tropa se fue despertando. Salí afuera del galpón y ya no llovía. Dejé a Pedrozo a cargo y me fui a buscarlo a mi Capitán. Mientras lo buscaba me vino a la mente ¿qué habría estado haciendo durante la noche, primero para conseguirnos el galpón y luego para conseguir una casa? Nunca lo supe, pero presumo que debe haberles pateado la puerta a varios para solucionarnos los problemas. Nos encontramos y me llevó a ver la casa. Efectivamente no sé cómo, pero durante la noche la habían desocupado para nosotros. Abajo había una sala con una cocina a turba y un cuarto donde habían guardado las cosas de los que vivían en la casa, un baño con bañadera y por una escalera se subía a un primer piso

donde había dos cuartos. Estaba todo seco y caliente. Volví a buscarlo a Pedrozo y dispusimos llevar toda la gente a la casa, allá fuimos y a medida que íbamos entrando íbamos impregnando todo con nuestro olor. Era una mezcla de "aromas" realmente impregnante que penetraba y saturaba nuestro sentido del olfato, pero pegaba más fuerte, muy muy fuerte en nuestras mentes ya que sabíamos que era el olor de la miseria humana.

Con los otros Suboficiales de la Sección Pedrozo organizó turnos para ir a revisar y mejorar los pozos, los que quedaban en la casa improvisaban ganchos para colgar la ropa y secarse, fue pasando así el día y llegada la noche estábamos casi secos, bastaba salir al campo para sentir el contraste entre el ambiente de adentro donde el aire era espeso como una goma y afuera era limpio y fresco. Creo que comimos ahí y luego regresamos a las posiciones. No queríamos quedarnos en la casa.

El Capitán y su mano derecha el Principal "Tino Guzmán" montaron en una carpa vieja, de esas de lona blanca un baño para la compañía. Un lujo, una maravilla. En realidad, creo que eran más carpas, pero todo el ambiente era caliente y sin viento. En un lugar, sobre unos pallets de madera los soldados se sacaban la ropa y luego pasaban a una carpa donde había unos tambores de 200 litros sobre un pozo lleno de turba encendida, allí tenían latas para el agua y jabón. Entraban de a tres o cuatro y como agua no faltaba y tiempo había se los dejaba el tiempo que quisieran, era increíble el contraste entre los que entraban sucios y los que salían limpios. Así seguían pasando los días, durante las horas de luz los soldados y Suboficiales iban por turno a la casa, pero a la noche todos regresábamos a nuestras posiciones.

Recuerdos Sargento López

En fecha próxima a la llegada del Papa a la Basílica de Luján, me ordenaron concurrir a Monte Sullivan con mi Grupo (unos 15 km), pues se había perdido contacto con el Puesto de Observación instalado allí y me asignaron un guía quien debía indicarme el camino a seguir. Recuerdo que el Jefe de la Compañía C, me pone al tanto de la situación, le pregunto quién iría a cumplir con esta tarea y me dice: "¡Y vos Negro!, ¿quién más?". Nunca supe si fue por mérito mío o porque no había otro. Di una Orden de Patrulla al grupo y salimos (famélicos, pero con ánimo "cuídense mucho", nos dijo el Jefe de Sección), fue una marcha muy dura que al decir apenas 15 km. parece nada, sin embargo, en Malvinas es de tener en cuenta. A poco andar ya habíamos pasado arroyos resbaladizos, cortaderas (paja brava), médanos, más agua nieve, lluvia y viento blanco...

Teníamos equipo aligerado con mantas, ponchos plásticos y bolsa de rancho, sin comida obvio.

Nuestro armamento y munición completos. A cada alto horario los soldados comían unas frutillas diminutas que se dan en el lugar. No se podía parar demasiado tiempo porque nos congelábamos, entró a pegar duro el cansancio y cada rato venía alguno de los soldados a pedirme que le ayude con su carga, quizás pensarían que yo estaba entero. Cerraba los ojos y veía llegar a mi querido Grupo Apoyo del Regimiento de Montaña 16 a auxiliarme.

Para agravar aún más la situación el guía me dice muy por lo bajo "¡¡¡ me perdí mi Sargento!!!". "No te hagas dramas que vamos a llegar lo mismo...", le dije. Tenía idea de donde quedaba el lugar además de ser el monte más alto. Cada vez se hacía más tarde y no avanzábamos demasiado.

Alrededor de las 0200 horas creía que ya estábamos cerca, pero la neblina y demás inclemencias me desorientaban un poco. En la marcha alternábamos la punta de Infantería, los flancos y la retaguardia. Veíamos al enemigo por todos lados. Muchos de los soldados no querían caminar debido al cansancio y yo los arengaba diciéndoles que quizás los del Puesto de Observación estaban muertos o heridos y que necesitaban de nosotros. A duras penas llegamos al objetivo como a las 0400 horas. Para nuestro agrado y satisfacción estaban todos bien y sólo se habían quedado sin baterías en la radio. Contacté al Oficial a cargo quien a esa hora nos dio polenta caliente y nos tiramos un rato en las carpas que nos ofreció el Joven Oficial, con quien compartí "habitación" (carpa) y un caramelo que me ofreció él. Las Carpas estaban duras y el frío era inaguantable y nosotros húmedos, mojados.

Una Patrulla Externa

Cerca del mediodía ordené al grupo emprender el regreso. En el camino atrapamos unas ovejas (3 creo) y el Chato José Segundo las cuereó con el cuchillo de la marmita a una velocidad increíble (una oveja pasó a las panzas argentinas), llegando a las posiciones más adelantadas pudimos ver señales de propia tropa que nos indicaban algo que por la distancia no entendíamos..., solo nos querían avisar que estábamos en un campo minado. Veníamos en columna de grupo, aproximadamente 3 a 4 metros de espacio entre cada hombre...

El soldado Samuel Coronel me informa que está cerca de una mina e inmediatamente nos quedamos todos quietos... Se nos pasó el frío de golpe y empezamos a sudar y poco a poco nos animamos a salir del lugar, con tanta fortuna que quizás pasamos por el campo minado y solo nos dimos cuenta cuando ya salíamos de él. Llegamos a la Compañía e informé de las novedades.

Recuerdos del Subteniente Salaverri

Construidas y ocupadas las posiciones, ahora había que articular las misiones y tareas de los grupos y de las armas de apoyo, instalar los obstáculos y determinar los sectores y turnos de observación. La doctrina señala que para una defensa de costa sea exitosa, justamente será esencial el establecimiento de zonas de vigilancia, construcción de posiciones simuladas y alternativas, observación aérea y nocturna, coordinación entre los fuegos de apoyo (morteros) y los obstáculos y la disposición de espacios para el contraataque de la reserva del regimiento. En este sentido es que se establecieron dos puntos de observación, uno en el lugar donde estaba emplazada la ametralladora MAG y el segundo próximo a la casa del administrador, ambos durante la noche se complementaban con las patrullas nocturnas, en tanto que se instalaron minas antitanques (en razón de que no se disponían antipersonales) sobre la playa, en todo el frente de la sección y detrás de éstas se colocaron trampas ocultas que se activaban al tropezar con un alambre que estaba conectado a varias barras de trotyl ubicadas dentro tambores de doscientos litros repletos de hierros y escombros y se coordinó, con los morteros de la Compañía y del Regimiento, la ejecución de los fuegos de apoyo delante de la playa tomando como punto de referencia la isla Flat.



Con la posición organizada se empezaron a desarrollar las misiones, una de las más importantes era establecer el “sistema de alerta temprana”, que si bien de día la vigilancia se hacía desde los puntos de observación, se planteaba el problema de noche dado que la sección carecía de visores nocturnos y los que poseía el regimiento tenían el problema de la carga de las pilas, de aquí que el Jefe de Regimiento reunió todos los Jeep Mercedes Benz disponibles, más de 10, y los ubicó cubriendo la playa, siendo la sección la responsable de su funcionamiento, tarea que se desarrollaba con las patrullas nocturnas que controlaban la playa, las que iban jeep por jeep, caminaban por toda la playa y se contactaban con las patrullas de la primera Sección y de la Compañía B.

Con la información reunida se elaboraba un informe que personalmente le pasaba a primera hora de la mañana al jefe de Regimiento y al oficial de turno de la plana mayor. Si bien los informes eran rutinarios, servían para mantener el cuadro de situación y la ejecución de las patrullas ayudaba para adquirir confianza y sentirse “dueño y guardián del lugar” y paralelamente, al conocimiento mutuo entre los integrantes con las interminables charlas que se daban todas las noches.

De esta manera comenzó a tener dinámica propia la Sección, las actividades operacionales de vigilancia y patrulla y acondicionamiento permanente de las posiciones, se complementaban con las logísticas a cargo del Sargento Primero Lofaso y las de descanso por turnos en los pozos o el galpón de esquila. Una particularidad a destacar fue que las noches muy largas que tenían los días de mayo, con un incremento de horas de oscuridad, generó un mayor desgaste en el personal que efectuaba las patrullas.

Sucesos en el sector de la Segunda Sección

A continuación, desarrollaré los sucesos que recuerdo con mayor detalle y quizás hayan sido los más importantes, unos por el grado de riesgo y otros porque ejemplifican o resumen las vivencias de la sección, su redacción, aunque trata, no respeta estrictamente el orden cronológico en el que sucedieron:

Primer suceso

Estas largas noches fueron dando experiencia en la observación nocturna, no obstante, las sombras producidas por la luz de la luna, resultaban difíciles de definir, de aquí que en una de las primeras noches comenzaron a escucharse varias detonaciones de armas de fuego en el sector del muelle, situación que demandó una rápida respuesta de la sección con el alistamiento de todas las armas y el desplazamiento al lugar del jefe de Sección, junto al Jefe de Compañía y pelotón comando.

Al llegar a ese sitio, en el que estaba emplazado el puesto comando de la Compañía Comando, nos encontramos con el Suboficial principal Gaete, encargado de la Subunidad y un grupo de soldados que eran los que habían abierto el fuego, al consultarlos sobre lo sucedido, respondieron que habían visto siluetas de hombres rana, buzos tácticos, sobre y debajo del muelle y que al iniciar los disparos se sumergieron rápidamente en el agua.

En un primer momento se pensó que seguramente deberían haber sido lobos de mar, que en la noche, parecieron siluetas humanas, pero con el correr del tiempo se supo que el SBS había estado haciendo reconocimientos de las posiciones del regimiento, por lo que quedó la duda si fueron animales marinos o buzos del servicio especial, lo que si fue cierto es que para llegar a la posición hubo que arrastrarse muchos metros y que la adrenalina comenzaba a calentar la sangre de los integrantes de la Sección, dando lugar a pensar en lo que se vendría y de la importancia de la misión que nos habían dado.

A no mucha distancia de allí y en la misma dirección del muelle, se encontraba el puesto comando del Regimiento, la central de comunicaciones con su antena y las principales instalaciones de la Compañía Servicios, con los trenes reunidos por ser un punto fuerte. Una pregunta que quedará sin respuesta.

Segundo suceso

Con el correr de los días las posiciones se fueron afianzando, se podría decir que cada pozo fue adquiriendo vida propia, tan singular como eran quienes las ocupaban, soldados aplomados que le fueron dando identidad al sector, soldados con una envidiable paciencia en

la espera de lo que la noche incierta plantearía o dejaría de plantear. Así es que, durante las patrullas en estos pozos, a uno lo aguardaba una historia, un chiste y en oportunidades algo para convidar. En este contexto es que recuerdo que además de las charlas, en algunos nos sorprendían con particularidades, como era el caso de la posición de la ametralladora MAG, donde los soldados Falón y Ceballos, como por arte de magia en oportunidades invitaban con alguna bebida, (seguramente obtenida en la proveeduría reservada para los lugareños) y otros casos donde cocinaban con turba algún corte de cordero carneado con destino a los perros del establecimiento.



Zona de incidentes-Bahía Zorro Oeste.

Tercer suceso

El incidente señalado en el muelle trajo algunas consecuencias en relación con nuestra misión, una fue la toma de conciencia de los riesgos de la noche y la vulnerabilidad que representaba no tener visores nocturnos, por lo que había que hacer un gran esfuerzo para que el cansancio no produzca sueño y al mismo tiempo entender que, independientemente de las minas y trampas instaladas en la playa, no había ningún obstáculo en el agua que impida el acercamiento. De aquí que tratando de imaginar qué tipo de obstáculo podría instalarse en el agua, recurrí a la historia y vino a mí la imagen de la colocación de los barcos encadenados en la Vuelta de Obligado, por lo que junto con el Sargento Primero Lofaso salimos a buscar todos los botes que hubiera disponible dentro del establecimiento, logrando obtener cuatro, a los cuales por falta de cadenas se los ató con alambres y antes de colocarles explosivos, se hizo una prueba de flotación en el sector de la playa, con un desastroso resultado que fue que los botes se hundieron por estar las maderas del piso en malas condiciones y al tomar contacto con el mar se abrieron y el agua ingresó.

Se intentó una variante que era ubicar en la orilla dentro del mar tambores de doscientos litros de combustible JP 1 para aeronaves y dispararles con munición trazante para que explotaran, pero luego de varios disparos tampoco resultó, por lo que concluimos que dependíamos de una buena observación nocturna. Cabe señalar en este punto y como dato indicador del respeto que se tenía por los habitantes del lugar y sus propiedades, que el oficial responsable de Asuntos Civiles del Regimiento, Capitán José Máximo Ugozzoli tuvo la intención de cobrarme con cargo personal los botes hundidos, por no tener autorización para disponer de ellos, la intervención del Jefe de Compañía evitó que tomara tal medida.

Cuarto suceso

Transcurrían los primeros días de mayo y en una oportunidad se me acercan un grupo de soldados manifestándome que era el cumpleaños de uno de ellos y que para festejarlo querían carnear una de las vacas que había en el lugar, estos soldados durante su estadía en el asiento de paz del regimiento en Comodoro Rivadavia, habían estado destinados en la cocina o rancho, por lo que tenían sobradas habilidades culinarias.

Realmente era imposible autorizarlos dado el respeto a la propiedad privada que estaba ordenado y el mal mensaje que se daría hacia el resto del personal, máxime en momentos que se debió racionalizar la comida por falta de insumos, razón por la cual les dije que no podía autorizarlos. Pasaron unas horas y de pronto se escuchó una explosión desde el lugar donde se encontraba el campo minado, había sido una vaca que había ingresado a ese sector y pisó una mina.

Alguna circunstancia hizo que el animal caminara en esa dirección y al sufrir el accidente, hubo que carnearla, por lo que se terminó festejando el cumpleaños. Quizás este hecho se aparte de la línea con que se escribe este libro y también de la conducta que tiene que tener un integrante del Ejército, pero decidí incorporarlo dado que, junto con otras acciones, refleja el espíritu de los soldados de la Sección y de la Compañía que estaban decididos a no desanimarse con el aislamiento y con las potenciales capacidades de combate del enemigo inglés.



El ARA Bahía Buen Suceso en el muelle de Zorro Oeste.

Quinto suceso

Como dijéramos anteriormente a partir de mayo se podía esperar en la zona la presencia de efectivos británicos ejecutando reconocimientos aéreos, marítimos y terrestres y también golpes de mano, lo que motivaba la necesidad de destacar patrullas de seguridad y explorar posibles caminos para la ejecución de bloqueos o contraataques. En este sentido había una zona “gris”, que era justamente el límite entre las zonas de responsabilidad del Regimiento y la Compañía de Ingenieros 9, que era necesario reconocer y al mismo tiempo explorar la posibilidad de existencia de enemigo en la zona. Es así como el Jefe de Compañía destacó con esta misión a la Sección, por lo que tomé un grupo de tiradores y emprendimos el recorrido. La actividad duró prácticamente todas las horas de luz de ese día, como no había llovido, la tierra estaba dura y facilitaba el caminar, no obstante, había dos cursos de agua que atravesar. No hubo novedades en su desarrollo, ni indicios de presencia enemiga en la zona, si vale destacar una descoordinación, como suele ocurrir en la guerra, que es que no se había avisado a la Compañía de Ingenieros de la ejecución de este reconocimiento por lo que a partir del momento en que nos avistaron nos consideraron enemigos y alistaron las armas de las posiciones para entrar en combate.

Desconociendo esta situación seguimos realizando las actividades de exploración y avanzando hacia el puesto comando de la Compañía de Ingenieros como si nada ocurriera, hasta que cuando estábamos próximos a las primeras posiciones de defensa, lograron comunicarse con el Regimiento y aclararon la causa de nuestra presencia.

Allugar, los ingenieros nos recibieron con alegría, en particular porque no habían abierto el fuego. Luego de intercambiar información, regresamos a nuestras posiciones en Bahía Zorro Oeste.



Llegamos al puesto comando de la Compañía C, donde vi al Jefe de Compañía y le comenté lo sucedido, junto con el informe del reconocimiento. Este puesto comando era un lugar a donde solíamos recurrir no solo para recibir órdenes, sino también para recibir consejos y encontrar una pausa para reflexionar, dado que tanto el jefe como el grupo de Suboficiales antiguos que lo formaban, poseían experiencia suficiente como para transmitir tranquilidad y dar palabras de aliento para encarar las vicisitudes que a diario se presentaban.”

Sexto suceso

Así pasaban los días, con un desgaste paulatino provocado particularmente por la vigilancia y patrullas nocturnas, es por esta causa que el Jefe de Compañía decidió que la noche del 14 de mayo la sección descansara, dejando un sistema de imaginarias en lugar seleccionado para descansar, que no era otro que el galpón de esquila ya mencionado y el resto de los puestos sería cubierto por otro personal de la compañía. Frente a nosotros se encontraba el ARA Bahía Buen Suceso, en el muelle de Bahía Zorro Este (Sector Ca Ing 9), desde el 10 de mayo que había amarrado para aprovisionarse de agua potable, pero que el 12 de mayo luego de una fuerte tormenta que hizo ceder el muelle, quedó varado cargado con víveres, combustible y material general con destino a Puerto Argentino y que esa noche recibiría el ataque de un helicóptero inglés.

A continuación, intercambiaré la narración de este suceso con lo publicado en [https://viapais.com. ar/cordoba/1762215-guerra-de-malvinas-amigos-despues-de-haberse-enfrentado-a-muerte/](https://viapais.com.ar/cordoba/1762215-guerra-de-malvinas-amigos-despues-de-haberse-enfrentado-a-muerte/), (del 28 de diciembre de 2020), en razón a que esta acción tuvo a la sección como uno de sus protagonistas: Paul McKay, piloto de

helicóptero de la Armada inglesa durante la guerra recuerda que: “Dos helicópteros debíamos volar de noche y llegar a Bahía Fox, donde nuestra inteligencia nos había informado que un barco de transporte y reaprovisionamiento, posiblemente el buque Bahía Buen Suceso, estaría descargando material bélico y provisiones a las tropas allí apostadas.

El objetivo de la misión era, después de reconocer si efectivamente se trataba del Bahía Buen Suceso y no del buque hospital Bahía Paraíso, lanzarle una bomba que hiciera estallar el material bélico que la nave tuviera a bordo y dejarlo fuera de servicio.

Y aclaró que “Se descartó el uso de misiles, tanto desde los helicópteros como desde la fragata (la base de las dos aeronaves Lynx que se utilizaron en el ataque era la HMS Brilliant), debido a los posibles daños que éstos podían producir en el caserío y la población civil, en caso de que no fueran precisos sus impactos”.

Pasadas las 21:00 de esa noche, la sección ingresó en el galpón de esquila y se dispuso a descansar ocupando los distintos corrales de las ovejas, previa limpieza de los mismos. Dormirnos fue algo difícil, todos teníamos algo para contarnos y esa era la oportunidad para hacerlo, por lo que estuvimos muy entretenidos hasta que el sueño se fue apoderando de cada uno de nosotros y quedamos envueltos en nuestras bolsas de dormir.

De acuerdo a lo narrado por el piloto inglés y dada la posición en que se encontraba el barco, la única manera de acercarse para identificar la nave y luego atacarla era a través de la vía de aproximación aérea casa del administrador, galpón de esquila, muelle Bahía Zorro Oeste, muelle Bahía Zorro Este donde estaba amarrado el buque. Por lo que el lugar donde estábamos descansando quedaba en el centro del recorrido que harían los helicópteros.

Continúa el piloto con su narración: “Cada uno de los helicópteros estaba tripulado por cuatro personas. Una de las naves transportaba la bomba que no pudo ser lanzada sobre el Bahía Buen Suceso. Volando muy bajo a 50 pies, completamente a oscuras, con la asistencia de la computadora de navegación, entramos al estrecho de San Carlos y tomamos rumbo al lugar del objetivo. Por ser las 4 de la mañana, pensamos que tomaríamos a las tropas argentinas por sorpresa, con la mayoría durmiendo. Sin embargo, 60 segundos antes de llegar al barco que debíamos identificar, fuimos recibidos por el fuego del Regimiento de Infantería 8 y de la Compañía de Ingenieros 9, que se volvió por momentos sumamente intenso”.

En el medio de la balacera, apenas logramos situarnos al lado de la proa del barco e iluminar con un proyector que llevábamos el nombre

de éste, que estaba escrito con letras blancas sobre fondo negro, grité por el intercomunicador '¡Buen Suceso!', ¡Buen Suceso!, ¡confirmado el objetivo! Pero, inmediatamente, comenzamos a recibir del lado izquierdo un intenso fuego antiaéreo de munición gruesa.

Empecé a pensar que, realmente, de allí no saldríamos vivos. Tomé la ametralladora del helicóptero y descargué dos cartuchos completos hacia unas figuras negras que se movían desde donde provenía ese fuego.

El problema para la Sección fue que el helicóptero de Mc Kay para iluminar el barco se posicionó por encima del galpón de esquila, por lo que comenzamos a recibir los disparos que desde el oeste provenían del Regimiento y del este de la Compañía de Ingenieros hacia la aeronave e impactaban en el techo y las paredes del galpón que eran íntegramente de chapa.



Aproximación aérea.

Sin saber fehacientemente lo que pasaba, junto con Lofaso y los jefes de grupo comenzamos a arrastrarnos tratando de sacar a los soldados desde los corrales donde dormían para dirigirnos a las posiciones, acción que resultó compleja porque de un sueño profundo a un inesperado despertar con el ruido ensordecedor de los disparos que perforaban las chapas, muchos dudaron e inicialmente quisieron quedarse, aunque nuestra insistencia fue tal que en poco tiempo logramos ocupar las posiciones, desde las cuales pudimos aclarar la situación y cubrirnos de los disparos.

Luego el helicóptero de Mc Kay comenzó a realizar maniobras evasivas balanceándose violentamente para esquivar los disparos, hasta ocultarse detrás de unas alturas existentes en Bahía Zorro Este, en esta última maniobra fue hostigado por el fuego de un cañón antiaéreo automático monotubo calibre 20 mm Oerlikon, disparado por el soldado César Moreno, quien también narra este suceso y habría sido

herido en su pierna izquierda. Respecto del segundo helicóptero no se acercó lo suficiente como para entrar en esta zona de fuego.

Séptimo Suceso

Luego del ataque de los helicópteros los ingleses insistieron con el ataque al ARA Bahía Buen Suceso y nuevamente volvería a encontrar a la sección como protagonista.

Una publicación inglesa señala los detalles de aquella acción "El 16 de mayo los Sea Harrier del "Hermes" fueron puestos en estado de alerta para una nueva misión de bombardeo. A las 12. 32Z (09. 32 hora argentina), los cazabombarderos matrícula XZ494 y ZA191 pilotados por los tenientes Simón Hargreaves y Dave Smith, despegaron rumbo a Bahía Fox (Puerto Zorro) para hacer exploración y relevamientos fotográficos de la región.

La misión se llevó a cabo sin inconvenientes y a su regreso, las películas tomadas revelaron la presencia de dos embarcaciones: el "Río Carcarañá" próximo a Bahía King (Puerto Rey) y el transporte "Bahía Buen Suceso", amarrado junto al muelle de Bahía Fox (Puerto Zorro). El alto mando británico decidió atacar a ambos y para ello ordenó el alistamiento de los tenientes Gordon Batt, en el Sea Harrier matrícula XZ459 y a Andrew McHarg en el XZ494, quienes despegaron a las 16. 03Z (13. 03 hora argentina) directamente hacia Bahía "King."

Los Sea Harrier alcanzaron los objetivos a las 16. 25Z (13. 25) y de inmediato iniciaron la corrida de ataque sobre el "Río Carcarañá". "Cuando los aviones se alejaban, despegaban de sus portaviones el teniente Heardgraves en el aparato matrícula ZA191 y Andy Auld en el XZ500, para atacar al "Bahía Buen Suceso". "Los Sea Harrier partieron a las 16. 46Z (13. 46) y llegaron al objetivo treinta y cinco minutos después hallándolo muy próximo al poblado de Bahía Fox. Por esa razón, los pilotos desistieron de utilizar sus bombas y se dispusieron a disparar sus cañones, abriendo fuego a las 17. 20Z (14. 20). Los proyectiles de 25 mm arrasaron el puente e impactaron en uno de los depósitos de combustible que se hallaban en tierra, generando un incendio de proporciones que, para fortuna de la guarnición allí apostada, no se propagó".

Cuando las baterías antiaéreas respondieron la agresión, los cazas viraron y se retiraron. Hargreaves fue alcanzado por un proyectil calibre 35 mm en la cola y pese a sentir el impacto, logró seguir y aterrizar en la cubierta del "Hermes" sin inconvenientes. "En esta acción la realidad vivida por la sección es que nuevamente se encontró en la misma vía de aproximación aérea que utilizaron los helicópteros, que ahora sería empleada por los Sea Harriers. Ese día el Jefe de Regimiento había dispuesto que toda la Unidad comiera

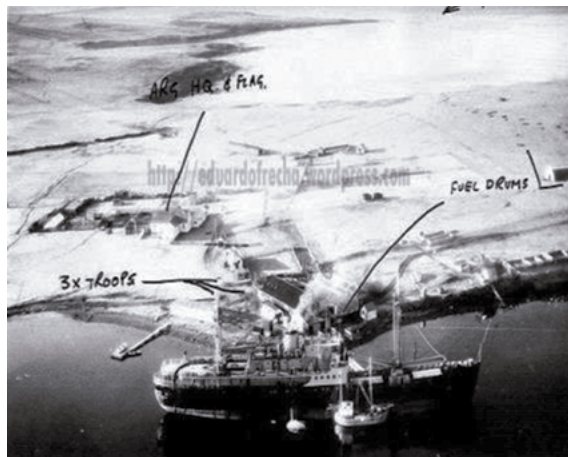
cordero asado, como medida orientada al mantenimiento de la moral y además porque es la típica comida de la Patagonia, lugar donde se encuentra el asiento de paz del Regimiento y de la cual geográficamente también forman parte las Islas Malvinas. Dicho asado había generado muy buenas expectativas entre los soldados, por lo que era esperado con muchas ansias, razón por la cual decidí ir personalmente con el pelotón comando de la sección a buscar la preciada carne.”



Pintura del Ataque a Bahía Buen Suceso.

Así ocurrió, pasado el mediodía me aproximé al sector del rancho y retiré, en los cilindros o también llamados tachos de acero inoxidable, las porciones que nos correspondían y antes de emprender el regreso, escuchamos la señal de alerta aérea y vimos como dos aviones de combate grises se desplazaban de oeste a este por sobre las posiciones de la Sección pasando luego por encima del Bahía Buen Suceso (igual que los helicópteros) y perdiéndose en el horizonte. Como no abrieron fuego, tampoco lo hicimos nosotros y como no sabíamos identificar y diferenciar los aviones propios de los del enemigo, todos creímos que habían sido de nuestra Fuerza Aérea. Pareció que todo volvió a la normalidad por lo que inicié el regreso, llevando el asado de cordero a las posiciones, en circunstancias en que nos encontrábamos próximos a llegar nuevamente y haciendo el mismo recorrido se divisaron dos aviones, pero esta vez en vuelo rasante abrieron fuego con sus cañones en todo el frente de la Sección y siguieron tirando por el agua hasta que los impactos dieron en el barco, del cual comenzó a salir una enorme columna de humo negro. El efecto que producían los cañones sobre la tierra, era como el de un terremoto donde la tierra se abría, no obstante, los soldados no se amedrentaron y les tiraron desde todas las posiciones con todas las armas, incluso hasta con pistolas cal 11,25,

llegando a impactar en un ala de uno de los aviones los disparos efectuados por uno de los cañones antiaéreos Oerlikon de 20 mm del grupo del Sargento Primero Chamorro, tal cual lo señalan los ingleses. (Ellos dicen cañón de 35 mm).



Relevamientos Fotográficos de Bahía Zorro.

Turbados por el sorpresivo ataque, junto con los soldados que traíamos la comida corrimos hasta las posiciones tratando de buscar un lugar seguro.

En cierto modo este fue el “bautismo de fuego” de la Sección que cambió totalmente la situación que veníamos viviendo, luego de este incidente vi soldados resueltos y dispuestos a combatir, conscientes de la causa por la que estábamos allí y también conscientes del poder de combate al cual nos enfrentábamos”.

Recuerdos del Sol. C/62 Luis Horacio Brandan

Nací en Córdoba Capital, hijo de Raúl Eduardo Brandan y María Estella Ruiz, y tengo 6 hermanas y soy el único varón.

En el fui incorporado al Regimiento 8 y licenciado hasta la baja. El 7 de abril estaba en casa, y tuve que volver y pasé a integrar la Compañía C. Cruzamos a Malvinas y luego de Puerto Argentino fuimos a Bahía Fox y empezó una experiencia durísima pero inolvidable. Vivencias muy tristes, con mucha angustia, con un deseo permanente de que empezara de una vez y terminara para siempre.

El primer ataque aéreo fue el 1° de mayo y le pegaron a un depósito de combustible que nos dio la muestra evidente de la capacidad de destrucción de esos aviones. En el pozo que estaba frente al incendio, a unos doscientos metros del otro lado de la ría que nos separaba de Zorro Oeste, enterrados hasta los ojos, nos abrazamos con mi compañero que era un soldado de Chubut, al sentir tanta impotencia, sentirnos tan vulnerables, tan mínimos ante el ataque. Ahí vimos como las noches se iluminaban con las bengalas que colgaban como reflectores que tardaban una eternidad en caer y parecía que me estaba buscando a mí.

Era como un reflector gigante, maligno, que no sabés quien maneja y que cae lentamente, avanzando hacia vos que estas en el pozo maloliente y sólo podés esperar que se apague, y no se apaga, y la ansiedad incrementa el miedo, y éste a la ansiedad, y que sea lo que Dios quiera, pero que se apague. Y cuando se está apagando, como si ese ojo blanco infernal se fuera alejando, suena la primera explosión y aparecen los otros demonios del miedo. Duele el miedo cuando te muerde, duele en las mandíbulas apretadas, duele en las enfriadas manos de tanto apretar el fusil, duele en los intestinos vacíos. Duele en los ojos que quieren perforar la noche, en donde brillan como luciérnagas mortales las explosiones que se prenden y se apagan en la negrura de muerte, y otra vez, y otra vez. Hasta que se acababa y te quedabas tiritando, esperando el próximo bombazo y no llega, pero ya llegará y así empezas a dormirar mojado enfriado y hambriento. Los víveres no llegan porque los ingleses con la ayuda de los chilenos impiden que los barcos se acerquen.

Y un día llegó la muerte. Una patrulla fue emboscada y murió quemado mi querido, amigo el "Zurdito Sosa", del Barrio San Vicente y lo enterraron detrás de nuestro pozo. Algunos días iba ver su tumba y le hablaba muy triste frente a la cruz blanca con su nombre. Y desde ahí miraba la Bahía Zorro con su indiferente y bello mar azul y su cielo tan denso y gris, tan bajo que parecía aplastarte. Y de hecho lo hacía con nuestro ánimo.

Servicio religioso en Bahía Fox

Decían los viejos en mi pueblo que no hay cosa mejor para aumentar la Fe, que te den un buen susto o tengas mucho miedo. Bueno nosotros estábamos en esas dos situaciones.

Los últimos días de abril a las puertas de la batalla en las islas, llegó un sacerdote que recaló en la Bahía Este y lo cruzaban en bote para darnos la comunión y confesar, luego regresaba. Se llamaba Marcos Gozzi, si mal no recuerdo.

Hasta que un día cruzó y no lo regresaron, por lo que quedó integrado al Puesto Comando de la Fuera de Tareas y recorría las posiciones ejerciendo su tarea pastoral. Después nos enteramos, que en la Compañía de Ingenieros el Capitán "Pini" Medina hizo unos alfajorcitos de dulce de leche con unas hostias sin consagrar que le robó al cura y este los trató de herejes. Era un hombre mayor, creo que pertenecía o daba Servicios a la Gendarmería en la zona del Calafate.

Por alguna razón el Teniente Coronel me llamó un día y me dijo que me asignaba el sacerdote a mi Compañía. Fue voluntarioso, sacrificado, marcó momentos importantes para todos, lo respetábamos por su condición, pero como dicen los chicos ahora "no pegaba onda", pues era muy mayor de edad y con sus ñañas fue a Malvinas y eso es mucho mérito.

No son muchos los que pueden contar lo que es dar misa en un pozo lleno de personas, oliendo como mil demonios, tratando que el Dios que invocábamos nos permitiera morir por la Patria, ni siquiera pedíamos triunfar en la pelea, solo pedíamos que nuestro sacrificio sirviera para que nuestro País surgiera de sus miserias y se transformara para siempre.

Tal vez nunca supe por qué, pero de resultas de la guerra nunca más le pedí nada a Dios porque sentí que me había defraudado. Esto es personal. No sé si fue soberbia, falta de Fe y de aceptar que se "hiciera su voluntad así en la tierra como en el cielo". Pero me costó por muchos años recuperar la confianza de "pedir que se os concederá". Solo pedíamos morir por nuestra Patria y es el día de hoy que casi 40 años después ando a los tumbos, "flojo de papeles" y no le pido nada para no volver a sentir esa horrible sensación de que Él me había fallado. Creo en Él y en su Santa Madre, pero prefiero no molestarlos con "pavadas".

Llegan helicópteros ingleses

Recuerdos de R. B.

Un día fue toda la Sección a la casa, se jugaba un partido del mundial 82 y había una radio. Sentados en el suelo, recostados algunos, todos escuchábamos el partido, una escena de Fellini. Llegó la noche y el Capitán me sugirió que la Sección durmiera en la casa, dudamos un poco, pero al final aceptamos. Estábamos durmiendo y de pronto nos despertó un ruido muy potente de helicópteros, se percibía por el sonido que eran varios. El Jefe de Compañía ordenó regresar a las posiciones y fuimos saliendo por grupos.

Cuando ya salía el Jefe me tomó de un brazo y me dijo: "Nadie abre el fuego, nadie"

Antes de ir a nuestro pozo y con los helicópteros encima, sí encima nuestro, pasamos por todos los grupos para que se preparen para los contraataques y recién ahí nos fuimos a nuestro pozo con Pedrozo, pero nos quedamos en la boca de entrada y él vio un helicóptero prácticamente arriba nuestro y me empezó a decir que le tiráramos, yo le decía "No, ordenaron no abrir fuego" y ahí seguía el tremendo aparato llenándonos de viento y agua que levantaba del piso, "Tirémosle, tirémosle está acá, está acá"... y no tiramos, hasta el día de hoy pienso en eso y en qué hubiera pasado.

No puedo decir que me arrepiento, pero sí asegurar que la duda aún me carcome y no me cierra el momento, peor que el arrepentimiento.

Cruce a Bahía Fox Este – Aero–abastecimiento

El 19 de mayo recibí la orden de apoyar la recepción de víveres que se haría el 20 mediante un aero–abastecimiento, con un avión Hércules de la FAA y que debía informar a la Compañía para evitar el fuego amigo. Coordiné con el Logístico y empecé la marcha hacia Bahía Fox Este donde ya se encontraba un equipo de control aéreo a cargo del 1er Teniente D Horacio Alzamora y el Teniente D. Rodolfo Yuse y 2 Suboficiales de Fuerza Aérea para dirigir la complicada y peligrosa misión. Este grupo selecto de hombres y sus equipos llegaron y se fueron en un helicóptero de FAA, son los que se instalaron en el lugar un día antes y coordinaron la llegada del avión ya sea para brindar apoyo de fuego o arrojar abastecimiento cuando

no hay otra opción. Es una operación crítica ya que tan solo un piloto puede guiar a otro piloto u otros hombres muy experimentados desde que despegan. El vuelo al ras del mar de ese gigante del aire tan vulnerable y luego la precisión de lanzar las cargas sostenidas con paracaídas negros y luego el escape más peligroso aún, ya que para lanzar tuvieron que tomar altura exponiéndose a la detección de un radar inglés aéreo o naval.



En las primeras horas de la tarde me reuní con el Capitán Aníbal Medina Segundo Jefe de Ingenieros, el "hereje" de los alfajorcitos y el Teniente Primero Giglio y en un jeep nos dirigimos a la punta sur de la posición para ver la aproximación. Minutos después vimos aparecer desde el fondo de la bahía a un punto negro que se desplazaba a ras de las olas. Era un día claro y con poco viento, ya cerca de donde estábamos esa majestuosa aeronave levantó un poco su altura de vuelo para facilitar la apertura de los paracaídas de carga.

Sus luces encendidas, su portalón de lanzamiento y sus hombres, los vimos en detalle a no más de 50 metros de altura con su bandera argentina y su franja amarilla en la cola.

La Fuerza Aérea en Malvinas

OF s/n. C-130H, matrícula TC-66, indicativo ACUARIO. Misión: abastecimiento aéreo. Tripulación: mayor Rubén O. Palazzi y vicecomodoro Julio C. Sanchoeta, vicecomodoro Roberto C. Tribiani, suboficial auxiliar Juan C. Romero, cabo principal José J. Torres, y suboficiales principales Américo A. Arévalo y Carlos A. Sánchez. Despegó de Comodoro Rivadavia a las 08:05, sobrevoló la BAM Malvinas y no aterrizó por viento fuera de norma; regresó con una PAC orbitando en la zona. Arribó a Comodoro Rivadavia a las 13:30, con la carga a bordo.

Rol de combate radar TPS-43 Malvinas: primer teniente Juan Carlos Romero y cabo primero Juan Carlos Nievas.

OF s/n. C-130H, matrícula TC-63, indicativo GALLO. Misión: abastecimiento aéreo. Tripulación: vicecomodoro Roberto J. Noé, mayor Roberto Briend, capitán Osvaldo H. Bilmezis, suboficial mayor Modesto Cufre Vianey, cabo principal Carlos A. Goñiz, suboficial ayudante Juan E. Marnoni y suboficial auxiliar Juan C. Romero. Despegó de Comodoro Rivadavia a las 12:20 y aterrizó en la BAM Malvinas a las 15:20. Emprendió el regreso a las 15:35 y arribó a Comodoro Rivadavia a las 18:05.

Rol de combate radar TPS-43 Malvinas: teniente Guillermo Saravia (smd).

OF s/n. C-130H, matrícula TC-64, indicativo PATO. Misión: abastecimiento aéreo con entrega por lanzamiento de contenedores A-22. Tripulación: vicecomodoro Alfredo A. Cano, capitán Juan C. Hrubik, vicecomodoro Eduardo R. Servático, suboficial mayor (R) Salvador Gilberto, suboficial mayor (R) Guillermo M. Aguirre, suboficial auxiliar Eduardo A. Fattore y suboficial ayudante Néstor A. Molina. Despegó de Comodoro Rivadavia a las 14:05 y regresó a las 18:35. Entregó por lanzamiento diez contenedores con 9500 kg de carga, en Bahía Fox.

Rol de combate radar TPS-43 Malvinas: teniente Guillermo Saravia (smd).

El Equipo de Control de Combate (ECCO), a cargo de los primeros tenientes Rodolfo Yuse y Horacio Alzamora, habían arribado el día anterior en un helicóptero y se incorporaron al Regimiento de Infantería 8 (RI 8) que tenía a su cargo la defensa de Bahía Fox. Yuse⁴² le informó al jefe del Regimiento los detalles de la misión de reabastecimiento por lanzamiento. Mientras buscaban la zona más apta para recibir la carga, fueron sobrevolados por dos aviones Pucará que debieron alejarse al recibir fuego de la propia tropa. Ante la situación, se solicitó al jefe de la compañía que explicara al personal que se aproximaba un C-130H a lanzar abastecimientos y se le brindó detalles para que lo reconocieran.

Con la experiencia recogida en la entrega anterior, se marcó una zona de lanzamiento, de manera tal que el avión la observara cualquiera fuese el rumbo de entrada. A las 16:00, se arrojaron sin novedad los diez contenedores. Tres cayeron en el agua a consecuencia del fuerte viento reinante, pero fueron recuperados. A pesar de las advertencias, cuando el avión sobrevoló las posiciones del RI 8, la propia tropa abrió fuego contra el Hércules. La jefatura del RI 8 se comunicó con el primer teniente Yuse, se disculpó y le informó que el responsable, un subteniente que dio la orden de disparar, había sido sancionado y relevado de su puesto.

Luego de la misión, el Equipo de Control de Combate quedó incomunicado con sus mandos en Puerto Argentino. Yuse y su gente se pusieron a las órdenes del jefe de la Compañía de Ingenieros 9 del Ejército, y pasaron a integrar el pelotón del comando de dicha unidad.

Exploración, reconocimiento y tareas especiales

Se efectuaron diecisiete salidas de exploración y reconocimiento sobre el litoral marítimo, incluidas ocho de reconocimiento ofensivo.

⁴² Testimonio del vicecomodoro VGM (R) Rodolfo Yuse a la Comisión BANIM.

Sobre nosotros empiezan a caer negros paracaídas con la preciada carga de víveres secos, ropa, cartas, medicamentos y esperanzas y ese gigante del aire mueve sus alas en señal de saludo junto con los Suboficiales responsables del lanzamiento que desde el portalón trasero aún abierto nos veían y saludaban con cariñosos gestos. Giró hacia el oeste y luego al sur, bajando nuevamente su altura y en ese momento desde la posición de Bahía Fox Oeste se inicia un intenso tiroteo de armas livianas. Me quería morir de la vergüenza y de dolor. Gritamos como locos mientras el Hércules se zambullía hasta casi tocar el agua. ¡¡¡Pensé que se estrellaba en el agua!!! y contuve la respiración mientras las lágrimas corrían por mi cara. ¡Por Dios! ¡Esa imagen del avión alejándose a ras del agua no la olvidaré jamás! Le pedí perdón como pude a los hombres de la Fuerza Aérea, a ellos, a los pilotos, a los hombres de la Fuerza Aérea que aún no salían de su sorpresa. Les pedí perdón en nombre de la Infantería Argentina y me fui cabizbajo de regreso, entristecido y humillado. Sabían que estas cosas pasaban en las guerras, pero una cosa es imaginarlo y otra cosa es vivirlo. ¡Que desesperación!

Recuerdos de R. B.

Una tarde, temprano diría que después del mediodía, se acerca a la posición el Capitán Godoy y me avisa que habrá un aerobastecimiento, me ordena avisar a todos sobre eso y hacer especial énfasis en que nadie abriera fuego. Así entonces reunimos a la Sección y la pusimos al tanto, explicamos lo que era, describimos el avión y la franja amarilla que traería pintada, hicimos descargar los fusiles y abrir la tapa de las MAG. Regresaron todos a sus posiciones y luego fuimos posición por posición repitiendo lo mismo y verificando que nadie tuviera el cargador colocado y que las ametralladoras no tuvieran la banda puesta y tuvieran las tapas abiertas. Volvimos a nuestro puesto y nos quedamos allí esperando ver el vuelo. Era una tarde muy clara y vemos aparecer el Hércules desde el Este volando bajo, sobre el agua de la Bahía y empieza a largar los bultos, los paracaídas se abren y caen varios al agua. Insultamos, puteamos, pero seguimos viendo el lanzamiento, el C-130 venía del Este y lento, cuando dejó el agua atrás y comenzó a sobrevolar las posiciones en tierra escuchamos disparos bien al noreste de donde estábamos, el avión siguió su vuelo y el fuego iba aumentando. Pedrozo y yo gritamos hasta que oímos y vimos que también nuestra Sección, con el Hércules ya elevándose, le tiraba y dispararon hasta con una ametralladora. Pedrozo se me adelantó, llego a la posición y pateó el

arma que ya no tiraba pues se había trabado. El avión desapareció y recorrimos las posiciones.

Efectivamente varios habían disparado, como el resto de las compañías. Mi comentario en ese momento fue algo así como "Y sí, seguro que al soldado NN no le avisaron y tiró y arrastró al resto". Me fui a buscarlo al Jefe de Compañía y le informé lo ocurrido, no recuerdo que me dijo, pero sí coincidíamos en que le habían tirado de todos lados.

Experiencia de la exploración y patrullas. Unos héroes.

Aunque parezca mentira el conocimiento de las acciones que hacen los demás integrantes del Regimiento se conoce solo cuando hay necesidad de ajustar la coordinación. Sobre todo, en nuestra condición de "extraños".

Sabíamos que a cargo del Capitán D. Roberto Eduardo De Feliú se ejecutaban patrullas de exploración en dirección al Sur-Oeste, hacia el interior de la isla Gran Malvinas. El "Pucho" De Feliu, como le decimos sus amigos, es uno de los más viejos de la Promoción. Su voz ronca y sonora, su andar tranquilo y ese aire especial que tienen los nacidos en la "República de Liniers" completaban el perfil de un experimentado veterano de la vida.



Bahía Zorro.

Su padre, Don José María De Feliu, un Suboficial de la Fuerza Aérea de voz ronca y carcajada fácil, nos visitaba en nuestro primer destino y nos reuníamos con Rubén Teófilo Figueroa y nos acompañaba en nuestra soledad y nos cantaba la "justa de la vida". Quién iba a decir que, con su hijo, el "Negro" Figueroa un extraordinario Comando de la 601 que contraatacó y puso en fuga una emboscada de comandos ingleses, terminaríamos siendo Hermanos de la Turba.

También conocíamos que la Sección Exploración a cargo del Teniente D. Miguel Ángel Villanueva, un oficial bajito, de bigote atrevido, con cara aniñada de ojos claros, excelente oficial, cumplía su misión de sacrificio y salía con sus hombres hacia una altura que estaba al Sur del resto de las posiciones expuesto a la cruda intemperie y muy pocos recursos.

Que tarea sacrificada y valiente la de estas patrullas, que estoy seguro que fueron las tropas terrestres argentinas que más al Sur y al Oeste llegaron, cubrieron posiciones de exploración de combate bajo la permanente amenaza de los aviones y comandos ingleses.

Recuerdos de R. B.

Recuerdo como una de las experiencias tácticas relacionadas con la Inteligencia, a las Patrullas de Exploración y los Puestos de Observación y Vigilancia adelantados. Había dos subtenientes, creo que uno se llamaba Villanueva, eran los dos bajitos y partían por varios días a ubicarse en alturas bastante lejos de las posiciones para alertar sobre el enemigo. Eran realmente un muy valioso recurso táctico. Pero lo más destacable era el sacrificio, la perseverancia y la constancia con que hacían su trabajo.

Patrulla externa

Recuerdo que una vez pidieron a un par de soldados de mi Sección para integrar una de esas patrullas. Eran "patrullas" mientras caminaban hasta su posición y allí al llegar se convertían en Puestos de Observación y Vigilancia que transmitían con Radios Thompson británicas curiosamente, pero de provisión en el EA, muy buenas. Llegó el Subteniente a buscarlos y se formaron afuera de la casa de la Compañía C.

Los despedía, no eran más de cuatro. Hicimos una oración, les hablé ya no recuerdo de qué y los vi partir. Iban con paletas de cordero colgadas al hombro, y pedazos de leña. Una radio y baterías de repuesto –creo–, pero era increíble que esos hombres en condiciones tan precarias pasaran no menos de cinco días allá arriba, donde el

viento, el aislamiento y el peligro los acechaba. Lo del peligro es cierto, si mal no recuerdo una de las patrullas o puestos fue una vez destacado hacia el Oeste de la posición central o Punto de Apoyo donde estaba la masa del Regimiento, desde donde se tenía una buena visión del ingreso al estrecho de San Carlos.

Avisó sobre la aproximación de una fragata por radio y unos minutos después la primera ráfaga les cayó encima. Solo podían alertar y buscar un cambio de posición antes de ser atacados pues eran fácilmente localizadas por los radares británicos sus señales de radio. Pasaban, como dije, no menos de cinco días en sus puestos. Los veíamos salir y luego a poco de pasar la primera línea y los campos minados se perdían de vista, pero allá estaban, eran -junto con el radar Rasi- los ojos de toda la Unidad.

Muerte en la patrulla

A mediados de mayo llegó un estafeta muy cansado y alterado para comunicar que en la casa donde se había refugiado una de las patrullas, se había desatado un incendio y había muertos. Hubo una alerta generalizada y entre el apuro por ir a brindar apoyo y la posibilidad que el fuego hubiera sido por una acción enemiga se conformó una fracción y allá fuimos casi al trote.



Sección Exploración.

Cuando llegamos el espectáculo era horriblemente primitivo. En el medio de la nada. Entre los restos de una casa-refugio que los kelpers usaban en sus salidas, había cuerpos calcinados hasta los huesos, algunos quemados gemían su dolor y otros tratando de ayudarlos lloraban en silencio. Brindamos seguridad al lugar mientras se asistía a los quemados y se recolectaron los restos y empezamos un tristísimo regreso.

La versión que tengo del hecho es que la patrulla se desplazaba de noche y con lluvia y ateridos y agotados encontraron una casa y se refugiaron en ella. Lo demás es historia.

Esa tarde noche se ordenó una formación del Regimiento y se procedió a enterrar los muertos y rendirles honores. Un clarín que había venido con el Regimiento puso en el aire un sentido toque de silencio en la casi noche malvinera. Un oportuno chaparrón de agua helada permitió ocultar nuestras lágrimas. Cuando el Jefe ordenó la desconcentración y sin que nadie dijera nada los soldados empezaron a cantar:

Infante soldado Argentino
Infante soldado marcial
Tu norte es ser fiel al destino
Que trazó el Gran Capitán...

Allí quedaron, solitarias, esas cinco cruces blancas, velando por nuestros sacrificios como eternos Centinelas de Bahía Fox Oeste. El Jefe de Patrulla Subteniente Díaz fue asignado al día siguiente a nuestra Compañía, era un hermoso muchacho, alto rubio, buen físico, sus ojos claros miraban sin ver, sus lágrimas sin sollozos caían como un velo triste que trataban de borrar ese horror que le había tocado vivir sin estar preparado. Le brindamos unos mates amargos y largos silencios acompañados que son más tolerables, tal vez que mil palabras. No sé qué fue de la vida de ese joven oficial, que era hijo del General Mario C. Díaz que ocupaba un alto cargo en el Ejército, seguramente habrá seguido su carrera exitosa con esa tremenda cicatriz que le dejó Malvinas.

El cementerio

Recuerdos R. B.

Estaba ubicado al oeste del Puesto Comando o del caserío y al Suroeste de la posición de mi sección. Era una pendiente ascendente suave, verde toda y curiosamente cuando nevaba esa zona quedaba siempre verde. Era el mejor lugar para los muertos, pero el peor para los vivos ya que, todos los que bajaban desde las posiciones lo veían, con sus cruces que fueron en aumento, no muchas, no recuerdo las bajas; sólo el Cabo que conduciendo un tractor pisó una mina antitanque cuyo nombre sé pronunciar y no escribir, los soldados que murieron quemados en una patrulla dentro de una casa y uno que falleció de un problema irreversible gastrointestinal o algo así. Como sea, cada vez que salía del pozo era lo primero que se veía, desagradable, pobre, los muertitos no tenían la culpa, pero salir de la posición y verlo era medio feo, desagradable, triste.

Uno pensaba en ellos, en estar ahí, aunque era un lugar hermoso y en Malvinas. Más lúgubre era ver subir a los que estaban sancionados y eran los encargados de hacer mantenimiento en el cementerio. Subían como si vivieran allí –en el cementerio– unas imágenes espantosas, iban caminando desde el bajo, envueltos en mantas, ponchos impermeables y llevaban alguna pala o algo en la mano, eran de forma no humana, todos cubiertos de abrigo, como unos pilares gigantes, como unos penitentes y se agachaban a acomodar la tierra, enderezar cruces y pasaban horas y horas allí. Era un lugar hermoso, pero poco alentador, más conociendo las circunstancias de las muertes.

Un día, en mis frecuentes visitas a la enfermería, encuentro afuera a un soldado que revolvió el tacho de basura, gasas, papeles, algodones, algunos manchados en sangre. Inmediatamente lo tomé del brazo y lo llevé adentro, le conté a uno de los médicos y lo atendieron. Falleció al día siguiente o esa noche, el diagnóstico era una “gastronosecuanto” pero era un caso que ya había pasado el punto de no retorno por la desnutrición, el cansancio y el quebranto del espíritu. Agotado en el sentido cabal, no daba más, no había retorno. ¿Qué hacía allí? Simplemente deambulaba.

No era fácil mantener el control de todo el personal en las posiciones. Por ahí uno salía a ver a otro, algunos salían a buscar comida o simplemente a “caminar” y se perdían, deambulaban -pocos- entre la zona interna de la posición del Regimiento.

Un día vemos venir con Pedrozo a uno hacia nuestra posición. Lo detuvimos en su camino y le preguntamos a donde iba, con una voz que no se puede reflejar en el papel –agitada, sin aire para producir sonido– nos dijo: “Voy para la compañía” y le dijimos que era para el otro lado y con esa voz que era puro cansancio nos dijo: “Si, es que salí para allá y el viento me trajo para acá.

Jura de la bandera

Si hay una ceremonia que queda grabada a fuego en la memoria del soldado es la jura de la Bandera de Guerra. Este acto que reúne una cantidad de gestos simbólicos debía hacerse con los soldados de la Clase 63 que llevaban casi dos meses de incorporados y eran acechados por el espectro de la muerte sin haber jurado morir defendiendo la bandera de la Patria. Que absurda ironía. No se podía esperar hasta el 20 de junio.

En ese contexto el jefe del Regimiento ordenó una formación en el medio del dispositivo defensivo. Allí se reunió la tropa, los Oficiales y Suboficiales se desplazaron detrás del abanderado, envainaron sus sables, que es su símbolo del mando y de ese modo dejaron a los soldados solos frente a la bandera de Guerra de su Regimiento. Allí el Teniente Coronel Repossi dijo sus palabras alusivas y terminó con la fórmula que se remonta muchos años atrás y que se repite en todas las Instituciones de la Fuerzas Armadas de la Nación.



¿Juráis a la patria seguir constantemente su bandera
y defenderla hasta perder la vida?

Se inflaron los pechos y estalló el **"SIJURO"** que conmueve a todo argentino bien nacido y estremece a aquellas personas que visten uniforme, aunque hayan pasado muchos años desde que lo hicieron.

Duele mucho cuando la guerra no te permite cumplir tu juramento y sobrevives como puedes con mucha pena y poca gloria, esa promesa incumplida. Luego los soldados ya juramentados desfilaron solos rindiendo honores a la bandera cantando "Aquí está, la bandera idolatrada, la enseña que Belgrano nos legó..." Sí, sí, la misma que aprendimos en la escuela primaria. Este acto en Bahía Fox Oeste de la Isla Gran Malvina rescató de los recuerdos más queridos, mi juramento cuando era cadete de 3er año del Liceo Militar General Espejo un 20 de junio de 1963.

Recuerdos del soldado C/63 Álamo Ramón

Pasaron los días con los hechos ya contados por otros compañeros hasta que llegó el 26 de abril, día de la jura de la bandera y es el día de hoy que todavía se me llenan los ojos de lágrimas cuando me acuerdo. Gracias a Dios la tengo conmigo a ***Doña Ramona que siempre nos decía que no había que jurar en vano. Había que cumplir ese juramento y yo creo que hay derechos y obligaciones y el soldado Argentino a partir del 1° de mayo demostró que estaba dispuesto a cumplir su Juramento de defender a la Patria. De pronto estaba dispuesto a morir por esa tierra inhóspita.***

Recuerdo que un día de mayo entraron dos Sea Harrier, fue una mañana yo andaba caminado al pedo y me ofrecí a traerles agua a mis compañeros de pozo. Cuando ví los aviones corrí unos cuantos metros hasta esconder mi cabeza y parte de mi cuerpo debajo de unas piedras que estaban en forma de un triángulo metí la cabeza y paso el avión tirando una ráfaga y después tiró una bomba a un galpón que estaba del otro lado de la Bahía. Después me di cuenta que en esos escasos minutos recé todo junto, hasta lo que no sabía.

Así pasaron los días, y así como la guerra tiene cosas malas también tiene buenas: buenas, por ejemplo, me dio dos hermanos especiales soldados Clase 63, José Alessio de Córdoba y Hugo Bowen de Dolovan a orillas del río Chubut, con quienes vivimos 50 días en un pozo compartiendo todo, todo. ***Después de 35 años me reencontro con ellos y sintieron conmigo que ese lazo que nos unió, no se romperá jamás sin importar el tiempo que pase porque ellos son los hermanos que me regaló Malvinas, los Hermanos que me regaló la Patria.***

Somos muy diferentes, Hugo es pelirrojo yo soy negro y José es rubio, pero siempre hablamos que si nuestra sangre se mezclaba

porque nos cagaban a tiros en combate iba a ser igual porque era sangre de soldados Argentinos.



Los médicos y el serrucho

Un domingo soleado a mediados de mayo comíamos con los del Pelotón Comando de compañía y sentimos hacia el noroeste de nuestra posición, una solitaria explosión y una delgada columna de humo gris. No era normal pero tampoco tan extraño, no se había dado ninguna alerta, así que seguimos comiendo nuestro escaso almuerzo. Minutos después llegó un soldado de la enfermería pidiendo un serrucho. "Punchi" Barreiro, hombre de múltiples recursos sacó de no sé dónde uno viejo de carpintería. Se lo dimos y le pedimos que le avisara al Doctor que tenía un cuchillo de acero inoxidable que tenía una pequeña sierra cerca de la empuñadura. Al rato volvió buscando el cuchillo y se lo di a la apurada estafeta.

No conforme con eso me fui a la enfermería y presencié el hecho humano más conmovedor y la violencia más cruel de la guerra me pegó un golpe brutal que aún me conmueve.

En un improvisado quirófano armado en un comedor de una casa kelper, sobre una precaria camilla de madera que el "Tino" Guzmán había construido como colaboración, bajo una mortecina luz, con sangre y gasas por todos lados, rodeado por los Señores Suboficiales Enfermeros, me encontré con

el Dr. Olivé sentado en la cabecera e inyectando anestesia local no sé dónde y hablándole al oído a un cuerpo joven, sucio de barro y sangre; el Mayor Médico Chovancek, especialista en obstetricia, a la derecha colaborando con el Tte Primero Médico Gadán que, en su condición de neurocirujano, sin instrumentos, terminaba de amputar la pierna izquierda del Cabo Conductor Motorista Juan Waudrik y cubría con la piel de los gemelos el muñón para dejarlo apto para una futura prótesis. Pero ese muchacho de 19 años no tenía futuro y se murió delante nuestro, desangrado.

La desesperación y el llanto de esos médicos quedará para siempre en mi memoria porque mi afiebrada imaginación me retrotrajo a la lucha por salvarle la vida al Sargento Cabral o al Capitán Bermúdez a quien también le cortaron la pierna y murió después del combate de San Lorenzo. Me imaginé casi la misma situación de escasez de medios y la misma desesperación por sostener la vida que se les escapaba de las manos a esos Héroes de Blanco que lloraban conmigo.

Los médicos eran el Teniente Primero Guillermo Olivé (Radiólogo), orgánico del Regimiento, el Teniente Primero Médico Roberto Gadán (Neurocirujano) y el Mayor Médico Jorge Chovancek (Obstetra). Los dos últimos habían desembarcado en el muelle de Bahía Fox Oeste, vestidos de uniforme de combate, sin otro equipamiento que sus bolsones portaequipos personales y con caras de “que hacemos nosotros aquí.

Vaya para estos Médicos Militares mi más profundo homenaje y espero que sepan que los integrantes de la Compañía de Infantería C del Regimiento 8 no los olvidaremos jamás.

Sé que otros médicos militares con más medios lograron sobrados y merecidos reconocimientos, pero estoy seguro que, a estos médicos movilizados o periféricos, los de la trinchera, los que deben contener el dolor sin anestesia, seguramente los olvidaron como hicieron con nosotros.

Recuerdos de R. B

Los médicos, los Suboficiales Enfermeros y los soldados Camilleros mantenían la enfermería como podían, con el tiempo los medicamentos y los insumos se agotaban. Varios soldados habían perdido un pie por las belugas o minas y se consumían todo el antibiótico.

En el aeroabastecimiento les había llegado algo, pero recuerdo que uno me comentó que le habían mandado material para cirugía pediátrica.

Hacían lo imposible y puedo decir que su trabajo fue sobresaliente por la escasa cantidad de enfermos que había. En una sala estaban los heridos, todos acostados, con unos vendajes inmensos, en otra atendían a los que iban diariamente a hacerse revisar.

Un mediodía estaba en la casa con parte de la sección y de pronto escuchamos una fuerte explosión, pues fue cerca, en un camino. El Jefe de Compañía ordenó que nadie saliera y salió él solo. Al rato regresó corriendo y agitado, y me dijo: "Pelado dame el serrucho", lo busqué y se lo di. Era un serrucho "costilla", esos rectangulares, para hacer cortes rectos. Lo había encontrado en un lugar donde daban misa, lo limpié y con una pinza que tenía traté de trabarle los dientes pues así se "afilan" los serruchos. Lo tenía siempre cerca mío, no sé para qué. ¿Qué había pasado?

Un tractor conducido por un Cabo cuyo apellido sé pronunciar, pero no escribir se aproximaba trayendo un acoplado cargado con ovejas. Venía por el camino y por el hielo una rueda resbaló y pisó una mina antitanque que virtualmente partió el tractor en dos y le sacó una pierna al Cabo, lo llevaron a la enfermería donde lo operaron.

Godoy, silencioso y abrumado, regresó y luego nos contó que al terminar de cerrar la herida el Cabo dio un suspiro agónico y falleció.

Recuerdo Subteniente Salaverri

Octavo Suceso

Otra publicación británica (<https://www.eliteukforces.info/special-boat-service/operations/fox-bay/>) (traducido - Operaciones de SBS - West Falklands - Fox Bay Fecha límite: 26 de mayo de 1982), marca que una vez que los ingleses estuvieron firmemente establecidos en la Isla Soledad, "el batallón argentino estacionado en Fox Bay, West Falklands, podría reunirse para atacar los flancos británicos mientras se preparaban para marchar sobre Stanley. Había que hacer algo para hostigar a las fuerzas argentinas en la zona y mantenerlas ocupadas. Sin querer comprometer una Unidad a gran escala para atacar Fox Bay, los planificadores británicos decidieron utilizar una combinación de fuego naval y fuerzas especiales. Por esta causa decidieron realizar una operación de engaño y al mismo tiempo de hostigamiento de manera de mantener aferrado al Regimiento y a la Compañía de Ingenieros en sus posiciones en Bahía Zorro, la citada publicación la describe detallando; "Un equipo de 2 especialistas en Apoyo de Disparos Navales (NGS) de 148 Commando Forward Observation Battery, escoltados por un equipo de protección y

entrega del Special Boat Service (SBS) de 5 hombres, fue insertado a 5 millas al sur de West Head por el HMS Plymouth.

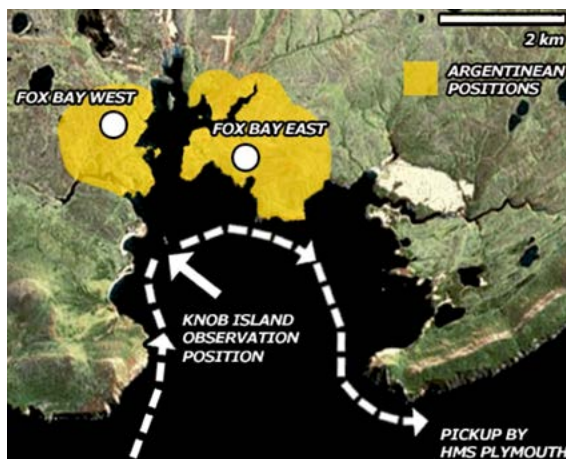


Gráfico de la acción de SBS.

El equipo 148 Commando estaba dirigido por el capitán Hugh McManners, quien había acompañado al SBS en su misión de despejar Fanning Head (Lugar del desembarco británico en la Isla Soledad el 21 de mayo de 1982, Martín Miguel de Güemes es el nombre argentino). El equipo utilizó un bote inflable rígido Gemini para el peligroso viaje. El SBS tomó una ruta que seguía la costa, para evadir de esta manera, los operadores de radar enemigo, aprovechando las características que ésta brindaba". Continúa; "Aunque oculta, la ruta causó otros problemas, un tipo de vida marina espesa, similar a las algas conocido como Kelp, obstruyó los motores fuera de borda del bote.

El Kelp era tan espeso cerca del punto de llegada propuesto que el equipo decidió actualizar sus planes y establecer su OP (puesto de observación) en Knob Island, que permitía observar a Fox Bay West y Fox Bay East. Una vez que Knob Island fue reconocido por el SBS, los observadores del 148 Commando instalaron su OP y trazaron una lista de objetivos, enviándolos por radio al HMS Plymouth, que hizo entrar en posición a su línea de armas."Con las correcciones proporcionadas por el 148 Commando, el HMS Plymouth bombardeó depósitos de combustible y depósitos de munición argentinos".

Finaliza diciendo: "Completada la misión de artillería, el SBS ahora tenía el desafío de recuperarse a sí mismo y al equipo de FO.

Debido a problemas con los motores fuera de borda de su barco y al enfrentarse a fuertes vientos y corrientes, el SBS fabricó una vela con remos cruzados y un poncho.

Las fuerzas argentinas en Fox Bay, ahora realmente incitadas por el bombardeo, disparaban con artillería antiaérea y con ametralladoras hacia el mar, con la intención de alcanzar al HMS Plymouth. Si bien este fuego fue intenso y ciego, se acercó al equipo del SBS / 148. Mc Manners pidió mayor volumen de fuego naval para cubrir el repliegue. Fue un trabajo riesgoso, pero finalmente el equipo fue recogido por el HMS Plymouth”.

Noveno Suceso

Los ingleses no se habían equivocado al conjeturar que el Regimiento podría obstaculizar el desarrollo de la operación principal, que podría llevar a Cabo un ataque con objetivo limitado, buscando a Puerto Argentino, razón por la que resolvieron ejecutar un operación complementaria y concurrente por medio de acciones de fuego naval sobre Bahía Zorro, con la finalidad de mantener neutralizadas a las tropas emplazadas en el lugar.

Y digo que no se equivocaron, dado que el Jefe de Regimiento 8 recibió a fines mayo o principios de junio, la orden de alistar la Unidad para ejecutar una operación ofensiva en la Isla Soledad sobre la retaguardia del dispositivo enemigo, en la cual debía utilizarse el ARA Bahía Buen Suceso como medio de transporte.

De aquí entonces que la operación desarrollada en el octavo suceso, era en realidad una operación donde el “148 Commando Forward Observation Battery”, con el apoyo del SBS, ejecutó el reconocimiento de las posiciones con la ubicación de los blancos más importantes, para dar lugar a que el HMS Plymouth iniciara esa noche la citada operación, con el fuego de sus cañones y que se prolongaría durante otras noches, con la participación de diferentes buques hasta el 6 de junio.

Cabe señalar que la artillería naval es sumamente eficaz para el logro de este objetivo, dado que utiliza cañones de tiro estabilizado giroscópicamente que pueden disparar repetidamente un gran volumen de fuego por minuto y un sistema de puntería computarizado que disminuye los tiempos para las correcciones y transporte de tiro.

Esta capacidad genera para quienes son destinatarios de sus proyectiles, en este caso nosotros, un efecto que inicialmente paraliza por el ruido, la forma en que tiembla la tierra durante su ejecución y los cráteres que dejan sobre la superficie.

El Jefe de la Compañía de Ingenieros 9 afirma en una publicación (<http://fundacionmalvinas.blogspot.com/2019/06/la-historia->

de-la- compania-que-engano. html) que “según datos ingleses, recibimos más de 3.000 cañonazos.

En este sentido y a modo de ejemplo, la Fragata Plymouth que accionó sobre Bahía Zorro, disparó 909 proyectiles de 4,5 pulgadas durante el transcurso de la guerra, señala (<https://www.eliteukforces.info/special-boat-service/operations/fox-bay/>).

Cronología

A fin de ordenar los recuerdos y la información existente al respecto, me apoyaré en algunas publicaciones, entre ellas “De Prelim a Sutton-Historias del SAS y SBS en Malvinas”, donde Javier Guerrero desarrolla acciones relacionadas con los bombardeos navales sobre Bahía Zorro.

- 17 de mayo, un poco antes, a las 12:24, los aviones XZ191 y XZ192 pilotados por el Lt Cd Gordon Bat y Flt Lt Ted Ball, despegaban del HMS Hermes en misión de reconocimiento armado sobre Goose Green, Bahía Fox y Port King.
- 19 de mayo a bordo del HMS Hermes, bien entrada la mañana, se recibe la orden en el 801 NAS de prepararse para una misión con bengalas Lopus sobre Darwin y Bahía Fox entrada la noche.
- 26 y 27 de mayo se ejecutaron incursiones realizadas sobre Bahía Fox y Port Howard como culminación a los planes de reconocimiento y neutralización en lugares de posibles pistas de aterrizaje.
- 29 de mayo la HMS Arrow bombardea la zona de Bahía Zorro.
- 30 de mayo, se volvieron a repetir los cañoneos navales luego de las primeras nevadas.
- 31 de mayo se produjeron nuevos bombardeos navales.
- 2 de junio la HMS Arrow bombardea Bahía Zorro.
- 3 de junio se repiten los bombardeos.
- 5 y 6 de junio, serían los últimos bombardeos.

Siempre los fuegos fueron ejecutados de noche, durante las madrugadas luego de las 03:00, entiendo que pudo haber más días en que hubo bombardeos y que no recuerdo o no los encontré en las publicaciones que consulté.

Propuesta del bote y el cañón

Era tanta la impotencia que sentimos en la noche que comenzaron los bombardeos, ya que las armas que disponíamos no estaban en alcance del o los buques, que se posicionaban en el ingreso a la bahía y sin ningún tipo de obstáculo ejecutaban sus fuegos en el tiempo y de la forma en que querían, que algo había que hacer.

Pensé entonces que la mejor manera de contrarrestar esa acción era acercando un cañón a la entrada de la bahía, de manera de estar en condiciones de disparar cuando se aproximara la o las fragatas y como por tierra era imposible llegar e igualmente no se estaría en alcance.



Cañón Czekalski 105 mm.

Le propuse al Jefe de Compañía que consiguiera un bote inflable (gomón) de la Compañía de Ingenieros 9, al cual le montaríamos un cañón Czekalski de 105 mm con el que me desplazaría hasta la entrada de la bahía a esperar a la o las fragatas.

Inicialmente parecía que la iniciativa prosperaría, pero luego la desecharon definiéndola como una locura al considerar que el rebufo del cañón hundiría el bote.

Si bien ahora resulta sencillo explicar el tipo de operación que realizaron los ingleses en Bahía Zorro, hasta que comenzaron los primeros enfrentamientos en proximidades de Puerto Argentino, no sabíamos o mejor dicho podía suponerse que los bombardeos formaban partes de los fuegos de desgaste previos a un desembarco, razón por la cual resultaba muy importante la vigilancia, en términos de observación y patrullaje.

Las patrullas nocturnas si bien se habían transformado en una rutina, se interrumpían cada vez que comenzaba un bombardeo, inicialmente buscábamos protección en la posición más cercana, con el correr de los días y la frecuencia de estos bombardeos nos

fuimos acostumbrando a observarlos y recurríamos a las posiciones si veíamos que disparos comenzaban a estallar cerca.



Bote inflable de Ingenieros.

Esto motivó que durante la siguiente noche se observara la citada ventana para ver si sucedía lo mismo y efectivamente la luz verde se prendió como haciendo señas y luego sobrevino el bombardeo, por lo que el oficial de Asuntos Civiles ingresó al domicilio y encontró unos equipos de comunicaciones del tipo de radioaficionados, según comentaron.

Recepción de la orden 1001/82.

Mientras esta situación transcurría, y tal cual se expresara anteriormente, el Jefe de Regimiento recibe la orden de alistar la unidad y trasladarse a la isla Soledad para ejecutar una operación ofensiva sobre las tropas desembarcadas. No estábamos en las mejores condiciones para hacerlo, dado el desgaste producido por la cantidad de días que hacía que estábamos en las posiciones, no obstante, la orden llegó y había que prepararse, sin saber en ese momento que resultaba imposible utilizar el ARA Buen Suceso para cruzar el estrecho ya que estaba varado y no se podía reparar.

Así es que en esos días comenzó a verse un movimiento que hasta ese momento resultaba inusual en el Regimiento, donde se observaba el área de logística preparando las cargas de efectos generales y munición, tratando de encontrar la forma de trasladarlas

y a las compañías que pusieron en marcha un plan de instrucción que incluía particularmente marcha (a pie) y la práctica de tiro.

En este contexto la Sección ejecutaría sesiones de tiro en un sector de la playa, en las que nos dimos cuenta de la falta que hacía tirar, no solo para mejorar la precisión, sino también para que el personal ganara confianza. A los pocos días la orden quedaría sin efecto por la imposibilidad del traslado y por la distancia que ya había ganado el avance inglés hacia Puerto Argentino." Fue un momento interesante que nuevamente puso de manifiesto el aplomo de los soldados y el compromiso con la misión, haciendo un esfuerzo para mejorar y estar en condiciones de entrenamiento.

Décimo Suceso

El sábado 5 junio alrededor de las 04:00, nos sorprendimos al ver las luces de un buque en la entrante de la bahía, luego supimos que era el buque hospital ARA Bahía Paraíso que venía a evacuar a los heridos y a las tripulaciones del Río Carcarañá y el Bahía Buen Suceso, embarcándose con un helicóptero Puma 19 heridos y 52 civiles y a su vez desembarcaron medicamentos, instrumental y víveres, lo cual representó una muy buena, necesaria e inesperada noticia.

Ataque a Darwin-Goose Green

Del desembarco en San Carlos poco puedo contarles ya que, entre la lluvia, los pozos inundados y las prácticas de contraataque, no quedaba mucho más que tuviéramos ganas de hacer, a esa fecha llevábamos más de 30 días en condiciones sumamente precarias. Lo único que puedo relatar es que vimos y sentimos una inusual actividad aérea, deduciendo que eran nuestros porque venían a baja altura, pero en realidad no los veíamos. A partir de ese día el bombardeo naval fue muy intenso, prácticamente diario. Generalmente se focalizaba en Bahía Fox Este.

Recuerdos R. B.

Lo que conté antes de los helicópteros fue luego del ataque inglés a Darwin-Goose Green y volviendo un poco a ese momento recuerdo que el Jefe de Compañía, pasada la noche de los helicópteros nos dijo que lo mismo había pasado en DarwinGoosse Green: "Que habían hecho una exploración en Fuerza con los helicópteros y a la vez habían bajado para poner balizas y señales" y "Que habiendo

pasado lo mismo teníamos que estar preparados para el ataque en cualquier momento”. Al mediodía solía ir a la casa a calentarme un poco y a charlar con el Capitán, tocamos el tema del ataque a Darwin–Goose Green y la posibilidad de que nos ocurriera lo mismo. Recuerdo que yo opinaba que era descartable, que no distraerían Fuerzas inglesas para la “Gran Malvina”, no representábamos peligro alguno. Bastaba con tenernos cercados logísticamente y con los bombardeos navales, había un pedazo de mar inmenso que nos separaba de la otra Isla, las opiniones eran variadas. Como sea, flotaba en el ambiente la posibilidad de un ataque.

Noticias del mundo. Radio Colonia y Radio Carve

Había un Oficial de Comunicaciones, el Subteniente Migliavaca, que hizo maravillas con los enlaces radioeléctricos. Lo visitábamos porque era el tipo más informado del Regimiento 8, escuchaba todas las radios y muchos eran los que acudíamos a recibir sus noticias y apreciaciones personales. A mí me entretenía pues veía el contraste entre sus noticias y la realidad. Era muy gracioso cuando daba las novedades, parecía un locutor. Pero sus versiones creaban ilusiones o preocupaciones para muchos. Uno escuchaba esas radios y veía o conocía lo que pasaba y había muchas veces un gran contraste increíble.

El desembarco en San Carlos lo anunciaron una mañana, con combates, la cabeza de playa daba solo para dos sombrillas de playa, pero al día siguiente ya estaban como 30 km adentro, seguíamos todo mirando los mapas ingleses. A veces oíamos alguna radio argentina, pero se escuchaban mejor las uruguayas y era deprimente sentir no sé a qué cantante repitiendo todo el día “la guerra es un bicho grande que pisa fuerte...” No entendía que transmitieran eso, hacía mal. También escuchábamos noticias alentadoras, exaltadoras, de triunfo y sabíamos que no tenían nada de cierto.

Nos desesperaba escuchar que íbamos ganando, que en las canchas de fútbol de los fines de semana transmitían los comunicados de la junta, que Argentina participaba del mundial de España y que Maradona hizo tal o cual cosa. Que dolor, que impotencia, que tristeza. En los pozos, con hambre, con frío y con miedo tratábamos de explicar las preguntas que con sus miradas hacían los soldados y sobre todo los Suboficiales que eran hombres grandes y fogueados. Casi con vergüenza bajábamos la cabeza y guardábamos silencio.

Contrainteligencia y Comunicaciones

Recuerdos R. B.

El Segundo. jefe del Regimiento, ordenó una tarde una formación frente a la casa del Administrador de las Falkland Island Company, nos adelantó que era parte de un plan de “desinformación” para el enemigo, pues se sabía que de alguna manera se comunicaban –los kelpers– con los ingleses. Allá fuimos a formar y se dirigió a todos los que allí estábamos como “Tercio del Regimiento de Infantería 8”, dando a entender que había dos tercios más que estaban en las posiciones o sólo donde sólo él sabría y –acto seguido– dijo: “Radio Moscú ha anunciado que el día de mañana nuestra posición será atacada (Sic), debemos estar listos y fuertes para culminar con una victoria... y bla, bla, bla,” Y bueno, no atacaron. Honestamente la mayoría de las informaciones las escuchábamos por radios civiles, en especial del Uruguay. Así nos enteramos del desembarco en San Carlos una mañana, los combates por la tarde y la expansión inmensa de la cabeza de playa al día siguiente. Otras noticias llegaban vía “oficial” por lo que nos transmitía el Jefe de Compañía y otras porque acostumbraba a ir al Centro de Comunicaciones donde el Subteniente Migliavaca operaba con su gente los equipos de radio. Bajo el celo de su mirada leía los mensajes transcritos a mano, otros los escuchaba y otros –muy pocos– me los comentaba. Era un buen oficial de comunicaciones.

“Esta gente, esta Arma, es habitualmente la que “más sabe” de lo que pasa y adquieren un carácter de reserva y entereza notable. Sólo recibían, pasaban los partes al Jefe de Regimiento y transmitían, cosas o contenidos que a cualquiera lo hubieran hecho regalar la radio a otro y salir corriendo gritando: “Estos tipos están locos”. Me estoy yendo por las ramas, retomaré lo de Darwin–Goose Green”.

Por la radio uruguaya, “Carve”, me enteré del ataque a Darwin—Goose Green, y recuerdo vívidamente que me salió una sola palabra: “Aliaga...” y luego seguí escuchando. El veintiocho de mayo por la tarde me fui a la estación de radio donde se escuchaban en claro las comunicaciones entre Puerto Argentino, donde estaba el General Parada y el Teniente Coronel Piaggi en Goose Green.

Asistí con cierta frialdad, por lo que escuchaba que era patético, presencié sin abrir la boca la siguiente comunicación. A mi lado el Subteniente de Comunicaciones imperturbable.

– ¿Dónde está la primera línea inglesa? -preguntaba Parada.

- A la altura de la Escuela —contestaba Piaggi.
- ¿Qué Escuela? —preguntaba Parada
- La que Usted recorrió cuando vino, un edificio (dijo un color) a tantos metros del caserío...

Silencio...

- ¡Aaaah, sí ya me acuerdo!, ¿Y qué pasa? Hay que tirarle con todo. Hay que volarla.
- Ya lo hicimos —respondía Piaggi
- ¿Y qué pasa entonces? —repreguntaba Parada —Y siguen allí y tiran con todo —respondía Piaggi.

Largo silencio.

- Donde está la primera línea -interrogaba el Comandante de Brigada a 100 km. (La respuesta era poco precisa).
- Marquen con sábanas la primera línea -ordenaba Parada.
- Nos mirábamos con el Subteniente de Comunicaciones y de pronto Parada dice:
- Ahí va mi brazo largo aprovéchelo y contraataque con todo, va mi brazo largo, en unos minutos llega, aprovéchelo y contraataque con todo.

(Pasó un rato), Piaggi dice algo así como...

- Sí, llegó su brazo largo, pero a dos los bajaron y siguen en sus posiciones. (Se refería al ataque aéreo de dos aviones Pucará)

Y así siguió la conversación, órdenes desde Puerto Argentino a un Jefe que, luego dirían los libros, no tenía idea de lo que pasaba desde la casa donde estaba con parte de su Plana Mayor mientras, en el frente, cada uno hacía lo que podía. Ya empezaba a oscurecer y llegó la noche, regresé al pozo donde le comenté a Pedrozo y al soldado Jure concluyendo que la situación en Darwin- Goose Green era -por lo que escuchaba- muy comprometida. Rezamos, tomamos un té que hacíamos con un saquito que lo usamos no sé cuántas veces y nos acostamos con la mente en blanco, con una incertidumbre palpable, una incógnita terrible.

Con la caída de la noche me acerqué al Centro de comunicaciones con el Jefe de la Fuerza de Tarea Teniente Coronel Repossi y el Mayor D. Cesar Fragni, un oficial jefe, excelente persona, que cumplía con gran profesionalismo y humildad el rol del que recibía las propuestas y transformaba las decisiones del Jefe en órdenes.

Por su grado y por empatía nacida de las veces que me presentaba en el puesto Comando a cualquier hora de la noche, para decir que “la Nena estaba lista para el baile” fue naciendo una relación de entendimiento y afecto que hasta hoy perdura. Su forma elegante de mediar en los conflictos era muy útil a raíz de las diferentes razones que se debatían en la etapa asesoramiento. Fue un gran apoyo para Repossi por su inteligencia, lealtad y prudencia. Creo que fue uno de los pocos que no me hizo sentir un extraño desde que llegamos.

Allí estábamos, acurrucados en un pozo lleno de radios y cables, hacía frío y lloviznaba, mirando fijamente los equipos, escuchábamos los diálogos entre Ganso Verde y Puerto Argentino que cada hora que pasaba se hacían más violentos y desesperados. Cuando escuché que

- Vamos Teniente Coronel contraataque, no me engañe como ha hecho otras veces... -decía el General Parada desde Puerto Argentino.
- No puedo mi general, ¡estamos rodeados... —decía Piaggi.

Se hizo un largo silencio y le pregunté al Teniente Coronel Repossi que estaba a mi lado:

- *¿Hasta dónde hay que obedecer una orden que uno sabe que no se puede cumplir?*
- Hasta el final Godoy ... hasta el final... —me contestó un hombre, con una mirada muy cansada y triste, que sabía que en cualquier momento podría encontrarse en la misma situación del jefe de Darwin- Goose Green.

Nos miramos con Fragni, nos dijimos todo en esa mirada y me fui a mi pozo de combate a tratar de dormir si nos dejaban.

La orden de operaciones 1001 y el efecto Goose Green

Recuerdos de R. B.

El 28 de mayo no sé a qué hora apareció el Capitán en el pozo y a los gritos de “Pelado, Pelado” metió la cabeza adentro y nos dijo algo así como “El Regimiento 12 está combatiendo con todo y avisó que no se rinde, iremos en su ayuda, así que prepárense para cruzar a Darwin–Goose Green y etc., etc.”. Estaba eufórico. Nos quedamos en silencio y no creí nada, sólo casi envidiaba la entereza del Capitán de mantener el espíritu alto, que yo trataba de imitar. Salimos a las posiciones y lo transmitimos con Pedrozo.

Al día siguiente, justo el Día del Ejército, Darwin–Goose Green había caído. Fue un punto de inflexión en la guerra. Recuerdo que en privado hablamos con Godoy y yo opinaba que la Guerra estaba perdida, que de allí a Puerto Argentino era una sola corrida. Discutíamos, nos preguntábamos por Aliaga, por los del Regimiento 12, por los caídos y en el aire había una idea que nadie mencionaba, para ellos la guerra había terminado.

Pocos días después por un compañero me enteré que había llegado una orden, mientras estaba librándose el Combate de Darwin–Goose Green, que ordenaba el cruce del Estrecho de San Carlos al Regimiento 8. Una marcha no menor a 50 km y un contraataque para detener el avance inglés. Aún caído Darwin–Goose Green la orden seguía vigente, francamente en ese momento –no ahorapensaba que estaban locos sin ningún conocimiento de la situación del Regimiento 8, se repetía lo mismo. Los planes y apreciaciones frente a una carta y las resoluciones que salían en forma de orden para unos famélicos, mal armados pero disciplinados soldados, nosotros. Imbéciles de mierda decía para mis adentros.

El logístico y el sastre andaban tratando de diseñar unas mochilas con bolsas de harina o de arpillera para realizar la marcha, se calculaba cuanto arroz y cuantas papas podían llevar cada soldado en los bolsillos, se inventaban arneses para transportar piernas de cordero y proyectiles de mortero.

En la Bahía Fox Este los Marineros del Bahía Buen Suceso y del Carcarañá, más dos valientes buzos de Ingenieros, analizaban la posibilidad de liberar al barco de su varadura y ponerlo en condiciones de navegabilidad para contestar la gran pregunta ¿Cómo cruzaríamos el canal? Hablando con un compañero y amigo de la Plana Mayor me dijo que la Orden de Operaciones era cierta, “pero

están en pedo” riéndome le dije y –pidiéndome una confidencialidad que ahora rompo me dijo:

“Sí, pero el Jefe no la va a cumplir”, como siempre me pregunté por qué no habían avisado “ya” que no la cumpliría por imposible... quedó sin efecto.

Como sea y, a pesar de las arengas, palabras y preparativos que hacíamos, la noticia medio nos quebró a todos, aunque nadie lo decía. Darwin-Goose Green caído y los ingleses avanzando hacia el Este muy rápido, escuchamos en la radio que ya había ingleses en Monte Kent y fuimos a la carta y ya estaban encima nuestro, habían llegado a la puerta.

Los marineros y los Ingenieros de enfrente habían llegado a una conclusión en la que técnicamente se demostraba que sin ayuda exterior e importantes repuestos el barco se quedaba en donde estaba. Esto se lo informaron al Jefe de Ingenieros el Mayor D. Oscar Minorini Lima.

Un típico oficial del arma de Ingenieros que inexplicablemente había llegado a Fox casi una semana antes que el Regimiento 8, formado en la dureza del Arma, joven e inteligente profesional, era el “Jefecito”.

Su destino era la Compañía de Ingenieros 9 con asiento en Colonia Sarmiento, en el medio de la Patagonia a 150 Km de Comodoro Rivadavia. Era el jefecito por dos razones, una porque al ser independiente manejaba una Subunidad ágil, fuertemente chica pero completa y la otra porque compartían la Guarnición con el Regimiento 25 del Teniente Coronel Seineldin y el Grupo de Artillería 9 al mando del Teniente Coronel D. Jorge Toccalino, con los que conformaban un verdadero problema para las intenciones de nuestros “hermanos chilenos”.

Estos con una actitud poco creíble, aferraron e impidieron el desplazamiento de las mejores tropas argentinas obligando a que quedaran en la cordillera. Muchos años después se confirmó lo que nosotros presentíamos: su colaboración con los ingleses que fue intensa y valiosa, sobre todo en la cobertura de medios de escucha y detección de salida y regresos de los aviones argentinos.

También se facilitó que material aéreo inglés fuera identificado como chileno. Cuando el General Matthei Jefe Supremo de la Fuerza Aérea Chilena expresa en numerosos artículos y entrevistas televisadas **“...que él hizo todo lo posible para que Argentina perdiera la guerra”**. Esto despeja cualquier duda sobre las acciones de nuestro país vecino.

No nos equivoquemos, son nuestros hermanos en el origen, en la historia, en intereses e integración económica y en afectos. Pero nunca cambiarán, ni renunciarán a los objetivos que desde tiempos de la colonia española marcaban los límites de la Capitanía General de Chile y que fueran ratificados por el General O'higgins en 1819 cuando indicó: "el destino de Chile es la Antártica..." señalando con su brazo hacia Bahía Blanca.

Como mucho debemos tratarlos como vecinos a los que hay que respetar y que habremos de convivir con ellos sabiendo que necesitan desesperadamente espacios y recursos vitales que nosotros no ocupamos y no aprovechamos y eso les genera una tremenda tensión geopolítica que algún día estallará. Ojalá me equivoque.

Los del 25 de Infantería y los Ingenieros de la 9 participaron del 2 de abril, así que me imagino como debieron haber estado preparadas y motivadas esas Unidades.

Los Ingenieros tienen 10 capacidades para cumplir misiones eminentemente técnicas en el campo de combate, que quede claro en el campo de combate. La última de ellas es ser empleadas como Infantería y esa es la misión que le impusieron: Recuperar Bahía Fox Oeste e impedir desembarcos ingleses y eso hicieron.

Como decía un querido amigo del arma el Teniente "Rolo" Jamier, "los Ingenieros somos brutos pero decididos". Eso hicieron, cuando llegó el Regimiento 8, la posición ya estaba lista, campos minados, obstáculos de metal en la playa para los botes de desembarco combinados con minas anti-vehículos, alambradas por todos lados, posiciones cavadas con explosivos y una retroexcavadora que pudieron poner en marcha gracias a los sacrificados y hábiles "polirrubros" que son los Suboficiales Mecánicos de Ingenieros, en fin, como decía mi amigo... "Decididos a combatir como Infantería y con los medios que tenían hicieron una fortaleza".

Llega el Bahía Paraíso–Días posteriores al 30 de mayo

Desde ese día la posición defensiva siguió en sus actividades, casi rutinarias, que empezaban al caer el sol más o menos a las 1730 horas, prender los candiles, coordinar las alertas y turnos de guardias para esa larga noche, que terminaba con suerte, más o menos a las 0900 horas y esperar dormitando lo que nos ofrecía la oscuridad, eso sí debidamente arropados con una alta dosis de incertidumbre.

Seguimos así hasta el día que amanecemos el 5 de junio con un inmenso barco blanco con todas sus luces encendidas en la entrada de la bahía, estaba anclado majestuoso y esperanzador el buque hospital Bahía Paraíso con gigantesca cruz roja a babor y estribor y en sus chimeneas. Lo miramos embobados desde nuestras posiciones, imaginando a que o a quién traería y quién se iría.

Sus helicópteros iban y venían, se llevó a los valientes marineros que estaba enfrente, a algunos enfermos y heridos del Regimiento 8 y a último momento a un Sargento que se quemó por el incendio de cargas suplementarias en una posición de morteros. Uno de esos helicópteros estaba piloteado por el Sr. Capitán D. Exequiel Honorio Luzuriaga; compañero, amigo y héroe herido en el combate de Manchalá, cuando más de 100 hombres y mujeres del ERP y Montoneros quisieron atacar el Puesto Comando de Famaillá y, 2 Suboficiales y 10 soldados de la Compañía de Ingenieros 5 de Salta, que estaban pintando una Escuela, los pusieron en fuga. Él me trajo las tres únicas cartas que recibí en toda la campaña, mi madre, mi esposa y mi madrina y así como llegó, se fue dejando un gran espacio vacío en la bahía y en nuestros corazones. Cuando estás solo y viene alguien querido que luego se va, es como que la soledad se agiganta.

Las cartas y toda la correspondencia llegaban a Puerto Argentino y de ahí cuando venía alguna embarcación bajaban esas esperanzas escritas que por un momento te hacen olvidar tu condición miserable.

Hemos visto en muchas películas las escenas donde la distribución del correo trae noticias buenas y malas. Lo de las películas es real. Lo viví en carne propia ya que haciéndome el duro le pedí a mi familia que no me escribieran. Además de la falta de medios que las trajeran, los de Puerto Argentino estuvieron muy complicados a partir del 1° de mayo. Hasta los bultos de correspondencia que lanzó el Hércules cayeron al agua. Fue duro.

Entrega de la Bandera de Guerra para custodia

Alrededor del 11 de junio, ya era entrada la noche, se apareció en mi posición el Mayor Fragni, apodado por mi como "Caesar Palace" por llamarse Cesar y por qué la empatía que sentía por él, en su difícil función, que yo había estado estudiando teóricamente en la escuela de Guerra, hasta que terminé en este pozo. Así pues, llegó "Caesar" Fragni con un extraño bulto que de inmediato reconocimos. Traía la bandera de Guerra del Regimiento en su funda de traslado de parte del Jefe para que la Compañía C la custodiara y defendiera. Repuesto de la agradable sorpresa le agradecí el gesto en nombre de todos sus integrantes con sincera emoción y la deposité al lado de mi bolsa cama. El Mayor se fue y nos dejó con un torbellino de emociones.

A partir de ese momento y viendo cómo iban las noticias de Puerto Argentino se inició un debate con Barreiro, Salaverri y el Tino Guzmán. En caso de rendición, que haríamos con ese objeto sagrado. Ya les he comentado lo que significa para un hombre de armas la Bandera de Guerra. Es una imagen, una impronta, una pasión, una promesa, es un sentimiento que nace en lo más profundo de la vocación y que se graba a fuego en el corazón cuando se grita "SI JURO". Por eso los conscriptos cuando terminan su servicio militar y recuperan la ansiada ropa civil en la última formación en que participan antes de salir a la libertad, mojan ese paño sagrado con sus lágrimas, al besarla, sabiendo que ahí estará, en ese cuartel, donde está y estará, custodiada por los que murieron o morirán, o simplemente vivirán con esa promesa incumplida por el resto de sus vidas, esperando cumplirla o preguntándose porque no tuve la oportunidad de hacerlo.

Es la Bandera de Guerra, así se llama, se guarda en una caja de madera y cristal, para ser custodiada por los Héroes de ayer y los soldados de hoy.

Recuerdos Sargento Primero Gabriel "Pedro" Pedrozo

Muchas cosas pasaron por nuestras cabezas y corazones. ¿Qué significaba esta situación? ¿Era genuina? ¿Por qué ahora?

El desgaste físico de las tareas de mantenimiento de los pozos, las patrullas nocturnas, las guardias eternas, hicieron que nuestro trato con las personas se hiciera cada vez más complejo. ¿Cómo exigir a un soldado algo más si ya no tenía mucho más para dar?

Las disputas que había que neutralizar entre bombardeos eran en general por las posiciones en los pozos o los materiales con los que habían sido construidos, sobre un terreno fangoso, con un olor desagradable, entre metálico y podrido.

Los pozos o cuevas como les decíamos tenían 1,5 metros de un lado y 1.80 del otro para que corriera el agua, pero al estar en desnivel y con el piso mojado era natural la caída del agua, que a pesar de poner los ponchos en las paredes terminábamos “enchastrados” en un espacio confinado y maloliente, a pesar de la extracción con un jarro que después había que usar para toma agua o el mate frío y amargo.

Otra de las tareas asignadas fueron las patrullas de reconocimiento que conformamos como “Azul” integrada por Godoy, yo, Sargento Primero Corbalán el Cabo Primero Nievas y 8 soldados; la “Verde” Barreiro, Salaverri, Lofaso, Sargento López y 5 soldados.

Salíamos por turnos de día y de noche y las dejamos de hacer porque una noche nos cruzamos con otra patrulla de otra Compañía y como no teníamos radios no abrimos fuego porque Dios nos protegió.

A pesar del miedo que producía la noche al no contar con visores nocturnos, a veces el cielo se despejaba y los millones de estrellas de esos lugares absolutamente sin luz, nos hacían sentir que podíamos tocarlas con las manos. Claro que mirar las estrellas con un casco de 2 kilos en la cabeza no tiene nada de romántico además que los ingleses de las fragatas tampoco entienden de poesía e iniciaban el fuego naval alrededor de las 2 de la mañana y nos empujábamos en veloces regresos y entradas a los pozos poco elegantes.

Cuando podía el Cabezón Godoy nos esperaba con mate caliente y pan. Un manjar.

Recuerdo vivamente como cambiaba nuestro pensamiento según las tareas que hacíamos, si estábamos ocupados, trabajamos y conversábamos, pero cuando llegaba la hora de hacer silencio nuestros pensamientos se hacían lúgubres, agoreros y solo los podíamos controlar con más silencio y orientábamos nuestras mentes hacia la familia. ¿Cómo estará mi Negra, mi puntal elegido, qué pensará en su soledad y miedo? Pensaba que cuando volviera le iba a decir que me contara como vivía ella en mi ausencia. “Como fue transformarse en una mujer doméstica, madraza de tres hijos, a estar sola sosteniendo a los chicos, mis padres, los abuelos, cuñados, hermanos. ¿Cómo lo hiciste mi amor?

También en esas horas de ocio obligado pensaba que sería de mi ausencia en casa para toda la vida si no me tocaba volver. ¿Qué sería de mi Diego Gabriel, de Cintya Vanessa? ¿Cómo estarían tomando esto de la guerra?, eran muy chiquitos. Qué pensarán cuando sean

grandes ya convertidos en hombre y mujer, pensaba si volvería a hablar con ellos y que contaran que pensaban de esta loca ausencia mía.

A veces cuando nadie me veía se me escapaban unas lágrimas cuando pensaba en mi Viejita sola en San Juan rodeada de mi Padre y mis hermanas. Nunca olvidaré el dolor que marcaba su recuerdo en esas esperas eternas con frío y hambre. De esas tristezas surge la promesa que he tratado de cumplir por el resto de mi vida, ser más compañero y amigo de mi esposa y mis hijos y expresar a todos los integrantes de la familia que sufrió mi ausencia, todo mi cariño todas las veces que diariamente pudiera.

No voy a insistir en los malos recuerdos ya que me dejan una sensación de vacío y dolor. Tratar de recordar la situación del combatiente que espera carcomido por la incertidumbre no le hace bien a nadie.



Capitán De Feliu, Capitán Ugozoli, Teniente Primero Fragni, y Teniente Primero Giglio. (Foto extraída del libro de Scarpinelli).

Pesca deportiva para comer

Con una red de pesca logran sacar dos peces, habiéndose metido en el agua para ello, por lo que su uniforme aparece mojado en la foto. La idea era darle a los soldados algo de proteínas.

Mientras los días se deslizaban pesadamente y las construcciones avanzaban, se iban notando cada vez más las falencias de nuestro armamento y equipo mientras que la Plana Mayor de la Fuerza de Tarea tenía armamento al completo y no salían del Puesto de Comando. Presenció de casualidad un fuerte encontronazo que tuvo el Capitán Godoy con el Jefe de Regimiento y que terminó cuando el Teniente Coronel Repossi ordenó que nos entregaran los fusiles a los que no les correspondían. Recolectamos muchas armas y yo no volví

más por el Puesto Comando. Aun así, no completamos el armamento. Fue tanta la sensación de indiferencia que se fue gestando un fuerte rechazo mutuo entre los orgánicos y nosotros los movilizados que se palpaba a diario la falta de voluntad de integrarnos o incorporarnos a la Unidad por parte de la mayoría de ellos, que cuando nos fuimos nunca más tomaron contacto con nosotros.

Capítulo 6: *Rendición y traslado*

En ese juego despreciable de no asumir las consecuencias de la derrota, pasó lo que tantas veces se repitió en nuestra historia. Se identificó a los combatientes con la responsabilidad política de la derrota y como la guerra es un hecho político y ésta estaba ilegítimamente usurpada por los militares: **bingo, combo perfecto**. Tenemos a los culpables.

En ese descalabro nacional, hubo Comandantes y Jefes de Unidades que combatieron en Malvinas y otros que no lo hicieron. A los que lo hicieron los sometieron a interminables informes, buscando culparlos de la derrota. Después de ser prisioneros de los ingleses fueron relevados del mando sin aviso y les nombraron reemplazantes que se presentaron gustosos a hacerse cargo de sus Unidades.

Incluso hay un mal llamado Informe Rattenbach por el nombre del prestigioso general que presidió la comisión de Almirantes y Brigadieres y que en realidad se llama, Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades durante el Conflicto Atlántico Sur (CAERCAS) encargado por la Junta Militar en diciembre de 1982 y entregado en septiembre de 1983 y no fue firmado por él porque estaba en disidencia.

Miles de políticos, periodistas y charlatanes han hablado de este informe, pero en realidad muy pocos lo han leído y menos los otros informes que se realizaron después, como por ejemplo el llamado Informe Calvi o el Informe Oficial del Ejército Argentino.

Este informe Rattenbach que merece diferentes opiniones evaluativas, fue calificado de **secreto por Bignone** hasta que se resolviera el conflicto con los ingleses sobre las otras islas. Esta "ingenua" medida por llamarla de alguna forma impidió a la opinión pública aproximarse a una explicación más o menos válida. Fue filtrada y publicada por medios en forma parcial, desatando una catarata de informaciones confusas y adulteradas que solo lograron direccionar la opinión pública hacia un solo responsable de la

derrota y este baldón cayó en el Ejército Argentino. Sobre los otros informes puedo decir, más objetivos y otros menos, pero puedo decir a esta altura de esta reseña que después de leerlos en este año 2021 y tener los ojos rojos de cansancio, bronca y tristeza, que si yo hubiera sabido que nos llevaban a la guerra, en estas condiciones, con este caos en el planeamiento y en la conducción, con un desconocimiento total de la historia militar y de las reglamentaciones militares, con tres comandantes que ocupaban el nivel de la Estrategia General que corresponde al poder político (Galtieri presidente); la Estrategia Militar (Galtieri Comandante en jefe del EA e integrante del comité militar) y los tres disputándose el protagonismo personal de sus guerras independientes y personales, manejando los hombres y medios de la FAA y de la Armada como si fueran propietarios de organizaciones que debían responder a su resoluciones improvisadas y caprichosas. Con sus diletantes ideas irrealizables incursionaban en lo táctico y anulando desde la distancia de 1800 km la conducción de los que estaban en el barro al que ellos nos habían mandado. ¡Oh Dios mío! Que dolor me produce haberles obedecido, cómo fui capaz de llevar a mis hombres a esa locura. ¡Y Gracias Dios mío!, por permitir, como dice el soldado C/63 Rodolfo Rodríguez Trejo: Gracias “por traer de vuelta a sus madres a todos sus hijos vivos”.

Tal vez fue por todo esto que acabo de desenterrar del fondo de mi memoria, que la rendición no fue una sorpresa. Todos nos imaginamos que la derrota es huérfana, nadie quiere ser el perdedor y mucho menos cuando lo que se pierde es un valor tan soberbio, dulce y ruidoso como la Victoria.

No, No. No. Perdiste, ahora viene el silencio, las voces en otro idioma y las tuyas susurran, mirando el suelo, suenan bajas y entrecortadas, toda la estructura que generó esta locura se vino abajo. Después de la “piña” y como en una sucesión de hechos ajenos, empieza a surgir entre la bruma del aturdimiento, la idea que la rendición significa que el sufrimiento terminó, que las posibilidades de morir se alejan y las de vivir se agrandan. Bueno, ojalá el enemigo sea bueno, nos dé comida, higiene y abrigo. Y allá fuimos.

Para poder sintetizar, condensar este torbellino de sentimientos encontrados debo recurrir a una de los pensamientos más preclaros de uno de los padres de la ciencia militar Carl Von Clausewitz (De la guerra. Barcelona, Labor 1992) que decía que “los errores de la estrategia no serán solucionados por la táctica”. Que en otras palabras quiere decir que si el Comandante no compró harina, el soldado no comerá pan en la trinchera y el Teniente no puede hacer nada porque él tampoco comerá nada. Solo

le quedará pasar hambre y frío con sus hombres. Y poner la cara ante ellos. Muchos autores críticos, pretenden con inexplicable falta de visión que el que debe proveer los medios es el nivel táctico, es decir el Teniente. No, ese concepto parte de una visión errada por desconocimiento o por ideología. ¿Por qué hablo del planeamiento estratégico en un resumen con olor a barro y miedo? Porque esa FUE la causa principal de muchas muertes y de nuestro sufrimiento. Trataré de explicarlo. El efecto Darwin-Goose Green, se sumó al debilitamiento físico-psíquico y a la agresión del medio ambiente que se incrementaba cruelmente y juntos continuaron su demoledora tarea. La acción enemiga más intensa fue como siempre la incertidumbre, ya no solo sobre el accionar del enemigo que se hacía presente con sus cañoneos nocturnos y ataques aéreos sobre el barco atracado en Bahía Fox Este, donde estaban los Ingenieros y no causaron más daño por la intensa preparación e integración que hicieron antes de llegar, su fortaleza anímica y la sólida conducción del Mayor Minorini Lima, que fue capaz de integrar, en lapso crítico a Marineros civiles y militares, del Isla de los Estados, del Carcarañá, del Penélope, del Yeguin y del Monsunnen y a los de Fuerza Aérea que dirigieron el aero-abastecimiento.

Pero esos implacables y densos enemigos, que actúan intensamente en flujos y reflujos de dudas cuando las preguntas no tienen respuesta, atacaban el alma y el cuerpo. No los veíamos, pero los sentíamos en los diálogos solapados de los soldados dentro de los pozos, en sus silencios cuando los íbamos a visitar, sus pupilas dilatadas y los ojos entrecerrados por los párpados que querían esconder la gran pregunta... ¿Hasta cuándo le creo a este tipo?

En las organizaciones verticales, sin importar la jerarquía, esa pregunta corroe la confianza. Tengamos presente que a esas personas las habíamos conocido el 9 de abril y estoy hablando de los primeros días de junio. ¿Qué se puede construir en 62 días por más intensas que hayan sido esas 1488 horas en las que convivimos con el frío, el hambre, la mugre y el miedo? Nuestra condición de movilizados no solo nos hacía vivir esos temores con nuestros subalternos, sino que, con nuestros superiores también, quienes a duras penas nos identificaban por el apellido. Y se repetía la misma maldita pregunta ¿hasta cuándo, hasta donde le creo a este tipo...?

Indudablemente, nuestra condición de profesionales, marcados a fuego por esa aceptación voluntaria de la autoridad del superior, aunque no le tengamos confianza, hacía que la organización humana llamada Regimiento de Infantería 8 se mantuviera terriblemente tensionada pero incólume, sin problemas de disciplina ni crisis de mando. Evidentemente,

las personas sencillas en situaciones de crisis, que abarcan tantos factores humanos, se aferran como pueden a valores y principios que casi ninguno, en especial los jóvenes, tenían la certeza de que eran tan fuertes.

A pesar de estas circunstancias que entre todas constituían una difícilísima prueba, los soldados y los jóvenes cuadros movilizados, cumplieron como Hombres de Coraje. De los 4 Oficiales y 17 Suboficiales que cruzaron con la Compañía C, el 70% no eran mayores de 22 años y el 100% de los soldados apenas llegaban a los 19 años.

Solo la pasión que origina la vocación militar, es capaz de aceptar esa impronta indeleble, que da el Colegio Militar de la Nación, la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral y la Escuela para los Servicios de Apoyo de Combate.

A pesar de ello los "canallas ideologizados" de siempre, los denigraron llamándoles "chicos de la guerra", como si el hecho de ser menores de 20 años no agigantara aún más su desempeño.

Esa deformación intencionada de la opinión pública fue una de las consecuencias de haber enfrentado un hecho político, como lo es una confrontación armada, por parte de un poder de facto lleno de ineptitudes y de soberbia y carentes de legitimidad. Los políticos que en los primeros días avalaron la toma de Malvinas y viajaron a ver cómo eran y compraron recuerdos en el "store" de Puerto Stanley, luego de la derrota se hicieron los burros y pusieron cara de "yo no fui".

Esta situación fue facilitada por que desde antes del 14 de junio tenían a quien echarle la culpa de la derrota y lo hicieron gritando a los cuatro vientos que la culpa era de los militares y dentro de este marasmo de incapacidades el principal responsable era el Ejército en la repudiable figura de Galtieri.

Nuestra Compañía tenía la gran ventaja, que fue que los Suboficiales tenían mayor edad y experiencia. Cuando el Teniente Primero "Punchi" Barreiro impartía una orden al Sargento Primero Pedrozo, estoy seguro que antes la habían conversado y el Oficial escuchaba al Suboficial porque sabía que estaba prácticamente con un par, en experiencia y en conocimiento, con un hombre que no le iba a fallar, que iba a honrar esa entrega consiente de la voluntad llamada Subordinación, aunque en ello se jugara la vida.

El mismo ejemplo puedo testimoniar de la relación entre la jerarquía y el mando que tenían el Subteniente Salaverri y el Sargento Primero Lofaso. Y cuando las cosas se ponían calientes, el Suboficial Edmundo "Tino" Guzmán aparecía con su sonrisa, sus mates y sus años de "mate cocido"

y todos lo escuchábamos. Los ánimos se calmaban y todo fluía en paz en medio de esa locura de incertidumbre.

Es la única razón que encuentro para explicar cómo hicimos para no enloquecer, cuando estábamos inmersos en esa dicotomía racional de saber que enfrentábamos misiles, fragatas con artillería electrónica y mientras tanto diseñábamos arneses para llevar cuartos de cordero en la espalda y calculábamos cuanto arroz se podía llevar en los bolsillos del pantalón de combate para cumplir la orden de marchar hacia Darwin-Goose Green que ya se había rendido. Del cruce del estrecho sin barco nos ocuparíamos después. Y allá gracias a Dios, no fuimos.

Siempre miré con profunda admiración a esa relación entre los jóvenes Jefes de Compañía de las Unidades de primera línea en Malvinas, de todas las armas con sus jóvenes Subordinados. Cómo hicieron para que sus subalternos confiaran en ellos si apenas tenían dos o tres años más que ellos y ni siquiera habían terminado sus estudios ni su formación profesional.

En algunos casos eran menores como el Teniente Todisco que estaba recién ascendido o el Teniente Primero Morán que también transitaba sus primeros días en el grado. De igual modo el interrogante y el respeto se extiende a esos jóvenes Subtenientes y Cabos que, sabiendo que sus fracciones eran menores, de menos efectivos, pero que por su peso en el combate iban a ser buscados minuciosamente por los fuegos enemigos.

Tal es el caso del Subteniente Miguel Ángel Villanueva con su sección Exploración que se ubicaba entre 5 y 10 kilómetros delante del resto de las posiciones o el Subteniente Sánchez Gavier, con sus morteros 120mm, que seguramente serían intensamente buscados por los fuegos navales y aéreos del enemigo o el Subteniente Diego Salaverri que con su fusil como único escudo quería salir a pelear a los ingleses en el mar, montando un cañón sin retroceso en un bote a remos. "Qué coraje, que los parió".

Cuando los nombro a ellos, los nombro a todos los Oficiales y Suboficiales a quienes no alcancé a conocer y hoy sus nombres se perdieron en mi envejecida memoria. No así el sólido recuerdo de los que sabiendo que íbamos a ser derrotados, dieron muestras de poseer dos virtudes esenciales de un soldado: **Subordinación y Ejemplo Personal**. Por eso los soldados enfrentaron su bautismo de fuego, sin medios, pero sin claudicar.

Salimos de patrulla el día de la rendición

El hecho de tener la responsabilidad de custodiar la Bandera de Guerra, me generó la idea de no rendirla al enemigo, tal vez la tuve siempre. Para ello y sin contárselo a nadie y con los permisos correspondientes, di las órdenes para realizar una patrulla de exploración fuera de las posiciones del Regimiento al día siguiente, 14 de junio. No sabía con precisión la situación de Puerto Argentino, pero algo malo nos esperaba.

Durante la larga marcha en dirección Norte y luego al Este, convencido que estaba en lo correcto tomé la decisión. Alrededor de las 5 o 6 de la tarde iniciamos el regreso que fue bastante entretenido. El día había sido despejado y durante la marcha sentimos el pasaje de aviones y movimientos aéreos sin poder identificar quienes eran. Ya en el regreso, varios de los integrantes de un Grupo de Tiradores ingresaron en lo que aparentemente era un campo minado. No hace falta aclarar que fue un susto de muerte, pero gracias a Dios salieron uno a uno con las correspondientes "puteadas". Según cuentan algunos de los presentes y el soldado Rodríguez Trejo recuerda: "que el Capitán entró al campo minado y los sacó uno a uno después de ordenarles que pisaran en el mismo lugar que él lo hacía".

Al llegar de regreso me encuentro con el Sargento Primero "Pedro" Pedrozo que no sé por qué se encontraba sentado sobre un barril de 200 litros, y al vernos llegar me dijo:

– "Mi capitán ya está... ya terminó... le bajaron la persiana a Puerto Argentino".

Arriba de mi cabeza, a mi izquierda se materializó, se corporizó con una intensidad que me hizo doler, la imagen de mi esposa Beatriz y de mis hijos María Beatriz, Mario Ernesto y Juan Pablo. Los había extrañado mucho durante esos días, pero su recuerdo nunca me perturbó en mi trabajo, estaban, pero no dolían, pero esa extraña experiencia física y emocional quedó grabada en mi memoria, es como si hubieran dicho "Basta Papá ahora tienes que regresar".

Recuerdos de R. B.

El 13 de junio mientras se libraban los combates finales en Puerto Argentino el Capitán ordena preparar una patrulla con toda la Compañía para el día 14. No tenía más objetivo que explorar en dirección al Monte Sullivan que estaba al Norte de las posiciones. Cuando aclaró salimos en columna para pasar la primera línea y el campo minado con un guía. Pasado eso nos abrimos en cadena y seguimos avanzando. Era agotador, el suelo que a la vista parecía una cancha de golf estaba lleno de pozos, era desperejo, se trababan los pies. Y había mucha agua, la marcha se iba haciendo cada vez más lenta. Era un terreno muy llano y suavemente íbamos ascendiendo en altura, cada tanto nos dábamos vuelta y veíamos la población, las casas de Bahía Fox, una vista que nunca habíamos tenido. El plan era caminar, hacernos ver, y tratar de detectar algún puesto observatorio enemigo. Seguimos caminando hasta una hora que nos dejaba el tiempo casi justo para regresar con luz a las posiciones, no llegamos al Monte Sullivan. Para regresar lo hicimos por otro sector separados por fracciones y nos encontramos con ovejas... y bueno, ordené amontonarlas contra un alambrado y luego hubo una especie de asalto o "atropellada" y agarramos varias. El resto se dispersó. Fui lugar por lugar para matarlas de un tiro y con una hermosa navaja que tenía las degollaba para que sangraran, luego les abríamos el vientre para hacerlas más livianas. Los soldados estaban recontentos, había gritos por todos lados, no sé cuántas agarramos. Pero Pedrozo, atento como siempre, me alertó de que parecía que algunos se quedaban con las entrañas y era un peligro. Con el hambre que había eran capaces de comer las entrañas sin limpiarlas, así entonces juntamos a todos y algunos voluntariamente abrieron sus camperas y tiraron las tripas, pulmones corazones y demás, al resto los revisamos amablemente y siguieron apareciendo restos.

Así era la cosa, perdimos bastante tiempo en eso y seguimos caminando ya con la vista hacia Fox Oeste. A lo lejos, sobre el mar se veía un helicóptero haciendo vuelo estacionario y era realmente notable la cantidad de aviones que a bastante altura sobrevolaban la zona. Venían del Este, pasaban sobre Fox y regresaban hacia Puerto Argentino, a medida que nos acercábamos y distinguíamos mejor las cosas se veía mucha gente caminando entre las posiciones, ignorando los aviones, gente que caminaba de un lado al otro, como si fuera un pueblo de compras. Seguíamos acercándonos a la primera línea torciéndonos los tobillos y con los pies mojados, con los soldados turnándose con la carga de las ovejas sin cuerear. De nuevo la imagen de la Primera Guerra Mundial.

Llegamos a primera línea e hicimos señas para que viniera el guía del campo minado. Nadie aparecía y entonces entramos hasta que de golpe unos gritos nos detuvieron y apareció el guía. Nos gritaban “No se muevan, están dentro del campo minado, esperen, quietos...” Tragicómico, espantoso. Nos quedamos inmóviles mientras venía el guía. Y de golpe por atrás nuestro aparece una manada de ovejas que pasaron por todo el campo minado y ninguna explotó. Llegó el guía y cruzamos hasta nuestras posiciones. El movimiento de gente era cada vez más intenso. Fui hasta la casa donde estaba el Puesto Comando y allí estaban escuchando por radio que se estaban librando los últimos combates, que los ingleses ya estaban en Puerto Argentino y se hablaba de rendición.”

Mientras los soldados cuereaban las ovejas y hacían fuego, ajenos a lo que pasaba. Ya antes de caer la nochecita, la caída de Puerto Argentino era un hecho, había un “cese del fuego o tregua” y se hablaba de conversaciones por los términos de la rendición. Llegó la noche y llevamos la Sección a la casa.

Unas semanas antes lo había visto al Capitán con una mochila en la que ponía cosas. Una noche nos reunió a los oficiales y algunos suboficiales, trajo la mochila y la depositó sobre la mesa y nos dijo que allí dentro estaba la Bandera de Guerra del Regimiento 8, una carta topográfica, unas latas de comida, una brújula, un puñado de sal gruesa, una libra de chocolate y designó al Subteniente Salaverri y a tres suboficiales como integrantes de una patrulla diciéndole: “A las doce de la noche y si la plaza cae Usted me acompañará con esta mochila y escaparemos con la bandera para que no caiga en manos del enemigo”.

“Era todo muy tenso, glorioso y a la vez lúgubre. Al otro día le reproché por qué no me había designado a mí y me dijo: “Vos tenés una familia”. Y bien, la noche del 14 de junio estábamos en una habitación solos el Cap. Godoy, la mochila con la bandera y yo, cada uno en un extremo de la habitación. ¿Qué sentía yo? Un gran alivio, la guerra había concluido, pensé en que estábamos vivos y pensé en mi familia, sentí un alivio doloroso, triste.

Godoy sentado con la mirada clavada en la puerta. De pronto alguien golpeó la puerta, no recuerdo quien era, pero era un oficial de la Plana Mayor que venía “de parte del Jefe de Regimiento” a buscar la bandera, Godoy lo despachó con cajas destempladas, al rato vino de nuevo y los gritos y gruñidos de Godoy fueron más agresivos.

Yo estaba callado y recuerdo que me dije “tengo que seguirlo a mi Jefe de Compañía”. Pasó el tiempo y apareció el Segundo Jefe del Regimiento quien también pidió la bandera y Godoy se negaba a hacerlo. Este se quedó un rato largo y utilizando todo el diccionario,

trataba de explicarle a Godoy que tenía que darle la bandera, en un momento el Segundo Jefe avanzó un paso y recibió un gruñido de “No dé un paso más si quiere seguir vivo”.

Se quedó quieto y volvió a emplear cuanta frase o argumento le venía a la mente. Al final Godoy lo echó y quedamos solos.

—“Mi Capitán, no seamos boludos... —le dije— ya terminó, se acabó, se acabó, cumplimos, vamos a verlo al Jefe juntos.

Viene Ugozzoli

Alrededor de las 23 horas llegó mi compañero y amigo el Capitán José Máximo Ugozzoli. Un personaje digno de una novela costumbrista.

Por empezar es santiagueño, habla y actúa como tal. Cuerpo más bien bajo, fuerte, cabeza pequeña, rasgos aindiados, pelos duros, pero de tez blanca y ojos claros. Sus piernas chuecas como las de un hombre de a caballo complementaban la estética de un hombre de campo, pero sus ojos chiquitos y entrecerrados, su nariz afilada, su voz aflautada, advertían que más allá de sus habilidades camperas el “Maistro” o el “Indio” como le decíamos sus amigos, era un hombre inteligente y sagaz.

Por alguna razón que desconozco fue designado Encargado de Asuntos Civiles, es decir que era el responsable de interactuar con los kelpers.

Yo no sé cómo hizo mi amigo para entenderse con esos “enemigos solapados” que durante toda nuestra permanencia habían pasado información a las fragatas inglesas, con la colaboración de un poblador chileno.

Este Capitán santiagueño, cumplió de tal manera su misión que ese 14 de junio a la noche, los kelpers lo agasajaron deseándole suerte, agradeciéndole su trato humano y ofreciéndole como obsequio una caja de cerveza, una mujer y una botella de whisky. El Capitán Ugozzoli, rechazó las otras propuestas y aceptó la botella de whisky y con ella se apareció en donde yo estaba sentado en el piso con la espalda en la pared esperando la hora de iniciar la marcha... —¡Hola Indio querido! ¿Cómo estás?

Se acuclilló enfrente mío y tomándome de las rodillas me dijo mirándome a los ojos con una mirada cansada y triste.

– Vine a despedirte... —dijo bajando la cabeza—.

- Solo te pido que pienses en nosotros Cabezón... pensá en nosotros —me dijo con una voz calma con fuerte acento santiagueño... Me dejó la botella, me dio un beso en la mejilla y se fue—.

Recuerdos de R. B.

Salió Ugozzoli en silencio y Godoy gruñéndome un “Pelado de mierda” se puso de pie y armados los dos y con la mochila fuimos a buscar al Jefe. Estaba en otra casa que no era el Puesto Comando. Justo al llegar a la puerta salió el Jefe y Godoy habló con él y le entregó la bandera y lo abrazó, yo observaba todo a dos pasos de distancia. El me vio y me preguntó cómo andaba y le dije—“Como el culo”; me respondió algo amable que no recuerdo. Entré a la casa junto con el Jefe de Regimiento que le entregó la bandera al Teniente Primero Giglio, había una máquina de coser a pedal. Silencio. Godoy se fue sin decir nada. Yo pensaba en lo que pasaría con la bandera, quemarla me parecía mal, no me entraba en la cabeza, enterrarla me parecía mejor... pero quemarla no. Me acerqué a Giglio que me dijo que la bandera regresaría con el Regimiento, que la iban a descoser y pasar escondida entre la ropa. Entonces me quedé y me dieron un paño y la corbata de la bandera, el sastre con esa máquina de coser de 50 años cosió todo en forma impecable en mi duvet.

Un suboficial puso las medallas en un llavero, Giglio y Vechietti llevaban los otros paños, pasamos todos los controles sin problemas. Al desembarcar en Madryn y subir a los colectivos, con hilo y aguja se unieron los paños y el Regimiento entró a su cuartel con la bandera que aún hoy está en su sala histórica. Es un hecho que guardo con tranquilidad y orgullo en mi corazón. Pero por tener algo de picardía y contrastar con el juramento que se había hecho, me dejó hasta ahora un sabor extraño a pesar de los elogios por ese hecho.

Y así terminó lo esencial de esa campaña. El resto ya lo conocen todos. Yo partí de Fox en el último vuelo hacia el “Intrépido”, antes de embarcar tomé una piedra que en algún lado conservo, llevaba también un broche de ropa de madera donde había grabado con mi navaja “Bahía Fox 1982” y dos juguetes comprados en Puerto Argentino para los dos hijos queridos que teníamos en esa fecha, conservaba la boleta y nunca me los quitaron.

Dormimos en el pozo esa noche, Al día siguiente salí y vi la Fragata en el mar, era una imagen espléndida, me impresionaba verla ahí nítida, existente, medio confundida con el color del mar, era el fantasma que nos bombardeaba de noche sin verla. Era la imagen de la derrota, la fragata cambiaba suavemente de posición por el

viento, su popa parecía hundirse en el mar, ahí estaba ella, la que nos quitaba el sueño. Miré hacia el lado del Puesto Comando y noté que no se había izado nuestra bandera. Me acerqué caminando a la casa del Jefe de Regimiento cuando vi despegar de la fragata un helicóptero "Sea Link". Me quedé a unos metros y vi que bajaban varios -pocos- ingleses y le daban la mano al Jefe. Se metieron en la casa.

El helicóptero hizo otros vuelos y vino más gente. Me acerqué unos metros más y vi que sin ninguna pompa, pero con una solemnidad parecida a la transfiguración, frente al mástil, un soldado izaba la bandera de la "Unión Jack", blanca con la bandera inglesa en la parte superior izquierda.

"Otros dos soldados armados e inmóviles saludaron el rápido izamiento. Terminaron y se fueron, me acerqué al mástil a verla más de cerca como para ver si era cierto, ella allá arriba y yo con un pedazo de la nuestra en mi abrigo. Que dolor, me saqué el casco, los guantes, me pasé las dos manos por la cara di la vuelta y regresé con Pedrozo a tapar el pozo que fue la tumba de nuestros sueños y nuestras miserias.

El día 14 de junio durante la tarde, los ingleses les quitaron las armas a los Suboficiales y soldados y nos trasladaron a los galpones de esquila sobre la costa. A la noche a eso de las 22 horas habló Galtieri y dijo con su voz aguardentosa que la lucha iba a continuar, bla, bla, bla.

Los ingleses, inmediatamente transformaron el alto el fuego en rendición. Nos quitaron las armas a los oficiales que hasta ese momento conservábamos.

Recuerdos del soldado C/63 Raúl Humberto Lepe

Soy Patagónico de pura cepa. Nací y me crié en Madryn, en un hogar de 4 varones. Mi papá Ernesto Segundo era Sargento Primero de la Policía de Chubut y mi mamá Aida Montenegro dio su vida por criarnos. Desde chico tuve que trabajar y me fui formando en el oficio de un taller de chapa y pintura. Fue muy dura mi infancia y adolescencia.

Después de las aventuras del colegio me llamaron de Comodoro Rivadavia y me llevaron al Regimiento 8. Como sabía el oficio me mandaron a la Sección Destinos, a la Motorizada y cuando llegó el dos de abril pidieron voluntarios para completar una compañía nueva me ofrecí para integrarla con otros 5 compañeros.

Viví lleno de alegría el traslado a las Islas y llegamos a Bahía Fox después de una escala en Puerto Argentino. Mis recuerdos son

sencillos y poco heroicos. Nuestros enemigos fueron comunes a todos los soldados. A pesar de la rigidez de las obligaciones la ansiedad de las esperas, entre guardia y guardia, patrullas, prácticas de tiro, cavar y volver a cavar teníamos bastante tiempo libre y con mis compañeros Brandan, López y Morales, que era de Esquel, siempre nos las rebuscábamos. Solamente hablábamos de nuestras familias entre nosotros porque los suboficiales eran unos desconocidos, porque venían de Buenos Aires como el Jefe de Grupo que era el Cabo Manuel Quiroga que era de nuestra edad o más chico.

Fuimos atacados varias veces por unos gansos, algunos corderos y hasta un chanco nos atacó por retaguardia. Había cierta libertad de acción porque había poca comida y los sureños somos tipos en rebuscárnosla.

Durante el mes de mayo el clima fue muy lluvioso y gracias a las botas de goma no se nos pudrieron los pies porque vivíamos mojados y faltos de higiene. Los pozos cavados en la turba tenían mal olor, no sólo por nosotros, sino porque la turba tiene un olor entre metálico y nauseabundo. Estaba con dos cordobeses y un muchacho de Esquel que hace más de 30 años que no los veo. Los recuerdo con mucho cariño porque cuando estábamos juntos no teníamos miedo. Es increíble como la presencia de un compañero de pozo aleja la soledad y neutraliza el miedo, porque te da la seguridad que tu amigo te va a cuidar la espalda, te va a defender.

La presencia de los ingleses se hacía sentir con los ataques aéreos y los bombardeos navales que eran de noche y nos impedían descansar y de día no se podía porque había otras tareas.

Luego de un tiempo interminable de frío, lluvia, viento, llegaron barcos grandes como el Bahía Paraíso, que nos traían alimentos y cartas, pero cada vez que se iban nos dejaban un vacío increíble una sensación de soledad y abandono que nos llegaba a doler el pecho, algunos lloraban.

Los días se arrastraban sin horario en una sucesión de días grises, pesados agobiantes. Es muy jodido tener hambre, frío y estar mojados con la misma ropa durante semanas. Te hace sentir un miserable.

Un día llegaron los helicópteros ingleses y nos dijeron que nos habíamos rendido. Creo que lloré aturdido por lo que pasaba. Me sentí muy mal cuando cambiaron la bandera y entregué el fusil. El regreso fue con el resto del Regimiento como ya contaron los otros. Llegamos a Madryn y fue increíble el amor de la gente, pero a su vez la tristeza era enorme.

Me costó mucho conseguir trabajo y estuve como 20 años trabajando en negro. El trabajo en la Patagonia Atlántica es jodido, siempre en

negro, clima duro, gente buena pero dura, sufrida. La han jodido tantas veces que son desconfiados. Los trabajos buenos son los empleos públicos y los petroleros, o los del puerto, pero son muy jodidos.

Cuando me preguntan si soy un héroe les digo que no, que cumplí con mi obligación de defender a la Patria con lo que me dieron y con lo que pude. Me siento orgullosos de lo que hice. La Patagonia, esta hermosa y durísima región de nuestro país sufrió como ninguna las tensiones de la guerra. Algún día seremos reconocidos como el lugar donde sus habitantes, todos, lucharon la última batalla de la República Argentina. Y debemos ser conscientes más que en ningún otro lado, que la próxima también se dará acá y si la perdemos será el fin de nuestro país tal como lo conocemos.

Recuerdos del soldado C/63 Sergio Gigena

Continúa el testimonio de página 56) ... Compañía para incorporarme, así lo hice de inmediato y fui incorporado, mi alegría era indescriptible al pertenecer nuevamente a la Unidad, aunque todavía era una incertidumbre si iríamos a Malvinas o no, lo que sucedería días más adelante cuando Ud. llegó una noche al Regimiento viniendo del Comando con la noticia de que partíamos hacia las Islas. Todavía tengo en mis retinas el brillo de satisfacción en sus ojos al dar a conocer que su Compañía iba a Las Islas a cumplir con la defensa de la Soberanía. Allí mi felicidad fue total y por siempre agradeceré mi carácter, decisión y porfía de quedarme en el Regimiento. Había empezado a vivir la experiencia más importante de mi vida, mi decisión de ir a Malvinas y con camaradas que desconocía totalmente hasta ese momento ya que eran de una clase anterior a la mía, así como el cuadro de jefes al mando de la Compañía, eso era común a todos los que compusimos esa Compañía. Me tocó estar bajo el mando del Cabo en Comisión Sosa, el Sargento Primero Lofazo, el Subteniente Salaverry y como Jefe de Compañía el Capitán Godoy.

Esta parte de mi historia se la cuento porque mi firme decisión de ir a Malvinas ha sido sin dudas la más importante de mi vida, sin dudas después de esa decisión marcó un antes y un después de mi existencia, lo que me llevó a conocerlo a Ud. Que durante el tiempo que estuve bajo su mando, hubo acciones de su parte que me marcaron hasta el día de hoy, realmente sentí lo que era tener un Jefe probo, con entereza y patriota. Jamás olvidaré sus palabras ante el enemigo al cual no le entregó sus armas ni se rindió diciéndoles que no entregaría nunca su arma al enemigo porque esa arma le fue entregada para defender la Patria, sus ojos brillosos de lágrimas y bronca perdurarán siempre en mi mente y corazón y seguirán

haciendo que se me quiebre la voz y se me haga un nudo en la garganta cada vez que cuento esta parte de la historia, en donde el Capitán, mi Capitán y Jefe Mario Godoy no se rindió.

Fue una alegría muy grande saber de usted, Mario, después de 40 años. Muchas veces me pregunté si volvería a tener contacto con usted, bueno, la vida ha sido hasta ahora maravillosa conmigo porque me ha dado grandes gustos de reencontrarme con la gente que me tuvo a cargo, saber que vino a Córdoba a ver a sus soldados reafirma que ha sido un gran Jefe. Lamentablemente no pude asistir a las reuniones que realizaron aquí porque mis obligaciones no me lo permitieron y me privé de darle un fuerte abrazo que le hubiera querido dar en aquel junio del 82. Sé que vendrá a Córdoba a presentar su libro y seguramente allí estaré para cumplir con ese gusto postergado. Le cuento que en la actualidad estoy a cargo de la Obra Social de Veteranos de Guerra aquí en Córdoba, así que como habrá de suponer, el contacto con los camaradas es diario y aflora diariamente el recuerdo de las vivencias de aquel hecho histórico en el cual participamos. Le dejo un afectuoso y gran abrazo, y quiero que sepa que estoy a su entera disposición

Un fuerte y abrazo y hasta pronto al siempre presente "Capitán Godoy". ¡¡¡Viva la Patria, carajo!!!

Prisioneros

Los ingleses completaron el desembarco en Bahía Fox, el 15 de junio por la mañana, poco a poco iban llegando más y más. Ya estábamos desarmados y nos reunieron en un galpón de esquila. Los que trataban con nosotros estaban desarmados y sólo llevaban una bolsa con una máscara con filtros para respirar. A mayor distancia había gente armada.

Era una mañana típica de donde estábamos, fría, nublada con fina llovizna helada. Desde donde estaba vi un movimiento en dirección al poste de madera que servía de mástil donde una mustia bandera argentina colgaba lánguidamente, mojada, como esperando su triste destino. Los ingleses sin mayores gestos la arriaron y la dejaron caer al suelo y a continuación saludaron e izaron la bandera símbolo de los piratas desde hace varios siglos que es la Union Jack.

Mirando sin ver, mi subconsciente se volvió a mis pensamientos conscientes. Se acabó me dije a mi mismo. Se acabó. Y ahí quedé, parado

bajo la llovizna en posición de “mutante” (denominación que nace en la imagen de los prisioneros argentinos, que, con las manos en los bolsillos y la capucha de la campera levantada, caminando sin ir a algún lado, esperábamos). Tomé conciencia que no había sentido nada. Si nada. Ver la bajada de la bandera argentina en el suelo no me movilizó nada. ¿Habré estado en shock? No creo. Voy a contarles lo que mis confusos pensamientos explicaron en ese momento, el porqué de mi falta de emociones. Espero que no se enojen conmigo. Es la primera vez que sacaré este secreto del fondo de mi ser.

¿Cómo fue posible que menos de 24 horas antes, enfrenté todas las jerarquías que actuaban sobre mí y me negué a entregarles la Bandera de Guerra de un Regimiento que no era el mío? Estaba convencido que el enemigo me la sacaría si estábamos muertos los integrantes de la patrulla o se la entregaríamos en señal de respeto por habernos vencido en una pelea sin odio como es la que libran los Ejércitos profesionales de la mayoría de los países, excepto, en las guerras religiosas donde existe otro tipo de fanatismo. ¿Por qué tenía la convicción de que esa Bandera de Guerra y no la del mástil, era la que merecía morir por ella? ¿Hay diferencia entre un símbolo y el otro? ¿Será porque... “juramos a Dios y a la Patria seguir constantemente su bandera y defenderla hasta perder la vida?”, solos frente a ese paño sagrado? ¿Será por eso? ¿Será porque no pudimos morir por ella, pero pusimos nuestras vidas a disposición de la Patria sin pedir nada a cambio?

Hoy 2 de abril de 2021, creo que es así. La Bandera de Guerra tiene una carga sagrada porque sobre ella descansan, junto a sus medallas, las almas de los que murieron por ella, desde 1813 fecha de fundación del Regimiento 8 de Línea y las promesas incumplidas de los que no pudimos cumplir nuestro juramento porque Dios o el Ser Supremo en cualquiera de los credos, dispuso lo contrario. Los oficiales, Suboficiales y los soldados de la Compañía C hicimos todo lo posible y estuvimos dispuestos a cumplir nuestro juramento.

No tuvimos oportunidad, fuimos “laburantes marginales” de la pelea principal, de una batalla periférica. Humildes protagonistas anónimos que fuimos por la gloria de cumplir nuestra promesa y no pudimos. Las circunstancias creadas por los fracasados comandantes, nos la escamotearon. Pese a ello no obtuvimos la victoria, pero nos ganamos el respeto de los enemigos. El valor de tu enemigo te honra dicen las tradiciones militares. Y allá fuimos.

Recuerdo verlos levantar la cabeza cuando salió el último vuelo con nosotros. Volviendo atrás quiero recordar una impresión que me chocó como un golpe de mal aliento en todo el cuerpo, fue el 15 de junio.



Prisioneros con mi Pelotón Comando. soldados Gorosito, Rodríguez y Flores.

Recuerdos de R. B.

No puedo dar una cronología exacta de los días, pero un día, probablemente el 16 apareció un buque inmenso, de lejos parecía un portaaviones. Era el "Intrépido" un buque de transporte y desembarco de tropas, se puede buscar en Google el detalle, pero creo que tenía tanto a proa y popa un total de cuatro barcasas para cerca de doscientos hombres cada una y otras colgantes a los costados. Aparecieron helicópteros "Sea King" y formando una especie de carrusel empezaron a trasladar a la Unidad, al Teniente Coronel Repposi se lo llevaron el 14 y no lo vimos más y a otros ya los habían separado y embarcado antes. Era sentirse triste pero despreocupado de algunas cosas, ya éramos un problema de los ingleses.

Nos separaron a los oficiales del resto. El lugar de embarque era al Suroeste del caserío y lo mismo pasaba del otro lado con los Ingenieros, los helicópteros no paraban. De nuestro lado había un Suboficial Mayor, con una chaqueta de abrigo que le llegaba debajo de las rodillas y sólo él disponía y manejaba todo. Sólo señas, el helicóptero bajaba e indicaba cuántos subían. Mi sección partió en el último vuelo, quedaron varios con los ingleses al mando del Capitán Ugozoli para desarmar los campos minados.

“Mientras el Segundo Jefe estaba reunido salí a recorrer, ya en sucesivos vuelos habían desembarcado varios ingleses. Me fui a la enfermería y me junté con el Teniente Primero Olivé que conversaba con un médico inglés vestido de combate. Era médico submarinista “movilizado” para la guerra. Tenía un cinturón sujetado con tiradores donde llevaba su equipo que nos mostró con medicamentos, una carpa de plástico, un equipo de iluminación para esa carpa, un equipo de cirugía, pero el golpe fue ver su cara limpia, afeitada, su rostro de bien alimentado, su tranquilidad, su estado general que contrastaba como el blanco y el negro con nuestra presencia lamentable.

Así se los veía a todos. Regresé a la casa y al rato llegó un inglés desarmado a revisarla, no recuerdo, pero creo que anotaba la cantidad de gente que había, era una especie de censo. Cuando lo vimos venir recuerdo que sacamos una lámina de la reina y otra de Anthony Eden ex primer ministro del Reino Unido que usábamos para jugar con dardos. Al rato apareció un chileno que trabajaba allí en Bahía Fox acompañado de un kelper. Era un tipo sucio, taimado, nos parecía un espía y había tenido una discusión grave con nuestro Capitán Godoy, pero ahora llegaba sonriente y –sonaba a mucha hipocresía y payasada– venía a despedirse, se explayó en “que pena, lamento, ya nos veremos con todo arreglado”; creo que en verdad venía a matársenos de risa. Promediando el día nos reunieron a todos en el galpón de esquila, ya estábamos desarmados, a los oficiales nos llamaron a una casa y nos requisaron las pistolas y anotaron el número en un papel.

Al llegar al galpón estaba el Segundo Jefe, que hablaba muy bien inglés, y acompañaba a los ingleses en una primera requisa que nos hicieron. Al abrir mi bolsa de rancho encontraron los juguetes que tenía para mis dos hijos y el británico exclamo: “hey you have one shop toys”, lo miré y le mostré las boletas de los juguetes y un termo que había comprado en Puerto Argentino y todo quedó claro. Noté algunas cosas requisadas y tenían una lista de lo que se había robado del almacén de la población.

Al día siguiente, nos embarcaron en el “Intrépido” un buque de desembarco. Al llegar a cubierta una nueva requisa ya un poco más exigente, me sacaron mi navaja y una pinza de pesca que quería mucho y de allí bajamos hacia la bodega del buque, había escaleras a los costados, pero íbamos por rampas, eran varias cubiertas, veíamos vehículos, cajas, contenedores, parecía una ciudad.

Así seguí bajando hasta que llegué hasta una cubierta llena de personal de tropa y, en un ángulo una especie de calabozo o separación hecha con unas redes para carga de cables de acero.

Era un lugar pequeño y allí estábamos separados los oficiales, me sirvieron un plato de comida, jamás olvidaré el sabor, el calor, de la primera comida caliente que me dieron en el "Intrépido" una vez concluida la guerra. Era un guiso, tenía lentejas, arroz y carne y era dulce. Que manjar, yo salí de Fox en el último helicóptero hacia el barco, ni pensaba comer y sin embargo al llegar a la jaula donde estaban los oficiales un inglés me trajo un plato con esa comida, me acuerdo que pedí repetir y me trajo otro plato. Pero parece que al comer el hambre desata lo que uno tiene adentro. Es penoso relatar lo que vi en el "Intrépido" cuando traían la comida para la tropa.

Cada tanto nos iban llamando para tomarnos los datos, grado, cargo, etc. y creo que a algunos los retuvieron para interrogar. Regresé a esa jaulita y me senté sobre mi bolsón porta equipo, ese era el lugar que cada uno tenía, no había más. Nos llevaban por turnos de a dos o tres al baño para hacer nuestras necesidades y para fumar, yo vicioso iba a cada rato. En esa cubierta, sentados cómodos sobre cajones elevados había guardias armados. En un momento no sé cómo hubo una pelea entre los soldados y no pasaron 30 segundos que con un par de órdenes estábamos todos apuntados y se restableció el orden.

En una de mis idas a fumar fui con el médico Olivé que hablaba muy bien inglés. Los ingleses nos daban los cigarrillos. Nos acompañó un guardia armado con una Sterling y Olivé hablaba con él, yo algo entendía y algo nos contaba traduciendo Olivé.

En un momento le preguntó "qué pensaba de nuestros pilotos" y al instante el guardia dio un paso atrás, le cambió el semblante y dijo claramente "I don't like your pilots", el ambiente se puso tenso hasta que el británico dijo : "Sus pilotos mataron 42 compañeros míos, yo estaba en el Buque Sir Tristán en Bahía Agradable" y nos relató lo que fue ese ataque, nos dijo que no se explicaba cómo no los habíamos atacado por tierra y que él junto con los que se encontraban bien, fueron llevados a otros barcos, reequipados y en 24 horas ya estaban reasignados a unidades de ataque a Puerto Argentino.

Regresé a la jaula y me encontré con el sacerdote, el padre Marcos, sentado sobre mi bolsón. Me quedé de pie mucho, mucho tiempo, hasta que le pedí al cura que me diera mi lugar. Me respondió con algo así como que nadie era dueño de nada y le contesté mal, la discusión fue creciendo. Estaba con bronca y cansado, aumentaba mi bronca algo que había pasado antes y cuento en el siguiente párrafo, todavía estábamos en tierra y fui a revisar la casa por si quedaba algo y encontré una lata mediana llena de hostias. Sinceramente me

encontré ante algo sagrado, lo guardé dentro de mi ropa como un tesoro esperando poder dárselo al cura.

No recuerdo con precisión cuando le entregué la lata, lo hice con alegría y esperaba alguna palabra acorde a la situación y el cura me dijo “¡Uh, me había olvidado! Te las hubieras comido porque no están consagradas” y acto seguido se las comió a todas. Lo miré feo y se fue profiriendo amenazas.

A cada rato venía un inglés al que hacíamos preguntas, recuerdo que varias veces, mientras navegábamos nos decía que “según Lamí Dozzo, la Fuerza Aérea no se había rendido” y por eso seguíamos navegando. Una noche creo, pues no teníamos noción del tiempo, apareció sonriente y nos dijo “Finish the war, Galtieri out, finish de war out, out Galtieri” mientras hacía señas con sus pulgares y dijo “Now will return to house”. Una noche sin decir agua va se apagan las luces y se encienden las de “oscurecimiento”, unas luces de color morado. Viene un británico y nos pide tomar todo el equipo y seguirlo, formamos en filas de diez, fuimos la última, íbamos caminando bastante bien, siguiendo al de adelante y las luces, subimos y bajamos rampas hasta que de golpe choqué con el de adelante.

Todo era silencio y sólo se veían las luces moradas o rojas. De golpe empiezo a escuchar un ruido de agua, como si se llenara una bañera, miro y veo una franja rectangular más clara al frente que poco a poco se iba ensanchando, era la gigantesca proa del buque que se abría como una gran boca para expulsar su contenido. De pronto estábamos flotando y navegando en una de las barcasas de desembarco.

A lo lejos se veía una luz blanca y hacia allí navegábamos, miré hacia atrás y se veía una cabina desde donde timoneaban la barcaza, un radar daba vueltas en el techo en un segundo los 360 grados.

La barcaza era inmensa, seríamos cerca de doscientos hombres al menos. A lo lejos se veía la luz blanca hacia dónde íbamos. Alguno pensó y dijo que nos abrirían la compuerta y nos tirarían al mar. Yo me sentía una vaca, me seguían llevando adonde ellos decidieran, una sensación rara, desagradable que otro disponga de todos tus pasos. La luz se iba acercando y era lo único que se veía, ya muy pero muy cerca nos dimos cuenta que era un barco, era el “**Norland**” que tenía a estribor una puerta con esquinas redondeadas, una puerta para carga. La barcaza se amarró y comenzamos a bajar, había un inglés, que decía con acento latino “vamos rapíidou, rapíidou”, desde atrás veía como la puerta se iba tragando la gente y sus bolsos.

El Sargento Primero Lofaso, ese pícaro personaje cordobés le contestaba desde la barcaza y en voz alta “**Hablá bien gringo hijo de**

puta, se dice rápido, no rapidou...". Cada vez que el inglés lo decía... este le contestaba... con su fuerte acento cordobés.

De golpe la barcaza hace una maniobra y se acerca al barco y empezamos a subir hasta que nos tocó el turno a los últimos donde venía Lofaso, al pasar al lado del inglés, pudimos apreciar el enorme tamaño de este, que lo toma por el cuello de la campera y en perfecto castellano le dice: ***"Vení cordobés hijo de puta, que yo te voy enseñar como se dice rapidou en inglés..."***, las carcajadas de todos nosotros estallaron alrededor del tragicómico momento poniendo una nota diferente en tal lúgubre escenario. Nada sabíamos de lo que pasaba adentro. Me llegó mi turno, salté y entre a un lugar inmenso, iluminado y me indicaron sentarme. Nos juntamos con el Capitán Godoy. De a poco fuimos viendo todo. Era un Ferry gigantesco. Nosotros estábamos sentados en lo que era la playa de estacionamiento que iba de punta a punta del barco, en el centro había una estructura donde creo que había camarotes y arriba de todo estaría el puente de mando, a los costados más camarotes. El lugar donde estábamos sentados era inclinado, pues lo bajarían para que embarquen los vehículos. Allí estábamos y mirando hacia adelante y a la derecha veíamos que requisaban a la gente, allí fue la última requisa. Veía que sin tocar a nadie un soldado indicaba que fueran pasando el equipo y lo pasaban a un costado luego de revisarlo, luego había que desvestirse y quedar en ropa interior y un médico todo cubierto con un traje blanco y guantes revisaba el cuerpo, hacia preguntas, revisaba el cabello, boca y todo. Se hacía ordenadamente y recuerdo dos casos tragicómicos: el primero; el de uno que le hacen vaciar el bolsón, lo da vuelta y salen rodando un montón de tortas fritas. Me dio bronca, me sentía un miserable, sentía vergüenza ajena y dije: "míralo al hijo de puta".

Otro caso fue el de unos soldados que no sé de dónde tenían una lata como de cinco kilos de *corned beef* y se la estaban repartiendo entre unos pocos. Supe después que los internaron muy graves. Así estábamos sentados y pasó un soldado británico con un civil de la Cruz Roja repartiendo unas tablillas con un broche que tenían un lápiz atado y una planilla para que llenáramos con nuestros datos. Así lo hicimos, sacaron nuestras hojas y pasaron a la fila de atrás y nos llegó el turno de la requisa. Todo normal, voces muy firmes y señas para todo, el médico nos tocaba enguantado, pero como si tuviéramos piojos y sarna. De allí en fila nos llevaban a los camarotes, hicimos un cambio para estar juntos el Capitán Godoy, Salaverri y yo. Abrieron una puerta y entramos y ¿quién estaba allí? El Padre Marcos.

El camarote tenía un lavatorio entrando a la derecha, un baño a la izquierda con puerta y, bajo una ventana pintada de negro una

mesita, entre ambos extremos a la derecha había una cucheta y a la izquierda una camita. Éramos el capellán, el Cap. Godoy, Salaverry y alguien más que jugaba a las damas con Godoy y le ganaba siempre. No había agua. Pasó creo que el Segundo Jefe con un Inglés explicando que el baño se podía usar, pero agua salubre para lavarnos y tomar no había, que nos la traerían con la comida y que, ante cualquier problema, golpeáramos la puerta y nos corrieramos para atrás. El barco navegaba y creo que luego del transbordo nuestro desde el "Intrépido" fuimos a Puerto Argentino a seguir embarcando gente, lo digo porque en la ventana del camarote, pintada desde afuera con color negro, había una raspadura y por allí vi una cantidad importante de buques y helicópteros volando y era una gran concentración de medios gigantesca.

Después de un rato volvimos a navegar y yo aún conservaba mi brújula "recta" -aun la tengo- y por ella notaba que navegábamos hacia el Norte. Un día nos sacaron a cubierta, al aire. Que inmenso el mar, había viento, pero no lo notamos en el entusiasmo por encontrarnos con camaradas de otras Unidades que combatieron en Puerto Argentino, las noticias eran de que le había pasado a alguien, de los combates y entre ellos alguien me dijo que al Teniente Primero Echeverría lo habían "partido al medio con una ametralladora". Nos abrazábamos, preguntábamos por todos, fue una ventilada hermosa, el viento, el mar agitado por el aire... increíble, yo me decía "estoy aquí pasando la vida" y rezaba dando gracias. Luego de vuelta a los camarotes y a contarnos lo que sabíamos. Nunca más salimos a cubierta. La vida en el camarote "no era mala", cada doce horas exactas nos traían un pan tipo lactal, una rodaja gruesa, arriba un trozo de queso, otro de salame, un huevo y de un bidón nos llenaban el jarro de campaña, dejaban cinco cigarrillos para cada hombre que consumíamos el cura y yo pues el resto no fumaba. Alguien se quejó ante la Cruz Roja y agregaron a la ración un pack de cartón de 300cc con leche. Yo no tomo leche desde los once años y a pesar de nuestro estado me producía náuseas, así que la regalaba. Charlábamos, hacíamos bromas. Y había un momento en que nos ganaba el sueño y nos dormíamos todos, era un momento en que repartían la comida y alguno se despertaba y recibía todo.

Recuerdo que estaba dormitando y por ahí entreabría los ojos y lo vi al Sacerdote con el torso desnudo lavándose y afeitándose, entre tanto silbaba y fumaba. Nos fuimos despertando y acomodando para comer y de pronto el Capitán Godoy pregunta ¿quien estuvo usando mi "estuche de aseo"? Y el cura responde que fue él, casi al mismo tiempo vemos que no había agua y todos lo miramos al cura... Sí, se había higienizado con los elementos de nuestro Capitán

y con nuestra agua. Se generó una discusión grave y fuimos haciendo lugar para las trompadas, porque el cura dale que dale conque ese era un camarote socialista y nada material pertenecía a nadie y que debía haber caridad y el Capitán bien plantado y apoyado por nosotros le respondía "Mirá cura no me mezcles las cosas, lo mío es mío y déjame de joder" y el cura replicaba "tengan cuidado conmigo porque yo tengo privilegios con los que los puedo ayudar o perjudicar" y de nuevo la respuesta. Todos gruñendo terminamos en silencio comiendo sin agua. El Cura daba una celebración y comunión poniendo todas sus cosas sobre el escritorio que había debajo de la ventana. Ese día, convencidos y sin duda, nadie "asistió" ni comulgó, nos subimos a la cucheta de arriba algunos y otros en el suelo. Terminó la celebración y Godoy golpeó la puerta del camarote y pidió hablar con quién estuviera a cargo, salió un buen rato y regresó sin decir palabras, siguió transcurriendo el tiempo y golpean y abren la puerta; un británico impecable entra y le dice al Cura "Padre Marcos prepárese que ahora vuelvo a buscarlo". El cura se arregló la ropa, se puso pañuelo, y nos dijo algo como "Ven, me vienen a buscar para que haga una oración por los parlantes o para reunirme con los Jefes, cuídenme, yo tengo privilegios". Nadie le dio atención, regresó el inglés y el Cura se paró y dio dos pasos hacia la puerta y el inglés lo detuvo y le dijo: "No Padre Marcos, con todas sus cosas, con todo su equipo" hubo un instante de balbuceo y de duda en el cura, un desconcierto. Se dio vuelta, metió todo en su bolso y al salir nos dijo: "vieron, ahora me llevan a un lugar mejor..." y se fue. Un largo rato después volvió el mismo inglés y abriendo la puerta nos dijo: "Yo comprendo, yo comprendo problemas con Padre Marcos, ahora mejor Ustedes". Nos miramos y nos reímos."

Para concluir ahora esta historia que antes no quise contar: cuando una madrugada el barco ya llegaba a Madryn nos fueron sacando de los camarotes y nos llevaron a la planchada a esperar, antes pasamos por una "Barra" donde había cosas personales y cigarrillos, pero terminamos en una planchada, la misma del comienzo. Habían puesto unos termos cuadrados muy grandes con té con leche y unas canastas con galletitas, nos podíamos servir cuanto quisiéramos. Nos mantenían reunidos pero separados de la tropa y los suboficiales, pero todos tenían su té con leche. Alguien preguntó por el Padre Marcos que no veíamos por ningún lugar, nadie sabía nada, nadie lo había visto más desde que se lo llevaron. Pasó el británico que se lo había llevado e imperturbable sin decir nada se tocó la cara y siguió camino. Un rato después vemos bajar por una escalera una centella, un torbellino verde oliva que fue directamente a la canilla del termo de té... era el Padre Marcos. Lo habían llevado a un camarote y

quedó solo y parece que lo olvidaron. Se quedó sentado contra una pared del buque y nunca más lo vi. Lo relatado es cabalmente cierto, como que también es cierto que lo habían “deportado” de la Compañía de Ingenieros 9 pues los había cansado, cuando llegó a nuestra compañía –para nosotros fue un privilegio– que privilegio ni ocho cuartos, nadie lo quería tener y fue a parar a la Compañía C, le ofrecimos un casco y abrigo y nos dijo que no, que a él lo protegía el manto de la Virgen, a la primera alerta le arrebató a un soldado el casco y no se lo sacaba ni para dormir –me contaron– le sacaba mantas y abrigo a los que ya dormían, pero se lo trataba bien. Yo por caridad lo respetaba, aunque tenía un “no sé qué” que no me cerraba, era un hombre mayor para nosotros y no la pasaba bien.

Sentimos que el barco atracó luego de un largo rato de maniobras llenas de ruidos de cadenas, pero pasó mucho tiempo para empezar el desembarco, bastante, se hizo largo. Nos dijeron que era por la Cruz Roja, que estaba revisando las medidas para transportarnos, los medios para los que iban heridos y otras cosas. Al final empezó el desembarque, era por una escalera pegada a la borda del buque, de noche, creo que era el Puerto de ALUAR. Abajo se veía una fila de camiones y muchos Jefes bien uniformados dando órdenes. A medida que se iba juntando gente en el muelle se fue complicando todo, nadie sabía dónde embarcar y los que nos esperaban veían cómo se les quemaban los papeles de lo que habrían previsto, embarcamos como pudimos, fuimos llenando los camiones todos mezclados y partimos hasta la Base Almirante Zar.

Ya estaba amaneciendo cuando llegamos, bajamos y en una Plaza de Armas inmensa nos fuimos juntando los del Regimiento 8 y la Compañía de Ingenieros 9. Me contaron que el Segundo Jefe de Regimiento fue a recibir órdenes y le dijeron que debíamos irnos a Buenos Aires, me relataron que armó tal lío que medio lo dejaron gritar y que se negó a ir a Buenos Aires. El Teniente Magallanes tenía previsto que volviéramos en ómnibus y así se hizo y por la tarde aparecieron micros para todos. El Segundo Jefe a veces parecía un extravagante, otras un soldado, otras un místico. Un día se cortó el cabello y parecía que le habían echado un puñado de pólvora y prendido fuego, pero era entusiasta, iba y venía, hablaba y hablaba y hablaba...

Allí, en esa Plaza de Armas había oficiales que no habían cruzado a las Islas. Yo recuerdo haber hablado dentro de un auto al que me subí por el frío, con dos Jefes que conocía. La indiferencia era notable, yo pensaba, pero no creía, pensaba en que me veían como un perdedor, un tipo que había fracasado, y así bajé del auto sin decirles nada. Al bajar y buscar a mi gente veo venir un muchacho bien peinado, con un abrigo azul Francia y me dice que era de la

Policía Federal y que era hermano del Teniente Primero Echeverría. Me preguntó por su hermano, que era compañero mío en la Escuela de Inteligencia, y me dijo "esta es una de las últimas esperanzas que tengo de encontrarlo, me dijeron que estaba herido.

Yo había escuchado la versión que ya conté "que una MAG lo partió al medio", pero era una "versión", no me animé a comentárselo. Le dije que no había venido en nuestro barco y él me dijo que se iba a otro Puerto más al Sur donde llegaba otro buque. Me quedé mirándolo cuando se iba. Echeverría no sé cómo llegó al Hospital de Campo de Mayo. Había recibido cinco disparos y tenía vendas por todos lados, allí estaba y ya habían hecho una misa por su descanso eterno y allí estaba tendido, hablaba con voz muy baja y un día un compañero de él pasó cerca y Echeverría murmurando lo llamó y se identificó... y resucitó para la familia y para todos".

Me fui a la cantina de la base donde compré unos alfajores y por un teléfono público hablé con mi esposa, escucharla era como si todo lo pasado no hubiera ocurrido. Yo sólo quería regresar a ver a mi familia y terminar mi curso.

Recuerdo del soldado c/62 Rodolfo Rodríguez Trejo

Los primeros días de junio fueron aburridos y tediosos y muy fríos. Solo nos entretenían los bombardeos navales. La vigilia con hambre y frío es la peor de las vigias. Salía con el Capitán a todos lados ya que era su operador sin radio, pero siempre lo acompañaba. Hacíamos largos recorridos por dentro del perímetro en la noche en escenarios cambiantes. Algunas noches eran tranquilas y otras de una belleza aterradora. El mar en calma y sobre la superficie una capa de una densa niebla de más de un metro de espesor que reflejaba la luz de la luna transformando la niebla en una masa blanca, solida, impenetrable, amenazante desde la cual podría aparecer desde un bote de comandos hasta un dinosaurio. Eran situaciones de tétrica belleza y mucho miedo que transitábamos en silencio separados unos tres metros con las pistolas listas para disparar. Ahí entendí la diferencia entre el valiente y el temerario.

Una tarde-noche, Mario me pidió que lo acompañara como siempre al Puesto Comando, cuando llegamos nos extrañó el silencio y la falta de centinelas. Entró guardando la pistola y salió al rato cabizbajo y silencioso todo el trayecto. Ya en el pozo nos comunicó que la guerra había terminado. Solo recuerdo que sentí que todo el sacrificio se había terminado y me dormí porque esa noche fue muy triste y silenciosa.

A la mañana siguiente ya desarmados nos reunieron en un galpón de esquila y los próximos recuerdos son confusos.

Nos daban de comer teníamos baño, pasaban los partidos, nos pudimos higienizar, nos dieron cigarrillos y de golpe a alguna hora de la noche nos hicieron salir por otro lado y bajamos del buque a un cuartel creo que era de la Armada, nos dieron de comer como si quisieran que recuperáramos los kilos perdidos.

Llegamos al Regimiento nos dieron una cuadra para bañarnos y descansar. Nos dieron ropa civil que no sé de dónde la sacaron y ahí estuvimos esperando como dos días, jugábamos al truco, fumábamos y dormíamos. Un día fui a la antigua oficina y nos pusimos a colaborar con los soldados nuevos a quienes les hicimos las clásicas bromas que se les hacen a los novatos.

En Trelew

Luego de bajar del barco inglés, a eso de las 5 de la mañana fría y oscura, donde nos esperaba una silenciosa cantidad de funcionarios militares y civiles de la Cruz Roja, fuimos a la base almirante Zar de la Armada que es un lugar inmenso lleno de grandes galpones y espacios libres. No sé a qué hora fuimos a desayunar, mientras trataban de normalizar ese gran despelote que éramos. En un momento nos transformamos de prisioneros de los ingleses y nos convertimos en prisioneros de los gobernantes argentinos. Matando el tiempo nos pusimos a caminar “Pini” Medina, “Pucho” de Feliú y yo.

En silencio deambulábamos por la Base Naval y en un momento paramos frente a inmenso galpón en donde un amable Suboficial de la Armada nos invitó a pasar. En ese gigantesco espacio nos encontramos de golpe con la brutal realidad. En interminables estanterías había montones de cajas de cartón que contenían restos de lo que la gente nos había mandado a los combatientes y que no se pudo cruzar por el bloqueo naval inglés.

Avanzamos curioseando, casi indiferentes, hasta que empezamos a darnos cuenta, de las miles de manos argentinas que habían tejido cientos de bufandas, guantes, pulóveres, medias. Los ojos se enrojecieron, un nudo en la garganta empezó a apretar sin piedad, hasta que nos encontramos con pequeñas bolsitas que contenían puñaditos de yerba, saquitos de té, paquetitos de azúcar y de yerba, con unos papelitos a modo de etiquetas,

que con letras infantiles nos indicaban, que eso era el esfuerzo de hogares muy humildes o de Escuelas del Norte o del Sur Argentino. ¡Por Dios! ¡Qué manera de llorar! Mientras escribo este recuerdo mis lágrimas corren por mis envejecidas mejillas nublándome la vista y empañándome los anteojos.

Jesús dijo que: “la verdadera caridad es dar lo que no sobra...”



Capitanes Medina y Godoy, Tte Primero Barreiro, Cap. De Feliú.

¿Y ahora, qué?

Después de 4 horas de viaje en cómodos ómnibus de larga distancia, llegamos a alguna hora de la noche al “Fortín Chacabuco”. El principal Guzmán pidió permiso para ir con los suboficiales a quienes esperaban sus familiares. Al resto no nos esperaba ni el “gato”.

Sinceramente no sé qué pasó a partir de ahí. Nos bajamos y quedamos como casi siempre solos, sin órdenes. Había familias de todo tipo, la mayoría humildes, era muy tarde. El Regimiento 8 entró hasta la Plaza de Armas, allí se reunieron con las familias. En la oscuridad ordenando a los cansados integrantes de la Compañía, bajando los bolsones alguien nos dijo que teníamos que ir a una cuadra. En eso estábamos cuando sentí unos gritos que me llamaban. Sorprendido me acerqué pensando que eran órdenes y no, no eran órdenes. Era el Suboficial Principal Ridolfi, que tanto nos ayudó a armar la compañía, que me buscaba en la oscuridad y entre el movimiento de gente y cargas. Se plantó delante y abriendo sus grandes brazos me dijo:

– “Acá estas...tenía mucho miedo que no volvieras, pendejo”.

Nos abrazamos fuertemente y lloramos. No es cierto que nadie me esperaba. Como siempre, al regreso al cuartel en situaciones críticas, siempre, siempre, estuvo un Suboficial para darme un abrazo y contener mi angustia.

Lamentablemente no lo vi más y cuando volví a Comodoro había fallecido. Descansa en Paz mi querido soldado, que tuviste un gesto de noble y sincera camaradería, que hoy casi 40 años después atesoro como uno de mis más queridos recuerdos.

Recuerdos del soldado C/ 63 Ramón “Lalo” Álamo

Al regresar a Comodoro, nos dimos cuenta que hundidos en la derrota habíamos olvidado a la familia y de golpe tomamos conciencia de lo que ellos habían sufrido. Seguramente mi amada Ramona había rezado y llorado mucho por derecho propio y sin vergüenza, como siempre lloran las madres.

¿Pero, y mi padre? ¿Cómo hizo ese sencillo, duro y curtido hombre para expresar sus miedos y su dolor? Él fue educado en que los hombres no lloran. Los padres de ese entonces no tenían permitido llorar ni expresar sus sentimientos. Mis hermanos me contaron que el papá en las tardes de ese frío otoño del 82 se escabullía de nuestra casita y no volvía por un rato. Cuando lo hacía se notaba que sus ojos estaban rojos pero secos y todos se daban cuenta, pero nadie decía nada.

Después de un tiempo en el Regimiento nos dieron franco y viajamos a Córdoba para el 5 o 6 de agosto. No veía a mis padres desde enero. Llegamos una madrugada y hacía frío y mi papá estaba en la termina con un primo que le gritó “acá esta Lalo”. Él cruzó entre toda la gente Y llegó el abrazo. Los padres de ese entonces no abrazaban a los hijos solo lo hacían, en días especiales. Me ahogaba entre sus brazos y por el movimiento de su pecho me di cuenta que estaba llorando por dentro sin un sollozo y su respiración entrecortada me indicaba que se estaba desahogando de toda su tristeza y dolor. Me aparté como pude y le di un beso. Me tomó de los hombros me miro con sus negros ojos y **me dijo “Hijo te has convertido en un hombre. Y mi hijo fue a defender a mi Patria”.**

Ese momento me enseñó algo que comprendí con el tiempo, cuando fui padre, cuando uno sufre mucho cuando le toca ver sufrir a un hijo.

Por eso hoy quiero rendir un homenaje a todos los papás de los Veteranos de Malvinas. Esos hombres que sufrieron en silencio y hoy están llenos de orgullo porque sus hijos dieron todo por la Patria.

Muchas gracias mi Capitán por darme la oportunidad de contar estas cosas que están en mi corazón.

Soldado C/63 Álamo Ramón
Segunda Sección de Tiradores.
Compañía C del 8 de Infantería.

Capítulo 7: *El largo camino a casa*

Recuerdos del Subteniente Salaverri

A partir del 7 de junio (fecha a confirmar), cesaron los bombardeos nocturnos y unos días después comenzaron a llegar noticias sobre los primeros combates que se estaban dando en Puerto Argentino, por lo que supusimos que la definición estaba puesta allí y a nosotros nos quedaba esperar los resultados, no obstante, el dispositivo de defensa se mantuvo como el primer día. El día 15 de junio llegaría la orden de rendición, siendo trasladados el Jefe de Regimiento y el jefe de la Compañía de Ingenieros 9 a bordo del buque inglés HMS Avenger, para recibir los términos de la rendición. Mientras esto sucedía, reuní a la Sección en el galpón de esquila para darles la tristísima noticia, estábamos desconcertados y frustrados, siempre pensamos que ganaríamos la guerra que para eso habíamos ido a las Islas, no podíamos entender lo que había pasado y por qué habíamos perdido.

Lo cierto es que en horas del mediodía vimos cómo se aproximaba desde la entrada a la bahía un helicóptero inglés, en él venían las autoridades encargadas de tomar posesión del lugar, no recuerdo por qué me desplazé a la posición de la ametralladora MAG, contigua al galpón y observo a dos soldados, puedo equivocarme con los nombres, pero creo que eran los soldados Falón y Ceballos, que estaban apuntando al helicóptero con intenciones de dispararle, al verse sorprendidos con lágrimas me dicen que no querían rendirse, era lógico y hasta natural que nadie quisiera rendirse en ese momento y en esas circunstancias. Luego de unos minutos, contagiado de esas lágrimas, logré convencerlos que había que deponer las armas y reuniéndonos todos nuevamente en el galpón de esquila esperamos órdenes.

Pasado un tiempo ingresan al galpón dos oficiales ingleses y de buena manera comienzan a preguntarnos cómo nos encontrábamos, uno

de ellos era médico e insistía si teníamos algún problema de salud, con un inglés básico le contesté no necesitábamos asistencia médica, por lo que se retiraron y nuevamente la incertidumbre de la derrota. El Capitán Godoy llamó más tarde a los jefes de sección para darnos los lineamientos generales de los pasos a seguir, entre los cuales estaba la preparación para entregar el armamento y el levantamiento de las minas antitanques trampas que habíamos instalado próximas a la playa.



Capitán Hugo White Comandante de la HMS Avenger.
A cargo de la capitulación de Bahía Zorro.

No sé realmente que nos pasaba o qué sentíamos, nos habíamos rendido, pero no creíamos haberlo hecho, por eso interpreté la orden de levantar las minas como una orden del servicio más, tomé mi sable bayoneta y solo, me dirigí al sector para tratar de levantarlas.

Era una actividad de riesgo, dado que había nevado y llovido con gran intensidad, pero si uno se arrastraba y miraba al ras del suelo, se veían marcas sobre la superficie de la turba en la que se interpretaba que debajo había una mina, por lo que introducía con cuidado la punta de la sable bayoneta y lentamente cortaba y levantaba la turba hasta que apareciera la mina, la desactivaba y la extraía, de igual modo con las trampas.

Mientras estaba con el procedimiento de levantado de minas fue cuando pasé el momento más triste de la guerra, al oír el toque de atención de una trompeta levanté la vista desde el suelo y vi a un grupo de soldados ingleses con sus uniformes impecables, saludando a la bandera del Reino Unido que se izaba, en el mástil en el cual todos los días flameaba nuestra gloriosa bandera desde que llegamos. Me vino entonces una gran desazón por la impotencia

que sentí, ya no estaba la bandera, esto ahora sí, marcaba el fin, sentimiento compartido por todos los integrantes de la Sección.

Décimo primer suceso

Respecto de la rendición y de los movimientos de prisioneros, comenta otra publicación inglesa que la necesidad de comida y alojamiento para sus propios hombres era una prioridad para el general Moore enviar a “casa” a los prisioneros de guerra, para lo cual dispuso que los buques de transporte “Camberra” y “Norland” sean empleados para el traslado.



Buque de desembarco HMS Intrepid.

En nuestro caso sería el Norland el que nos llevaría, no obstante, antes de llegar a él, hubo momentos con situaciones que vale la pena recordar, ya que sacarnos de Bahía Zorro constituía toda una operación de transporte, donde no había muelle en el que pudiera amarrar un buque de magnitud y éramos más de mil efectivos entre el Regimiento y la Compañía de Ingenieros. Con esta perspectiva decidieron acercarse a la bahía un buque de desembarco, el HMS Intrepid y previeron, con sus helicópteros en vuelos de vaivén, embarcar al personal que estaba en tierra. Previo a ello se debieron dar algunos pasos, el primero fue acondicionar los lugares donde habíamos estado, luego entregar el armamento, al cual muchos lo inutilizaron antes de hacerlo y por último separar a los oficiales del resto del personal y ubicarlos de manera distante en el centro del poblado. Allí sentados y custodiados por un soldado inglés cuya edad y proceder daban cuenta de su experiencia en este tipo de situaciones, esperamos callados, sin ganas de hablar y con la vista puesta en la “nada”, esperamos que los helicópteros comiencen con el traslado al buque.

Por la distancia en que había anclado el HMS Intrepid y la pericia de los pilotos, nos embarcaron en menos tiempo del que pensábamos. A los oficiales nos seguían manteniendo separados, ubicándonos en

una especie de jaula de carga hecha con cables de acero. Iniciamos así el movimiento con la incertidumbre de no saber hacia dónde íbamos. Ya avanzada la noche nos ordenan subir a las lanchas de desembarco y luego de escuchar el ruido de la apertura de la compuerta del barco, las lanchas comenzaron a moverse hacia el exterior en medio de un oleaje que se hacía sentir y de una bruma que no permitía ver prácticamente nada. Luego la lancha que nos transportaba se detuvo contra una enorme pared de acero tan grande que con la vista no llegábamos a ver su altura, en la cual había una pequeña puerta abierta y un soldado inglés que gritaba permanentemente “¡Rapidou! ¡Rapidou!”. Allí amarraron la lancha a una escalera de sogas y comenzamos a subir introduciéndonos en una enorme bodega, donde iban ubicando a todos los prisioneros tomados en Bahía Zorro, que éramos alrededor de mil.



HMS Intrepid.



North Sea Ferry MV Norland.

Por una publicación inglesa supimos tiempo después que lo que había sucedido era que el HMS Intrepid se había dirigido desde Bahía Zorro hacia el estrecho de San Carlos, a un lugar con aguas más tranquilas que permitieran el trasbordo en el mar, al gigante "North Sea Ferry MV Norland" que en tiempo de paz transporta pasajeros y vehículos entre Hull (Inglaterra) y Rotterdam (Holanda). Una vez en la bodega del MV Norland, como muy bien lo relata el entonces, Teniente Primero Barreiro, con la presencia de miembros de la Cruz Roja, comenzaron a realizar una exhaustiva revisión de cada uno de nosotros, que partió dejándonos en ropa interior, de los efectos que traíamos con el uniforme y dentro de los bolsones porta equipo, separaron todo lo que consideraron peligroso, para posteriormente introducirlos en los bolsones a los que según dijeron tiraron al mar.

Nuevamente volvieron a separarnos a los oficiales, llevándonos de a cinco o seis a los camarotes (que eran para dos personas) y nos cerraban la puerta por fuera. Allí comenzó verdaderamente el regreso, aunque no sabíamos dónde iríamos. Luego de varias horas el barco se detuvo y por una raspadura que tenía el vidrio del ojo de buey pudimos ver que habíamos anclado en Puerto Argentino, donde también estaban anclados al menos cincuenta barcos de distinto tipo."



Más tarde sabríamos que tanto el "MV Canberra" como el "MV Norland" cargaron mil prisioneros de guerra cada uno en el estrecho de San Carlos, para posteriormente dirigirse a Puerto Argentino, donde el primero (Canberra) embarcó a otros 3.000 prisioneros, partiendo hacia Argentina el viernes 18 hacia Puerto Madryn. En tanto que el nuestro (Norland) zarpó también el viernes con un total de 2.000 prisioneros de guerra que arribaron al mismo puerto en horas de la tarde del domingo.

El viaje en el barco tuvo distintos momentos, uno de tensión dentro del camarote donde nuestro Jefe de Compañía, el Capitán Godoy tuvo unas discusiones con el Capellán que nos habían agregado, a tal punto que pidió que lo saquen y lo ubiquen en otro lugar, otros más placenteros como que en una oportunidad dejaron bañarnos y que todos los días teníamos asegurada una comida, un suboficial del Regimiento pasaba por los camarotes a la mañana y nos entregaba la ración diaria, que consistía en un trozo de queso parecido al de rallar y un paquete con cinco galletitas, que se ve tenían proteínas concentradas, porque saciaban el hambre y un vaso de leche. Pero lo que con más emoción recuerdo fue cuando nos llevaron a la cubierta del barco, específicamente al helipuerto, donde en una especie de “recreo” me encontré con varios compañeros de promoción y amigos del Colegio Militar, y digo emoción porque eran muchos los comentarios que circulaban sobre muertos, desaparecidos e incluso degollados por los gurkas, por lo que al verlos fue inmensa la alegría.

De regreso a los camarotes / celdas con la tranquilidad que me había dado ese encuentro, intercambié las noticias que había recibido con el Capitán Godoy y el Teniente Primero Barreiro, ampliando lo que conocía sobre la situación en que había quedado la guerra.

El tiempo pasaba, aunque me parecía que estaba detenido, solo pensaba en lo vivido, no había espacio para más. Probablemente era de madrugada, por lo que veíamos por la raspadura del ojo de buey, cuando el buque se detuvo y comenzamos a escuchar ruidos y sentir movimientos que hacían pensar que estábamos próximos al desembarco, hasta ese momento sin saber dónde.

Transcurrido un tiempo nos hicieron salir del camarote y nos trasladaron hacia la bodega, reuniéndonos con el resto del personal de tropa y suboficiales del regimiento y nos comunicaron que habíamos llegado a puerto y estábamos prontos a bajar. Era Puerto Madryn, el fin del viaje estaba próximo, por lo que todos los movimientos para descender se hicieron con celeridad y presteza, lo importante era abandonar rápidamente el barco y recuperar la libertad. Mientras descendía por la escalera observé una gran cantidad de gente que nos esperaban, en su mayoría militares y alguna autoridad, ahí sentí una gran congoja por no haber podido triunfar y lloré.

Éramos tantos en muelle del puerto, entre nosotros y los que nos esperaban, a lo que se sumaba la emoción desbordante de pisar nuevamente el continente, que era imposible organizarse, hasta que nos llevaron a la Basa Almirante Zar, donde con más espacio pudimos reencontrarnos con la Sección y retomar cierta normalidad. A ese lugar arribaron los colectivos que nos trasladaron nuevamente

a Comodoro Rivadavia, a esta altura los movilizados ya teníamos un elevadísimo sentido de pertenencia al Regimiento 8.

Luego de aproximadamente un mes pude volver a Suipacha, allí me esperaban mis padres y mis hermanos que me recibieron con una emoción y una alegría indescriptible, y también me esperaba a mí y a seis soldados que habían combatido con el Regimiento 6, todo el pueblo que se había reunido en la plaza. Nos hicieron subir y pararnos sobre el techo del autobomba de los bomberos y con la sirena encendida, nos llevaron a dar una vuelta por el ejido urbano, ésta terminó en la puerta de la Iglesia, donde el santo Padre Luis Bredi ofreció una Misa en acción de gracias, que mayor reconocimiento puede pedir un soldado.

Recuerdos del soldado C/ 63 Héctor Inocencio Saavedra

Un "chato patagónico"

Poco después, nos llevaron en helicópteros ingleses a un campo de prisioneros en el frigorífico San Carlos. Nos trataban bien y al principio nos mortificaban o provocaban balando como ovejas. Al día siguiente nos embarcaron en un buque grande y nos llevaron a Uruguay donde alguien del Ejército nos llevó a Campo de Mayo, después de unos días nos mandaron en avión a Comodoro. Estuvimos aislados, nadie sabía qué hacer con nosotros. Nos dieron franco un fin de semana sin salir del pueblo. Yo me rajé a Rawson a dedo y sorprendí a mis padres que lloraron abrazados.

El regreso después de la baja fue confuso y difícil. Intenté muchos trabajos, pero no duraba en ninguno hasta que conocí a María que me bancó mis idioteces, mis gritos en la noche y me ayudó a acomodar mi vida. Ahora estoy bien con dos hijos. Hace unos cuantos años con Rocha, Tornello, Romero que ya fallecieron y Sergio Barca, Cáceres y otros, fundamos el primer centro de veteranos de Rawson. Trabajé bastante con ellos, pero ya me alejé.

Hoy 41 años después cuento mi historia en forma ordenada. Me hecho bien. Gracias Capitán por hacerme llegar una medalla del Congreso de la Nación que estuvo perdida todo este tiempo.

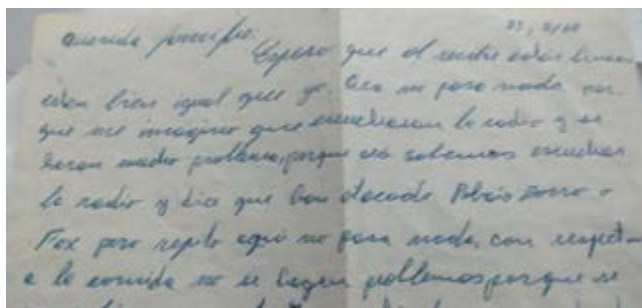
Otras formas de recuerdo...



Soldados C/63 Alessio, Bowen y Álamo



Hermanos de la Turba
Bowen y Alessio, 35 años después



Carta a los padres de Hugo Bowen

Hugo Bowen-La Segunda vida

Un puñado de galeses llegó en 1865 a las costas de Puerto Madryn e inició una nueva vida. Muchos años después, el 21 de junio de 1982, un descendiente de esos pioneros desembarcó en el mismo lugar. Un paisaje diferente, otra historia la suya.

No ya en el Mimosa el barco se llamaba Norland, era un buque inglés que lo trajo prisionero, hambriento, pero no vencido. No podían sentirse derrotado si volvía con vida, si podría abrazar a su madre.

Juró defender con la vida la soberanía en las islas convencido del justo reclamo y la celeste y blanca quedó para siempre grabada en sus pupilas

En los largos días de pozo de zorro, húmedo y estrecho, le contó sus sueños a José, compañero de trinchera, de criar ovejas a orillas del

mar en esos campos de turba y piedra de Bahía Zorro. ¿Qué podía impedir que soñara?

Siguiendo el fusil y el rosario se dijo que en la guerra el que no sabe rezar inventa una oración. Él que nunca había orado supo en esas noches eternas, que había un Dios que podía escuchar su plegaria.

Partió un niño, volvió un hombre. No se dio tiempo para esperar recompensas y homenajes. Honró el empeño, las ganas sobraron, honró la vida. Su vida, con forma vertiginosa a veces con tristezas mudas otras, sacudió recuerdos de muertes y angustias. Dejó que el viento secara sus lágrimas por los amigos que no volvieron y la indiferencia de otros y corrió detrás de sus ilusiones, el deporte motor, los negocios, logró el campo soñado poblado de ovejas donde siempre flamea bien alto la bandera argentina.

Ahí en Patagonia no dice ser héroe. Tan solo un soldado que luchó en Malvinas, llamado Hugo Bowen.

Dolavon, Chubut. 2023

Si el inicio fue difícil nos dimos cuenta que el regreso iba a ser peor. Los soldados con sus urgencias de volver a los hogares, las relaciones de comando totalmente alteradas y todo volvía a ser como antes de la guerra y nosotros estábamos demás, sobrábamos y también teníamos nuestras propias urgencias. Mientras esperábamos órdenes que no llegaron, nos imaginábamos los procesos de repliegue producidos al finalizar las diferentes guerras que habíamos estudiado o éramos coetáneos. Pensábamos en el repliegue de Dunkerque, de Stalingrado, de las Filipinas, de Viet Nam. Por lo menos nosotros volvíamos con las ciudades físicamente intactas y no destruidas, no así gran parte de la sociedad argentina que estaba convulsionada. Estos pensamientos nos calmaban las ansias, pero no solucionaba el problema.

Recuerdos del soldado Rodríguez Trejo

Una tarde se hizo una formación enfrente de la Compañía y allí ante nuestra sorpresa los Oficiales y Suboficiales nos despidieron a todos. No nos íbamos nosotros se iban ellos a sus cuarteles de origen. Mario saludó a uno por uno y a mí me pidió que los acompañara hasta el aeropuerto. Nos abrazamos, me dijo gracias por todo y se alejó con los ojos llenos de lágrimas. Desde lejos alcancé a gritarle una frase que nos repetíamos siempre, "Mi capitán si le dicen que he muerto, desconfíe". Fue la última vez que lo vi en muchos años.

Recuerdos de R. B.

Pasó un rato largo. Todos tenían que quedarse en el cuartel para organizarse y recién después les darían franco. La última vez que me reuní con mi Sección fue esa noche antes de entrar al comedor, nos juntamos afuera y los felicité por haber sobrevivido a todo, les dije que lo hecho había sido heroico, que todos aguantaron y sufrieron la prueba y que ahora podían volver a sus casas tranquilos y orgullosos. De allí fui al casino donde cenamos en una mesa juntos con el Capitán, quien nos agradeció con emoción el haberlo acompañado, habló bien, nos emocionó. La comida era abundante, pero nos llenábamos con poco, había vino que tomé un poco. Después de cenar fuimos a la cuadra a ver a los soldados, ya se estaban bañando, flacos, sucios en la espalda y del cuello para arriba, dijimos que se lavaran entre ellos y así lo hicieron, había camas tendidas para todos y en el medio una salamandra inmensa para dar calefacción. Y al otro día los de la Compañía, estábamos como habíamos empezado en la Escuela de Infantería, solos, dando vueltas, no había nada claro.

Un mediodía recibí la orden de presentarme en el aeropuerto para viajar a Buenos Aires llevando unos heridos, lo busqué a mi Capitán Godoy que me miró con cara rara y algo gruñó.

Yo estaba contento por regresar, pero me sentía mal por los que quedaban. No sé cuándo, si esa tarde o al día siguiente fue el mismo Godoy que abrió la puerta de Blindex de entrada a la Jefatura, fue a verlo al Segundo Jefe y salió con pasajes en avión para todos los que tenían destino en Buenos Aires y Campo de Mayo.

Llegué al aeropuerto y un Mayor de Caballería que estaba con los heridos me dijo: "Usted es responsable de estos hombres, debe llevarlos a la Base Aérea "El Palomar" y allá entregarlos a quien los reciba indicándole que mande un mensaje avisando el arribo". ¿Y yo que hago después? Le pregunté. Se va a su casa y después tome contacto con su destino de origen.

Volamos en un avión de Aerolíneas Argentinas, me hicieron ir a la cabina, alcancé a ver Buenos Aires como nunca, a cientos de km de distancia un puntito sobre una línea que cambiaba de color y era el Río de la Plata. Los pilotos me tocaban, se turnaban para ir a hablar con los heridos, les llevaban cosas, los tocaban, los abrazaban.

Llegamos a El Palomar, y al desembarcar fuimos hasta una columna de ambulancias y micros donde un mayor nos recibía como si volviéramos de un paseo. Le entregué la lista a un Mayor, constatamos a todos y ahí empezó el problema. Yo le decía que mi orden era presentarme a mi destino y este tremendo infeliz me insistía de que tenía que pasar por el "Centro de Prisioneros de

Guerra”, que era un trámite nomas, se hacía el vivo, me envolvía y al final fui a la Escuela Cabral. Ya era la tardecita y al bajar me encuentro con un compañero que estaba de servicio y le pido hablar con mi casa, los llamo y les digo que me vengan a buscar. Apareció de nuevo el “chanta” del mayor y me dijo que ya se había retirado la gente que hacía el registro y las entrevistas y naturalmente le dije que me iría y volvería al día siguiente, que no me iba a quedar, que era el día del cumpleaños de mi esposa y el insistía en que no me podía ir.

Mi compañero me llevó un momento aparte y me contó lo que pasaba, que a todos los que volvían los mantenían allí, pasaban por varios puestos de médicos, psicólogos, otros para hacer denuncias etc., pero que no dejaban salir a nadie. Volví a tratar con la escoria de ese mayor y me dijo que no, que era imposible y le dije: “Mire Usted no es un carajo acá, donde está el Jefe que decide” y me llevó a ver a un Teniente Coronel de apellido Conde. Estaba en un lugar que era una entrada a algo con columnas y le expliqué y no sé qué habrá visto que me preguntó si era seguro que volvería al día siguiente, naturalmente le dije que sí y me dio permiso.

Volví a la guardia y al rato llegó mi familia, mi esposa, nuestros hijos, aún recuerdo la ropa de todos, nos abrazamos rápido y nos fuimos a casa de mis padres donde la familia se había reunido. Brindamos, nos besamos y papá muy formal me entregó una carpeta con las cuentas y pagos que había tenido a su cargo, por supuesto que yo le debía, pero al final había escrito “Hijo valiente Cuenta Saldada.

Al día siguiente volví a la Escuela, hice el recorrido y me fui, regresé a mi casa y esa tarde me engripé tan fuerte que llamamos al médico. Al día siguiente me llega un Policía citándome para presentarme en la Escuela de Suboficiales donde había estado, firmé sin entender que carajos era y no fui, estaba en cama.

Al otro día apareció el mismo chofer del Director de la Escuela Cabral con una orden, le expliqué que ya había ido y el tipo se sorprendió, lo atendí en el dormitorio, al día siguiente volvió con una especie de bando militar firmado por el entonces Coronel Flores, ya estaba cansado y esa tarde enferma aún, fui a Campo de Mayo. Al darme a conocer en la guardia ya me preguntaban ¿Usted es el Teniente Primero Barreiro? y notaba que era muy buscado. Llegué a la dirección y saludé al ayudante que me tendió la mano como si viera a un fantasma, al rato apareció otro Teniente Coronel y me preguntó si era Barreiro y le dije que sí, después me preguntó si siempre había sido tan flaco y no le respondí. Finalmente me recibió o me hizo pasar el Director a su despacho y antes de decir agua va me dijo:

-Teniente Primero usted se ha fugado de este cuartel y va a regresar a Comodoro Rivadavia en el primer vuelo que haya.

A mí se me secó la boca y -la suerte quizás- me dio lugar para que le explicara lo que había pasado, le conté la autorización del Teniente Coronel Conde, que había venido al día siguiente y todo... me preguntó:

-¿Usted vino a hacer el circuito?

-Sí mi Coronel, pasé rápido por todos y me fui

-¿Cómo que se fue?

-Sí... volví a mi auto y me fui

-¿Pero la guardia no lo paró?

-No mi Coronel...

-¿Usted es hijo de militar?

-No mi coronel, mis padres son docentes.

-¿Y por donde se fue?

-Por la puerta, por esa... -y le señale la puerta de entrada que se veía por su ventana.

-¿Por ahí salió?

-Sí, por ahí mismo. ...

No había otra forma a no ser saltar por la ventana del primer piso donde estábamos.

-¿Y su padre que auto tiene?

-Un Ford Fairlane... Y de golpe me dice:

-Por favor espere afuera.

Y salí, cada uno que entraba a dejarle papeles al ayudante preguntaba en voz baja si yo era Barreiro, otros me saludaban y me lo preguntaban directamente. Al rato me hace pasar y me dice que había hablado con Conde y que no había dado autorización de ningún tipo.

Me sentí vacío, pensé lo peor de ese tal "Conde" y empecé a agitarme y le dije: "mire fue allá en ese lugar, estaba con tales personas. Está mintiendo". Me reprochó decir eso y le insistí y de pronto me dice que me vuelvo a Comodoro Rivadavia, yo ya no daba más y le dije:

-¡Yo no me vuelvo más! ¡Y se puede ir a la puta madre que lo parió!

Tengo un espacio en blanco que toma color con el Coronel llevándome de un brazo afuera y pidiéndome que espere. Esperé un buen rato donde recuperaré mi compostura, estaba pensando en tirarlo por la ventana si intentaba hacerme volver. Recé un rato. Y me hizo pasar de nuevo, me dijo que me sentara y me dijo que

había hablado a Comodoro Rivadavia, que estaba todo en orden, que se había tratado de una confusión, que regresara a mi casa y me presentara en mi destino.

Me levanté pensando en volver a mi casa y a la Escuela de Inteligencia, un destino que nos acogió como hijos soldados donde no hubo reproches. Unos días después nos llamaron y nos pagaron \$ 350 de viáticos por haber estado en combate, era una miseria. Creo que se la di a papá para que la guardara.

He preferido que el Teniente Primero Barreiro, hoy Coronel retirado, contara en detalle sus peripecias del regreso, que fueron similares a muchos camaradas que al ser movilizados es como si no perteneciéramos a ninguna organización estable. La nuestra, la de Pedrozo, Lofaso, Chamorro, Corbalán, López y otros Suboficiales fueron menos entretenidas, pero más pintorescas.

Volviendo atrás recuerdo que nos fuimos al aeropuerto en un vehículo manejado por el "Tino" Guzmán que fue el único que nos despidió y embarcamos en un avión de Austral hasta aeroparque. Mientras esperábamos los miserables "equipajes" divisamos una "comitiva verde" que nos esperaba para llevarnos al lugar de reunión de prisioneros de guerra.

Gracias a contactos llamamos a la Escuela de Guerra y ubicamos al Principal Pascual para que nos viniera a buscar. Esperamos agazapados y apareció el gran colectivo de la Escuela con todas las luces prendidas y sin dar explicaciones nos escabullimos.

Llevamos a los que vivían hacia el Oeste hasta la estación Lacroze y allá fueron esos increíbles soldados volviendo a sus hogares, después de la batalla en el trencito. Al sobresaliente Sargento Luis López lo dejamos en la Escuela Técnica en la Avenida Cabildo.

Recuerdo Sargento López

Entré a la Escuela Técnica por el portón de atrás, masticando bronca, soledad y al escuchar risas, música y olores me dirijo al taller, donde estaban comiendo mis camaradas, grande fue mi sorpresa. Algunos me saludaron, como si regresara de franco luego de un fin de semana, luego de breves momentos alguien me ofreció comida, la que rechacé, quizás de mal modo, pidiendo por favor si me podían ayudar a llegar a mi casa (City Bell-La Plata-Buenos Aires) y recibo esta contestación "López terminamos de comer, una siestita y lo llevamos". De inmediato tomé mi bolsón y salí caminando rumbo a la Estación de Trenes "Palermo", con una tremenda angustia y desazón, detrás mío aparece

el Sargento Primero Correa, en un destartalado *Citroën* y me dice: "Yo te llevo hermano", (como anécdota, sólo pudimos llegar a cuadras de la Estación Constitución, pues el "citrufo" se rompió). Mientras esperaba el tren a mi domicilio hablé por teléfono (monedas que me dio CORREA) a unos vecinos de mis padres y le pedí que le dieran aviso a la hora en que llegaba a City Bell. Subí al tren y me quedé dormido de inmediato, poco duró mi sueño el guarda me solicita el boleto y rompí en llanto sin decirle nada... el hombre me apoya su mano en el hombro y me dice "¿Usted, viene de Malvinas? Duerma *mijito* yo lo despierto en City Bell".

Al bajar, en la estación de trenes, estaban mis padres, mi hermana y vecinos aplaudiendo y gritando eufóricos, sumándose los pasajeros del tren y la máquina con su bocina. Fue mi momento de gloria, pese a todo apreté a mi madre fuerte contra mi pecho y sentí tremenda seguridad.

Mi Conclusión: de acuerdo a la situación experimentada, factible concluir que la misma fue positiva pues pudimos resolver varios inconvenientes que se nos presentaron en el más bajo nivel de conducción (fracción grupo) que solo fue posible gracias a la buena voluntad de soldados y cuadros.

Patria. No me arrepiento de nada sobre lo actuado, pues fue mi determinación en ese momento. Si me equivoqué en algo pido disculpas. Sólo mi conciencia accede a las críticas del color que sean. ¡Viva la Patria!, viva la Bandera que Juré en la Basílica de Luján en 1974, viva mi Ejército Argentino en su gloriosa Infantería, a la cual entrego mi cuerpo y alma hasta el día de la partida.

Luis Guillermo López
Sargento Ayudante VGM
DNI 13.441.962.



Regreso del Sargento López.

Recuerdos del soldado C/62 Eduardo Sosa

Nací en Córdoba mi madre era santiagueña y se llamaba Nicéfora Ruiz y mi papá que era viudo, con hijos de la edad de ella se llamaba Arturo Sosa y compuso una familia de 6 hermanos donde yo era el menor. Mi pobre madre enviudó a los 38 años y tuvo que matarse trabajando para mantener a la familia. Es muy duro cuando el padre se muere o se va y deja la familia sin su apoyo. Mi mamá se levantaba de madrugada para ir a trabajar y volvía a la noche, yo la esperaba en el final de la línea 30 en Colonia Lola, para acompañarla hasta la casa y estar un ratito con ella, creo que tenía 6 o 7 años. Fue dura mi infancia y adolescencia y fue creciendo a los ponchazos, a partir de los 14 años sin terminar la primaria, ya estaba trabajando en una empresa que hacía reparaciones en el asfalto hasta que un 16 de marzo de 1981 me subieron a un avión y terminé en Comodoro Rivadavia y no tenía ni idea que era ni como era, creía que era una calle o un barrio.

Hice la instrucción en la Compañía B con el Capitán Vechietti y estuve todo el año ahí hasta que después de eso terminé en la Compañía C con el Sargento Luis López en el Grupo Apoyo de la 1ra Sección. Era muy picante, picantazo, pero muy bueno, siempre preocupado para que no nos faltara nada, nos acompañaba siempre.

Y un día regresamos al cuartel.

Llegamos a la terminal una noche muy fría sin que mi familia supiera nada y llegue a la casa y tuve que golpear varias veces la puerta para que me abriera mi madre que preguntaba asustada ¿Quién es? ¿Quién es? Hasta que se convenció y abrió la puerta con su ropa de dormir porque era tarde, y me encontré con mi madre envejecida como diez años, porque no recibió ninguna noticia en todo ese tiempo y fue tanta la angustia y la soledad que no lo podía creer y me besaba y lloraba, todo junto.

Ahora estoy solo, pero todas las enseñanzas que me dejó ella y la experiencia de Malvinas me acompañan todos los días en las personas de mis compañeros, mis Hermanos de la Turba.

La familia se desparramó por el mundo, tengo dos hijos David y Zoe que viven en Bristol, Inglaterra y un hijo en España que se llama Pablo. Ellos, mi familia no sabe nada de esta historia porque nunca les conté nada y hasta el día de hoy creo que ellos no lo valoran.

Recuerdos del soldado C/62 Héctor Gorosito

Los últimos días fueron una sucesión de hechos confusos. Las dudas se fueron incrementando, algunos rumores llegaban y un día terminó. Casi como empezó. Terminó. Alto el fuego; los ingleses; entregar los fusiles en el galpón de esquila y al barco donde nos atiborramos de comida. Después al Norland y la llegada a Trelew. Unos días de descontrol en el Regimiento, no aceptábamos órdenes. Nos queríamos ir. Largo regreso a casa

Un día nos subieron a todos en colectivos y nos llevaron a Córdoba a donde llegamos de noche a la terminal, allí estaban todos los familiares, los amigos del colegio, los del barrio. Una alegría total.

Pero de esa noche me llevé la más negra de las amarguras cuando vi a la mamá del soldado Sosa que iba recorriendo los colectivos llamando a su hijo **Eduardo Sosa**, con voz quebrada. **¿Dónde está Eduardo Sosa? ¿Dónde está Eduardo Sosa?**

Caminaba en esa noche y casi todos sabíamos que el soldado Eduardo Sosa estaba velando para siempre las posiciones argentinas en Bahía Fox.

Nadie se animó a contenerla y nos desperdigamos en la fría noche cordobesa. No sé qué pasó después. Ese recuerdo me persigue hasta el día de hoy.

Recuerdos del soldado C/62 Luis Horacio Brandan

Y un día supimos que podíamos estar peor, ante la noticia de la rendición, la entrega de las armas que es como si te quedaras desnudo después de esa relación íntima con el fusil, de golpe ya no lo tienes más, estas desnudo por dentro y por fuera. Tengo muy presente una expresión del Capitán Godoy que dijo que iba a llorar cuando tuviera que entregar su arma y yo que estaba cerca lo vi cuando se dio vuelta con los ojos llenos de lágrimas y se alejó y nos hizo sentir mal a todos los que estaban cerca.

Luego nos suben a un barco grande y después a otro, donde volvió nuestro viejo conocido, el miedo de que pasará con nosotros a donde nos llevarán en esos calabozos flotantes.

Luego de un largo trayecto llegamos a Madryn, después a Comodoro y por fin una fría y lluviosa noche llegamos a la terminal de Córdoba, donde la mamá del soldado Alberto Sosa preguntaba por él y nadie le contestaba. Encontré a mis padres envejecidos y desgastados, mi madre no paraba de llorar y mi padre se aguantaba y sufría en silencio.

Llegué a mi mundo anterior y no me encontraba, y daba vueltas por la pieza, daba vueltas por la casa y no me hallaba, hasta que mi madre

salió de su cama y me invitó a que me acostara con ellos. Allí estuve hablando un largo rato hasta que me di cuenta que se habían dormido con un sueño profundo que les daba la paz porque su niño había vuelto. Volví al barrio, a mis amigos de la secundaria y a mis vecinos que lloraban porque Luisito había vuelto.

Después vino la posguerra que fue durísima. Me casé y a medida que nacían mis hijos fui encontrando la paz, y al verlos a ellos y a mis 4 nietos tan "malvineros", se fueron cicatrizando las heridas, pero sobrevive el dolor del olvido o la indiferencia que lastima y mata de a poco.

Quiero agradecer al Cap. Godoy por estar siempre a nuestro lado, por su apoyo hasta el día de hoy, y Viva la Patria Carajo y Viva el Regimiento de Infantería 8, mi segundo hogar.

Recuerdo del Sargento Primero Gabriel Pedrozo

Como integrante de la Compañía C y teniendo la jerarquía y la experiencia suficiente, sufrí mucho esta situación y reconozco con mi mayor hidalguía los esfuerzos que el cascarrabias y jetón del Capitán Godoy y el Principal Guzmán hicieron por entregar a su gente todo lo que necesitaran. Godoy era pesado y mojado, muy pesado y lengua suelta. De mi Jefe de Sección el Teniente Primero "Punchi" Barreiro puedo decir de él que era un oficial de gran valor patriótico y firme en su accionar, muy católico y con gran fortaleza de líder, excelente desde su puesto de combate y una gran persona que nos hacía rezar el rosario todos los días. Del Sargento Primero Lofasso, puedo decir, ese increíble flaco, desgarbado y con una fortaleza para convivir bajo estas circunstancias, un verdadero guía para todos, tanto Oficiales como Suboficiales y soldados siempre hablando en cordobés, enseñando y corrigiendo, un prototipo enorme como Suboficial.

Sobre Nievas, Chamorro, López, y el resto de los más modernos diré que fueron muy responsables y colaboradores. No quiero olvidarme de un amigo subalterno el Arnaldo Corbalán, gran persona en todas sus cualidades, responsable, leal y gran soldado. Podría agregar algunos recuerdos negativos, pero prefiero recordar que gracias a Dios tuve la oportunidad de haber estado allí y rodeado de una cantidad de seres humanos magníficos como personas y mejores como combatientes en esa tan sacrificada Compañía C del Regimiento 8.

Hoy después de muchos años y entrando en una edad avanzada, más sabio, más tranquilo y con una enorme paz por haber participado y combatido en nuestras Islas siento la serena obligación de reconocer todos los méritos por haber logrado una Compañía sin fallas, con

una tropa disciplinada que logró a través del sacrificio y el esfuerzo compartido una unión que nos identificó a todos sus integrantes.

Suena en mis oídos la voz del Cabezón Mario Abel en sus diarios consejos y enseñanzas; del "Punchi" Barreiro que compartíamos los cigarros y el rosario y el sobrenombre que me puso "Titita". Gracias nuevamente a estos enormes personajes y un recuerdo especial al moderno Subteniente Diego Salaverri que a pesar de su corta edad y recién egresado tuvo un gran desempeño en su puesto de combate siendo un tipo muy bueno y con muchas cosas para entregar.

Lo relatado es lo vivido allí, no vale la pena recordar lo malo, feo, agrio, y los sinsabores porque esos se lo deben guardar cada uno para sus adentros. Ya no voy a redactar las vivencias completas, si, las que me motivaron a escribir "Punchi" Barreiro y el recordado Cabezón Godoy, dos personajes increíbles con todos sus desaciertos y virtudes.

Recuerdos del regreso del Subteniente Aliaga

Estimado Mario, estuve viendo los comentarios sobre el regreso al continente del Regimiento y va un relato del mío. Digo del mío por cuanto la Sección tuvo un regreso que se puede dividir en dos. En el caso de los que resultaron ilesos, el regreso se dio junto a la Fuerza de Tareas "Mercedes"; y los heridos seguimos una ruta que varió de acuerdo a la gravedad. Todo ello determinó un camino diferente de retorno.

En mi caso luego de ser operado en el Hospital de Campaña Británico de Bahía Ajax fui trasladado en helicóptero al Buque Hospital Británico Uganda.

Éste era un buque transatlántico de turismo que fue utilizado por los británicos como buque hospital. En dicho buque fui internado en una gran sala donde estábamos mezclados argentinos y británicos. A mi izquierda estaba un argentino, el Sargento Ayudante Cohelo, que fue el Encargado de la Compañía A del Regimiento 12. Cohelo estaba herido en el estómago sufría mucho dolor y pude ayudarlo en la traducción para su atención.

Mi otro vecino de cama fue un Cabo Británico del Segundo Batallón de Paracaidistas, éste estaba herido en una pierna, luego de un tiempo pude hablar y nos contamos nuestras experiencias. De su relato surgía un gran descontento con su gobierno, también me contó de su familia y su vida en Gran Bretaña.

Cada aterrizaje de un helicóptero con heridos era alertado con una sirena en el buque y tras lo cual todo el personal de sanidad corría a cubierta. El primer día desconocía ese procedimiento por lo cual supuse que la sirena era una alarma ante un ataque aéreo, esto me produjo

temor pues estaba impedido para salir de allí. El trato en general era igual para argentinos y británicos salvo el reparto de revistas tipo Play Boys las que sólo eran distribuidas a nuestros enemigos.

Recibimos una tarjeta de la Cruz Roja para completar datos y una bolsita con artículos varios, la mía no tenía chocolates ni el paquete de cigarrillos correspondientes, estos elementos sí estaban presentes en lo que recibían nuestros soldados. En realidad, no podía comer sólido ni fumar, ello a pesar de mis inmensas ganas. El segundo día arribó un herido británico que fue instalado en la cama de enfrente, fue acompañado por dos o tres que hablaban entre sí y me señalaban. Debo reconocer que tuve temor de sufrir alguna represalia, en definitiva, esos tipos fueron heridos por nosotros. También noté un trato más distante y hasta diría que bastante estricto para conmigo, aunque recibí la atención médica de mis heridas que incluyeron pie de trinchera.

En este sentido no fue agradable ser higienizado por enfermeras enemigas. Pasado un par de días una enfermera de color se acercó para conversar conmigo, me explicó que sabían que era un oficial y por ello las diferencia en el trato. Luego de esa conversación con esta enfermera el personal comenzó a tratarme como al resto, tan es así que llegaron los cigarrillos que pude fumar muchos días después. El último día en el Uganda y ya preparándonos para ser trasladados, un herido argentino, estimo que era un soldado del Regimiento 12 le pidió agua a un sacerdote católico británico. Éste hablaba un poco de español y luego de entregarle el agua le dijo "que se dice soldado", el soldado le contestó gracias y tras lo cual el sacerdote le preguntó el nombre, a la respuesta de Pérez el sacerdote el preguntó "¿soldado Pérez o Perón?". Esta situación me produjo mucha rabia tan es así que llamé al religioso y lo increpé por su trato a ese soldado.

Antes de ser trasladados se nos entregó ropa pues llegamos al Uganda solo tapados con una manta. La ropa en cuestión era un mameluco azul, tipo del que usan los mecánicos y fuimos identificados con una tarjeta. En cubierta aterrizó un helicóptero de la Armada Argentina y volamos hasta el Bahía Paraíso. El vuelo en el mar y el aterrizaje en nuestro buque me pareció revivir una de las tantas películas bélicas que había visto sobre la guerra de Vietnam. Desde la cubierta del Bahía Paraíso hasta el camarote fui transportado atado en una camilla que fue deslizada por una rampa que daba al mar, era impresionante el oleaje y claro que esa situación me ocasiono mucho temor de ser despedido del buque. En el Bahía Paraíso pude probar el primer bocado de comida sólida, recuerdo un bife que apenas probé pero que fue un deleite para mis sentidos. Hasta ese momento mi alimentación era sólo líquida y me

comenzaron a suministrar vitaminas inyectables dado que mi peso era de 42 kilos.

En el Bahía Paraíso me informaron que una parte de mi herida estaba infectada y debían operarme nuevamente pero que decidiera si esperaba a que lo hicieran en tierra. Fui informado sobre el riesgo de las infecciones por lo que decidí esperar. El arribo al continente fue en Punta Quilla, un helicóptero de la empresa Helicópteros Marinos nos trasladó hasta una pista y embarcamos en un F28 de la FAA. Ya en la aeronave comencé a sentir un gran dolor en la herida por lo que una médica de la Fuerza Aérea quiso inyectarme, me negué a recibir más pinchazos, pero finalmente el dolor y consejos me hicieron acceder.

El destino de ese vuelo fue la Base Espora y luego el Hospital de la Base Naval de Puerto Belgrano. En ese Hospital fui operado por segunda vez y la internación fue en una habitación realmente cómoda donde recibí la visita de mi familia como también hice algunos amigos. Dos guardiamarinas me visitaban seguido y uno de ellos me planteó sacarme algún día. No podía levantarme y escaparme del hospital, pero una noche aparecieron ambos oficiales y me convencieron de hacerlo. Me sacaron con mucha dificultad por la ventana, me colocaron en un Ford Taunus Coupe, recorrimos la base y fuimos a la Corbeta Granville. En ella organizaron una reunión en la cámara de oficiales y pude por primera vez tomar un whisky al tiempo que compartí mis experiencias de la guerra. La escapada terminó con una visita al portaviones 25 de mayo que también estaba en puerto. Fue una linda sensación esa escapada organizada por esos guardiamarinas que hasta consiguieron, vaya saber de dónde, una silla de ruedas para trasladarme.

Desde el Hospital de Puerto Belgrano fui trasladado al hospital Militar de Bahía Blanca, en este pude ver por primera vez a un integrante de mi Sección. Me encontré con Guillermo Marini, valiente soldado que fue herido en combate cumpliendo una orden que le impartí. Marini era el primero y único de los integrantes de la Sección que puede contactar, ambos desconocíamos la suerte corrida por el resto.

En el Hospital militar recibí la visita de varios oficiales superiores, a todos los que me preguntaban sobre lo que necesitaba les pedía que cuando fuera dado de alta, me permitieran tomarme licencia antes de regresar a la unidad. Todas las promesas fueron inútiles, un día alguien me dijo que sería dado de alta y en la mañana debía embarcar en un micro militar ("la aceituna") para ir hasta Comodoro Rivadavia y como jefe de una comisión. Ante esta orden exploté de rabia, todavía estaba internado y mis condiciones físicas no eran

para viajar en micro tantas horas (todavía recibía curaciones y no movía un brazo).

Me pregunté ¿no hay alguien más que pueda hacer esta tarea? ¿Estos tipos saben en las condiciones en que me encuentro? Me levanté de la cama y me fui al Comando de Cuerpo, edificio que estaba al lado del hospital. Mi furia era incontrolable estaba dispuesto a putear al primero que se me cruce, aunque fuese el comandante de Cuerpo. Entré al hall del comando gritando, ya era oscuro y no había nadie, al rato apareció un Suboficial Mayor, quien al verme en esa forma me pregunta quién era y que me sucedía. Muy acertado en cuanto a tratar de calmarme me dijo:

-Tranquilo mi subteniente, vuelva a la cama y no se preocupe que yo lo resuelvo.

Un par de días después me avisaron que me enviarían en avión a Comodoro y allí me esperaba alguien de la Unidad. Regresé de esa forma al Regimiento 8, luego de algunos días fui licenciado, tras lo cual permanecí en el regimiento para finalmente regresar al CMN para el segundo egreso de nuestra promoción.

En el Regimiento no volví a ver a los integrantes de la Sección, los mismos fueron dados de baja, sólo me reencontré durante mi viaje a Buenos aires con Raúl Allende a quien visité en el Hospital Militar Central.

Recuerdos soldado C/62 Rodolfo Rodríguez Trejo

El regreso fue silencioso y largo. Después de la baja que fue fría e impersonal nos subieron a un ómnibus y llegamos de madrugada donde había miles de personas esperándonos.

Desde la terminal busqué un taxi y le dije que mi viejo es el chofer del 0644 y me contestó que mi Papá estaba laburando. Me vino a buscar y me llevó a casa donde estaba mi madre que me estaba esperando y después de llorar un largo rato los tres, me dijo que nunca había dudado que iba a volver.

Después vinieron los amigos, la búsqueda de trabajo, deambulé por varios lados. Volví a mi colegio donde nos decían que podíamos terminar el colegio en esos tres meses. Nadie me prestó atención, era una persona cualquiera que pasaba por ahí, nadie sabía dónde había estado y a nadie le importó lo que había vivido los últimos dos meses, y menos tenían la idea que dos alumnos más de esa escuela (Sosa Eduardo y Nosisosky) habían muerto peleando por la Patria. Por lo que un día salí del colegio y no volví más.

Me costó conseguir un trabajo en parte por no tener el secundario terminado, seguí viviendo con mis padres hasta que un día decidí volver a estudiar la escuela secundaria, recién terminé en un bachillerato acelerado, cuando tenía 36 años.

Al año siguiente pude entrar a la universidad Blas Pascal que era privada. Pero tenía un sistema de becas especiales para los veteranos de Malvinas y gracia a Dios pude terminar mis estudios y hoy soy licenciado en informática. Estudiando en esta universidad fue que conocí a la que es hoy mi esposa y con la cual tengo dos bellas hijas. Las que me acompañan siempre a todos los actos del 2 de abril y son el sostén de mi vida, son la razón para seguir viviendo.

Un día me enteré que se celebraban los 200 años de la creación del Regimiento y que ponían ómnibus a los que quisiéramos ir. Le avisé a la familia y partí con un montón de viejos compañeros de colimba. Nunca olvidaré la emoción de volver al cuartel donde había recibido tanto y me había dado la posibilidad de ir a la guerra.

Empecé a reconocer a algunos oficiales y suboficiales y en un momento le digo a Raúl Gorosito: ¿Che, lo viste a Godoy? Y me contesta allá está y lo vimos. Allá estaba con su piloto, con su sombrero, le faltaba la pipa y parecía el Inspector Poirot de Aghata Cristhie, con su esposa y su hija. Me acerco, no me reconoció y le dije: "Si le dicen que he muerto desconfíe" y ahí nos dimos un abrazo, que esperó guardado en nuestros corazones durante 32 años, de amigos, de hermanos, de padre y de hijo.

Al finalizar los festejos me pidió que lo acompañara, me tomó del brazo y fuimos caminando hacia la salida principal del Regimiento. Frente a la Guardia se paró y me dijo "Te invito a salir como debimos habernos ido hace 32 años, por la puerta principal y no por el fondo". Pasó su brazo sobre mi hombro y así cruzamos la barrera de salida de ese cuartel al que nunca más volvimos.

Pasaron unos años y viajé a Mendoza, conocí su familia a sus hijos que tenían en el 82 la misma edad de mis hijas en ese momento. Escucharon cosas de su padre que nadie les había contado y él hizo lo mismo con mi esposa y mis hijas. Hoy es mi amigo, mi Hermano de la Turba. Nos une ese lazo de los que saben que ofrecieron su vida para que la Patria dispusiera de ella para defenderse de un ataque más.

Como siempre fue y será.



Familias Godoy y Rodríguez.

Casi nadie escribe en libros de la guerra sobre el dolor de las madres, los padres, y tantos otros que sufrieron y sufren esas ausencias que con el tiempo se sobrellevan, pero no se olvidan y siguen doliendo.

Tampoco se escribe sobre el dolor y los matrimonios rotos por las consecuencias de esa locura o de las tremendas decisiones de los que no supieron o no pudieron ser contenidos y prácticamente son la misma cantidad de bajas que en combate.

Y los hijos de los Veteranos, ¿Qué piensan de esta loca aventura de sus padres? ¿La conocen? ¿Sus padres se las contaron? Qué valor tiene para ellos luchar por la Patria en el contexto de demolición de los valores nacionales al que asistimos impotentes o indiferente.

Esta memoria de Héctor Gorosito hace aflorar las palabras de la madre del soldado Raúl Allende y la del soldado Rodríguez Trejo y si bien no conocí al soldado Sosa, el dolor de su madre vuelve a estremecer mi estructura y rezo porque hoy esté en paz al lado de su querido hijo en el privilegiado Cielo de los Héroes.



Gorosito–Hermanos de la Turba–Rodríguez T.

Regreso al destino de origen

Hoy muchos años después, pienso si hicimos bien en apurarnos a regresar, como si hubiéramos huido del Fortín Chacabuco. Me pregunto si hubiéramos esperado que esa organización desorganizada, confundida y sin su Jefe natural, hubiera podido disponer de nosotros, que éramos ajenos o nosotros colaborar en algo útil, al largo proceso administrativo y humano al que nos sentían y nos sentíamos lo que siempre fuimos, extraños. Si en casi 60 días de campaña no pudimos acercarnos como personas y nos tratamos como fríos, componentes o engranajes de una “eficiente” organización en la batalla periférica que nos tocó en suerte actuar, en ese lejano escenario, podríamos aportar algo a esas personas que enfrentaban todos los demonios de la derrota, que cubría al país como una nube negra, donde no sé si alguien, en ese gobierno enfermo y en retirada muy parecida a una huida, tenía un pensamiento claro.

Creo que no. Que otra vez hicimos lo que pudimos. Sin órdenes claras, sin nadie que nos tuviera en cuenta y con una gran necesidad de volver a nuestra normalidad.

Unos días después del regreso, nos dieron una licencia especial y así volvimos a enfrentar nuestros propios demonios, esos “carcajeantes” seres que bailaban su danza infernal, entre los que regresamos sanos, los que

regresaron heridos, los que todavía estaban en las islas, en el cielo o en el mar, para siempre y los que no habían ido, de todas las jerarquías, que no sabían cómo tratarnos, cómo explicar por qué nos habían mandado a nosotros y no a ellos.



Coronel Salaverri, Godoy, Dr. Aliaga y Coronel Repossi.

Los que como dice el Coronel Carlos Trucco, “los que sufrieron síndrome de aire acondicionado y pie de moquete”, que disimula con ironía el dolor que dejó en muchos compañeros de promoción que no fueron elegidos y sufrieron los avatares de las noticias en destinos administrativos o logísticos del gran Buenos Aires, otros fueron a la Unidades de Montaña donde permanecieron esperando a los “hermanos chilenos” que con mucha elegancia nos traicionaron ayudando a los ingleses, como siempre lo hicieron y no falta mucho para que lo vuelvan a hacer.

Y allá fueron.

Fue muy duro y confuso todo, descolocados, tratábamos de retomar los estudios inconclusos, en donde los profesores hacían como que no había pasado nada.

Libros y teorías que día a día demostraban que no habíamos aplicado o mejor dicho, nos hicieron hacer lo contrario, nada de esa doctrina teórica o la historia militar sirvió para nada y se empeñaban en obligarnos a aprender y mediante esas ridículas capacitaciones y juegos de guerra donde se movían miles de hombres y medios, sobre las cartas topográfica que posibilitaban cualquier resultado o maniobra que los obsecuentes

auxiliares inventaban para satisfacer la afiebrada imaginación del director del ejercicio.

Sobre esas teorías nos iban a evaluar para poder aprobar el año en ese lejísimo diciembre de 1982 para poder cursar el 3er año y continuar nuestra carrera como si nada hubiera pasado. Ojalá el sacrificio de tantas personas que fueron víctimas del arma más poderosa de los ingleses, como fue la "acción psicológica", que ejerció su infernal poder sobre los que fuimos y los que no fueron, pero sintieron la guerra como propia, sirva para que se sientan orgullosos de ser argentinos y de lo que fuimos capaces de dar.

Capítulo 8: *El soldado Allende*

Una mañana de febrero de 1983 aparecieron unos enormes bigotes y detrás de ellos venía el Teniente Primero Marcelo Giglio en el ingreso a la Escuela de Guerra. Abrazo de por medio me dice:

- Mi Capitán le vengo a avisar que tiene un soldado suyo internado en el 6to piso del Hospital Militar Central... está muy jodido...
- ¿De qué me estás hablando Giglio...? No sé nada...nadie me dijo nada.... –mi sorpresa fue mutando en bronca y temor. Quién era ese desconocido soldado que me traía otra vez a la realidad que quería y necesitaba dejar atrás. –¿Quién carajo es?
- El soldado Raúl Allende, de la Sección que Usted mandó a Darwin-Goose Green y lo hirieron y le cortaron las piernas.

Una feroz trompada de la realidad y culpa me pegaron en el pecho. Otra vez me vi en la noche del 21 de abril en la cabecera de la pista de Puerto Argentino y partí hacia el hospital que queda muy cerca de la Escuela de Guerra. Preguntando, llegué hasta el 6to piso y al entrar a la habitación donde había 6 camas, tres de cada lado, en el centro, del costado derecho, había un cuerpo incompleto, menudo por no decir flaco, de pelo negro enrulado, largo, acostado en posición fetal sobre su costado izquierdo con sus ojos abiertos mirando a la nada.

Me acerqué despacio

- ¿Buen día, el soldado Allende?
- ¿Quién sos? –me preguntó mirándome con sus ojos negros muy tristes y escépticos, sin levantar la cabeza de la almohada.
- Soy tu Capitán... tu Jefe de Compañía... –le contesté en voz baja, con un dejo de vergüenza, en el medio del silencio de cinco camas donde había otros tantos hombres tratando de recuperarse de sus lesiones inmovilizantes.

Hacía tiempo que a esa habitación no entraba un oficial de uniforme verde. Los que veían a diario estaban siempre de blanco.

- ¿Qué querés boludo?”
- ¡Como se te ocurre tratarme así! ¡Soy tu Capitán y vos seguís siendo mi soldado! ¡Y quiero saber en qué te puedo ayudar... y si me tratás así te mando al carajo y no vengo más! –dije levantando la voz.

Mi exabrupto sonó como un trueno en el silencio de la sala de hemipléjicos y mutilados. Algunos se enderezaron otros lo intentaron desde posturas imposibles, como esas camillas dobles de metal que parecen parrillas para asar pescados, pero contienen un ser humano parapléjico, todos me miraron.

- Quiero ver a mi familia...
- ¿Dónde están, desde cuando no la ves?
- A mi hermano que fue a Comodoro lo vi el año pasado. A los demás no los he visto porque es muy lejos. Viven en Cura Brochero y no tienen plata...

Pedí una silla, me desprendí la chaquetilla, me aflojé la corbata y me senté a conocer a mi soldado. Volví o empecé otra vez a ser su Capitán. No se puede ejercer el mando a nivel táctico inferior, si no se conoce a quien se manda y a quien obedece. Este es un derecho esencial que tiene el subalterno. Uno es Jefe de Compañía para toda la vida, y después también.

Me contó su humilde origen en las sierras de Córdoba donde vivía con su familia en un puesto, de cría de ganado, en Traslasierra. Mientras lo escuchaba en silencio desgranó, desganado, con párrafos cortos, como se habla con un desconocido mientras maniobraba con dificultad su cuerpo enflaquecido para verme mejor, su pequeña y gigantesca historia Así empecé a descubrir a esa persona, me fui enterando poco a poco, quien es Raúl Rolando Allende, a quien Dios, por segunda vez me ponía en su camino. Ayer lo mandé a la muerte y hasta hoy colaboro con rescatar el resto de su vida. La dignidad conque este hombre sobrelleva su vida es lo más importante que quiero contarles en este libro.

Poco a poco me fue relatando, que nació el 18 de mayo de 1962, en Panaholma, a 15 km de Cura Brochero, en el seno de una familia humilde conformada por su madre Doña Arminda Gómez y su padre Don Adelino Allende, que junto a sus 5 hermanos vivieron la dura crianza de la vida en el campo cuyas tareas lo obligaron a terminar la escuela primaria y así me fue contando de qué manera llegó a la “colimba” en 1981.

El viaje a Comodoro con algunos cordobeses conocidos, como su viejo amigo compañero de la escuela Ricardo Leiria y otros por conocer, marcó el inicio de una larga aventura de vivir que todavía no termina.

Desde la salida del aeropuerto, en el medio de la nada aparece un cerro que como eterno mojón patagónico marcará el día a día de ese año interminable. El Chenque, indicaba la inminente llegada a Comodoro Rivadavia. Ver el mar y los barcos acallaron por un momento los cuentos y el cansancio, que luego se trasformó en un silencio de ojos muy abiertos ya que esos jóvenes descubrieron que habían llegado a los cuarteles del Regimiento de Infantería 8 en el llamado Fortín Chacabuco.

Allí empieza a tejerse una amistad que durará toda la vida. La vida de cuartel donde conoce la compleja organización de la vida militar y la dureza de los primeros tres meses en los cuales su único refugio son otros jóvenes que como él van endureciendo sus rostros aniñados que se van curtiendo con el sol y los vientos patagónicos. Al cuarto mes han engordado, conocen todas las picardías de los "soldados viejos" que por referencia de otros cordobeses le indican que el mejor lugar es la cocina o mal llamado "rancho de tropa". En abril de 1981 ya se han ido los soldados de la 61 y quedaron como ocupantes plenos de la organización los de la 62. Su vida transcurre en diferentes funciones que alternan la instrucción de Infantería en el terreno, con tareas de organización y mantenimiento de las amplias instalaciones, las armas, y los vehículos.

Una extraña sensación me invadió, despejando cualquier duda, bronca o resentimiento. Estaba conociendo a una persona que estaba hemipléjica y amputada, **porque yo di la orden**. La única forma de asumir esa responsabilidad era mejorar su presente y su futuro. Debía **hacer lo que tenía que hacer, lo que tenía que hacer, lo que tenía que hacer**. Para eso fui educado en mi familia; en el Colegio Militar y por y para eso soy Oficial. Debía asumir mi responsabilidad y seguir siendo su Jefe de Compañía por el resto de mi vida, en la medida de mis posibilidades y respetando su voluntad. Siento que a veces, Dios escribe derecho sobre renglones torcidos.

- Dame los datos de como ubicar a tu familia –dije terminando la conversación ante su evidente cansancio.
- No quiero que me vean así.... Los tiene la enfermera.

Le dije hasta mañana y cuando salía antes de llegar a la puerta la persona que estaba en la primera cama me dijo con voz clara y fuerte:

– Bien Jefe, así se hace.

Poco me duró la sonrisa pues en ese momento llegó uno de esos personajes que encontramos en la vida y que son tan comunes cuando se mezcla la imbecilidad con la jerarquía.

– ¿Que quiere Capitán? –me dijo detrás de su grado de mayor que hacía juego con su cara cuadrada, pelo corto y su estetoscopio que marcaba su sabiduría. Le faltaba la corona de laureles a esa rara mezcla de Hipócrates y Patton.

– ¿Pidió permiso para entrar a mi servicio? Esta es una zona restringida y la información que quiera, voy a ver si se la doy yo o si la tiene que pedir a la Dirección porque es clasificado todo lo relacionado con los Veteranos de Malvinas.

A esa altura de su cháchara le dije haciendo un esfuerzo muy grande a medida que mis pulsaciones subían y mi cara iba adquiriendo un tono bordó:

– Vea mayor, soy uno de ellos, fui su jefe y no pedí permiso porque nadie me dijo que debía hacerlo y este soldado me ha pedido que ubique a su familia.

– ¿Y Usted donde estuvo antes? Hace tiempo que está acá y es muy conflictivo... No se la puedo dar, es información clasificada. Debe pedirla al Director.

La tensa conversación se transformó en una confrontación de idiotas, donde yo era uno de ellos. Me sentía abrumado, avergonzado, un marciano enfrentando a alguien que no le interesaba otra cosa que mostrarme lo importante que era él, que ya se sentía en los libros de historia de la medicina militar.

Quise preguntarle donde estuvo él, cuando se desangró hasta morir el Cabo Waudrick, pero me callé la bronca y fui a la dirección del hospital. Obtuve los datos y empecé a buscar a la familia Allende que vivía en algún lugar de Cura Brochero en Córdoba.

A la mañana siguiente me avisaron que debía presentarme a una entrevista con el General director del hospital. Creyendo que me iban a felicitar por la acción desplegada, entré a una lujosa oficina donde estaba el jefe del servicio del 6to piso y el General médico que intentó hacerme saber, en tono de severo reproche, que me había denunciado el doctor por faltarle el respeto y bla, bla y bla. Digo que intentó, porque las barbaridades que le dije no solo interrumpieron sus reproches, si no que poco faltó para

que me internaran en psiquiatría o en unidad coronaria. Mi desmedida reacción fue ante la exaltada pregunta de:

– **“¿Dónde estuvo usted capitán durante todo este tiempo, hace un año que este soldado fue herido y recién aparece por acá? ¿Dónde estuvo...eeeeh?”**

Me senté en un sillón de cuero y me puse a llorar como lo hacen los hombres desesperados. Con sollozos profundos que sacaban todo el dolor, la impotencia, la vergüenza y la tristeza acumulada, ante esos representantes del sistema al cual pertenecía y a los que no les importaban escuchar mis explicaciones. Cuando pude controlarme, me levanté y me fui sin saludar.

Pese a mi amarga experiencia, que casi me cuesta la carrera, debo reconocer que no sé si fueron ellos los mejores o los peores, pero de lo que estoy muy seguro, que son muchos más los médicos militares, como el Teniente Primero Guillermo Olivé o el Mayor Jorge Chovancek o el Teniente Primero Roberto Gadán. Ellos son una muestra de los tantos anónimos profesionales que dedicaron su vida a la medicina humana y no priorizaron la escalada a los honores de la jerarquía militar.

A algunos les tocó estar en el combate, otros lo hicieron en los buques hospital, otros lo hicieron en los hospitales del continente y a otros no le cayó en suerte.

Pero estoy seguro, porque los vi en las trincheras, representando a todos, en las personas del Aspirante a Oficial de Reserva Odontólogo Luis Berges y el Cabo Primero enfermero general Luque, a todos los Médicos, los Suboficiales y Auxiliares Enfermeros, de todas las especialidades y de todas las Fuerzas, que sí estuvieron en la batalla, que cada uno hizo su aporte de voluntad y sacrificio humilde y silencioso y seguramente no han sido debidamente reconocidos.

En la tarde de ese día volví a visitar la sala para traerle unas revistas y alguna golosina. Estaba en la misma posición en que lo había dejado. A los dos días volví y al ver las revistas en la misma forma en que se las había dejado, le pregunté si no le habían interesado.

– Veo muy poco ... en realidad..., no veo un carajo.

Le propuse llevarlo a oftalmología y al alzarlo para sentarlo en una precaria silla de ruedas, le pregunté si no le habían dado prótesis y con una sonrisa cansada y triste me mostró lo que le habían provisto, unas “medias piernas”

de plástico que terminaban en unos zapatos negros acordonados número 45. Vaya uno a saber que voluntarioso y bien intencionado protesista hizo semejante adefesio con los datos que le dieron.

Pocos minutos después estábamos en el servicio de oftalmología donde confirmaron sus severas limitaciones y luego terminamos el periplo en la óptica que está en Matienzo y Dorrego. Salimos de allí y nos cruzamos con dos generales conocidos, que paseaban tomando el solcito de abril. De la manera más civilizada que pude, les presenté al soldado Clase 62 Raúl Allende y le pedí que les contara su historia. Sus indiferentes caras fueron cambiando a medida que avanzaba la entrecortada historia. Me ordenaron que fuera a verlos al Estado Mayor y nos alejamos con la sensación de haberles arruinado la mañana.

¿Pero cómo llegamos a esa situación? ¿En qué momento se cruzan los caminos del destino para que un soldado que ya había empezado a prepararse para reintegrarse a la vida civil después de haber cumplido más de un año de servicio militar se transformara en un Veterano de Guerra mutilado y hemipléjico?

Para explicar esto debo apoyarme en los testimonios muy bien recopilados por el Sr. Coronel Juan Scarpinelli en un libro llamado La Sección Olvidada y los Recuerdos del Subteniente Guillermo Aliaga quien condujo la 3ra Sección desde el 11 de abril hasta el 28 de mayo.

Déjeme tirar mi Subteniente, Déjeme tirar mi Subteniente, volvió a pedir, y volvió a pedir el soldado Allende, cuando la débil luz del amanecer le indicó que había sombras que su instinto le gritaba que eran ingleses. El amanecer avanzaba con su claridad confusa y sus tripas le volvieron a confirmar lo que sospechaba, se venían los ingleses. Aliaga no contestó ya que esperaba que su sección terminara de cambiar el dispositivo prácticamente 90 grados. Los enemigos venían del Norte y le habían ordenado que los esperara desde el Oeste, desde el mar y ese joven oficial se sentó en el fondo del pozo se sacó el casco y decidió solo.

Le ordenó a la Sección que girara su posición 90 grados para ocupar algunas posiciones que habían preparado con anterioridad. Desobedecer una orden en combate es como pegarle al padre. Ya nada es igual.

Una vez completado el movimiento Guillermo Aliaga gritó desde lo más profundo de su ser **fuego libre**. Gritó, y ese alarido se conectó con 36 sistemas nerviosos que traccionaron los gatillos. Y se desató un infierno que duró aproximadamente 10 horas.

A los fuegos ingleses se les sumaron los cohetes Karl Gustav de 88 mm y hasta los misiles antitanque Milan que debieron empeñar en la destrucción de la voluntad de la fracción argentina. Las horas pasaban, cada vez había más luz y menos balas y sobre todo se empezaron a sentir los gritos de los heridos.

Como suele ocurrir en la evolución de los fuegos de largo alcance uno de ellos se centró, junto con otros sistemas de armas menores, esforzándose por neutralizar la única arma de apoyo de la sección. El soldado Guillermo Marini zigzagueando entre las balas corrió hasta el pozo del Subteniente para avisarle que su jefe el Cabo Bocetti estaba herido y lo quería evacuar a retaguardia. Aliaga le dijo que no, que los iban a matar a los dos. Marini regresó cumpliendo la orden y fue herido en el trayecto.

La única arma que tenía alcance eficaz (800/1000 metros) en los primeros momentos del combate era la ametralladora del soldado Raúl Rolando Allende y sus auxiliares, Luis Leyría que le sostenía las bandas y Héctor Altenburger que las cargaba. Poco a poco la luz empezó a favorecer a las armas argentinas en perjuicio de los visores nocturnos de los ingleses, pero también empezó a favorecer la corrección del tiro de la artillería y los misiles.

¡Fuego libre! gritó el Subteniente con medio cuerpo fuera del pozo ya que no tenía radio. El soldado Raúl Allende apretó la cola del disparador de su ametralladora con su mano aterida por el frío que inmediatamente dejó de sentir.

Nunca supo o se imaginó que esa acción iniciaría el camino de su duro destino. Junto con él los 36 integrantes de la 3ra. Sección frenaron en seco a los sorprendidos integrantes de las Compañías B y D del Regimiento Paracaidista 2. Sus jefes solicitaron de inmediato apoyo de morteros livianos y pesados, artillería de campaña y naval y un infierno de fuego se desató sobre los aislados Libertos del Regimiento 8 de Infantería Argentinos.

Un proyectil explotó inmediatamente detrás de la posición proyectando miles de trozos de hierro a más de 1000 grados de temperatura. Uno de ellos muy pequeño atravesó la cobertura exterior de turba y se incrustó en la doceava vértebra lumbar del apuntador de la única ametralladora de la Tercera Sección.

La explosión destrozó el nido y aturdió a los soldados Leyría y Altenburger y lanzó a Allende hacia atrás quien cayó sobre su minúscula herida, que nadie advirtió, con medio cuerpo paralizado. Los tiradores de armas

livianas siguieron tirando al frenético avance de las fracciones inglesas, pero ya la munición escaseaba y los heridos aumentaban.

Un cohete explotó en el pozo de la ametralladora hiriendo a Leyría y Altenburger destruyendo la posición. El combate había terminado para la 3ra. Sección bajo el ataque de dos compañías de paracaidistas ingleses y el fuego de 12 ametralladoras más los misiles Milan, más los morteros livianos y pesados, más los cañones navales y de la artillería terrestre.

Recuerdos del soldado C/62 Raúl Rolando Allende

Cuando me encuentran a mí, me dan vueltas para un lado y para el otro, pero no me encuentran la herida en la espalda porque era muy chiquita. El soldado Guillermo Marini les pide a los ingleses que me tapen con unas mantas y ahí quedé mientras se atendían precariamente a los otros heridos y empezaron a avanzar de nuevo porque el ataque del Parac2 continuaba con sus otras tres Compañías acorralando las defensas de Darwin-Goose Green, que caería el 29 de mayo.

Yo pensé que iban a llevar a los prisioneros y a los heridos y que iba a volver con una camilla y esa camilla nunca llegó y quedé entre 3 y 4 días tirado bajo la nieve y la lluvia. Solo podía rezar y pedir a mi madre que me sacara de ahí. Estuve consciente todo el tiempo y solo veía algunos pájaros que se acercaban... Hasta que un día Dios me escuchó y de la nada aparecieron ingleses y argentinos y cuando los veo más o menos cerca les pido agua. Se sorprenden, corren hacia mí y uno de ellos me da de su caramañola y me dice que tome tres tragos de agua, después improvisaron una camilla y cuando me alzarón perdí el conocimiento y cuando desperté estaba en el barco inglés Uganda que era grande como un hospital. En castellano me explicaron mi situación, luego me trasladaron al Bahía Paraíso y llegué al Hospital de Buenos Aires el 8 de junio el día del cumpleaños de mi papá. Gracias a un enfermero que les mandó un telegrama se enteraron que había vuelto y estaba bien. Al poco tiempo vino mi hermano más o menos en la fecha en que los médicos decidieron amputarme las piernas porque tenían gangrena y no la podían controlar, antes de operar la columna que me dolía mucho. Además, me trataron las manos que, si bien me las recuperaron, tengo lesiones que me impiden levantarlas.

Destino Hospital de Veteranos Miami

Los esfuerzos compartidos con el Coronel Repossi y el Teniente Coronel Fragni, fueron empujando la pesada burocracia militar y diplomática argentina y norteamericana. Queríamos enviarlo a un hospital de Veteranos de los tantos que tienen los yanquis para atender a los suyos.

Muchos trámites fueron avanzando comprometiendo conocidos y contactos y esfuerzos perseverantes. Así logramos que la Sra. Amalia Fortabat, que ayudó a tantos Veteranos, dispusiera la compra y remodelación de una casa en Villa Cura Brochero.

Además, gestionamos la compra de un auto para discapacitados, una cupé Taunus azul y una nueva silla de ruedas. Mientras se movía el trámite diplomático llegó parte de la familia a visitarlo en abril de 1983.

Se podrán imaginar las escenas del reencuentro. Lágrimas y largos silencios que es como expresan su dolor aquellos a quienes la vida les hizo conocer el sufrimiento casi desde antes de nacer. Es muy difícil convencer a personas que han sufrido tanto que la vida puede mejorar.

A medida que las noticias iban confirmando las posibilidades de viaje a EEUU empezamos a preparar al cordobés de Cura Brochero para que por lo menos balbuceara el idioma.

Así recurrimos a la señora Norma Antonia Villegas, esposa de un guerrero de la Artillería, el Sr Capitán Tomás Fox quien cambiaba sus hermosos dibujos hechos con lápiz, por cigarrillos y comida para sus camaradas en el campo de prisioneros en Bahía Ajak.

Su Señora, profesora de inglés, con infinita paciencia y ternura concurrió a sentarse al lado de la cama de Allende o de su silla de ruedas, a tratar de contarle el mundo nuevo que iba a vivir y su idioma.

Llegó el día del viaje en los primeros días de agosto del 83. El Estado Mayor designó a un Suboficial enfermero y en Ezeiza nos juntamos todos los que habíamos hecho posible ese casi imposible sueño.

Con un permiso especial de la Aerolínea empujé la silla de ruedas hasta el avión y alzándole en mis brazos lo ubiqué en su asiento mientras todo el pasaje aplaudía.

En una carta fechada el día 28 de agosto enviada al Mayor Fragni, el soldado Raúl Allende envía un verdadero testimonio, que debería estar en el museo del Regimiento.

Con palabras muy sencillas, agradece en definitiva al Ejército Argentino no haberlo abandonado. Pocas personas conocen esta historia y seguramente así seguirá, pero los que la sabemos, podemos afirmar que hasta el día de hoy seguimos acompañando a ese soldado de la Patria que ofrendó su sangre y que él sabe que cuando nos necesitó siempre estuvimos y estaremos a su lado.

Sé de muchos que ayudaron de una o de otras maneras, pero sus Hermanos de la Turba, como el caso del Subteniente Aliaga o sus camaradas de combate, soldados Alberto Papurello, Héctor Altenburger o Guillermo Marini o Cesar García que a lo largo de estos años han seguido acompañando y acompañarán a Omar Leyría, que desde el cielo protege como ellos a Raúl Allende. Mientras él estuvo en Miami pasaron muchas cosas.

Un día regresó y dentro de sus gravísimas lesiones, volvió siendo otra persona. Recuperó su alma y por ende sus deseos de vivir.

El tratamiento realizado por manos expertas en recuperar a miles de Veteranos dio un resultado tan positivo que nos devolvió a un joven con la madurez necesaria para convivir con sus terribles lesiones.

“Fui a EEUU por tres meses y allí me devolvieron la vida. Me dijeron tienes la cabeza sana y no tienes piernas, así que debes vivir el resto de tu vida con eso. Me enseñaron a vivir de nuevo. Me salvó la vida. Tuve miles de complicaciones y 29 operaciones, pero me devolvieron las ganas de vivir y aquí estoy tirando para adelante.”

Así llegó el día del alta, partió en su auto adaptado para discapacitados, manejado por su hermano mayor y en compañía de su madre, rumbo a su nueva casa, en un luminoso día de diciembre empezó su viaje a su segunda oportunidad de vivir.

En la playa de estacionamiento del Hospital Militar, la mamá del soldado Allende, con sus negros y tristes ojos me dijo:

-Hemos pagado un altísimo precio por salir de la miseria. Gracias Capitán.

Raúl Rolando Allende, a quien el estado argentino no le entregó aún todas sus merecidas medallas, vive solo desde hace 15 años, manejaba su auto, en Villa Dolores con una dignidad y una humildad que asombran, asistido por el Ejército Argentino y los Hermanos de la Turba, y preocupado por el futuro de Camilo, su nieto del corazón de 7 años recién cumplidos.

Hoy su Espíritu reside en el Cielo de los Héroes, y su cuerpo descansa en el cementerio no lejos de donde nació en Panaholma a 15 kilómetros al

norte de Cura Brochero, custodiado por su hijo Alejandro y por nosotros, sus Hermanos de la Turba.



Flores, Godoy, Rodríguez.

Hermanos de la Turba

2 de Abril 2022



Arriba: Allende (hijo), Aliaga, Marini, Papurello, Saldaño, VGM RI 14
Abajo: Allende Raúl.

Anexo 1

Pasaron cosas

Unos pocos párrafos en esta segunda edición, para relatar algunos efectos que produjo la aparición de este libro y acontecimientos a que dio lugar el mismo.

Cuando a fines del año 2021, mi amigo el Teniente Coronel Mario Godoy me comentó la idea de escribir un libro sobre la movilización de la que formó parte en el año 1982 y experiencias vividas con su Compañía "C" del Regimiento de Infantería 8 "General O'Higgins", inmediatamente, además de la alegría que me causó y el aliento que le di para tamaño desafío que iba a emprender, lo comprometí a participar como expositor sobre ese tema en el Vto. Congreso Nacional de Historia Militar - "40 años de Malvinas", que yo estaba programando, como presidente del Instituto Argentino de Historia Militar para el mes de noviembre de 2022.

Dos razones me impulsaron a formularle dicha invitación, la primera fue la escasa bibliografía existente sobre la participación del Regimiento de Infantería 8 en Bahía Fox y la siguiente fue el tema de la movilización del Ejército Argentino, aspecto mencionado en algunas publicaciones, pero nunca tratado en forma específica como lo proyectaba hacer el Teniente Coronel Godoy.

Luego de varias idas y venidas con el contenido y redacción del libro y en particular con algo fundamental como lo es el título del mismo, a comienzos del mes de octubre de 2022, el libro salió a la luz en la provincia de Mendoza, hogar de su autor y cuna del glorioso Ejército de los Andes.

Fue presentado en sociedad el 13 de octubre de 2022 en el Centro de Oficiales retirados de la ciudad de Mendoza con una sala repleta y una muy positiva recepción y beneplácito del público asistente.

Los días 9 y 10 de noviembre tuvo lugar en el salón de actos de la Escuela Superior de Guerra de las Fuerzas Armadas el congreso de Malvinas antes mencionado, en el que disertaron 14 expositores, 9 de los cuales eran Veteranos de Guerra.

Un breve resumen del libro fue expuesto por su autor bajo el título "El Regimiento de Infantería 8 en Bahía Fox".

Más de 200 personas concurrieron a las dos sesiones del congreso y pudieron apreciar y disfrutar de la exposición del Teniente Coronel Godoy.

Veteranos de guerra, historiadores, oficiales y suboficiales, civiles interesados en el tema y cadetes del Colegio Militar y el Liceo Militar, como asimismo aspirantes de la Escuela de Suboficiales, coronaron con un caluroso aplauso esta brillante y emotiva exposición.

Un oficial que compartió destino conmigo y el expositor en el Regimiento de Infantería de Montaña 11 "General Las Heras" en 1978 me dijo: "Es escucharlo al Capitán Godoy de aquellos tiempos".

Como en su momento escribiera en una parte del prólogo de la primera edición, "leer su prosa es escucharlo hablar desde sus íntimas convicciones... y finalmente con su lenguaje simple y tropero con el cual llegaba claramente al corazón de su gente y lo convertía en un líder imposible de no seguir".

Ese Capitán, 40 años después, fue el que tuvimos el privilegio de escuchar en su exposición en el congreso.

Más allá de los saludos de rigor felicitando al expositor, debo rescatar el acercamiento que tuvieron para saludarlo, los jóvenes cadetes del Liceo militar, lo que tiene un auténtico valor ya que no tenían ninguna obligación protocolar para hacerlo y por supuesto ocasionó un lagrimón emocionado de ese viejo Capitán y ex cadete del Liceo Militar General Espejo.

El Jefe del Estado Mayor General del Ejército, que tuvo el honor de cerrar el congreso, fue quien además entregó el correspondiente diploma de participación a todos los expositores.

Las emociones vividas no terminaron el 10 de noviembre pasado el mediodía, ya que, en el atardecer de ese día, tuvo lugar la presentación del libro en la sede central del Círculo Militar.

Allí tuve el inmenso privilegio de presentar el libro, pero el público era algo diferente al de la mañana, ya que estuvieron presentes muchos de sus subordinados de la Compañía "C" y el ambiente se cargó de nostalgias.

Las tensiones de la mañana y las emociones contenidas, explotaron cuando comenzó a hablar el autor de este libro. Tuvo que parar su

charla en más de una oportunidad por los recuerdo que relataba y porque los compartía con su gente.

Un final muy feliz para un desafío y una gran empresa que se animó a emprender casi 40 años después de vivir aquella experiencia de Malvinas.

Para terminar esta introducción, que la comencé diciendo que serían unos pocos párrafos, pero aquellos hermosos recuerdos me hicieron correr la lapicera más de lo que pensaba, o como solemos decir, se me calentó el pico.

Algunas reflexiones finales.

El éxito del libro lo demuestran los hechos. 300 libros de la primera edición que volaron en escaso tiempo y los reclamos de muchos necesitados por leerlo, obligó a una segunda edición de 200 libros.

Como lo dijera en la presentación del libro, un gran mérito de su autor fue el de hacer regresar a Malvinas, 40 años después de la guerra, a todos los veteranos que dieron sus testimonios en este libro, tarea nada sencilla, pues para muchos, quizás para todos, fue volver a revivir recuerdos no gratos o tal vez traumáticos y más difícil aún para el autor que no sólo tuvo que regresar sino quedarse allí durante todos los meses que duró su detallada investigación.

El famoso escritor John Keegan en su fantástica obra "El rostro de la batalla", incursiona en un género poco común hasta entonces cuando se escribe sobre Historia Militar y fue precisamente mostrar la parte humana de una guerra, de allí el nombre de su obra y sin pretender comparar a mi amigo con ese escritor, él en su libro, también tuvo la virtud de mostrar el rostro de su Compañía y a nuestras queridas Islas Malvinas.

Por egreso del Colegio Militar, soy más moderno que el Teniente Coronel Godoy y de acuerdo a la liturgia militar, no me corresponde felicitarlo, pero nada me lo impide hacerlo como amigo y camarada de armas.

Felicitaciones Mario por esta importante obra de Historia Militar, que ya es un pedazo de nuestra historia patria y nadie podrá modificarla en el futuro cuando todos sus actores se hayan ido para siempre.

Un fuerte y fraternal abrazo

General de Brigada (R) Rafael José Barni

V Congreso Nacional de Historia Militar

(Buenos Aires, 9 y 10 de noviembre de 2022)

Teniendo en consideración que durante el año 2022 se cumplieron 40 años de la gesta de Malvinas, el Instituto Argentino de Historia Militar (IAHM), quiso rendir un homenaje a los caídos y a los veteranos de guerra, para lo cual convocó a un congreso con dicha finalidad.

El evento se centró en algunas experiencias de veteranos de guerra y en otros aspectos de interés que influyeron en los mismos, y en la campaña en general, como asimismo en una visión de la guerra analizada 40 años después de su ocurrencia.

Se propició también que las otras fuerzas armadas, de seguridad, otras instituciones y civiles, participaran exponiendo sus experiencias en aquellas actividades, operacionales o no, que hubieren servido de apoyo directo a la fuerza Ejército o bien hayan sido realizadas de manera conjunta con la misma, y su contribución a la difusión y conservación de la memoria de esos acontecimientos y testimonios.

El congreso se llevó a cabo en el Aula Magna de la Escuela Superior de Guerra del Centro Educativo Superior del Estado Mayor Conjunto de las FFAA, los días 09 y 10 de noviembre de 2022.

El congreso tuvo como objetivos, el primero servir de acto de homenaje, el segundo el de obtener testimonios e información lo más detallada y documentada posible sobre las experiencias y enseñanzas obtenidas en las operaciones terrestres de Malvinas, y el tercero el de ampliar las experiencias de esta guerra en aspectos que, si bien están relacionados con la misma, no estén necesariamente dentro del terreno de las operaciones.

En dicho Congreso, el autor realizó una exposición sobre la historia del Regimiento 8, en la cual se desarrollaron los temas de este libro.

Desarrollo del Congreso



Vto CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA MILITAR "MALVINAS 40 AÑOS"

Programa de actividades del Instituto Argentino de Historia Militar

Miércoles 09 de noviembre			
HORA	ACTIVIDAD	RESPONSABLE	OBSERVACIONES
0745 / 0820	Acreditación expositores (Hall 1er piso - Escuela Superior de Guerra)	Comisión Administrativa	-
0830 / 0840	Apertura y presentación del Congreso	Presidente IAHM, GB (R) Gustavo GIACOSA y autoridad que preside	-
0845 / 0900	Exposición magistral	CT (R) VGM Héctor TESSEY	-
0915 / 0945	Exposición Nro 1: La última gesta de la Patria - Malvinas.	CR (R) VGM Héctor Gustavo PUGLIESE	-
0945 / 1015	Exposición Nro 2: Música en Malvinas.	TC Diego CEJAS	-
1015 / 1030	Descanso	Comisión Administrativa	Café
1035 / 1105	Exposición Nro 3: Bahía Fox - Ca Ing 9	CR (R) VGM Oscar MINORINI LIMA	-
1105 / 1135	Exposición Nro 4: Bahía Fox - RI 8.	TC (R) VGM Mario GODOY	-
1140 / 1210	Descanso	Comisión Administrativa	Café
1215 / 1245	Exposición Nro 5: Fatiga de combate - Estrés post traumático.	Dr Enrique STEIN	-
1245 / 1315	Exposición Nro 6: Desmalvinización.	GB (R) VGM Diego SORIA	-
1320	Cierre primera jornada	Presidente IAHM, GB (R) Gustavo GIACOSA	-



Vto CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA MILITAR "MALVINAS 40 AÑOS"

Programa de actividades del Instituto Argentino de Historia Militar

Jueves 10 de noviembre			
HORA	ACTIVIDAD	RESPONSABLE	OBSERVACIONES
0745 / 0820	Acreditación adherentes (Hall 1er piso - Escuela Superior de Guerra)	Comisión Administrativa	-
0830 / 0900	Exposición Nro 7: Malvinización	CR (R) VGM José NEGRETTI - TC Diego CEJAS	-
0900 / 0930	Exposición Nro 8: Plan británico ataque a Puerto Argentino 142200m.	Dr Alejandro AMENDOLARA	-
0930 / 0945	Descanso	Comisión Administrativa	Café
0950 / 1070	Exposición Nro 9: El combate del legendario "10" chico	GB (R-Art 62) VGM Rodrigo SOLOAGA	-
1020 / 1050	Exposición Nro 10: Mando y liderazgo.	CR (R) VGM Carlos LOPEZ PATTERSON	-
1050 / 1105	Descanso	Comisión Administrativa	Café
1110 / 1140	Exposición Nro 11: La logística en Malvinas.	GB (R) Rafael José BARNI	-
1140 / 1210	Exposición Nro 12: La oficina de Veteranos de Guerra - Identificación de los caídos.	CR (R-Art 62) VGM Jorge ZANELA	-
1210 / 1230	Descanso	Comisión Administrativa	No café
1230 / 1250	Conclusiones	Presidente del Congreso, GB (R) Rafael José BARNI	-
1255 / 1315	Cierre Congreso	Presidente IAHM, GB (R) Gustavo GIACOSA y superior que preside	-
1315 / 1330	Entrega de diplomas a Expositores	Superior que preside, Presidente IAHM, GB (R) Gustavo GIACOSA y Presidente del Congreso, GB (R) Rafael José BARNI	-
1330	Brindis de honor	-	-



Apertura del Congreso.



Mesa académica Congreso presidida por el Gral Barni.



TC Cejas , Cap. Buonpadre, Cnl. Minorini Lima, Gral. Comini y Gral. Soria.



Inicio exposición.



Presentación del tema.



Coronel Salaverri durante la exposición.



Coronel Salaverri y Doctor Aliaga.



Cadetes de V año del Liceo San Martín.

Anexo 2

Memorias del soldado Alberto Marini

No soy escritor, no soy un intelectual, es más ni siquiera tengo título de secundario completo, solo soy una persona a la que le gusta leer, y es la primera vez que he decidido escribir y contar lo que me ocurrió y lo que les pasó a algunos jóvenes de mi generación, antes, durante y después del 02 de abril de 1982, en la Guerra de Malvinas, es por ello que desde ya pido a todos los que se atrevan a leer esto, sepan disculpar algunos errores, horrores y el vocabulario.

Soy de la clase 1961 pero, en marzo de 1981, fui incorporado con la clase 1962 por acogerme al dichoso beneficio de la "prórroga por estudio". El 2 de abril de 1982 me encontraba haciendo el servicio militar obligatorio en el Regimiento de Infantería 8 Gral. O´Higgins en Comodoro Rivadavia, (según me contaron después, al igual que mis compañeros, me faltaba una semana para la baja), cuando nos enteramos en formación que la Argentina había recuperado militarmente las Islas Malvinas. Automáticamente comenzamos a prepararnos por si acaso, había cientos de rumores (uno por cada soldado, suboficial y oficial), "... que no va a pasar nada porque...", "...que vamos a tener el apoyo de los yanquis porque...", "...que si vamos porque...", "...que nosotros no vamos a ir porque...", etc.

El día 3 de abril nos comunicaron que marchábamos a Malvinas, pero solamente la clase 63 lo haría, con algunos elementos de la clase 62, el resto de la clase 62 (entre los que me encontraba), se quedaría en el Regimiento a fin de formar una nueva subunidad, la Compañía "C", con el propósito de dar seguridad al aeropuerto, a la Ciudad de Comodoro Rivadavia y a los tanques de combustible de la empresa YPF. Esta nueva Compañía, con la base de soldados clase 62 y 4 ó 5 suboficiales, se nos informó que llegarían oficiales y suboficiales nuevos desde distintos destinos, mientras tanto el

Regimiento partiría a Malvinas el día 6 de abril, y la Compañía "C" comenzó a procurarse de armamento y equipos, ya que como todos los componentes de la nueva subunidad provenían de distintas Compañías que ya habían partido a Malvinas, no contaban con ningún elemento de combate, a lo que nos enteramos que en el depósito de armas no quedaba ningún F.A.L. o algún otro tipo de armamento, como no sean ametralladoras antiaéreas de 12,7 mm, piezas antiaéreas de 20 mm, morteros de 81 mm, todos fuera de servicio (excepto las ametralladoras antiaéreas) por algún tipo de descompostura como por ejemplo: las piezas antiaéreas estaban oxidadas, los morteros algunos tenían rota la aguja percutora, (la cual tuvimos que hacer fabricar en una tornería particular de Comodoro Rivadavia), otros tenían roto el aparato de puntería (que para arreglarlo tuvimos que hacer -como diría Ignacio Copani algunos años más tarde-:...lo atamos con alambre, lo atamos..."), con respecto al armamento individual (los F.A.L.) se nos dijo que pronto llegarían 150 fusiles que el Regimiento le había prestado a otra Unidad, y ésta tenía que devolverlos reparados como nuevos. Mientras tanto, la cuestión es que la Compañía quedo formada (pero sin armamento).

Aproximadamente, en los primeros 10 días del mes de abril, llegaron a la Unidad Oficiales y Suboficiales que venían desde otros destinos (el que sería nuestro jefe de Compañía un Capitán que venía de la Escuela Superior de Guerra, (es lo que decían) los Subtenientes y los Cabos venían del Colegio Militar y de la Escuela Sargento Cabral, todos ellos ascendidos prematuramente por la situación reinante, otros suboficiales eran de nuestro Regimiento y algunos llegaron desde otras Unidades). Una vez llegado este personal comenzó la tarea de conocernos mutuamente, además comenzamos con prácticas de combate con el poco material que disponíamos, en un principio me asignaron el puesto de observador adelantado junto con otro soldado que era clase 63. A los pocos días fui asignado jefe de equipo "A" del 2º grupo de la 3º sección, de la cual su Jefe era el entonces Subteniente Guillermo Aliaga, finalmente después de varios intentos el día 22 de Abril cruzamos a Malvinas.

Ese día aterrizamos en el aeropuerto de Malvinas aproximadamente al mediodía, en el mismo aeropuerto levantamos carpas y esperamos órdenes.

Al día siguiente, se nos informó que la 3º sección debía prepararse para ser trasladada en forma helitransportada (creo que el único que conocía nuestro destino final es de jefe de sección). Abordamos un helicóptero chinook, y después de un vuelo de aproximadamente 30 minutos aterrizamos en lo que después supimos era la localidad

de Goose Green (Pradera del Ganso, Ganso Verde), allí fuimos agregados a la Compañía "C" del Regimiento de Infantería 25.

Las primeras órdenes que recibimos cuando llegamos fue la de armar las carpas, detrás de la escuela de la localidad, al siguiente día comenzamos a cavar las primeras posiciones de combate (pozos de zorro), el trabajo se dividió en tres grupos, mientras uno de los grupos cavaba, otro daba la seguridad y el tercero recorriera la zona para conocer mejor el terreno. Este trabajo nos llevó aproximadamente entre una semana y 10 días por las características del terreno. En algunos casos como el mío personalmente, dado la dureza de la piedra rompí 2 picos y 1 pala.

En los días subsiguientes nuestra sección se dedicó a distintas tareas como mantenimiento del armamento, patrullaje de los sectores asignados, colaborando con los ingenieros en la colocación de minas antitanque y antipersonales.

Con el pasar del tiempo comenzó a llegar personal de la Fuerza Aérea y el Regimiento de Infantería 12, al cual fue agregada nuestra sección. Con la llegada de este personal del ejército se nos ordenó desplazarnos a otra posición puesto que habían cambiado nuestra misión, la que a partir de ese momento sería proteger la cabecera de la pista del aeropuerto, ahí tuvimos aproximadamente entre 15 y 20 días.

Hasta el primer ataque aéreo (donde murió personal de la Fuerza Aérea, ya que al momento del ataque uno de los Pucará estaba despegando y por un desperfecto en el tren de aterrizaje delantero quedó varado en medio de la pista, y una de las bombas impactó el lado del mismo, el personal de Fuerza Aérea que estaba en tierra corrió hacia el avión con la intención de auxiliar al piloto, el momento de aproximarse al avión, explotó), nuestro Jefe de Sección al ver que después del ataque el personal más cercano a nuestras posiciones se retiraban hacia el pueblo y nadie le había ordenado qué teníamos que hacer, y como nuestra sección estaba prácticamente aislada y casi nadie nos controlaba, decidí por su cuenta que juntáramos nuestra cosas y no replegáramos al pueblo. Cuando llegamos recién ahí los superiores se acordaron de nosotros y como no sabían dónde ubicarnos, ordenaron que hiciéramos posiciones en la costa, puesto que se esperaba un desembarco en el lugar (en definitiva, cavamos posiciones de no más de 20 ó 30 cm. de profundidad). En ese lugar por primera vez tuve lo que se podría llamar temor o preocupación, puesto que estando allí, en ese momento pensaba que si venía un desembarco nos iban a pasar por encima con los lanchones, ya que estábamos a no más de 4 o 5 metros de la costa y totalmente descubiertos. En esa posición pasamos toda la noche tratando de acomodarnos espalda con espalda con mi compañero

el “flaco” Roque Juárez, para tratar de mantenernos calientes, y si no fuera porque el flaco había robado una botella de grappa no sé cómo hubiéramos pasado esa noche, o si la hubiéramos pasado (el contenido de la botella la pasamos a una cantimplora y durante toda la noche la cantimplora recorrió todo lo largo de la costa para que todos tuvieran oportunidad de darle un “beso a la grapa”). A todo esto recuerdo que cuando nuestro Jefe de Sección ordenó el repliegue al pueblo, teníamos que llevar todo el equipo, y yo pensé “si tengo que correr o combatir es mejor hacerlo con la menor cantidad de bultos posibles para que no estorben”, así que agarré y empecé a tirar todo lo que tenía en el bolso y no me servía para combatir, entre lo primero que tire fueron los platos y casi todo lo que estaba en el bolso a tal punto que agarré el poncho manta y me lo até cruzado en el cuerpo. Todos me decían “¿estás loco en que vas a comer?”, “¿con que te vas a abrigar?”, y yo les contestaba “si tenemos que correr, no te fijes si yo voy atrás tuyo, porque lo más seguro es que esté adelante, yo voy a ir livianito, calentito y comido porque de plato tengo el casco”.

Después de esa noche que pasamos en el pueblo, al día siguiente como desayuno nos traen una sopa fría que era agua sucia y algo que flotaba (creo que era un tronco de acelga), la miré y dije “están locos si creen que con esta porquería nos vamos a recuperar después de lo de noche”. Entonces pregunté a algunos compañeros si alguien la quería y se las di, acto seguido me levanté y me fui a ver si conseguía algo mejor. Dos o tres compañeros me acompañaron, entre ellos, el “negro” Nicolás Rappa. Yo me estaba por meter en una casa en ese momento y el negro me dice “guarda que en algunas casas viven oficiales”, entonces agarré y golpeé la puerta. El negro medio sorprendido me dice “¿qué haces, estás loco?”, le conteste “sencillo negro yo golpeo si no sale nadie me meto y si sale alguien le digo que lo busco a Aliaga”. Golpeé y no salió nadie, por lo tanto, nos metimos. Adentro encontramos una pata de cordero asada, repollos de Bruselas, papel higiénico, una torta a medio cortar, y manteca (una especie de margarina) que me guardé. Cuando el negro ve esto, me pregunta “¿para qué querés esa porquería?”, y yo le contesté “mira negro si es manteca es asquerosa comerla sola, pero tiene calorías, y si no la uso para lubricar el FAL, porque no tenemos como hacerlo”, una vez terminado nuestro pequeño, pero para nosotros importante “botín” volvimos con nuestra Sección y nos enteramos que nos estaban buscando porque teníamos que volver a las posiciones originales al final de la pista.

Quiero aclarar que me atreví a meterme en la casa por dos motivos:

1. Porque me pareció una injusticia para con nosotros que nos dieran de comer lo que parecía que eran las sobras del perro, después de hacernos pasar toda una noche totalmente desprotegidos de las inclemencias del tiempo y sin que nadie venga a relevarnos o a ver como estábamos.
2. Porque estábamos solos, ya que el Jefe de la Sección y los suboficiales no estaban, porque habían ido a hacer vaya a saber qué cosa. (Quiero aclarar que el Jefe de la Sección y los suboficiales, pasaron la noche igual que nosotros).

El día anterior había escrito una carta a mis padres, y ante el hecho que pronto podíamos entrar en combate y caer prisioneros o tuviéramos que abandonar la posición (el pueblo), esa correspondencia podría caer en manos enemigas y podrían ser usadas en nuestra contra (guerra psicológica), así que me dirigí a la oficina de correos, busqué el buzón y prácticamente reventé la puertita del mismo a culatazos, y saqué todas las cartas de la sección. Cuando estaba terminando en eso apareció un oficial del R.I. 25 (no recuerdo si fue el subteniente Gómez Centurión o el subteniente Reyes), el cual me pregunto qué hacía, y le conteste que estaba sacando la correspondencia de la sección para que no caiga en manos enemigas, a lo que me contestó que destruyera toda la correspondencia. Destruí la correspondencia y me lleve las cartas que eran de mi sección y las entregue a sus dueños.

Ese mismo día volvimos a nuestras posiciones en la cabecera de la pista.

Los días transcurrían entre tratar de mejorar nuestras posiciones, guardias, alertas rojas, y patrullaje en la zona, y tratando de mejorar nuestra alimentación. Cierta día, para lograr esto último, separamos a una vaca de su ternero al cual encerramos en un corral durante toda la noche, para así al día siguiente poder ordeñar a la madre. Otra forma que teníamos de mejorar nuestra alimentación era cuando hacíamos guardia en la cabecera de la pista. Los pilotos de Pucará que aterrizaban sabían regalarnos cigarrillos, golosinas o gaseosas en lata. Un día le pregunté a uno de los pilotos por qué tenían esas atenciones para con nosotros y me contestó "porque esta mañana vos estabas de guardia acá, vuelvo de puerto argentino y todavía estas acá, y esta noche mientras yo duermo medianamente caliente vos o un compañero tuyo va a estar acá para que yo siga caliente".

Después de un ataque aéreo, nuestra sección fue designada como guardia de honor para la inhumación de los restos del piloto Inglés que se derribó ese día. En ese ataque aéreo por primera vez nuestra sección se vio afectada, no porque hubiéramos tenido heridos porque no los tuvimos, sino porque casi todo nuestro sector quedo regado por las bombas BELUGA, y porque la carcasa de una de estas

bombas llevo dando tumbos hasta donde estábamos, y tuvimos que ayudar a un compañero que estaba en el pozo de zorro ya que la carcasa cayó sobre el techo del pozo derrumbándolo con él adentro, por consiguiente, estaba medio sepultado.

Un día, (a esa altura de los acontecimientos ya no sabíamos en que día vivíamos), matamos una oveja, y la empezamos a asar (el encargado de hacerlo fue "el tano" Alberto Papurello). Estábamos esperando que se asara, cuando vino un bombardeo aéreo, como estábamos debajo de la tribuna del hipódromo de Ganso Verde, cuando nos asomamos vimos que los aviones venían muy alto y la artillería antiaérea no los podía alcanzar, continuamos con nuestro asado.

A los 2 o 3 días, me entero que el Dragoneante Claudio García "el gallego", se había marchado de la sección y se había puesto a órdenes de otra fracción del Ejército, por una pelea o discusión que tuvo con el Sargento Maldonado.

Tiempo después se nos ordenó trasladarnos 700 metros más adelante en dirección Noroeste. Cavamos posiciones y al día siguiente nos trasladamos 1.000 metros en dirección Norte, porque no teníamos buen campo de visión.

En las nuevas posiciones armamos las carpas (ni siquiera llegamos a cavar posiciones). Estuvimos 4 días al lado de una pared de turba, al 5° día nos ordenan trasladarnos 400 metros en paralelo en dirección Oeste, sobre una loma de no más de 50 metros de altura, que daba a un acantilado de aproximadamente 70 metros sobre el mar. Allí cavamos las últimas posiciones mirando hacia el Norte. Mi posición estaba casi en la cima de la loma sobre el acantilado. Cierta día (sería el día 16 o 18 de mayo) nos informan que toda la sección debía permanecer de guardia esa noche porque se preveía acciones de comandos o buzos ingleses sobre la costa. El Jefe de la sección ordenó un sistema de guardia escalonado sobre el acantilado, es decir 1° en la parte más baja, otro en la parte media (ahí me tocó a mí) y el 3° arriba de todo, en caso de tener alguna novedad el 1° debía subir informar al del medio quedarse en ese lugar y el del medio subía a informar al 3° y se quedaba en ese lugar. Como a la 2 de la mañana observo un helicóptero inglés (sabíamos que los helicópteros argentinos no volaban de noche), el cual calculé que estaba como a 2 Km. En eso sube el que estaba en la parte más baja me informa lo mismo que yo vi y sigue subiendo, yo no sabía qué hacer y decidí subir también. Al llegar arriba le informamos al Jefe de la sección, (observamos que el helicóptero tenía un reflector encendido apuntando hacia abajo y se podía ver que se descolgaba gente del mismo, o eso parecía) el cual ordena que la ametralladora se prepare para hacer fuego, el arma fue preparada y comenzó a ser

disparada por el soldado Raúl Allende, quien tira aproximadamente una banda completa y logra ver que saltan chispas del helicóptero y comienza a tambalearse, se pudo apreciar que el aparato escapó humeando. A los 2 o 3 días nos dispararon unas ráfagas de ametralladora desde una casa de 2 pisos que estaba en la dirección donde había estado el helicóptero, se informó al Jefe del R.I. 12 y a la guarnición aérea de la cual despegaron 2 Pucará's que con fuego de cohetes destruyó por completo la casa. Al regreso de la misión nos llega desde la Jefatura del R.I. 12 la orden que teníamos que ir hasta el lugar a buscar información de Inteligencia. Les informamos a los Jefes que esa misión nos demandaría de 5 a 6 días ida y vuelta, porque si bien en línea recta eran 2 ó 3 Km. teníamos que dar un rodeo por una bahía lo cual extendía la distancia a 10 ó 15 Km. y en el suelo de Malvinas más de 4 ó 5 Km. por día no se podía caminar. Nos cancelaron la misión porque no tenían ni medios de transporte, ni raciones frías para tantos días.

Para el día 20 o 21 de Mayo, ya teníamos las posiciones prácticamente listas, en esa semana recibimos varios bombardeos navales, a tal punto que en una ocasión fui solo hasta el pueblo a buscar el rancho con los tarros para la comida y el F.A.L. cruzado en la espalda, y al volver a pasar cerca de donde habíamos tenido las posiciones a la altura del hipódromo, me tuve que tirar varias veces cuerpo a tierra porque las bombas caían cerca, pero siempre tratando de cubrir la comida con el cuerpo y tratando de no derramar nada. Cuando llegué a las posiciones todos pensaban que me habían matado cuando me veían que me tiraba al suelo y por la gran cantidad de bombas que me seguían.

Al día siguiente llega hasta nuestras posiciones el Jefe del R.I. 12 con otros Oficiales a inspeccionar las posiciones. Como nosotros habíamos armado el dispositivo mirando hacia el Norte porque no esperábamos un ataque por mar, le dice al Jefe de la sección que el dispositivo estaba mal, que el ataque iba a venir por mar y no por tierra teníamos que hacer de nuevo las posiciones y se retiraron del lugar. Cuando se fueron nuestro Jefe nos dice que no les va a hacer caso porque en ese lugar la única posibilidad de ataque que tenían los ingleses era por tierra, ya que él había averiguado con un Oficial de la Armada que estaba en el pueblo que en ese lugar no había profundidad para los barcos, pero sí para los lanchones de desembarco. Entonces el dispositivo quedo formado en semicírculo con 2 secciones con frente de ataque a tierra y 1 sección con frente al mar.

El día 27 de mayo a la tarde/noche se empezaron a escuchar los primeros disparos de armas livianas y de artillería. En la mañana del 28 de mayo aproximadamente a las 06:30 o 07:30 (a esa hora

todavía es oscuro en Malvinas, recién hay luz a las 08:45 o 09:00), todavía había niebla, se veían fognazos a 600 o 700 metros, de repente a 400 metros de distancia vemos gente que corre entre la neblina que no podemos distinguir si son propia tropa o enemigos, por lo que nos decidimos a no abrir fuego hasta estar seguros.

De repente lo escucho el Jefe de la sección que da la orden "fuego libre", al instante comenzó el infernal del tiroteo, comencé a disparar a los pocos segundos lo escucho al Cabo Mario Bossetti (que estaba en la carpa individual porque tenía tal grado de anemia que llegó a escupir sangre) que me dice "¿vos disparaste?", le conteste que sí y me responde "boludo me pegaste a mí", le respondí que no podía ser porque yo tire hacia delante y él se encontraba en mi costado derecho, y lo apremié para que venga hasta mi pozo para que lo atendiera, cuando llega le digo a mi compañero de pozo que vaya a buscar ayuda, pero debido a la cantidad de disparos tuvo que ir hacia otro lado, entonces me dedico a revisar al Cabo y encuentro que tenía un disparo a la altura del hombro, acto seguido lo vendé con el paquete de curaciones, una vez que termine le dije que se pusiera el casco y se quedara en el fondo del pozo que yo me iba a ver si lo podíamos evacuar. Cuando salí del pozo y empecé a correr hasta el pozo comando me picaban balazos por todos lados. Al llegar me encuentro con el Subteniente Aliaga en la entrada del pozo, me preguntó que hacía ahí, le informo de la novedad y pregunto si lo podemos evacuar, a lo que me contestó que en ese momento era imposible, y se entablo el siguiente dialogo:

- Subteniente Aliaga: Marini ¿puede ver si en ese pozo hay gente?, porque me parece que nos están rodeando por el flanco derecho.

- soldado Marini: asomándome le contesté que parecía no haber nadie ahí (dicho pozo habrá estado a unos 40 ó 50 m).

- Subteniente Aliaga: ¿tenés municiones?, tomá éstas (me entregó 2 cajas de 20 c/u), y tratá de llegar hasta ahí porque nos van a hacer mierda.

Acto seguido comencé a arrastrarme, lo habré hecho por 20 ó 25 metros (quizás menos) cuando sentí algo que me golpeaba el costado del pecho y en la pierna derecha, y me daba vuelta por la fuerza del golpe, me palpe para saber qué era, y vi la mano llena de sangre, en ese momento me di cuenta que estaba herido. Traté de rodar hacia el otro lado de la loma para quedar fuera del campo de tiro enemigo, pero no pude llegar, y quedé en la cima de la loma, al tiempo que escuchaba las voces de mis compañeros llamándome y otros le contestaba que me habían herido o matado. A todo esto, yo lo único que atinaba era levantar la mano para tratar que vean

que estaba vivo, cuando de repente lo veo que llega el Subteniente y 2 soldados más (no puedo recordar quienes eran), me revisaron y cuando vi la expresión de la cara del Subteniente me dio un ataque de pánico, y empecé a gritar “nos van a hacer mierda, no vamos a volver” (creo que me desesperé al encontrarme indefenso y no poder seguir combatiendo) y el Jefe tratando de calmarme me decía “quedate tranquilo vamos a salir todos”. Acto seguido entre los 3 comenzaron a arrastrarme. Al llegar al pozo comando el Subteniente ordenó a los otros 2 que cada cual volviera a su pozo y a otro soldado que estaba ahí que me vendara, mientras él continuaba el combate. Cuando el soldado estaba terminando, comenzaron a caer proyectiles de mortero a no más de 10 metros de donde estaba, por el miedo que me agarró tomé el casco y me cubrí la cara, y me arrastré hasta dentro del pozo comando.

Allí me encontré con el Subteniente, el Sargento MALDONADO, y otro soldado, por lo que me arrastré hasta el fondo del pozo y quedé ahí tratando de ayudar cargando los cargadores de F.A.L. que quedaban vacíos.

No sé cuánto tiempo habrá pasado, pero en cierto momento del combate un misil hilo guiado explota en una de las ventanas de tirador y daña el casco del Sargento. Éste, medio atontado por la explosión, se saca el casco para revisarlo, cuando lo está haciendo un proyectil de mortero u otro misil impacta en el techo del pozo lo que hace que se quiebre un parante del techo del cual sale un clavo y le atraviesa la ceja al Sargento.

Después de unos 10 minutos tiempo en cual cayeron sobre el pozo comando unos 10 ó 12 proyectiles de mortero, el Subteniente se asoma del pozo para dar instrucciones a los apuntadores de la M.A.G., y se desploma herido en el cuello (tratamos de atenderlo), aparentemente por la explosión de un misil, en ese momento se escucha una explosión y las voces de los soldados que advierten a los gritos, “volaron la M.A.G., los hicieron mierda”. De repente desde el pozo de la M.A.G. se escucha una voz que grita “se me caen los dedos, no los puedo mover”, y entra al pozo comando el soldado Omar Leyría agarrándose la mano.

En ese momento llega un soldado a pedir instrucciones y el Jefe ordena (dentro de la conciencia que tenía) “el que se pueda replegar que lo haga, es al pedo quedarse, nos rendimos”. Llega el Cabo Alejandro Rodríguez a pedir instrucciones y le ordena que saque un trapo blanco, en ese momento un disparo le entra por la mejilla y sale por el cuello a la altura de la nuca y el Cabo Rodríguez cae herido (lo atiende el Subteniente), se lo escucha al soldado Ángel Castro que se

ofrece de voluntario para sacar un trapo blanco. Pasan los minutos y cesan los disparos (en ese tiempo un grupo de soldados que no se habían podido replegar se habían juntado detrás del pozo comando y ellos nos informaban lo que iba ocurriendo). Este es más o menos el dialogo que recuerdo:

Castro se puso de pie y va caminando hacia los ingleses.

Se escuchan disparos.

- Lo mataron a Castro.

- Hijos de puta, no van a tomar prisioneros.

- Busquen las armas que seguimos combatiendo.

- No, no, no, esperen.

- ¿Qué vas a esperar que te maten sin hacer nada?, yo no me entrego así nomás.

- No, esperen Castro se está levantando.

- Llegó hasta los ingleses.

- Ahí vienen, no disparen, tiren las armas.

El Sargento ordenó: "vayan a los pozos junten las mantas, tiren las armas, pongan las manos en la nuca, no hagan boludeces y esperen las ordenes de los ingleses".

Cuando llegan los ingleses escucho voces que no conozco y el Subteniente, el Sargento, el Cabo y los soldados que estaban en el pozo comando salen del mismo, y yo quedo ahí en el fondo del pozo porque no podía caminar, pasan los minutos y de golpe un inglés levanta el techo del pozo me apunta con su arma y me da ordenes que no entiendo, pero creo que era que saliera del pozo entonces le muestro que estoy herido. Ahí cambia su actitud, se mete en el pozo me ayuda a levantarme y me entrega su arma para que la use de apoyo. Me lleva hasta donde están el resto de mis compañeros, nos palpan buscando armas ocultas, a los heridos nos atienden, cuando veo que del pozo de la M.A.G. lo traen gritando al soldado Raúl Allende y ponen al lado mío. Ahí le pregunto si lo de él era serio, me contestó "no sé, no siento las piernas tengo frio", entonces recordando algo del inglés aprendido en el colegio secundario, trato de hacer que le traigan una manta, lo consigo y le traen 2 mantas.

Entonces el grupo que nos custodiaba se retira para seguir con el combate y llega un grupo, se escucha que por radio les dan instrucciones y allí cambió su comportamiento para con nosotros y empiezan a gritarnos (yo no entendía qué) otros lloran, y empiezan a preparar 2 ó 3 ametralladoras detrás nuestro por lo que entendemos que nos van a fusilar. Ahí aparece un inglés que viene corriendo y a los

gritos, lo agarra del brazo al jefe del grupo inglés y empieza a gritarle por lo que comienza una discusión entre los 2. Mientras a nosotros nos pasaban cerca de la cabeza los balazos que tiraban desde el pueblo. Acto seguido, el grupo de ingleses se retira y llegan 2 ó 3 con los que quedamos custodiados, se acerca a nosotros el inglés que había llegado corriendo y le dice al Subteniente o al Sargento (no recuerdo a cual) en perfecto castellano con acento español "disculpe esto no va a volver a ocurrir", (después con el tiempo me enteré que éste inglés había prestado servicio en el Peñón de Gibraltar como 20 años y lo que había ocurrido es que les informaron por radio que había muerto el Teniente Coronel Jones, Jefe de los paracaidistas y le encontraron al Sargento Maldonado una pistola desarmada en el borceguí).

Después de aproximadamente 2 horas hacen que nos preparemos para ser trasladados y cuando lo quieren levantar a Raúl Allende este empezó a gritar del dolor y como no tenían muchas camillas deciden dejarlo para después recogerlo con un helicóptero (según palabras de este inglés que hablaba castellano), nos vamos y Raúl queda ahí. A mí me llevan entre 2 y a veces entre 3, nos hacen cruzar un cerco de alambre a lo cual nos negamos porque sabíamos que estaba minado, pasan 2 de ellos y levantan el alambre para que pasemos (nos obligan a cruzar), y hacen que vayamos delante de ellos, con la ayuda de Dios cruzamos porque gracias a que ya estaba oscureciendo (en Malvinas oscurece a las 17:30 o 18:00 aproximadamente) podíamos ver las gotas de rocío sobre los hilos de las minas, caminamos 5 ó 6 Km. hasta unos setos de turba que se había incendiado y allí se encontraban otros prisioneros del R.I. 12 y del R.I. 25. Pasamos la noche ahí, bajo la aguanieve escuchando los gritos de dolor de los heridos (algunos murieron esa noche). Al día siguiente llegan helicópteros ingleses y empiezan a separar los sanos de los heridos, a los sanos se los llevan (no sé a dónde), los que quedan de nuestra sección se despiden de nosotros, en eso veo que se vuelve el soldado Ángel Castro y me hace la señal de la cruz en la frente (pensé, ¿Qué hace?... ¿Me está dando la extremaunción?, ¿tan mal estoy?) y se despide de mí con un abrazo y un "buena suerte, espero que nos veamos de nuevo". A continuación, empiezan a trasladar a los heridos a los helicópteros, cuando llego mi turno me pusieron en una camilla afuera del helicóptero (porque no había lugar adentro). Cuando íbamos en vuelo cada tanto un inglés desde adentro me hacía la señal que estaba todo bien con el pulgar hacia arriba y yo le contestaba del mismo modo, hasta que de repente el helicóptero hace un brusco descenso sobre el mar, el motivo: alerta de Pucará. Llegamos al hospital que habían instalado en el frigorífico de San Carlos. Allí fui operado de la herida en el pecho, no sé cuánto

tiempo estuve dormido. Cuando desperté me trasladaron al barco hospital H.M.S. UGANDA, me pusieron en una sala donde había heridos ingleses y 2 o 3 argentinos. La mayoría eran correntinos, uno de ellos empieza a gritar que quiere comer, que hace 5 días que no come, se me acerca un capellán inglés con el que había estado hablando y me pregunta si me puedo comunicar con ese soldado, le contesto que sí, que quiere que le diga, me pide que le informe al soldado que recién al día siguiente podrá comer porque ha sido operado. Cuando se lo dije empezó a llorar desconsoladamente y yo con él, al día siguiente me despierto (casi se me pasa la hora del desayuno) y lo veo al correntino con una sonrisa de oreja a oreja (estaba desayunando), a los 3 o 4 días escucho un murmullo que va creciendo (pensé que se trataba de un ataque aéreo argentino), en eso entran 2 ó 3 médicos y varias enfermeras con una camilla y van a una cama vacía. Cuando puedo ver qué pasa, veo que lo habían traído a Raúl Allende (recién lo encontraban, había estado todo ese tiempo solo, tirado en el campo.), lo desnudan y puedo ver que tiene las piernas negras por el pie de trinchera (gangrena pensé), trato de comunicarme con él por medio del cura inglés. Éste me pregunta si lo conozco, le digo que sí, él me responde que recién lo encuentran, que es un héroe porque él solo les había provocado más de 50 bajas. Me comunico con Raúl, le hago saber que se quede tranquilo que ya va a estar bien (mentira). Ese mismo día me llevan a la sala de operaciones y me vuelven a operar el pecho, cuando me despierto no sé dónde estoy, no estoy en la sala general, estoy en una camilla que me lleva a la parte de abajo del barco, allí veo tropas, armas y municiones. Finalmente llego a destino, una sala sólo para argentinos. A los 2 días llega un hombre de civil que se identifica como miembro de la Cruz Roja, me toma unos datos y me informa que me van a trasladar al barco Bahía Paraíso, un barco argentino.

En el Bahía Paraíso me operan la pierna, y a los 2 o 3 días me llevan al hospital naval de Puerto Belgrano. Cuando llego soy el primero en ingresar a la sala (en esa sala había unas 20 camas), así que cama 1. Una vez que estuvimos acomodados los heridos empezaron a llegar médicos y enfermeras para hacer los diagnósticos de cada uno. Cuando se calmó un poco el ir y venir de médicos y enfermeras, le pedí a una de las enfermeras que si lo podía localizar a mi tío (el cual era Suboficial Mayor de la Armada en la base de Puerto Belgrano) y me quedé esperando. Pasaba el tiempo y no tenía noticias. En eso llega una pareja de ancianos (civiles) que se habían enterado que habían llegado heridos de Malvinas: traían tortas, bizcochuelos, caramelos, cigarrillos, etc., yo les pregunté si se podían comunicar con mi tío, le di la dirección y resulta que vivían a 2 cuadras de la

casa de él. Cuando lo describí a él y a mi tía me dijeron que sí, que los conocían. La cuestión es que en media hora llegó mi tío, estuvo conmigo un rato y ese mismo día llamó a unos parientes para que avisaran en mi casa que yo había vuelto, a los 3 días llegaron mis padres a verme al hospital.

Cierta vez aparecieron 2 oficiales de Inteligencia Militar, a recabar información sobre los ingleses, les di toda la información que me fue posible, sobre todo del tipo de armamento y lo que había visto en las islas.

En la misma sala me reencontré con el Cabo Mario Bossetti, aparte de la herida en el hombro, tenía unas 15 heridas por esquirla, me senté a hablar con él, unos momentos. Después llegó una enfermera para aplicarle azúcar a las heridas (para que no se infecte y ayudarlo a que cicatricen).

De toda la sala yo era el único que se levantaba e intentaba caminar agarrándome del respaldo de las camas, (JAJAJA) como me puteaban los internados porque les dejaba cruzadas todas las camas. No me importaba porque quería caminar y recuperarme rápido, me iba de cama en cama charlando con todos un poco hasta que me cansaba o venía una enfermera y me mandaba a acostar. Así pasaban mis días, a veces despierto hasta las 2 o 3 de la mañana, pensando, a veces por pesadillas terminaba charlando con la enfermera de turno o ayudándola a armar los paquetes de curaciones para el día siguiente. Por supuesto, al día siguiente, se me pasaba de largo el desayuno y tenía que esperar hasta la hora del almuerzo (claro, lo que no dormía a la noche, lo dormía durante el día).

Cierto día me comunican que al día siguiente sería trasladado a otra ala del hospital. Llegué y me encontré con que era una habitación semiprivada (2 camas). Creo que ahí la pasé peor, porque no me dejaban que me levantara, es más ni siquiera salía de la habitación. Ahí me sacaban sangre todos los días porque se corría el rumor que los ingleses usaban munición con mercurio, y querían estar seguros que yo estaba bien.

Creo que porque traía la rebeldía de Malvinas empecé a hacerle la vida difícil a las enfermeras, en total hacia 21 días estuve en el Hospital de puerto Belgrano. El día 22, sin previo aviso, me trasladaron al Hospital de Ejército de Bahía Blanca.

En el Hospital de Ejército de Bahía Blanca, creo que algunos pensamos "bueno, ya estamos con la gente de Ejército, vamos a estar mejor", Jajajajaja, que error.

Ni bien llegamos, empezaron con órdenes, órdenes que ninguno o muy pocos queríamos obedecer, creo que en ese momento se empezó a separar a los que combatieron y a los que no, ya que,

entre nosotros, los soldados y algunos suboficiales heridos decíamos que “no eran propia tropa”, para referirnos a los médicos que se comportaban como oficiales y no como médicos, y a los oficiales que venían a vernos, había rebeldía en el ambiente.

Me entregaron algunas “cartas para un soldado”. Cuando llegaron mis parientes a visitarme, les pedí dinero, y cuando se fueron fui hasta una cabina telefónica y llame al remitente de una de esas “cartas para un soldado”, una chica de Mendoza, habré hablado 2 ó 3 minutos hasta que se cortó la comunicación.

14 de junio: los noticieros informan que Puerto Argentino se había rendido, pensé para mí “gracias a Dios terminó”. Los medios informan que se evaluaba la posibilidad de combate en localidad, sin conocer que unidades estaban en Puerto Argentino, volví a pensar “No, no va a ser una matanza”, (pensaba así porque sabía que la clase 63 no estaba preparada para un combate en localidad). Por suerte no fue así.

El 1º de julio me informan que el día siguiente vuelvo a mi unidad. El 02 de julio (mi cumpleaños), un Sargento 1º busca a un soldado del R.I. 25 y a mí, nos informa que él nos va a acompañar hasta Comodoro Rivadavia. Llamo a mi tío y le cuento la novedad, llega al Hospital y a pesar que tenía más graduación que el Sargento 1º le pide permiso para sacarme del Hospital para llevarme a festejar mi cumpleaños, con la promesa que me llevará a una hora fijada hasta la terminal de ómnibus.

No tenía autorización para salir del Hospital y justo que vamos saliendo nos para la guardia y se escucha un toque de clarín anunciando el arrío de la Bandera, (JAJAJA) casi me bajo del auto para saludarla, mi tío ya había bajado a saludar y mi tía y mi prima me agarraron del hombro y casi me metieron abajo del asiento. Cuando pregunté por qué, ahí me enteré que no tenía autorización para salir.

Fuimos hasta la casa de una familia amiga de mi tío, me esperaban con una torta y gaseosas, sinceramente, no sé por qué, no estaba con ánimo de festejar, tome un vaso de gaseosa para brindar y le pedí a mi tío que me llevara a la terminal de ómnibus.

Cuando llegamos localicé al Sargento 1º y le agradecí haberme permitido esa salida. Faltaba una hora para que saliera el colectivo, decidí ir al baño (por las dudas), como no conocía pregunté y me indicaron el bar de la terminal, al ir saliendo me encuentro con varios suboficiales en una mesa (no conocía a ninguno), uno de ellos me llama y tuve un incidente muy desagradable que neutralizó mi tío que me agarró y me llevó a la plataforma (puteando por lo bajo). Bueno me despedí de mis parientes y subí al colectivo que me llevaría a Comodoro Rivadavia.

Llegamos a las 12:00 o 13:00 horas. Había un vehículo esperando al soldado del R.I. 25, hablaron con el Sargento 1º, nos despedimos y pusieron rumbo a la localidad de Sarmiento (156 Km de Comodoro Rivadavia), a mí no me esperaba nadie por lo que con el Sargento 1º nos dirigimos a la IX Brigada de Ejército, nos presentamos en la guardia, el Sargento 1º se despidió de mí y yo quedé en la guardia. Desde allí llamaron 3 veces a mi Unidad (11 Km de Comodoro Rivadavia). Pasé toda la tarde en la guardia, le pedía al Jefe de Guardia que me autorizara a tomar el colectivo para irme a la Unidad y me contestaba que ya había llamado y le dijeron que ya salía un vehículo para buscarme (a todo esto, no había comido nada durante el día). Como a las 20:00 hs. el Jefe de Guardia (creo que se apiadó de mí) me dijo que entrara a la Brigada para que cene y pase la noche ahí. Devoré un plato de arroz que me acercaron las colimbas, charlamos un rato y me retiré a descansar (estaba física y moralmente agotado). Cuando me estaba acomodando para dormir me llamaron, habían venido por mí.

Al fin dije, pobre iluso, me vinieron a buscar con un camión, me hicieron subir en la parte de atrás, el piso roto, sin asientos, yo solo, saltando de un lado para el otro, el Suboficial (me guardo el nombre) a cargo del camión quería aprovechar que me iba a buscar para visitar a su novia, la cual para desgracia mía vivía en calle en pendiente, de tierra y llena de pozos, más de una vez caí sentado y puteando en la caja del camión.

Como a las 22:00 llegué a mi querido R.I.8, me presenté en la guardia, y cuando vi la cara del Sargento 1º Alancay Victoriano pensé que algo malo pasaba, con los ojos humedecidos por las lágrimas de dijo "chango, todos te creíamos muerto" y nos dimos un abrazo, charlamos un rato y después me destinó a mi antigua Compañía.

Al día siguiente me presenté al Jefe de la Compañía Teniente 1º Morán Oscar Ernesto, el cual me manifestó que todos me creían muerto, me dirigí a Mayoría, firmé y llené unos formularios, y me mandaron a la enfermería, allí pasé casi un mes, hasta que literalmente me escapé del R.I.8.

No tuve otra opción que escaparme del R.I.8, me habían entregado mi DNI, me pagaron los sueldos adeudados, pero no había ningún médico para que me diera el alta médica. Justo venían 2 o 3 colectivos a buscar una tanda de soldados que venían a Córdoba de licencia hasta la baja, así que aproveché la oportunidad, arreglé con un médico soldado que él me arreglaba los papeles para no figurar como desertor, y cuando nadie miraba, me subí a uno de los colectivos, fui hasta el fondo y me acosté debajo de los últimos asientos y cometí un error que casi me cuesta el viaje, me levante

antes de salir del cuartel cuando en eso se paró el colectivo, que pasaba??, me descubrieron??, un Subteniente venía a despedirse. Ahora si a mí querida Córdoba.

Llegamos a Córdoba a la 21:00 aproximadamente, muchos de los que viajaron fueron a festejar, como me hubiera gustado quedarme, pero me tiraba más llegar a mi barrio, quería encontrarme con mis hermanos, mis amigos y vecinos, me tomé un taxi, me hice dejar a 3 cuadras de mi casa y todos me veían como a bicho raro, hasta que mi novia de entonces me dijo que todos pensaban que me habían amputado una pierna. Cuando salieron de la sorpresa recibí gente en mi casa hasta las 3 de la mañana y al otro día a visitar parientes y amigos de otros barrios. Después vendrían años de pesadillas, angustia, y muchos pensamientos (buenos y malos).

De todos esos años de todas esas emociones aprendí muchas cosas, como ser honesto con todos y conmigo mismo a pesar de las consecuencias, decir las cosas de frente siempre que sea verdad sin importar nada, que decir una mentira para no herir a otra persona no está mal siempre que la mentira sea para calmar el alma del otro.

Córdoba, 25 de abril del 2002.

Memorias del soldado Salomone

Breve autobiografía y mis vivencias en las Islas Malvinas

Mi nombre es Miguel Ángel Salomone, nací en Comodoro Rivadavia el 16 de enero de 1962, hijo de Miguel Ángel Salomone (nacido en Buenos Aires) y de Irma Esther Sola (nacida en Comodoro Rivadavia), un hermano mayor, en segundo lugar, yo, seguido de una hermana y por último un hermano más chico.

Mis inicios en la escuela comenzaron en el jardín de infantes en el Colegio Nacional Perito Moreno, realicé el jardín de 4 en el año 1966, de 5 en 1967 y la primaria desde 1968 hasta el año 1974. Comencé el secundario en el Instituto Secundario de Biología Marina, pero solamente llegué a Segundo año, (no era muy aplicado para los estudios), por lo tanto, empecé a trabajar con mi padre en una gestoría del automotor hasta el año 1980 que fui convocado para realizar el Servicio Militar obligatorio.

Servicio Militar y Vivencias en Islas Malvinas

Recuerdo que mi número de sorteo fue el 817, supuestamente con ese número ingresaría en Marina o tal vez en Fuerza Aérea, dado que era un número bastante alto. De todas formas, esperé que me llegue la carta de presentación. Grande fue mi sorpresa al ver que me había tocado en el Ejército Argentino.

No recuerdo fechas, pero sí recuerdo que me llegó la notificación para presentarme en el Regimiento de Infantería 8 de Comodoro Rivadavia. Comencé a realizar actividades en la Compañía Comando haciendo tareas en la Oficina Logística, en un principio como escribiente y más adelante como estafeta del RI8 en la Compañía Servicios.

3 de abril. Transcurrido cierto tiempo y próximos a recibir la baja nos informan que teníamos que ir a las Islas Malvinas debido a un conflicto bélico. Recuerdo que lo tomé con mucha calma, dado que iría a conocer nuevos lugares, pero sobre todas las cosas, a defender a Mi Patria.

8 de abril. La flota inglesa inicia su partida hacia las Islas Malvinas.

22 de abril. Nuestra partida se hizo desde el Aeropuerto de Comodoro Rivadavia. En esta ocasión, recuerdo que pedí hablar con mi padre, ya que el mismo trabajaba en dicho Aeropuerto, a lo cual me dieron lugar y aceptaron que hablé con él. Estoy seguro que en ese momento se sintió el padre más orgulloso del mundo, pero también sintió uno de los mayores miedos que haya tenido en su vida, dado que si el posible conflicto bélico se hacía realidad, tal vez, nunca más volvería a verme.

Despegamos en un Boeing 737 de la empresa Aerolíneas Argentinas sin asientos y con nuestros equipos, pero sobre todo con una gran incertidumbre de lo que en nuestras Islas Malvinas ocurriría.

Sentí mucha alegría y emoción a la vez cuando, desde una de las ventanillas pude observar el archipiélago. Aterrizamos en Puerto Argentino pero no estuvimos mucho tiempo allí, (hicimos noche a un costado de la pista) toda la Compañía embarcó en helicópteros Chinook con un "destino incierto". Éramos tan sólo 37 integrantes los cuales tuvimos como destino los poblados de Gansos Verdes (o Pradera del Ganso) y Darwin.

El 24 de abril la clase 63 juró la Bandera en la escuela.

Recuerdo que caminábamos constantemente de un poblado al otro, hasta que al final nos mantuvimos estables en Darwin.

25 de abril. La flota inglesa estaba en las islas Georgias.

Llegó el día que nos informaron en forma concreta que los ingleses habían partido desde Islas Georgias hacia las Islas Malvinas. El miedo en ese momento invadió mi cuerpo. Sabía que no harían miles de kilómetros para no hacer nada. Vendrían con toda su artillería para nuevamente arrebatarnos nuestras Islas.

1 de mayo. El ataque aéreo inglés.

Como estábamos cerca de la pista de Darwin, recuerdo que dos aviones Pucará quedaron con su tren de aterrizaje delantero roto cuando iniciaban el rodaje para despegar, seguramente para realizar algún ataque.

4 de mayo. Derribo del avión inglés y al día siguiente participamos del entierro del piloto.

Hicimos varios pozos de zorro, en distintos lugares, debido a que los mismos se llenaban de agua (agua de vertientes).

Hacíamos guardias tanto de día tanto como de noche. Muchas de esas guardias de noche me tocaban cerca de un Radar móvil (posiblemente de Fuerza Aérea Argentina), no lo recuerdo bien, pero el mismo tenía un tipo de ventilación con aire caliente que salía hacia el exterior y yo me ponía bien cerca de este ventilador para sentir calor y que sea un poco más amena la guardia nocturna.

El hambre, el frío, la nieve, el agua que vertía de los pozos era una constante. A veces nos faltaban fuerzas para realizar nuevos pozos donde no brotara agua desde abajo.

Nuestras mejores comidas en ocasiones eran papas que extraíamos de la tierra y las asábamos directamente al fuego, algunas veces comíamos avutardas, durísimas, pero un manjar para lo que realmente estábamos pasando y en alguna ocasión comimos unas tortillas hechas por un compañero de la sección. El agua la sacábamos de charcos que había en la tierra, la misma era dulce y por supuesto muy fría. Y hacíamos fuego para calentarnos o para cocinar con turba.

Fueron momentos muy difíciles de sobrellevar, en algunas oportunidades había discrepancia o pequeños malentendidos entre nosotros mismos y muy poca tolerancia. La situación se tornaba cada vez más difícil. El sueño, el hambre, el frío ya eran nuestros enemigos.

Nos aseábamos con agua de los charcos. Recuerdo en una oportunidad, ver mi cuerpo extremadamente delgado, no era yo, que siempre tuve algún kilo de más.

Cuando por fin llegaron y durante todas las noches el cielo se iluminaba con bengalas tiradas por aviones del enemigo para reconocimiento del terreno y saber nuestra posición. Sabíamos que la calma no duraría mucho más y el miedo era cada vez más intenso.

28 de mayo. Comienza el ataque inglés a las 02:00hs. Aproximadamente. Al poco tiempo comenzó el infierno. El ataque inglés se hizo realidad, duró toda la noche. El pasaje de aviones del enemigo y argentinos era incesante. La MAG de nuestra sección no daba abasto para disparar. El ataque de morteros por parte de los ingleses se aproximaba cada vez más hacia nuestros puestos, los disparos eran cada vez más certeros. (Creo que de alguna manera muy avanzada para aquellos tiempos, le corregían la puntería).

Los ingleses comenzaron a aproximarse a pie hacia nuestros puestos, mi FAL no andaba del todo bien, estaba herrumbrado por la falta de uso y además no teníamos lubricantes para su correcto funcionamiento. Tenía que golpearlo o sacudirlo para destrabarlo y que trabaje de forma correcta, lo cual se hacía cada vez más difícil.

Comencé a escuchar silbidos de balas sobre mi cabeza, y me arrastré colina arriba para poder parapetarme y cubrirme mejor.

Luego de transcurridas algunas horas y con tal incertidumbre de no saber qué estaba ocurriendo y de forma sorpresiva teníamos a los ingleses al lado nuestro. Éramos ya, para ese momento, sus prisioneros. Nos hicieron colocar nuestros fusiles y cascos en un lugar sobre la tierra, de tal forma que se formó una pequeña montaña de algo que nos había acompañado desde que llegamos a las Islas. Nos pusieron a todos boca abajo, en ese momento estaba seguro que era nuestro final...

Gracias a Dios no fue así. Nos sacaron algunas pertenencias y nos revisaron. Yo recuerdo que tenía una quemadura en el brazo debido a que la manga de mi ropa se había impregnado con gasoil y nunca alcanzó a secarse. Tenía vendado y alcancé a comprenderles que me consultaron si estaba bien o si necesitaba curaciones. Nos levantaron, nos pusieron en fila y caminamos hasta una casa grande en el cual había también un corral de ovejas con una empalizada, (esto es una vez que se había rendido la plaza, el 29 de mayo después del mediodía) Recuerdo que en esa caminata ayudé a trasladar al Cabo Bosetti, en una camilla improvisada, dado que el mismo estaba herido. Y otra circunstancia fue que estábamos por pasar por un campo minado, y en esta oportunidad el Cabo Rodríguez fue quien informó a los ingleses de esta situación, entonces hicimos el recorrido por otro camino.

Estuvimos aproximadamente tres días en ese lugar, de noche dormíamos dentro de esta casa, (un frigorífico abandonado) éramos tanta la cantidad de soldados que había en ese lugar, tanto heridos graves, heridos o ilesos, que por fin pudimos sentir algo de calor, aunque en este caso era humano. Uno de estos tantos soldados

estaba gravemente herido, y pedía agua, tan solo agua, pero la cual era imposible darle, porque no disponíamos de la misma. A los pocos minutos se durmió para siempre al lado mío. (creo que era el soldado Giraudo, del Regimiento 25).

Durante el día nos sacaban afuera y nos tenían en esa clase de corral o empalizada y en varias ocasiones nos daban algo de comer y recuerdo que los ingleses nos decían que éramos muy jóvenes para estar en una guerra. Por supuesto, tenían razón, ellos con todo el equipamiento disponible contra el frío, sus mochilas sobrepasaban sus cabezas, eran muy jóvenes también, pero muchos tendrían seguramente más de 30 años de edad.

Al tercer o cuarto día (creo que fue el 12 de junio) nos sacaron del corral y nuevamente nos hicieron hacer una fila. Desde este lugar nos llevarían en un helicóptero Sea King y en grupos hacia Puerto San Carlos donde nos esperaba un barco. El mismo era de dimensiones gigantes y su nombre era Norland Hull. Seguramente haya sido un barco de pasajeros o tal vez un barco de la Cruz Roja Internacional.

Nuevamente caminamos muchísimo dentro del mismo hasta que llegamos a los camarotes en los cuales entrábamos cuatro en cada uno con camas cucheta. Nos daban de comer dos veces por día y con cada comida una cajita de leche de aproximadamente medio litro más un paquetito con unas cuatro o cinco galletas.

Luego de estar unos días en las proximidades de las Islas partimos rumbo a Montevideo (Uruguay). El viaje habrá durado tal vez 3 o cuatro días, era imposible saberlo, ya que no teníamos relojes y nuestros camarotes no tenían ventanas para saber si era de día o de noche. Lo único que teníamos eran nuestros compañeros de camarote para largas charlas y pasar el tiempo lo más ameno posible.

Llegamos a Montevideo, pero antes de bajar del barco nos reunieron a todos los que estábamos a bordo en un lugar inmenso adentro del mismo. En este lugar encontré al suboficial Mantelo de Fuerza Aérea, a quien le comenté que mi padre también trabaja en Fuerza Aérea, en el Aeropuerto de Comodoro Rivadavia, como Personal Civil y me comentó que si él llegaba primero a Comodoro Rivadavia le avisaría a mi padre que había estado conmigo y le contaría sobre mi situación.

De forma muy ordenada y con mucho respeto y orgullosos por haber defendido nuestra tierra, bajamos del buque, caminamos por un muelle hacia otro barco. Esta vez era un barco pequeño, pero Argentino!!! Subimos al mismo, viajamos toda la noche, había comida en abundancia con gaseosa o jugos. Hacía mucho tiempo que no nos alimentábamos así. Nos dirigimos a Puerto Río Santiago, cerca de La Plata. Llegamos a la mañana, nos bajamos con los estómagos

llenos y subimos a unos colectivos que nos llevaron a Campo de Mayo. Era impresionante cantidad de gente que nos saludaba y nos ovacionaba. Creo que sentían que éramos sus héroes, a pesar de haber vuelto sin recuperar nuestras Islas Malvinas.

Llegamos a Campo de Mayo, donde estuvimos unos cuantos días en este lugar, nuevamente alimentándonos en forma abundante, seguramente para recuperar el peso que perdimos durante nuestros días en Malvinas.

Tuve la grata noticia de recibir a mi padre en Campo de Mayo. Fue la mayor alegría, emoción, sentí fortaleza, fue mi último familiar que vi antes de salir con destino a Malvinas y el primer familiar que vi a mi regreso. Tantos sentimientos encontrados en un segundo. Y todo gracias al Suboficial Mantelo, quien cumplió con su palabra en aquel encuentro en el barco inglés Norland Hull.

Regresamos a Comodoro Rivadavia, esta vez en un Boeing 707 de la Fuerza Aérea Argentina. Nuevamente estuvimos en nuestro reconocido Regimiento de Infantería 8, y por supuesto nos recibieron con todos los honores.

También recuerdo que sentí mucha decepción, debido a que en la Oficina Logística, donde comencé mis tareas como soldado conscripto, había cajas enormes repletas de víveres para enviar a las Islas, pero lamentablemente nunca llegaron. No puedo precisar si fue debido a la finalización del conflicto o tal vez por una desorganización dentro de la Fuerza.

Y por fin llegó nuestra tan ansiada Baja. Luego de un año y medio tuve nuevamente mi DNI en mis manos, sentí como que recuperaba mi libertad. Volver a ver a mi familia completa, mis amigos e incluso a cualquier conocido, era prácticamente volver a vivir. Pero a pesar de que había transcurrido algún tiempo, cuando escuchaba algún avión comercial, despegando o aterrizando en Comodoro me sobresaltaba, sobre todo si era de noche, me despertaba atemorizado, a lo cual, después me costaba muchísimo volver a conciliar el sueño.

El tiempo pasó. Mi vida después de Malvinas.

Finalizado el conflicto bélico comencé a trabajar en el año 1982 como personal civil de la Fuerza Aérea Argentina gracias a mi padre, (que también trabajó como personal civil en la FAA) y a una incorporación de personal que se hizo en aquellos años, como Controlador de Tránsito Aéreo, luego de realizar varios cursos de capacitación y perfeccionamiento.

Realicé el secundario entre los años 1986 y 1989 en el instituto DINEA (Dirección Nacional de Estudios para Adultos) en el cual me recibí como Perito Mercantil.

En cuanto a mi familia estoy casado con Rosanna la cual conocí en el año 2001, nuestro casamiento por civil fue en el año 2015 y por Iglesia en el año 2019. Tenemos un hijo, Stefano, que nació en 2007 y hoy apenas tiene 15 años de edad.

Luego de 41 años sigo realizando las mismas tareas, pero desde el año 2016 en la Empresa EANA (Empresa Argentina de Navegación Aérea) como Controlador de Tránsito Aéreo y Supervisor de Servicios Aeronáuticos).

Mi deseo más grande es volver a pisar el suelo de las Islas Malvinas y ruego a Dios que me ayude a concretarlo.

La última posición del soldado Allende

En la terminología militar la palabra posición identifica al lugar que ocupa (en sentido de poseer) un soldado o una organización militar para desarrollar una acción ofensiva o defensiva. No se relaciona directamente con la postura ya que esa palabra, viene del latín "positio", que significa ubicación, aunque se la suele relacionar normalmente, por ejemplo "posición fetal, o posición extrema, o posición de pie, de cúbito dorsal, etc.

Raúl Allende, Héroe de la Patria, identificado, no "anónimo ni olvidado", descansa desde el 9 de octubre del 2022, en un viejo y humilde cementerio en Panaholma, 15 kilómetros al Norte de Cura Brochero. Allí llegó, después de 40 años y 39 operaciones, su mutilado cuerpo que dijo basta. Hasta allí fue para ocupar un nicho prestado, acompañado por sus hermanos, el ex Subteniente Aliaga, sus Hermanos de la Turba y 2 soldados y un Suboficial con un clarín.

El 19 de mayo del 2023, su hijo Alejandro me llamó para recordarme que ese día su padre habría cumplido 61 años. También me invitó a acompañarlo al traslado definitivo para que descansa junto a sus padres y su hermana. Partimos de Mendoza junto con el ex Capitán Julio Cabrera y en Mina Clavero nos reunimos con César "Gallego" García, Enrique "dos tiros" Marini y Mario Saldaño y a las 16 horas, después de recorrer ese bello paisaje serrano, pasamos frente al lugar donde naciera Raúl Allende. Una vieja casa indica el lugar donde alguna vez estuvo el puesto de cabras en la que se desarrolló su infancia y parte de su adolescencia.

En la entrada del cementerio el tiempo se detuvo. La tarde nublada y fría, acentuaba la tristeza de un rectángulo de bloques revocados, que encierran unos pinos altos que se bamboleaban con el viento, y

que desde siempre acompañan el silencio de las antiguas sepulturas y tumbas muy humildes, que se remontan hasta 1809, según indican lápidas de piedra caliza grabadas. Otras tan sólo indicadas por cruces torcidas de metal oxidado clavadas en el suelo.

Sólo los pájaros rompían el silencio de ese atardecer anticipado. Sus Hermanos del Combate de Boca House, cargaron el féretro hasta un conjunto de tres nichos de cemento apoyados en el suelo. Ahí quedó para siempre su mortificado cuerpo que llevara con una dignidad encomiable, desde el 28 de mayo de 1982 a una hora indeterminada de ese furioso combate que lo tuvo como principal protagonista.

Acompañaban esa humildísima despedida, su hijo Alejandro y su esposa Romina Villarreal, que espera el segundo nieto que no llegó conocer. Su hermano Ismael sus hermanas Inés y Pura Allende, su cuñada Carmen Leyría de Allende, esposa de Tico Allende, parientes y vecinos. Todos saludaron con afecto, llamándolos por su nombre a los Hermanos de la Turba, confirmando ese lazo que se extendió desde las islas hasta ese lugar detenido en el tiempo en las sierras de Córdoba.

Hubo lágrimas, palabras y abrazos apretados. Por sus rostros curtidos bajaban esas lágrimas silenciosas que derraman sin vergüenza las mujeres humildes, porque los hombres no lloran, que han sufrido mucho y que tienen ante la muerte una postura resignada, como si fueran viejos conocidos.



Marini, Godoy Alejandro Allende, Saldaño, García, Pura, Inés e Ismael Allende y Romina Villarreal de Allende.

Una sencilla mujer, con su pelo corto y su carita redonda que enmarca sus ojos negros llorosos interrumpió mis amargos pensamientos sobre cuántos hombres y mujeres que dieron todo por su Patria

descansan en humildes, sencillos y abandonados cementerios mientras que en las grandes ciudades se adornan mausoleos o parques de descanso como si la opulencia de éstos diferenciara la irremediable e igualitaria condición de sus ocupantes.

Esta sencilla mujer, Carmen Benegas de Allende, esposa de Tico me dijo en voz baja, como con miedo de interrumpir el silencio:

—“Don Godoy, acá tiene otro soldado”—susurró, señalando un nicho de cemento blanqueado con cal, ennegrecido por el moho y el excremento de los pájaros, a pocos metros del que mirábamos en silencio. —“Acá está Omar, un amigo y compañero de la escuela de Raúl. Fueron compañeros de la primaria y fueron a la colimba juntos”—

Nos desplazamos sorprendidos y conmovidos para encontrarnos con el desconocido y olvidado soldado Omar Leyría, auxiliar de la ametralladora con que tiraba el soldado Allende, junto con Héctor Altenburger. Frente a ese testimonio de ingratitud, solo pude abrazar su tristeza, sin que ella me explicara la coincidencia de apellidos con ese soldado Desconocido, herido en combate, que descansaba en ese lugar desde 1986.

Recordando aquellas rimas de Becquer “Dios mío, que solos se quedan los muertos”, nos juramentamos con los Hermanos de la Turba García, Marini y Saldaño, que esos soldados no quedarán solos. Que cada 2 de abril llevaremos un clarín para que despierte sus recuerdos y le haga llegar hasta el Cielo de los Héroe nuestra renovada promesa de que honraremos sus Últimas Posiciones.



Godoy, Saldaño, Marini y García.

Anexo 3

Link de audios y vídeos



Jura de la Bandera.



Recitado soldado de Bowen.



Imágenes del Regimiento 8
en Bahía Fox.



Homenaje al padre
del soldado Álamo.



Audios - Luis Brandan.



Extracto - Reportaje Allende.

Bibliografía

- ANTONIONI, José Conrado: *Tras los Pasos del Libertador*. Alligraf. Buenos Aires. 2020.
- AUTORES VARIOS. BIBLIOTECA SOLDADOS. *Malvinas 20 Años*. Edivérn SRL. Buenos Aires. 2002.
- AUTORES VARIOS: Directiva Estratégica Militar (DEMIL) N° 2/79 ;1/81; 1/82. www.radarmalvinas.com.ar.
- AUTORES VARIOS. IV Congreso de historia militar. *Malvinas 35 años*. Imprenta Dorrego. Buenos Aires. 2020.
- AUTORES VARIOS. EJÉRCITO ARGENTINO. Informe Oficial. www.caserosada.gob.ar.
- AUTORES VARIOS. JUNTA MILITAR: Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS): www.caserosada.gob.ar.
- FIGUEROA, Rubén T. My .VGM: *Malvinas. Deuda Pendiente Cuenta Saldada*. Oeste. Buenos Aires. 2012.
- GAVE, André : *El Arte de mandar*. Lavp. Buenos Aires. 2016.
- LORENZ, Federico: "Gran Malvina. Una mirada a la experiencia bélica desde los testimonios de sus oficiales". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Departamento de historia *Facultad de ciencias humanas *universidad nacional de Colombia. 2014.
- MINORINI LIMA, Oscar: *Malvinas. Honor y recuerdos Imborrables*. Compañía Ingenieros 9 – Bahía Fox Este. Dunken. Buenos Aires. 2012.
- MOYANO, Sandra; ROBLES Ramón. *Dioses del Trueno*. GA Aero 4 En Malvinas. Pircas. Córdoba. 2015.
- RUIZ MORENO. Isidoro: *Comandos en Acción*. El Ejército en Malvinas. Emecé. Buenos Aires. 1986.

SCARPINELL, Juan: Malvinas La última campaña. Historia del Regimiento 7. Argentinidad. Buenos Aires. 2015.

SCARPINELLI, Juan: La Sección Olvidada. 1884. Buenos Aires. 2019.

SPERANZA y CITTADINI: Partes de Guerra. Guillermo Aliaga. Edhasa. Buenos Aire. 2005.

YOFRE, Juan B: Documentos secretos de la guerra de Malvinas. Sudamericana. Buenos Aires. 2011.

PODER EJECUTIVO NACIONAL: Decretos 261/75; 265/75; 2770/75; 2771/75; 2772 /75 Operativo Independencia. www.servicios.infoleg.gob.ar

Ley N°16.970/66. Bases Jurídicas, Orgánicas Y Funcionales Para La Preparación Y Ejecución De La Defensa Nacional. www.argentina.gob.ar

LEY N°23.554 /1988 Ley de Defensa Nacional. Reglamentada DNU 727/2006. www.servicios.infoleg.gob.ar. 2023.

LEYN°23.554/1988: Ley de Defensa Nacional DNU 571/2020 Modificaciones a la ley. www.servicios.infoleg.gob.ar 2023.

Tribunal Federal de Río Grande. Denuncias CESIM La Plata.

Fuentes

Correspondencia y entrevistas digitales Dr. Guillermo Aliaga.

Testimonios de los Cuadros y soldados que figuran en el desarrollo del libro y cuyas copias escritas y digitales obran en poder del autor.

Testimonio personal Sargento Ayudante (r) Luis López.

Déjeme tirar mi Subteniente. Entrevista Dr. Aliaga. Soldado Guillermo Marini. Entrevista Guillermo Aliaga.

Organización, cruce y traslado a Goose Green. Entrevista personal Dr Guillermo Aliaga.

Entrevista radial FM 93.7 Victoria Mercantil. Sentimiento Malvinense. Esquel, octubre 2020.

([https:// www.centronaval.org.ar/boletín/BCN833/833-SANIDAD. pdf](https://www.centronaval.org.ar/boletín/BCN833/833-SANIDAD.pdf)).

(Los testimonios mencionados fueron grabados y guardados en formato digital o escrito).

Fotos

La Sección Olvidada Jura en Goose Green, págs. 41, 177 y 178. Juan Scarpinelli. 1884. Sept. 2020.

Archivo personal Ing. Marcelo Giglio.

Revista Noticias. Ejemplares aportados por el VGM Grey Walter.



Aportes

visión y difusión



“Es el Diario de Guerra del Jefe de Compañía, enriquecido con la participación generosa de muchos de quienes tuvo el orgullo de comandar, constituyendo un significativo aporte a la Historia Militar y a la educación y formación de generaciones venideras del personal de las Fuerzas Armadas. Para este cometido, esperó cuarenta años de respetuoso silencio y hoy se ha propuesto rescatar del olvido a **todos** sus subalternos.

Hay un hecho que me conmovió hasta las lágrimas, la historia del Soldado Raúl Allende, las vicisitudes que pasó este hombre admirable y los distintos apoyos humanitarios que recibió de sus **Hermanos de la Turba**, brindados luego de la guerra.

Godoy siguió en contacto con sus subalternos, interiorizándose de sus vidas y dándoles apoyo y esperanzas de vida futura, es decir, siguió siendo aquél Jefe de la Compañía C”

Coronel (R) Dr. Miguel Ángel Barrionuevo



UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA

ISBN 978-987-4971-88-3



9 789874 971883